LÁM. DEL MUSEO ARG. DE C. NAT. BS. AIRES

CARPINTEROS ARGENTINOS

A la izquierda: *Chrysoptilus leucofrenatus leucofrenatus* (LEYBOLD)
(hembra y macho)

A la derecha: *Chrysoptilus melanochloros melanochloros* GMELIN
(en primer plano, macho; detrás la hembra)

EL HORNERO

REVISTA DE LA SOCIEDAD ORNITOLOGICA DEL PLATA

DIRECTOR: PEDRO SERIE

Vol. VIII — BUENOS AIRES, DICIEMBRE DE 1944 — Nº 3

SUMARIO

LÁMINA III. — Carpinteros argentinos (en colores).
MARÍA JUANA I. PERGOLANI. — Los Pícidos argentinos (3 figuras y 1 mapa)... Pág. 347
ANGEL R. ZOTTA y HÉCTOR S. GAVIO. — Una nueva especie del género Cinclodes (3 figuras) ... » 370
JORGE CASARES. — Aves de Estanzuela (20 figuras y 2 mapas) ... » 379
FRANCISCO BEHN K. — Contribución al estudio del *Pteroptochos castaneus* Philippi et Landbeck (1 lámina en colores y 1 mapa) ... » 464
ANDRÉS G. GIAI. — El ñandú overo o "cheuqué" en cautividad (4 figuras) ... » 471
ANGEL R. ZOTTA. — Notas ornitológicas (Nº VII) ... » 481
JOSÉ A. PEREYRA. — Descripción de un nuevo ejemplar de rálido de la isla Georgia del Sud (1 lámina en colores) ... » 484
Advertencia ... » 489
MARÍA JUANA I. PERGOLANI. — Nota sobre el inmaturo del vencejo de collar blanco, *Streptoprocne zonaris zonaris* (Shaw) (1 figura) ... » 491
HÉCTOR S. GAVIO. — Una excursión a los cañadones de la Estancia Cari-Lauquen en Santo Domingo (18 figuras) ... » 494
ANGEL R. ZOTTA. — Los viajes de la "gallineta azul" *Porphyrula martinica* (L.) a la isla Tristán da Cunha ... » 512
JOSÉ A. PEREYRA. — Una buena subespecie de hornero que debe figurar en la avifauna argentina ... » 514
MARTÍN DOELLO JURADO. — Introducción a la tirada aparte de la "Lista Sistemática de las Aves Argentinas" ... » 516
JORGE CASARES. — El cisne de cuello negro en La Barra de San Juan (con 5 figuras) ... » 525
Las aves en la poesía ... » 529
MOVIMIENTO SOCIAL (5 figuras) ... » 533
INFORMACIONES (10 figuras) ... » 570

LOS PICIDOS ARGENTINOS

POR MARIA JUANA I. PERGOLANI

Género CHRYSOPTILUS SWAINSON

(CARPINTERO REAL)

...« Además, los nombres que damos a los géneros, especies y variedades acaban por engañarnos y creamos de este modo imaginarios tipos que creemos fijos, cuando probablemente no son más que representantes de una misma flor que continúa modificando lentamente sus órganos, según lentas circunstancias ».

MAETERLINCK, *La inteligencia de las flores.*

Chrysoptilus, Swainson, *Fauna Boreal Amer.* (1831), p. 300 (Tipo: Picus guttatus).
Chrysopicus, Bonaparte, *Consp. Volucr. Zygod.* (1854), nº 142; Malherbe, *Mon. Picidae*, II (1826), p. 149.

El estudio de este género ofrece serias dificultades — y así lo demuestran cuantas revisiones se han realizado sobre él — debido a la con-

fusión que existe en los primeros trabajos, a la gran variedad individual y a las deficiencias de las descripciones originales.

Es trabajoso descubrir algunas de las descripciones originales, porque las especies tienen bastante semejanza entre sí, y dichas descripciones no son detalladas sino que señalan las características principales; además, fueron basadas, en general, en ejemplares aislados o en jóvenes, por lo tanto no pudieron ser todo lo exactas que necesitaríamos que fueran y a veces no coinciden en todos sus puntos con nuestros ejemplares o con descripciones ulteriores.

En este trabajo será revisada la sistemática y distribución geográfica de los *Chrysoptilus* que habitan en la República Argentina, considerados hasta ahora, excepto por Laubmann (1), como pertenecientes a dos especies: *melanochloros* y *melanolaimus*, y sobre los cuales no ha sido posible todavía llegar a un acuerdo definitivo.

Gmelin (2) nombra y describe por primera vez a *melanochloros*, concordando bastante su descripción con los carpinteros que hoy conocemos bajo esta designación, aunque dice que tienen *crista aurea*, cuando la pseudo-cresta que poseen es roja; pero, como en algunos ejemplares, entre el negro de la base de las plumas y el rojo claro del ápice, hay una franja dorada, que da a esa región un brillo particular cuando el ave tiene erizadas sus plumas, pudiera ser que ésta fuera la causa de la designación de Gmelin: *crista aurea*, aunque resulta casi incomprensible.

En orden cronológico sigue Vieillot (3), quien traduce, bajo el nombre *Picus melanochloros*, la descripción de Gmelin a que acabo de referirme, y copia, casi al pie de la letra, la del *Verdinegro* de Azara, llamándolo *Picus cristatus* y considerándolo sinónimo de *Picus varius cristatus* Brisson.

Después Wagler (4), en su *Systema Avium*, trae descripciones correctas, útiles, con las cuales podemos identificar a nuestros *Chrysoptilus*; pero atribuye al joven de *Ch. melanochloros* la descripción de Gmelin (la « crista aurea »), lo cual no puede confirmarse, ya que en ningún caso se ha mencionado este carácter para los jóvenes, y en nuestra colección éstos tienen la nuca del mismo color que los adultos.

Con ésto puede darse por aclarada la descripción original para *melanochloros*. En cuanto a la primera descripción de *melanolaimus*, corresponde a Malherbe (5), aunque este autor le atribuye garganta negra;

(1) LAUBMANN, *Zur Avif. Arg., Verh. Orn. Ges. Bay.*, 1934.

(2) GMELIN, *Syst. Nat.* (1788), p. 427.

La descripción de *Picus cayennensis* — de Gm. = *Picus cayannensis striatus* — de Brisson, conviene bastante también a primera vista, a nuestro *Chrysoptilus melanochloros*, pero la medida es menor y hay algunas pequeñas diferencias, sin embargo seguramente la aparente concordancia de estas descripciones con el *Verdinegro* de Azara, es lo que ha determinado a este naturalista a considerar a su Verdinegro = Picus cayannensis striatus Bris. Hoy éste es el *Ch. melanochloros cristatus* Vieill.

(3) VIEILLOT, *Nouv. Dict. Hist. Nat.*, 26 (1818), p. 98.

(4) WAGLER, *Syst. Av.* (1827), nº 42.

(5) MALHERBE, *Picidae*, II (1862), p. 185, pl. 89, fig. 7 y 8.

Hargitt (1) revisó el *tipo* existente en el Museo Británico, comprobando que la garganta era « más negra » pero « estriada con blanco ». La descripción corresponde al *Chrysoptilus* que vive en el S. O. de Bolivia y extremo noroeste de nuestro territorio, según mis conclusiones (2).

De los trabajos de conjunto, posteriores, poco nos ayuda el Catálogo del Museo Británico, porque hay en él una confusión en los caracteres y distribución geográfica de *melanochloros, melanolaimus* y *cristatus*. Hellmayr (3), tiene un buen trabajo que no he podido obtener, pero cuyas conclusiones he encontrado citadas en varias obras. Es base de consulta la Clave y distribución geográfica de Cory (4); Wetmore (5), con sus claras descripciones y observaciones resulta muy útil, y, por último, el análisis sistemático más moderno y prolijo es el de Laubmann (6); por ser el que revisa los trabajos anteriores, a él y a sus conclusiones debo referirme en particular, en esta nueva revisión.

Este ornitólogo considera necesaria la reunión de los dos « grupos » *Chrysoptilus melanochloros* y *Ch. melanolaimus* en un solo « circuito de formas », es decir bajo una sola especie: *Ch. melanochloros*, pues entiende que no debe atribuirse valor específico a la presencia de la mancha negra post-malar, y sólo relativamente a la existencia de color naranja sobre el pecho.

Dice también que la separación o reunión de las « formas » bajo una sola especie, quedará librada « al concepto personal del investigador aislado, según éste quiera interpretarlo en su sentido más amplio o más estricto ». Esto debe repetirse al estudiar nuevamente el género, porque en muchos casos las « formas » pasan de unas a otras con modificaciones tan suavemente graduales, que no puede decirse con exactitud cuál es el límite de separación.

Respeto como buena la deducción del distinguido ornitólogo, pero el estudio de nuestro material me lleva a aceptar dos especies y a considerar a los *Chrysoptilus* del Chaco y Formosa como *nigroviridis* Grant.

He tenido la suerte de disponer de la hermosa colección de más de cien ejemplares, de *procedencia conveniente* como para formar una amplia serie, perteneciente al Museo Argentino de Ciencias Naturales « Bernardino Rivadavia » y el resultado de su estudio es el siguiente:

(1) HARGITT, *Cat. B. B. Mus.*, XVIII (1890), p. 109.

(2) Como dato ilustrativo dejo constancia de que, en las colecciones del Museo de La Plata, hay un ejemplar con coloración anormal (nº 0946, ♀, Santa Fe, VII-1896) cuya garganta es totalmente negra, recordando a *Colaptes campestris*.

(3) HELLMAYR, *Verh. Orn. Ges. Bay.* 12, 2, (1915).

(4) CORY, *Cat. Birds of the Amer., Zool. Ser.*, XIII (1919), pp. 440-444.

(5) WETMORE, *Observ. Birds of the Arg., Parag., Urug. and Chile*, Smith Inst., U. S. N. M., Bull. 133 (1926), pp. 219-222.

(6) LAUBMANN, *Verh. Orn. Ges. Bay.*, XX, 2/3 (1934), pp. 297-308.

Colocadas todas las « formas » que poseemos, ordenadamente una al lado de la otra, a partir de *Ch. melanochloros melanochloros* Gm. según cómo va aclarándose el color verde y apareciendo el amarillo (y anaranjado), puede observarse una dependencia tal entre una y otra, que sugiere la idea de que todas derivan de una sola « forma », que supongo es la *melanochloros melanochloros*, porque aparece como la más estable, ya que las otras muestran una enorme variación individual (1).

Esa variación individual, sumada a la aparición y desaparición de ciertos caracteres correlativos y relacionada con la distribución geográfica (2), me hace pensar que estamos en presencia de una especie (la *melanochloros*) muy plástica, que, partiendo del sudeste del Paraguay y Misiones, ha ampliado su habitat abriéndose en abanico y, al encontrarse con nuevos ambientes, se ha modificado gradualmente, originando otras « formas » que no están aún completamente estabilizadas, debiendo tenerse en cuenta la amplitud de la zona de distribución que han ocupado, en la que caben condiciones ecológicas distintas.

Colocando juntos los extremos de la cadena: ejemplares verdes sin rastros de naranja ni mancha negra post-malar y ejemplares con el pecho fuertemente anaranjado (y mancha post-malar), vemos que tienen una cantidad de detalles distintos (3) por los cuales se han distanciado tanto como para que las diferencias puedan considerarse específicas. Pero, al aceptar una segunda especie para la Argentina, creo que ésta debe ser *leucofrenatus* y no *melanolaimus*, pues considero que *melanolaimus* es una subespecie de *leucofrenatus* confinada en el N. O. de Argentina y S. de Bolivia.

CHRYSOPTILUS NIGROVIRIDIS GRANT.

Después del estudio de esa misma serie, encuentro además que los *Chrysoptilus* del Chaco son distintos de los restantes, presentando caracteres intermedios entre los de Misiones (*melanochloros*) y los de Salta, Santiago del Estero, etc. (*leucofrenatus*). Estos ejemplares concuerdan bien con la descripción de *nigroviridis* Grant (4), y sólo relativamente con la de *leucofrenatus* Leybold (5), aunque, guiándose exclusivamente

(1) Se presenta un escalonamiento definido: primero *melanochloros*; al lado no se puede poner otra forma que *nigroviridis*; enseguida *leucofrenatus* y, a partir de ésta, *melanolaimus*, *patagonicus* y *perplexus* en tres direcciones. Tengamos presente, además, que todas estas formas viven al oeste y sud de *melanochloros* y que, en las que viven al norte y este (no argentinas) también se va reemplazando el color verde por amarillo, aunque siempre mezclado con mucho verdoso.

(2) Cada forma vive en zonas bastante bien delimitadas, que están una a continuación de la otra, sin superposiciones ni lagunas.

(3) Mayor longitud de pico y alas; listas negras anchas en la garganta; alas claras; listas anaranjadas en el dorso, mucho naranja brillante en la parte posterior del cuello, etc.

(4) GRANT, *Ibis* (1911), p. 321.

(5) LEYBOLD, *Excursión a las pampas argentinas, febrero* 1871. Santiago (1873), p. 85, y *Leopoldina*, VIII (1873), p. 53.

por la descripción, sin tener ejemplares a la vista, es fácil confundirlos. Véase más adelante la clave.

Además, si recordamos que el tipo de *nigroviridis* Grant es de Río Pilcomayo y el tipo de *leucofrenatus* Leybold (dado como sinónimo por Laubmann (1)) es de Mendoza, podemos pensar que, lugares tan distantes como diferentes en sus condiciones ecológicas, probablemente no albergan la misma raza geográfica.

Cuando comencé a estudiar este género, pensé que debía considerarse a *nigroviridis* como forma intermediaria entre *melanochloros* y *leucofrenatus*. Revisando el trabajo de Wetmore encontré plenamente confirmadas mis deducciones. Wetmore tiene dos ♂ de Las Palmas, Chaco, que concuerdan con nuestros seis ejemplares del Chaco y con la descripción de Grant y que él considera intermediarios entre los que acabo de nombrar, más *melanolaimus*; creo que también concuerdan con los ejemplares « verdosos » de Formosa que cita Laubmann (2).

Por lo tanto acepto *nigroviridis* Grant como subespecie de *melanochloros*, intermediaria entre *melanochloros* y *leucofrenatus*.

CHRYSOPTILUS MELANOLAIMUS MALHERBE.

Considero que ésta es una subespecie de *leucofrenatus* y que, dentro de nuestro territorio, vive solamente en el Noroeste, en la parte montañosa.

Resumiendo, después de un estudio que, a pesar de haber sido minucioso, no permite una definición categórica, someto las conclusiones a que he llegado, a la consideración de los distinguidos ornitólogos, esperando que al reunir los datos que cada uno posea sobre este interesante género con tantas « formas » dudosas, se pueda llegar a su completo conocimiento.

Dichas conclusiones son:

1° — Todos los *Chrysoptilus* argentinos parecen haberse desprendido de *melanochloros* Gm., siendo ésta una forma bien definida que vive en Misiones, SE. de Paraguay y S. de Brasil.

2° — Los *Chrysoptilus* de Chaco y Formosa son intermediarios entre *melanochloros melanochloros* y *leucofrenatus*, debiendo reivindicarse por lo tanto para esta zona *nigroviridis* Grant, llamándolo *Chrysoptilus melanochloros nigroviridis* (Grant).

3° — A lo largo del límite oeste y hacia el sud de la zona de dispersión de *nigroviridis*, en: este de Salta (3), Tucumán, Catamarca, Santiago

(1) *Op. cit.* (1934), p. 297, nota.
(2) WETMORE, *Bull. U. S. Nat. Mus.*, 133 (1926), p. 220.
(3) Por los datos de LAUBMANN, también SE. de Bolivia.

del Estero, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza, vive *Chrysoptilus leucofrenatus leucofrenatus* Leybold.

4° — Los *Chrysoptilus* del oeste de Salta (probablemente sobre los 2500 m), que supongo iguales a los del sudoeste de Bolivia (1), muestran todos los caracteres de *melanolaimus* Malherbe, distinguiéndose de *leucofrenatus* por la garganta casi negra y otros caracteres que se anotan en la Clave, más adelante. Por lo tanto considero que en esta zona (al noroeste del habitat de *leucofrenatus*) vive: *Chrysoptilus leucofrenatus melanolaimus* (Malh.).

5° — Del extremo sudoeste del área de distribución de *leucofrenatus*, se desprende otra « forma » (aún un tanto dudosa), que tiene su residencia en el N. de la Pampa y E. de Neuquén, tal vez llegando a Río Negro. *Chrysoptilus leucofrenatus patagonicus* (Laubmann).

6° — Entre Ríos y noreste de la Provincia de Buenos Aires es ocupada por otra forma también dudosa, que parece desprenderse del límite sudeste del habitat de *leucofrenatus;* es: *Chrysoptilus leucofrenatus perplexus* (Cory).

7° — Siendo las subespecies *melanolaimus, patagonicus* y *perplexus*, « segregación » de *leucofrenatus*, como la distribución geográfica con el mapa a la vista lo hace suponer, y enlazada ésta por una forma intermedia a la forma madre (*melanochloros*), podemos admitir a *leucofrenatus* como una buena especie, puesto que, si las variedades son especies en vías de formación », o *especies incipientes*, como dice Darwin, esta « forma » parece tener suficientes condiciones como para estar en la categoría de especie.

Descripción del género

Parecido a *Colaptes* en el tamaño, caracteres de pico, patas, alas y cola, y en algunas formas también en la coloración general; son géneros muy afines. (Véase género Colaptes, El Hornero, VIII, 1942, pp. 156-158).

Aunque sea redundancia, debo volver a decir que la variación individual es extraordinaria en estos carpinteros, por lo que es sumamente dificultoso estudiarlos. Falta constancia tanto en la forma, tamaño y distribución de los lunares, como en la intensidad y extensión del color naranja o de la coloración en general, y hasta en la longitud y en el color de pico y patas: hay picos negros, otros de color castaño oscuro, castaño claro y, también blanquecinos (recordando el pico de *Celeus*); predominan, sin embargo, los negros. Patas en general negras, pero hay tam-

(1) Probablemente se extienden también por la región montañosa: N.O. de Jujuy, Oeste de Tucumán y de Catamarca, pero no he visto material de esos lugares.

bién de distintos tonos de castaño, pizarrosas, gris claro y hasta blanquecinas (nº 8486, de Ceres, Santa Fe).

Talla 245-305 mm, siendo la medida más común, entre los nuestros, 275-290 mm (1).

Parte superior de la cabeza, negra; nuca con plumas más o menos erizadas (pero sin formar un verdadero jopo), de color rojo brillante (la base de las plumas negra, y, a veces, el ápice mismo con un borde negro, apenas perceptible. Entre el rojo de la parte expuesta y el negro de la base, una línea dorada).

Lorum, alrededor y hacia atrás del ojo, blanco-sucio, tostado o grisáceo, a veces lavado con verdoso. El lorum más claro que el resto de la cara.

Banda malar rojo oscuro en el ♂ (los ápices de las plumas son rojos y las bases negras). En la ♀ es negra con pequeñas estrías longitudinales blancas (o verdes) más o menos notables según la edad (2). En algunos se prolonga en una mancha post-malar, que puede bajar por los lados del cuello.

Barba y garganta: las plumas tienen en el centro en toda su longitud una lista o banda negra; cuando esas listas son angostas, la garganta aparece clara estriada con oscuro, pero cuando son anchas, llegan a ocupar casi todo el cuerpo de la pluma dejando solamente claros los bordes laterales; en este último caso, la garganta aparece negra estriada con blanco, y también la barba puede ser totalmente negra.

El frente del cuello es, en general, semejante a la garganta, y la parte posterior anaranjada fuerte, o bien verdosa, con listas o con manchas negras. Puede ser también (como en *melanolaimus*) negro con finas listas transversales blanquecinas.

Región ventral: fondo verde o amarillo-verdoso o amarillo-limón, o blanco-amarillento, cubierta con lunares cordiformes, oscuros, aterciopelados, muy característicos; más grandes los del pecho, más pequeños, en general, hacia el abdomen; a veces en la línea media ventral no hay lunares y otras veces éstos se transforman en barras, pero siempre la forma y tamaño es sumamente variable; cuando son pequeños, la región ventral es clara; cuando son grandes, es oscura.

Color de fondo del pecho, igual que el abdomen, o anaranjado; en la mayoría de nuestros *Chrysoptilus*, fuertemente anaranjado, y este color se extiende también sobre el cuello.

Cubiertas inferiores de la cola listadas transversalmente en verdoso o blanquecino, y negro: los bordes son claros, sigue una o dos listas negras

(1) Las longitudes tomadas sobre ejemplares frescos, son casi siempre superiores a 300 mm. En la clave de los géneros de *Picidae*, HORNERO VIII, nº 1 (1941), p. 14, doy longitudes menores para este género, porque no había tenido oportunidad de revisar todo el material que estudié después.

(2) Estas plumas tienen bordes claros y una lista longitudinal, mediana, negra, igual que las plumas de la garganta.

o bien la segunda es reemplazada por una ancha mancha negra. Estas listas a veces tienen forma de herradura o de semicírculo; son muy variables en su forma.

Dorso listado transversalmente en castaño oscuro y verde, o castaño y anaranjado, o castaño y blanquecino Los colores verde y naranja pueden estar más o menos mezclados o diluídos hasta casi desaparecer; en este último caso las listas claras son blanquecinas. En *melanochloros melanochloros* las listas claras y las oscuras son aproximadamente del mismo ancho; en los otros, en general, las listas oscuras son dos veces más anchas que las claras.

Fragmento del canal digestivo de *Chrysoptilus leucofrenatus perplexus* (Cory), conteniendo más de 1000 « hormigas coloradas » del género: Solenopsis. Foto PARODIZ.

Uropigio verde o verdoso o blanco o amarillento pálido con lunares o manchas triangulares castaño oscuro, pero siempre más claro que la espalda. Cubiertas superiores de la cola listadas transversalmente en verdoso o blanquecino y castaño oscuro; el ancho de las listas variable en las distintas « formas ».

Alas muy semejantes a *Colaptes*, pero pueden tener las manchas claras de color oliva-castaño. Raquis amarillo limón o amarillo-castaño. Cubiertas alares inferiores amarillas; según la edad tienen una hilera de lunares cordiformes, semejantes a los del pecho, o son uniformemente coloreadas.

JÓVENES. — Empluman del color de los adultos aunque tienen menos rojo en la nuca y la banda malar es negra punteada con blanco, en el primer plumaje y negra en el inmaturo. Al convertirse en adulto, el ♂ colorea su banda malar con rojo oscuro.

HUEVOS — Son blancos, sin manchas, de cáscara muy lisa y brillante. Su longitud varía entre 28-31 mm y pueden ser más o menos agudos en los polos. Ponen comúnmente 4 huevos.

COSTUMBRES. — Nidifican en los árboles o en los postes de telégrafo, a bastante distancia del suelo. Es difícil alcanzar los nidos.

Viven en grupos, en zonas más bien restringidas, constituyendo así núcleos locales. Esto debe favorecer la formación de razas geográficas.

Tienen movimientos rápidos. Nunca se ven quietos. Se alimentan con insectos, especialmente hormigas, cuyos hormigueros atacan, devorándose huevos, larvas y adultos.

La fotografía muestra un estómago colmado de hormigas.

CLAVE PARA LOS REPRESENTANTES ARGENTINOS DEL GÉNERO « CHRYSOPTILUS »

A. — Coloración verde bien definida en todas las partes claras del plumaje. No hay naranja ni mancha post-malar negra. Pico: 28 (1); ala: 147-151 mm.
melanochloros melanochloros Gm.

AA. — Listas dorsales verdosas o anaranjadas; color de fondo de la región ventral, verdoso, blanquecino o amarillo. Naranja en el pecho. Mancha negra post-malar, que puede bajar por los lados del cuello.

B. — Listas dorsales verdosas; uropigio verdoso claro. Región ventral verdosa o verdosa amarillenta. Mancha negra post-malar poco extendida. Garganta clara: fondo verdoso y listas negras muy finas. Pico: 29-36 (2); ala: 150-156 mm.
melanochloros nigroviridis (Grant)

BB. — Listas dorsales anaranjadas (a veces con algo de verdoso), más intensamente coloreadas en cuello y nacimiento de la espalda. Uropigio amarillo pálido o blanquecino. Vientre amarillo-limón. Naranja fuerte en el pecho y parte anterior del cuello. Mancha negra post-malar en general bien notable.

c. — Uropigio amarillo pálido. Garganta blanquecina, cuyas listas negras pueden ser algo anchas pero siempre dejando ver bien el fondo claro. Mancha post-malar prolongada pero angosta (en general). Pico: 30-39 (3); ala: 145-160 (4) mm.
leucofrenatus leucofrenatus (Leyb.)

(1) Es la medida más común.
(2) 29 es la excepción; la medida más frecuente es: mayor que 32 mm.
(3) La medida que más se repite es 37 mm; por excepción 28 y 29 mm.
(4) La medida más común, mayor que 150 mm.

d. — Garganta negra con algunas listas longitudinales blancas. Mancha negra post-malar muy ancha y prolongada sobre el cuello, muy notable. En general, son oscuros y con las listas claras angostas, blancas o blanquecinas. Pico: 33-36 (1); ala: 150-159 (2) milímetros. *leucofrenatus melanolaimus* (Malh.)

e. — Naranja muy fuerte en parte posterior del cuello y en el dorso, muy extendido e intenso en el pecho. Mancha post-malar reducida. Cabeza y cuerpo más robustos que los anteriores. Pico: 38-44 (3); ala: 160-168 (4) mm.
leucofrenatus patagonicus Laubm.

f. — Muy semejante a *leucofrenatus*, pero, en general, más amarillo limón la región ventral, y menores pico y alas. Pico: 28-29 (5); ala: 140-150 (6) mm.
leucofrenatus perplexus (Cory) (7)

Descripción y distribución de los « Chrysoptilus » argentinos

Creo que pueden identificarse con relativa facilidad por los caracteres anotados en la Clave; por lo tanto, agregaré solamente algunos detalles y la sinonimia.

Chrysoptilus melanochloros melanochloros Gmelin (8)

Picus melanochloros, Gmelin, « Syst. Nat. » (1788), p. 427; Vieill, « Dict. Hist. Nat. » (1818), p. 76 (9).

Picus melanochlorus, Wagler, « Syst. Av. », I (1827), nº 42; Sundev., « Consp. Av. Pic, » (1866), p. 75 ?
Malh, « Mon. Picid. », II (1862), p. 187, tab. 84 bis (seg. Sundev.).
Bertoni, « An. Soc. Cient. Parag » (1901), p. 192.

(1) Rara vez menor; tengo dos ejemplares con 28 mm.
(2) Por excepción menor.
(3) Mis ejemplares tienen hasta 41 mm; 43 y 44 mm es la medida que da Laubmann.
(4) Un ♂ de Río Negro del Mus. de La Plata tiene 150 mm.
(5) Por excepción mayor.
(6) Medida más común, 144.
(7) No tengo material de estudio suficiente como para completar la Clave con las subespecies que viven en Paraguay, Brasil y Uruguay, pero, en general, pueden tenerse en cuenta las siguientes características: Listas dorsales verdes; región ventral verdoso-amarillento, a veces lavado el pecho con naranja (apenas). Lunares mucho más pequeños y talla menor que los argentinos.
El hecho de que, en casi todas las razas geográficas cuyo habitat rodea a *melanochloros*, el color verde es reemplazado o diluído con amarillo, creo que contribuye también a demostrar que aquélla es la forma madre.
(8) No incluyo en la sinonimia aquellos nombres que no he podido hallar acompañados de las descripciones correspondientes o suficientemente detalladas o con la distribución geográfica bien explícita. Por ésto, no figuran nombres como *Chlorozostus*, Wagler, *Isis* (1829), p. 513, y Sundevall, *Consp. Av. Pic.* (1866), p. 75; tampoco los *Chrysoptilus* que trae Bonaparte en su *Consp. Gen. Av.* (1850), p. 122.
Chrysoptilus melanochlorus, Burmeister, *Reise of La Plata* (1861), p. 445, probablemente se refiere a éste, aunque le atribuye también el habitat de *leucofrenatus* y *perplexus*.
Chrysoptilus melanochlorus citado por Chubb, *Birds of Parag.*, *Ibis* (1910), p. 279, puede ser esta especie por la distribución geográfica, pero en la descripción se confunden los caracteres de *melanochloros*, *nigroviridis* y *leucofrenatus*.
(9) Dice localidad típica, Cayena, pero fué corregido por Hellmayr (op. cit., 1915) según Cory, Laubmann, etc.

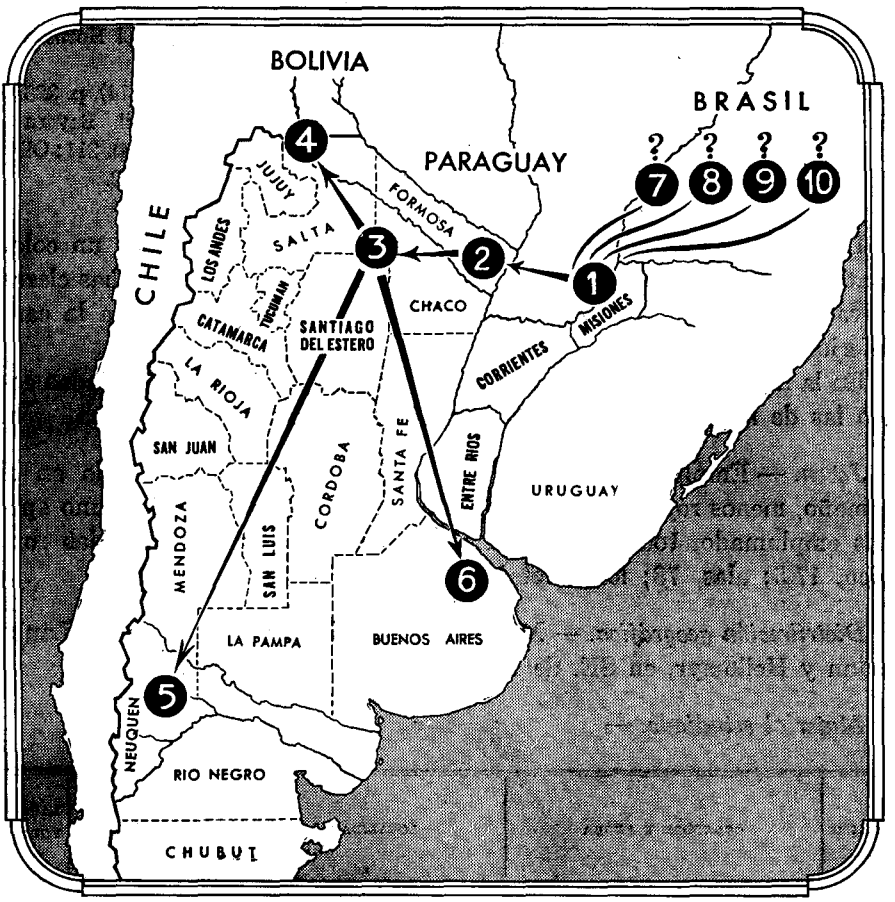


GRÁFICO DE LA DEPENDENCIA QUE GUARDAN ENTRE SI LAS « FORMAS » DE « CHRYSOPTILUS » QUE HABITAN EN LA ARGENTINA

Se aclara que no es un mapa de distribución geográfica, y que, deliberadamente, se ha omitido dibujar las zonas de distribución de cada « forma », pero se representa en qué sentido se considera la dispersión.

Los nombres de las formas de *melanochloros* que viven en los países limítrofes con la Argentina, llevan interrogante porque no han sido estudiadas en el presente trabajo.

1 — melanochloros
2 — nigroviridis
3 — leucofrenatus
4 — melanolaimus
5 — patagonicus
6 — perplexus
7 — cristatus
8 — nattereri
9 — flavilumbis
10 — mariae

Chrysoptilus melanochlorus, Scl., « Cat. Amer. Birds », London (1862), p. 340; Hellm., « Verh. Orn. Gesell. Bayern », XII, Heft 2 (1915), p. 154.

Chrysoptilus melanochlorus melanochlorus, Cory, « Cat. Birds Amer., Field Mus. Nat. Hist., Zool. », XIII, 2° (1919), p. 443; « Lista Sist. Aves Arg. », « El Hornero », VII (1938), p. 94.

Chrysoptilus cristatus, Dabbene, « Distrib. des Ois. en Arg., ... Physis, I (1914), p. 323 ».

Chrysoptilus melanochloros melanochloros, Laubmann, « Verh. Orn. Gesell. Bayern », XX, 2/3 (1934) p. 303 (1), y « Die Vögel v. Parag. », Stuttgart (1939), p. 211; Oliv. Pinto, « Cat. Aves do Brasil, Rev. Mus. Paul. », XXII (1937), p. 342.

Las mejillas son grisáceas con reflejos verdosos. Las alas de un color castaño más apagado que en las restantes formas, con las manchas claras oliva-castaño. Los raquis amarillo-oliva-castaño, más claros en la cara inferior.

En la hembra, la banda malar está formada por plumas dibujadas como las de la garganta, pero con la lista negra central más ancha.

Joven. — Empluma del color del adulto, diferenciándose sólo en el tamaño, menos rojo en la nuca y banda malar oscura. He visto uno apenas emplumado, todavía con canutos en las alas, cuyas medidas son: pico, 17,5; alas, 78; long. total 154 mm.

Distribución geográfica. — Misiones, SE. del Paraguay, y, según Laubmann y Hellmayr, en SE. de Brasil, en los bosques.

Material estudiado. —

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
—	—	Misiones	♂	28	151	290
1697*a*	7- V-1917	» - Pto. Segundo .	♀	27	149	295
1697*a*	10- X-1925	» - El Dorado ...	♂	28	147	280
1697*a*	3- II-1917	» - Iguazú	♂	29	151	270
8395	F. M. Rodríguez, IX-1912	» - Sta. Ana	♀	28	148	280
8566	Foster, 13-VIII-1908	PARAGUAY - Sapucay ...	♂	30	150	285
¿Chrysoptilus melanochloros cristatus?						
2055*a*	Daguerre, 1-VIII-1928	PARAGUAY - Pto. Guaraní	♂	31	145	260 (2)
¿Chrysoptilus melanochloros nattereri?						
8083	Mocquerys	BRASIL - Matto Grosso ..	♂	26	126	245

(1) Dice *melanolaimus melanochloros*, por error, pero se corrige en la publicación del año 1939.

(2) El verde del dorso es más amarillento que en *melanochloros*; en la grupa más claro, menos verde. Raquis amarillo-limón. Hay naranja muy claro en el pecho. Lunares pequeños.

Chrysoptilus melanochloros nigroviridis (GRANT)

Chrysoptilus nigroviridis, Grant, *Birds coll. Arg., Parag., Bol., South Bras., Ibis* (1911), p. 321 (tipo, del Río Pilcomayo); Brab. et Chubb, *List. Birds of S. Amer.*, I (1912), p. 170; Dabbene, *Distrib. Ois. en Arg., d'aprés Brab. et Chubb, Physis*, I (1914), p. 324.

Chrysoptilus melanolaimus nigroviridis, Wetmore, *Birds of Arg., Parag., Urug. and Chile, Bull. U. S. N. M.*, 133 (1926), p. 220.

Chrysoptilus melanochloros nigroviridis, Laubmann, *Wis. Erg. Gran Chaco Exp., Vögel*, Stutt. (1930), p. 146.

Chrysoptilus melanochloros leucofrenatus, Laubmann, *Wis. Erg. Gran Chaco Exp., Vögel von Parag.*, Stutt. (1939), p. 123 (parte).

Es francamente verdoso, tanto en el dorso como abajo y en el uropigio, pero de un verde mucho más pálido y apagado que en *melanochloros melanochloros*. La parte de atrás del cuello tiene listas verdoso-grisáceas mientras que en las restantes « formas » argentinas éstas son anaranjadas. Las mejillas son grisáceas como en la especie típica. La mancha negra post-malar, casi nula.

En conjunto es más oscuro que los restantes. En general, tiene menos extendida y menos intensa la mancha naranja del pecho.

Pico y alas un poco mayores que la anterior y algo menores que la siguiente (*leucofrenatus*). La garganta parecida a la forma típica: verdosa con listas oscuras muy finas.

Sobre sus costumbres, ha anotado buenas observaciones Wetmore (1), quien los ha visto en el Chaco y Formosa; son semejantes a las de todos los carpinteros.

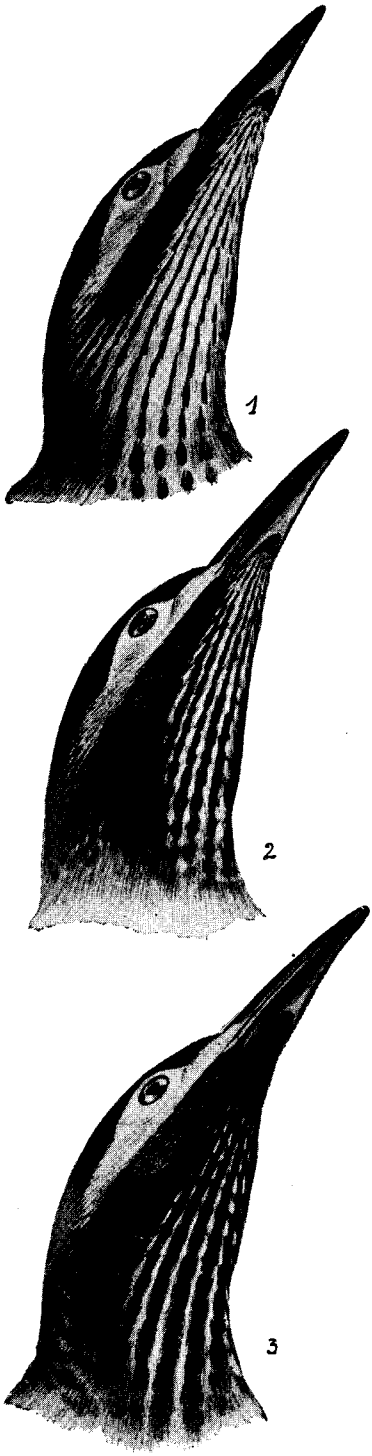
Distribución geográfica. — Chaco y Formosa (y Chaco Paraguayo ?).

Material estudiado. —

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
8914	Mogensen, 12-VII-1915 ..	Chaco - Resistencia	♀	33	150	280
8914	» 18-VII-1915 ..	» - »	♂	36	155	275
8914	» 18-VII-1915 ..	» - »	♀	29	152	265
8914	» 20- VI-1915 ..	» - Las Palmas	♂	35	156	285
2409*a*	Zotta-Carcelles, 14-VII-1930 ..	» - Est. Urien	♂	32	154	265
—	Daguerre, 25- V-1934 ..	» - Fontana	♂	35	155	290

(1) WETMORE, *Bull. U. S. Nat. Mus.*, 133, 1926, p. 221, dice también que ningún ejemplar fué observado al oeste de Puerto Pinasco.

(2) No tenemos ejemplares de Formosa, pero Laubmann (1939, *loc cit.*) cita 8, y Wetmore cita también.



Nº 1, *Chrysoptilus m. melanochloros* (Gm.); Nº 2, *Ch. l. leucofrenatus* (Leyb.); Nº 3, *Ch. l. melanolaimus* (Malh.), mostrando las diferencias en el ancho de las listas de la garganta y barba, y la mancha negra post-malar, ausente en el primero. Dib. S. MAGNO.

Chrysoptilus leucofrenatus leucofrenatus (Leybold)

Colaptes leucofrenatus, Leybold, *Excursión a las Pampas Arg.*, Febrero 1871, Santiago (1873), p. 85, y *Leopoldina*, VIII (1873), p. 53 (1).

Chrysoptilus cristatus, Hartert y Venturi, *Novit. Zool.*, XVI (1909), p. 226; Dabbene, *An. Mus. Nac. Bs. As.*, (1910), p. 275.

Chrysoptilus melanolaemus, Dabbene, *Physis*, I (1914), p. 324.

Chrysoptilus melanolaimus melanolaimus, Wetmore, *Bull. U. S. N. M.*, 133 (1926), p. 219.

Chrysoptilus melanochloros leucofrenatus, Laubmann, Verh. Orn. Ges. Bay., XX, 2/3, (1934), p. 300 (2).

Chrysoptilus melanolaimus leucofrenatus, *Lista Sist. Av. Arg.*, *El Hornero*, VII (1938), p. 94.

Presenta gran variación individual; a veces las listas dorsales tienen francamente verde, pero no en toda la espalda sino en la parte superior (en general) y siempre predomina el naranja. Hay ejemplares donde el naranja es reemplazado por el blanquecino.

El uropigio es claro, amarillento más o menos pálido. Las mejillas amarillentas o tostadas, no grisáceas

Garganta y frente del cuello muy variables, fondo blanco-amarillento; las listas pueden ser finas como una línea o anchas, haciendo más oscura la garganta, pero siempre se puede decir: « garganta blanca con listas negras ».

El naranja del pecho a veces sube sobre el frente del cuello; suele ser tan fuerte que en algunos ápices de las plumas es rojo. El resto de la región ventral generalmente de color amarillo limón, aunque puede ser más pálido. Del tamaño de los lunares que dibujan la región ventral depende que el ave parezca más clara o más oscura: si los lunares son más pequeños el conjunto es más claro; si los lunares son grandes en el abdomen, el conjunto es más oscuro; en este caso, generalmente en los lados del cuerpo hay listas transversales.

La mancha negra post-malar está siempre presente, pero es más bien angosta y suele bajar por los lados del cuello, pero sin ensancharse.

Pico y alas en general de mayor tamaño que en los anteriores y que en *perplexus* y menor que en *patagonicus*.

En presencia de ejemplares aislados es a veces difícil de diagnosticar, porque no hay constancia en las medidas ni en otros caracteres, por éso conviene comparar con una serie. (Estas mismas consideraciones deben aplicarse a *patagonicus* y a *perplexus*).

(1) Es la cita que aparece en todas las sinonimias, pero nosotros tenemos el trabajo que se cita en primer término, el cual tiene también la descripción original.

(2) Lo considera sinónimo de *nigroviridis*, por lo cual agrega la distribución geográfica de esta última especie.

Joven. — He visto uno de unos veinte días que ya volaba. Semejante al adulto, solamente algo más pequeño. Bien negra la banda malar (es ♂), algo jaspeada de claro. Se nota bien el naranja sobre el pecho y en las líneas dorsales claras. Fué cazado juntamente con los padres. Tiene poco rojo en la nuca.

Pico: 24; ala: 125; long. total: 205 mm.

Distribución geográfica. — A lo largo del límite Este de Salta; en Santiago del Estero, Catamarca, Tucumán, Córdoba, Santa Fe, San Luis (los de San Luis tienen la garganta algo más oscura, porque las listas negras son más anchas), Mendoza, Norte de la Pampa.

Material estudiado. —

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
8633	Mogensen, 11- VI-1911	Salta - Tres Pozos	♀	31	147	274
0918	Museo La Plata, 19- V-1896	» - Orán	♂	—	—	—
0923	» » » 10- IV-1896	» - »	♂	—	—	—
0922	» » » 10- V-1896	» - » (S. Antonio)	♀	—	—	—[1]
0919	» » » 18- IX-1896	» - R. de la Front. .	♂	—	—	—
0920	» » » 24- IX-1896	» - » » » » .	♀	—	—	—[2]
0915	» » » 1904	» - » » » » .	♂	—	—	—
843*a*	Serié, 16- XII-1925	San Luis - Chischaca	♀	32	154	295
843*a*	» 23- XII-1925	» » - Cerro Varela ..	♂	33	152	285
463*a*	» 12- II-1925	» » - Seirra S. Fco..	♀	35	150	275
463*a*	» 16- I-1925	» » - Sierra Quinén.	♀	34	152	260
843*a*	» 23- XII-1925	» » - Cerro Varela .	♂	36	152	270[3]
7441	Museo La Plata 26- V-1941	Mendoza - La Paz (Algarrobito)	♂	36	154	294
0945	» » » X-1897	Neuquén	♀	37	152	275[4]
2053*a*	7- VII-1925	Tucumán - Manchalá	♀	32	150	290
2053*a*	Girard, 7- VII-1925	» - »	♂	34	148	300
8428	» 2- VI-1913	» - Leucadio Paz.	♀	30	155	275
8428	» 2- VI-1913	» - » » .	♂	31	155	280
—	» 27- VI-1917	» - Tapia	♀	32	150	285
—	» 27- VI-1917	» - »	♂	34	160	305
8428	» 17- IX-1912	» - Simoca	♀	35	150	295
1697*a*	— 15- II-1927	» - Concepción ..	♀	35	146	260
1697*a*	— 15- II-1927	» - » ..	♀	36	145	260
1697*a*	— 16- III-1927	» - » ..	♀	36	147	200
704*a*	Escuela Normal, - VI-1925	» - Montero	♀	33	158	275

(1) Vi dos ejemplares más de Orán y uno de Guachipampa, todos semejantes.

(2) Garganta más oscura, pero menos que los de Sierra Cajón.

(3) Vi tres ejemplares de San Luis en el Museo de La Plata, semejantes a los de Santiago del Estero etc., con garganta clara, y uno con garganta más bien oscura.

(4) Tiene caracteres de *leucofrenatus* más que de *patagonicus*.

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
8486	E. Isla, 30- III- —	Santa Fe - Ceres	♀	30	148	275
2438*a*	Zotta-Carcelles, VIII-1930	» » - »	♂	30	143	275
6221*a*	Názara, 20- X-1942	» » - Col. Mascías .	♀ jov	24	125	205
6220*a*	» 20- X-1942	» » - » » .	♂	31	146	250
6222*a*	» 20- X-2942	» » - » » .	♀	31	146	255
—	Venturi	» » - Mocoví (Chaco Santafecino)	♂	34	150	295 [1]
—	Girard, 3- IV-1904	Sgo. del Estero - Suncho Corral	♀	39	160	290 [2]
—	» 24- V-1904	» » » - » »	♂	38	158	285
—	» 22- VII-1904	» » » - » »	♀	34	155	290
—	» 18- IV-1905	» » » - » »	♂	37	157	295
—	Girard-Ambros., 23- IV-1905	» » » - »	♀	37	155	295
—	» 28- IV-1905	» » » - Scho. Corr.	♀	34	153	290
—	» 2- V-1905	» » » - » »	♀	35	155	300
—	» 24- VII-1905	» » » - » »	♂	38	160	300
—	» 30- VII-1905	» » » - » »	♀	37	150	285
5105	Dabbene, — — 1889	Córdoba.....	♂	39	152	290 [3]
7202*a*	S. Pozzi y Serié, VII-1905	» - Belle Ville ...	♀	37	157	285
7202	» » » » VII-1905	» - » » ...	♀	33	158	290
7202	» » » » VII-1905	» - » » ...	♂	36	151	285
9333	Castellanos, IV-1918	» - Valle de los Reartes	♀	35	151	270
2099	Yepes, II-1929	» - La Paz	♂	35	151	268

Chrysoptilus leucofrenatus melanolaimus (MALHERBE (4)

Picus melanolaemus, Malherbe, *Mon. Picidae*, II (1862), p. 188; IV (1862), pl. 89, figs. 7-8; Sundevall, *Consp. Av. Pic.* (1866), p. 76.

Chrysoptilus cristatus, Hargitt (no de Vieillot), *Cat. B. B. Mus.*, XVIII (1890), p. 112 (5).

Chrysoptilus melanolaemus, Brabourne et Chubb, *List Birds of S. Amer.*, London (1912), p. 170; Cory, *Field Mus. Nat. Hist.*, Zool., XIII (1919), p. 441. (Clave) (6).

(1) Los ejemplares de Tucumán y de Santa Fe son claros, con amarillo limón en el vientre; garganta clara; mancha post-malar reducida. Muy intenso el naranja (excepto un solo ejemplar).

(2) Además he visto en las colecciones del Museo de La Plata: nº 5448, ♂, Girardet-IX-1923, y nº 5639, ♂-VII-1934, Napalpé (Santiago del Estero), claros, semejantes a los arriba detallados.

(3) Los cuatro primeros ejemplares de Córdoba, con mancha post-malar muy reducida; los nos. 9333 y 2099 son algo semejantes a los de San Luis.

(4) Hay tal confusión entre lo que se ha considerado *melanolaimus* y *cristatus* (principalmente), que en la mayoría de los trabajos encontramos confundidos los caracteres de todas las «formas» que habitan Argentina, Paraguay y Uruguay, la distribución geográfica y la sinonimia.

(5) En la descripción menciona el carácter principal diferencial de esta raza: la garganta con anchas listas longitudinales negras, y se refiere a ejemplares de Bolivia y al tipo; por ésto, prescindiendo de la distribución geográfica, errónea, lo incluyo en la sinonimia.

(6) Los caracteres que figuran en la clave no alcanzan para determinar la subespecie, pero la distribución geográfica es la que corresponde.

Chrysoptilus melanochloros melanolaimus, Laubmann, *Verh. Orn. Ges. Bay.*, XX, 2/3, (1934), p. 299.

Se diferencian de los restantes principalmente por la coloración de la garganta: tienen garganta y parte anterior del cuello negro, con algunas estrías muy angostas, longitudinales, blancas (1). Los lunares de las plumas del pecho, son muy grandes (convirtiéndose en bandas) y ocupan casi todo el ancho de la pluma. La parte terminal del pecho y el resto de la región ventral, de fondo blanco, apenas teñido de amarillo muy pálido, más bien listada transversalmente que salpicada de lunares; el conjunto es muy oscuro, lo mismo el dorso, donde las listas claras son muy angostas y de color blanquecino. Rabadilla blanquecina, ligeramente teñida de amarillento apagado, con barras transversales negruzcas; cada pluma tiene una mancha triangular en el ápice y dos listas hacia la base.

La banda malar (en el ♂) aparece rojo oscuro finamente listada en negro, tal vez porque se ven un poco las bases de las plumas, negras o grises.

La mancha negra distal bien notable, grande, ancha, ocupa los lados del cuello. Hay naranja fuerte en la parte anterior del cuello y nacimiento del pecho, pero restringido a esas regiones, sin extenderse como en otras formas, a todo el pecho y cuello; poco naranja porque hay predominio del negro.

Cubiertas alares inferiores, amarillo-limón, llevando un lunar aterciopelado, negro, cordiforme en el ápice y dos lunares semejantes, a cada lado del raquis, un poco más hacia la base (la presencia de esos lunares parece depender de la edad). Raquis amarillo limón; alas, en todo semejante a *Colaptes*.

Distribución geográfica. — Considero que ésta es la forma que habita en el extremo NO. de nuestro país, extendiéndose hasta Bolivia. Los ejemplares que poseo son todos de Salta, pero, por la posición geográfica y condiciones físicas de Jujuy, supongo que también habita en ese lugar. No obstante, como he resuelto consignar sólo los lugares de los cuales he visto ejemplares, o descripciones que no dejen lugar a dudas, dejo a Jujuy de lado. Creo que en el SO. de Bolivia debe habitar esta raza geográfica, y que es probable que hacia el SE. se extienda *leucofrenatus*.

(1) Las plumas son negras, con bordes laterales blancos, algunas de la garganta, son totalmente negras.

Material estudiado. —

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
8502	Rodríguez, I-1914	Salta - Sierra Cajón	♂	34	150	275
8502	» 13- I-1914	» - » » (2800 m.) .	♂	28[1]	159	270[2]
8502	» I-1914	» - » »	♂	28[1]	145	270
8502	» 18-III-1914	» - » » (Alisal) ...	♂	36	154	290[3]
8502	» I-1914	» - » »	♀	33	155	290
4320	Silvestri, IX-1898	» - —	♂	35	151	270
4320	» 15-IX-1898	» - —	♀	33	155	276

Chrysoptilus leucofrenatus patagonicus Laubmann

Chrysoptilus melanochloros patagonicus, Laubmann, *Verh. Orn. Ges. Bay.*, XX, 2/43 (1934) p. 302, tipo del Río Limay (Neuquén).

Chrysoptilus melanolaimus patagonicus, *Lista Sist. Av. Arg.*, *El Hornero*, VII (1938), p. 94.

Es también muy semejante a *leucofrenatus*, pero el pico es más largo (aunque a veces hay *leucofrenatus* con longitudes de 40 mm), y más grueso, más fuerte. La cabeza y cuerpo, más robustos.

Las listas claras dorsales, de color naranja muy intenso. Parte posterior del cuello y rodeando la mancha negra post-malar, de color naranja intenso, salpicada con pequeños lunares negros.

Naranja muy fuerte y brillante sobre el pecho, extendiéndose ampliamente hacia el cuello y nacimiento del abdomen, éste de color amarillo limón con lunares más bien grandes, en toda su superficie; flancos listados. El color amarillo limón en todo el abdomen, más extendido que en las otras formas.

Las alas son también más largas.

Observ. — Dada la enorme variabilidad de este género pudiera ser que no fuera posible sostener esta raza geográfica o la *perplexus*, pero, por los ejemplares que he visto y los que cita Laubmann, creo que puede aceptarse.

Distribución geográfica. — Norte y NO. de la Pampa, y E. de Neuquén.

(1) Es exacto.
(2) En el rótulo dice 305, tomada en el animal fresco.
(3) En el rótulo dice 295.

Material estudiado. —

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
1945*a*	Domingo Terrani, 5-VIII-1928	Pampa - Caleufú	♂	38	160	290
1945*a*	» » 5-VIII-1928	» - »	♀	38	163	280

Chrysoptilus leucofrenatus perplexus (CORY)

Chrysoptilus melanolaemus perplexus, Cory, *Field Mus. Nat. Hist., Zool. ser.*, XIII (1919), p. 442, en nota.

Chrysoptilus cristatus, Scl. y Hudson, *Arg. Orn.* (1889), p. 21 (1); Hudson, *Birds of La Plata*, II (1920), p. 7 (2); Holmberg, *Seg. Censo R. Arg.* (1895), reedic. en *El Hornero* (1940), p. 171 (3).

Chrysoptilus melanolaimus perplexus, Wetmore, *Bull. U. S. N. M.*, 133 (1926), p. 220; Friedmann, *Bull. Mus. Compar. Zool.*, 68 (1927-28), p. 185; Pereyra, *Mem. Jard. Zool. La Plata*, IX (1937-38), p. 172.

Chrysoptilus melanochloros perplexus. Laubmann, *Verh. Orn. Ges. Bay.*, XX, 2/3 (1934), p. 301.

Chrysoptilus melanolaimus (*perplexus*?), *Lista Sist. Av. Arg., El Hornero*, VII (1938), p. 94.

Muy parecido a *leucofrenatus*, se diferencia de él por tener pico y alas algo más pequeñas, pero hay gran variación y, no teniendo una serie para comparar, se vuelve difícil diagnosticar. En un conjunto de más de 50 ejemplares, se pudo verificar que la medida más común de pico es 28 mm (en *leucofrenatus*, 37 mm), y de ala, 144 mm. Es, en verdad, el único carácter que puede tenerse en cuenta. (Ver la Observación de *patagonicus*).

Anida en las ramas más altas de los árboles y frecuentemente en los postes telefónicos, en lo más inaccesible. Es, por lo tanto, muy difícil observar su nido.

Joven. — Vi uno que no había terminado de emplumar; tendrá unos ocho días; semejante al adulto, pero el color de fondo verdoso-oliva-amarillento. Los lunares de las plumas del pecho y abdomen quedan cubiertos por los bordes amarillos de las plumas superpuestas. Pequeña mancha roja en la nuca, abrazada en todo su contorno con negro. Uropigio blanco, apenas salpicado con lunares negros. Pico: 18; ala: 79; long. total aprox.: 147 mm (el ejemplar está armado).

(1), (2) y (3) Las descripciones no son exactas pero se refieren a *leucofrenatus* y *perplexus*. Todas tienen como base la descripción de Hudson. Probablemente se refieren también a esta subespecie: *Ch. cristatus* Lee, *Ibis* (1873), p. 134, y Withington, *Ibis* (1888), p. 468, y *Ch. melanolaemus*, Grant, *Ibis* (1911), p. 321.

Habita: En el noroeste de la provincia de Buenos Aires y sud y oeste de Entre Ríos, extendiéndose hacia el Uruguay (en todo el Delta).

Nido de *Chrysoptilus leucofrenatus perplexus* (Cory) en álamo seco, colectado por Salvador Magno en « La Esperanza » sobre el río Capitán (Delta).

Material estudiado. —

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
—	Rodr.-Ambros., 10- VII-1917	B. Aires - Quilmes	♀	29	140	255
—	» » 17-VIII-1917	» » - »	♂	32	146	270
—	» » 20- XI-1917	» » - »	♀	29	140	255
—	» » 24- V-1918	» » - »	♀	29	145	260
—	» » 21- VI-1916	» » - Est. Ferreira ...	♂	29	140	260
2237*a*	Posadas, 16- IX-1929	» » - Gándara	♀	25	141	265
1665*a*	Doello-Serié XI-1927	» » - Lezama (Chascomús)	♀	29	141	275

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAL MM.
907	Doello, 16- II-1916	B. Aires - Chascomús	♀	32	140	240
139*a*	Casale, XI-1922	» » - Chacabuco ...	♂	28	142[1]	260
3502*a*	Gaytán, 6- IX-1933	» » - Escobar	♀	28	145	255
2901*a*	Daguerre, 10- X-1928	» » - Rosas	♀	29	144	275
563*a*	» 26- IV-1924	» » - Rosas (Estancia El Toro) ..	♂	32	140	265
1109	» 26- IV-1924	» » - Rosas (Estancia El Toro) ..	♀	29	142	260
4557*a*	J. Pereyra, 14- VI-1937	» » - Zelaya	♂	29	140	255
4556*a*	» » 3- IV-1937	» » - »	♀	29	145	268
4469*a*	A. Anziano, IV-1937	» » - —	♀	28	144	247
739*a*	Doello, 17- X-1925	» » - Estancia Macedo	♂	30	144	250
739*a*	» 17- X-1925	» » - Estcia. Macedo	♀	30	140	245
8800	Pozzi, —	» » - La Plata	♂	31	144	300
8934	Marcelo Sires, IX-1916	» » - Punta Lara ...	♂	31	150	275
6392	Museo La Plata, VIII-1931	» » - » » ...	♀	31	146	272
5209	» » » 17- IV-1922	» » - La Plata	♂	28	149	268[1]
4271	» » » 21- VII-1919	» » - Monte Veloz ...	♂	30	144	252
3459*a*	— 30-VIII-1933	» » - Luján	♀	30	140	245
—	— IV-1931	» » - —	♂ j.	26	130	235
—	— 9- XI-1917	» » - Ajó	♂	28	140	290
—	— 7- XI-1917	» » - »	♀	28	—	—
2265	Venturi 1895	» » - —	♀	30	147	arm.
3103	S. O. P., 20- XI-1932	— - Delta del Par..	jov.	18	79	148 ?
4780*a*	Castillo, 9-VIII-1939	Entre Ríos (Delta Brazo (Largo)	♂	31	149	260
4780*a*	» 9-VIII-1939	Entre Ríos (Delta, Brazo Largo)	♂	33	145	280
67*a*	Frers, 12- VII-1916	Entre Ríos - Paraná (Distrito A. Tomás	♂	31	138	260
930*a*	Aurelio Pozzi, 2- III-1926	Entre Ríos - Pto. Basilio .	♀	29	140	260
5259*a*	Museo de Entre Ríos (Díaz), 1925	» » - Pblo. Brugo	♂	28	140	285
950*a*	Serié, 1- IV-1926	» » - Pehuajó	♂	30	140	275
67*a*	Frers, 12- VII-1916	» » - Paraná (Antonio Tomás	♂	29	150	720
217*a*	Doello-Serié 20- IV-1924	» » - Gualeguaychú	♂	29	147	280
217*a*	» » 16- IV-1924	» » - Gualeguaychú	♂	31	153	285
707*a*	— —	» » - —	♀	—	149	270
217*a*	Doello-Serié, 16- IV-1924	» » - Gualeguaychú	♀	30	149	285

(1) Tiene las listas negras de la garganta, más bien anchas.

NÚMERO	COLECTOR Y FECHA	LOCALIDAD	SEXO	CULMEN MM.	ALA MM.	LARGO TOTAS MM.
217	Doello-Serié, 20- IV-1924	Entre Ríos - Gualeguaychú	♀	29	144	260
1321*a*	Serié, 23- II-1927	» » - Boca del Gualeguaychú	♂	30	144	270
—	Ambros.-Holm., 15- II-1918	» » - Isla Grande Jorge	♀	31	147	285
87*a*	Serié, XI-1921	» » - Santa Elena	♂	32	150	285
1540*a*	Doello	URUGUAY - Santa Rita ..	♀	30	147	arm.
1540*a*	»	» - » » ..	♂	30	145	»
1507*a*	Exc. Decarles, etc. 5- VII-1927	» - Salto	♂	35	150	290
1507*a*	» » » 5- VII-1927	» - »		31	149	275
1441*a*	Doello, 15- IV-1927	» - Nva. Palmira	♂	30	146	250
1441	» 14- IV-1927	» - » »	♂	30	145	268

El estudio de este género ha sido realizado sobre las colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales « Bernardino Rivadavia », de Buenos Aires, y también fué revisada la colección del Museo de La Plata, debido a la gentileza del Dr. Emiliano Mac Donagh, jefe de Zoología de dicha institución, a quien me complazco en agradecer esa colaboración, así como a su ayudante Sr. Umana.

Pensaba agradecer al final de la monografía « Los pícidos argentinos », a las personas que más directamente me han prestado su colaboración, pero como este trabajo se prolonga más de lo supuesto, quiero dejar ahora constancia de mi reconocimiento hacia el Sr. Director del Museo Argentino de Ciencias Naturales, Prof. Martín Doello Jurado, por el estímulo constante, consejos y cuanta gestión ha sido necesario realizar para proseguir mi labor; al Sr. Salvador Magno por el interés que se ha tomado en la confección de los dibujos y las prolijas láminas coloreadas; a mi compañera la doctora Ada I. Pastore por las primeras traducciones de latín, y muy especialmente a la doctora Juana Dieckmann de Kyburg, quien me ha traducido largos trabajos escritos en alemán.

UNA NUEVA ESPECIE DEL GENERO CINCLODES

Por ANGEL R. ZOTTA y HECTOR S. GAVIO

Cinclodes comechingonus sp. nov.
n. v. Cachila de agua

Tipo de las Sierras de Comechingones (alt. 2.400 m), a 7 Km al este de La Paz, Provincia de Córdoba, Argentina (Lat. S. 32° 15′, long. W. 65°), en el Museo Argentino de Ciencias Naturales N° 45 . 1, macho adulto, enero 10 de 1945.

Topotipo del *Cinclodes comechingonus*. (Reducido $^{3}/_{5}$ aprox.).

Diagnosis. — Similar a *Cinclodes fuscus*, pero fácilmente se distingue de todas las formas subespecíficas que éste comprende, por la coloración

castaño ferruginoso de la franja alar, entre « ferruginous » y « hazel » (*); las manchas apicales de las rectrices distales ferruginoso vivo, entre « ferruginous » y « rufous »; bases de la mandíbula hasta la mitad del gonio, amarillo fuerte.

Distribución geográfica. — Conocida hasta ahora para la localidad típica y Pampa de Achala; probablemente se extienda a lo largo de los Comechingones, en las pampas de más de 2.000 m de altura.

Vista de la pampa en los Comechingones. En primer término el Sr. Zotta cuereando el primer ejemplar de *C. comechingonus* obtenido.

Descripción del tipo. — Partes superiores del cuerpo, desde la frente a la rabadilla y plumas escapulares, castaño fuliginoso uniforme, mucho menos grisáceo que en *C. f. fuscus* y mucho menos *rufus* que en *C. f. albiventer*.

Una banda superciliar blanca fulva se extiende desde las aberturas nasales, ensanchándose notablemente por detrás del ojo; auriculares parduscas con el raquis y barbas de algunas plumas, blanquecinas; por detrás y abajo de esta zona se destaca una mancha pardo canela. Barba y garganta blancas algo denegridas, plumas irregularmente onduladas en las extremidades de negro grisáceo; por el centro del pecho y abdomen, pardo isabelino; costados del pecho ligeramente ondulado de pardo gri-

(*) Según Ridgway, nomencl. Colors, 1886.

sáceo, mucho más intenso en los flancos, subcaudales como en el medio del abdomen, pero más denegrido.

Alas negro-parduscas con una ancha franja castaño-ferruginosa, entre « ferruginous » y « rufous » sobre la mitad basal de las primarias, excepto la remige externa; las tres siguientes carecen de dicha franja en las barbas externas; sobre las secundarias dicha franja es muy notable y más intensa en coloración, hacia las extremidades de las mismas, en donde dicho color se hace más obscuro; ambas zonas se separan por una franja negra de unos cuatro a cinco milímetros, muy destacada por contraste. Subalares y axilares pardo rojizo claro. Cola negra con las extremidades de las rectrices externas ferruginosas, en el tercer par dicha mancha se halla restringida en la punta; rectrices mesiales pardo claro. Pico negro con la base de la mandíbula de color amarillo vivo en el ejemplar fresco, color que se extiende por el gonio y tomia de la maxila.

Tarsos negros, iris castaño. Medidas en mm: ala 88, cola 70, culmen, desde la base 17, tarso 24.

Notas críticas

Entre las aves que contribuyen a caracterizar la subregión *Patagona* — la más austral de la fauna neotropical — señálase el género *Cinclodes*, una de cuyas especies, *C. fuscus*, es notable por su dispersión en toda esa vasta subregión, distribuyéndose en sentido horizontal y vertical (llanuras y montañas).

Estudios prolijos de esta especie, efectuados con abundante material, han permitido comprobar que muchas de las formas con caracteres afines, presentan un aislamiento geográfico bien definido, en tanto que en aquellas en que hay coincidencias en sus áreas, sus distribuciones están separadas por la altura (*life zone*) o por el tiempo, razón por la cual han sido subordinadas subespecíficamente a *C. fuscus*, de acuerdo a las reglas sistemáticas.

C. comechingonus es una especie afín a *C. fuscus*, pero la coincidencia de su área con la de *C. f. albiventris*, en Pampa de Achala, obliga a separarla específicamente.

Comparando los siete ejemplares de *C. comechingonus* ingresados a las colecciones del Museo (*), con una serie de 52 ejemplares de la forma típica, *C. f. fuscus*, del centro y sur de Argentina y Chile, 23 de *C. f. albiventris*, del noroeste de Argentina, y 2 de *C. f. rivularis* de Cuzco, Perú, se destacan inmediatamente por la coloración ferruginosa intensa

(*) El primer ejemplar, que se mandó en consulta al Dr. John T. Zimmer, fué obtenido en febrero de 1943 por los Sres. Héctor S. Gavio y Romualdo Maniglia. En enero de 1945, los firmantes de esta nota obtuvieron en el mismo lugar 6 ejemplares junto con una pequeña pero interesante colección de aves que será objeto de un trabajo especial.

de la franja alar y manchas apicales de las rectrices distales, que en las otras tres subespecies consideradas, son de un color que varía desde el blanco acanelado al ocráceo. Por lo que se refiere a la coloración de las partes superior del cuerpo, se distingue de *C. f. albiventris* y *C. f. rivularis*, por ser de un pardo denegrido en lugar de castaño rojizo, y de *C. f. fuscus* por ser pardo grisáceo.

En las partes inferiores del cuerpo, guarda cierta similitud con *C. f. albiventris*, pero son de un tono más obscuro los flancos y costados del pecho.

En cuanto a la coloración amarilla de la base del pico, ninguna de las tres subespecies que hemos tomado en comparación, la ofrecen en forma tan destacada, si bien en algunos individuos se observa un cierto vestigio, restringido al gonio; el pico es también algo más robusto, especialmente la mandíbula superior.

Las semejanzas y diferencias que *C. comechingonus* pueda tener con las formas geográficas de *C. fuscus* de localidades más norteñas, de las que no disponemos material, sólo podríamos establecerlas con los datos suministrados por los autores; pero preferimos transcribir la opinión del Dr. Zimmer, que amablemente se ha tomado ese trabajo, copiando literalmente, a fin de no alterar su sentido, el párrafo de su carta respondiendo a nuestra consulta:

(*) N° 6392. — a is particularly interesting. It belongs to the species *C. fuscus* but it has so many unusual characters that it can not be referred to any of the known subspecies. The upper parts are nearest those of *C. f. longipennis* while the under parts are most like those of *albiventris* of which « tucumanus » is a synonym. The wings are marked unlike those of either of these subespecies or of those typical *fuscus*, but are most like those of *albidiventris* of western Ecuador, although not exactly the some. The tail is marked with sharply defined rufous

(*) El ejemplar N° 6392-a es particularmente interesante. Pertenece a *C. fuscus*, pero presenta características tan poco comunes que no pueden ser relacionadas con ninguna de las subespecies conocidas. La parte superior del cuerpo tiene mucha semejanza con *C. f. longipennis* mientras que por las partes inferiores es más parecido a *albiventris*, del cual « *tucumanus* » es un sinónimo.

Las alas son marcadamente diferentes a las de cada una de estas sub-especies y aún de aquellas que ofrece la forma típica, pero son parecidas a las de *albidiventris* del oeste del Ecuador, aunque no exactamente.

La cola está teñida en la extremidad con un color rufo demasiado definido para ser *albidiventris* y demasiado rufo para ser *albiventris*.

La parte basal de la mandíbula es de un amarillo más fuerte que en cualquiera de los ejemplares de su especie que yo haya visto, a pesar de que algunos especímenes presentan también algo de amarillo en ese lugar.

Cabanis registró « Cillurus minor » para las Sierras de Córdoba, pero Hellmayr dice que el ejemplar de referencia es un topotipo de « tucumanus ». Alguna vez este material será nuevamente examinado. Tenemos varias pieles de las especies de Cosquín, pero las tres son *C. f. fuscus*. A mi parecer su pájaro más bien pertenece a una subespecie inédita. En caso de tener usted otros ejemplares similares del mismo lugar, no habría dudas con respecto a su clasificación. De tener usted otros ejemplares con esa característica o de conseguirlos en cualquier ocasión, con mucho gusto le haríamos canje.

. . . . . .

tips whick are too sharply defined por *albidiventris* and too rufous for *abliventris*. The base of the lower mandible is more strongly yellow than y have seen in other examples of the species, but some specimens have a certain amount of yellow in thot place.

Cabanis recorded « *Cillurus minor* » from the Sierra de Córdoba, but Hellmayr says the critical material is like topotypes of « *tucumanus* ».

Some time this material should be re-examined we have several skins of the species from Cosquín, but all three are *C. f. fuscus*. I would say that your bird belongs to an indescribed subespecies and if you have other specimens like it from the same region, there should be no doubt about it.

También hemos comparado a *C. comechingonus* con la muy breve descripción que da Cabanis y Heine de su *Cillurus minor* (1), sinónimo de *Cinclodes minor*, fundado en un único ejemplar de Arauco, Chile. De dicha comparación es imposible determinar si existe alguna relación entre ambas especies, pues los caracteres específicos que ellos asignan a *C. minor*, excepto en lo relativo a las medidas, están representados en parte, en nuestros ejemplares de *C. comechingonus*, como también pueden observarse en ciertos especímenes de *C. f. fuscus* y muy especialmente en *C. f. albiventris* y *C. f. rivularis*, en cambio, sobre los caracteres específicos que nosotros damos para *C. comechingonus*, no hacen aquellos autores ninguna referencia. En consecuencia, concluímos que lo único que podría considerarse como notable de *C. minor*, son las medidas, que aunque intergradan con las de algunos ejemplares de *C. fuscus*, son en general menores; por lo tanto, sin disponer del ejemplar tipo, nada puede asegurarse. La franja alar rojiza que nosotros damos como uno de los caracteres de *C. comechingonus*, se observa también en *C. minor*, según se deduce de la referencia que Cabanis hace en la diagnosis de su *C. rivularis* (2), al comparar esta especie con *C. minor*.

El Dr. Hellmayr (3), que ha tenido oportunidad de ver al tipo de *C. minor*, llega a la conclusión, después de un examen crítico, de que dicho tipo debe sinonimizarse con *C. f. fuscus*, a pesar de ser más rufo en las partes superiores del cuerpo de lo que ocurre normalmente en la forma típica, considerando que ese carácter, si bien notable, se observa eventualmente en ejemplares de *C. f. fuscus*.

Con anterioridad al trabajo del Dr. Hellmayr, algunos autores han creído ver en ciertos ejemplares coleccionados fuera de la localidad típica, a *C. minor*. Tal es el caso de Reichenow (4), pero el Dr. Hellmayr (5) que

(1) *Mus. Hieneanum*, 2, 1859, p. 24.
(2) *Journ. f. Ornith.*, 26, 1873, p. 319.
(3) *Field Mus. Nat. Hist., Zool. Ser. Publ.* 234, 13, part. IV, 1925, p. 35-36 (nota al pie de pág.).
(4) *Journ. f. Ornith.*, 68, 1920, p. 240.
(5) *Field Mus. Nat. Hist., Zool. Ser. Publ.* 308, 19, 1932, p. 183.

examinó el ejemplar, procedente de Chile y que permitió a aquel autor hacer la mención indicada, observa que se aparta del *C. minor* y sus caracteres son intermedios entre *C. f. fuscus* y *C. f. albiventris.*

Por lo demás, los 90 mm de ala que Reichenow da para su ejemplar, lo separarían de *C. minor.*

Es interesante destacar que uno de los autores de *C. minor*, Cabanis (6), al estudiar una colección de aves de Córdoba, que le fué enviada por el Dr. Doering (*), considera a un ejemplar de las sierras de esa provincia, como *C. minor.* Felizmente el Dr. Hellmayr (7) examinó también este ejemplar reconociéndolo como *C. f. albiventris*, subespecie que ofrece por lo demás, caracteres fáciles de distinguir de aquellos señalados para *C. minor.*

En las colecciones del Museo Argentino se conserva un ejemplar coleccionado por el mismo Doering, en Marzo de 1877, que procede de la Pampa de Achala, clasificado por Burmeister como *C. minor.*

Es lícito pensar por la procedencia, colector y fecha, que este ejemplar pueda ser un duplicado de aquel otro que el mismo colector le envió a Cabanis y que fué reconocido por éste como *C. minor.* Si así fuera, resulta evidente cuánta razón le asistió a Hellmayr para considerarlo como *C. f. albiventris*; en efecto: el ejemplar de Doering que el Museo posee, es más denegrido de lo que ocurre en *C. f. albiventris*, pero igual cosa acontece con otro ejemplar de las mismas colecciones que procede del Valle de los Reartes — situado al pie de la Pampa de Achala, — no obstante lo cual, y como ya lo ha hecho constar el Dr. Dabbene (8), a pesar de esa diferencia, ambos ejemplares deben ser referidos sin ninguna duda a *C. f. albiventris.*

La cita de ? *C. f. minor*, que con dudas hacen Hartert y Venturi (9), muy verosímilmente debe atribuirse a *C. f. albiventris* si se tienen en cuenta los datos que consignan y las localidades que mencionan.

En cuanto a *C. minor* de Stepelman y Schulz (10) no podemos abrir juicio si en ella han aludido a *C. f. albiventris* o a *C. comechingonus*, para lo cual habría sido necesario ver el material de que se sirvieron.

Finalmente, Fontana (11) incluye a *C. minor* en su lista como probable habitante de la región Andina; pero esta mención, fundada en un su-

(6) *Journ. f. Ornith.*, 26, 1878, p. 196.

(*) Cabanis (*loc. cit.*), al dar cuenta de la pequeña pero interesante colección que para su estudio le envió de la Argentina el Dr. Doering, anuncia que este último ha confeccionado una lista en la que se duplican las especies señaladas por Burmeister, trabajo que estaba muy próximo a publicarse en el Boletín de la Academia de Córdoba y del que Doering le había prometido una copia en alemán para ese Journal. Desgraciadamente ese trabajo no ha visto la luz ni en el Boletín ni en el Journal y tanto más debe lamentarse cuando en él se anunciaba la descripción de numerosas especies nuevas y muchos datos biológicos.

(7) *Loc. cit.* (3) p. 36.

(8) *An. Mus. Nac. Hist. Nat. B. Aires*, 30, 1919, p. 168.

(9) *Nov. Zool.*, 16, 1909, p. 209.

(10) *Bol. Acad. Nac. Cienc.*, Córdoba, 10, 1887, p. 400.

(11) *Enumeración Sist. Aves Reg. Andina*, 1098, p. 10.

puesto, carece de valor, pues con igual criterio pudo incorporar a su enumeración cualquier otra especie.

Para concluir con este comentario debemos recordar que el Dr. José A. Pereyra (12) reivindica *Cinclodes minor* (Cabanis et Hiene), fundado en un ejemplar hembra obtenido en la Pampa de Achala (Córdoba), el 1° de Octubre de 1936, por el Sr. Juan B. Daguerre. Dejamos constancia aquí de nuestro agradecimiento al Dr. Pereyra por habernos facilitado dicho ejemplar, que pertenece a su colección particular y que a nuestro juicio corresponde a *Cinclodes comechingonus*.

Las pequeñas diferencias de coloración que presenta este ejemplar con respecto a los 7 especímenes obtenidos por nosotros, se explican por la fecha de captura; aquél está en plumaje de cría y éstos en muda. Por lo demás sus medidas son sensiblemente iguales a las de *C. comechingonus*. A este respecto debemos rectificar las cifras dadas por el Dr. Pereyra para su ejemplar, que hemos examinado cuidadosamente y que consignamos en el cuadro de medidas de *C. comechingonus* que damos a continuación.

N° Catálogo	Localidad	Fecha	Sexo	Culmen	Tarso	Ala	Cola
6392 *a*	Córdoba, S. de Comechingones, 32° 15′ lat. S., 65° long. W. .	II-943	♀ ?	17	24	86	70
45.2	Id., id., id., id.	10-I-945	♀	16	23	90	72
45.3	Id., id., id., id.	10-I-945	♀	16,5	24	88	71
45.4	Id., id., id., id.	9-I-945	♀	16	24	86	72
45.1 (*)	Id., id., id., id.	10-I-945	♂	17	24	88	70
45.5	Id., id., id., id.	9-I-945	♂	17,5	25	95	70
45.6	Id., id., id., id.	9-I-945	♂	16	23	91	70
Col. Pereyra	Pampa de Achala, 31° 30′ lat. S., 64° 40′ long. W.	1-X-936	♀	17	24?	95	74

(*) Tipo.

Hallamos explicación del error del Dr. Pereyra en el estado del ejemplar, que tiene un ala rota a la altura de la base del carpo metacarpo, sobre la que suponemos ha tomado las medidas, y las dos patas igualmente rotas en la base del tarso metatarso, lo que lo hace aparecer como mucho más bajo.

Estos errores han inducido, seguramente, a nuestro distinguido consocio a revalidar contra la opinión de Hellmayr, a *Cinclodes minor*, ya que la descripción de Cabanis et Hiene, que transcribe en su trabajo, es muy somera y no permite tal identidad con esa como con cualquiera otra especie de *Cinclodes* según ya se dijo. Con todo, el estudio de este ejemplar nos ha sido particularmente útil, en efecto: como en la Pampa

(12) El Hornero, 7, 1942, p. 241, y *Mem. Jar. Zool.*, La Plata, 10, 1942, p. 220-223.

de Achala habita *Cinclodes f. albiventris*, según Dabbene ([13]), y nosotros lo confirmamos, y allí también fué obtenido el ejemplar de Pereyra, al cual reconocemos pertenecer a esta nueva especie, la coexistencia de esas dos formas en la misma localidad nos ha dado la clave para considerar a *C. comechingonus* como una especie y no una subespecie del *C. fuscus*, como había sido nuestra primera opinión y la del Dr. Zimmer.

Observaciones biológicas

La sierra de los Comechingones es un cordón de 2.400 m de altura orientado de N. a S., en cuyas cumbres se extienden algunas praderas de superficie variable, de 2 a 30 hectáreas, pequeñas pampas cubiertas de gramíneas y otras pasturas que crecen sobre un substrato negro y arenoso.

Profunda quebrada en las cumbres de los Comechingones. A la derecha un monte de « tabaquillo ».

No hay árboles en las alturas, y las últimas formas arborescentes, se dejan en la cuesta durante la ascensión, mucho antes de llegar al filo de la sierra, o bien crecen al pie de profundas quebradas de 400 a 500 m, por donde corren arroyos que allí tienen sus nacientes y alimentan al río Tercero, cuyo embalse se ve a la distancia. Al abrigo de los vientos, en esas quebradas, hay pequeños montes de tabaquillo (*Polylepis australis*)

([13]) *Loc. cit.* ([8]), p. 768.

y algunos horcomolles (*Maytenus Boaria*) y sunchos (*Escallonia cordobensis*) que son las esencias que alcanzan a mayor altura.

En esas pampas, sembradas de piedras y recorridas por pequeños cursos de agua, viven varias especies de *Cinclodes*, siendo el *C. comechingonus* el más abundante. Los puesteros llaman «cachilas de agua» a todos los *Cinclodes*, porque viven cerca de los arroyos, cuyas orillas frecuentan en busca de moluscos e insectos.

C. comechingonus es sedentario y vive en pareja todo el año. Por el estado de sus órganos sexuales, muy poco desarrollados, y por estar en cambio de pluma, la época de cría había pasado para la fecha de captura. Según las referencias recogidas, la nidificación tiene lugar de Octubre a Noviembre, y el nido lo hacen en los huecos que existen entre los bloques de piedra superpuestos. Esta forma de nidificar difiere de *C. f. albiventris*, que según Dinelli (14) lo hace en las barrancas de los arroyos, como también ocurre en la especie típica, lo que les ha valido el nombre de hoyeros.

No forman bandadas y las parejas, para la fecha de nuestras observaciones, no hacían otra cosa que buscar insectos en una gramínea que allí llaman «paja» (*Calamagrostis*) o bien recorrían las orillas de los arroyos. El macho y la hembra están en permanente comunicación por medio de un continuo reclamo. A veces uno volaba hacia el compañero y se perseguían por un trecho, como jugando.

El vuelo es bajo y corto, no pasando de 100 m, y al extender las alas se destaca la barra rojiza que las cruza.

Su comportamiento respecto al observador, es curioso: demuestran una gran mansedumbre, y permiten acercarse a menos de 10 m; pero después de cazar algunos ejemplares, alarmados seguramente por las detonaciones, en cuanto nos acercábamos, se escondían detrás de las piedras o de los mazos de gramíneas, desde donde espiaban nuestros movimientos, haciendo cortos vuelos para repetir su juego de escondidas, cuando nuestra actitud se les hacía sospechosa.

La alimentación de los *Cinclodes* es casi exclusivamente animal. Se examinó el contenido estomacal de 2 ejemplares: uno de ellos contenía muchos curculiónidos muy digeridos, posiblemente del género *Hyperodes*; algunos hemípteros y restos de mariposas del género *Colias*, varias semillas casi esféricas, al parecer de una leguminosa, y 2 moluscos: un gasterópodo del género *Littoridina* y un bivalvo *Sphaerium*. El otro ejemplar contenía restos análogos, con excepción de los moluscos.

(14) *Loc. cit.* (9), p. 209.

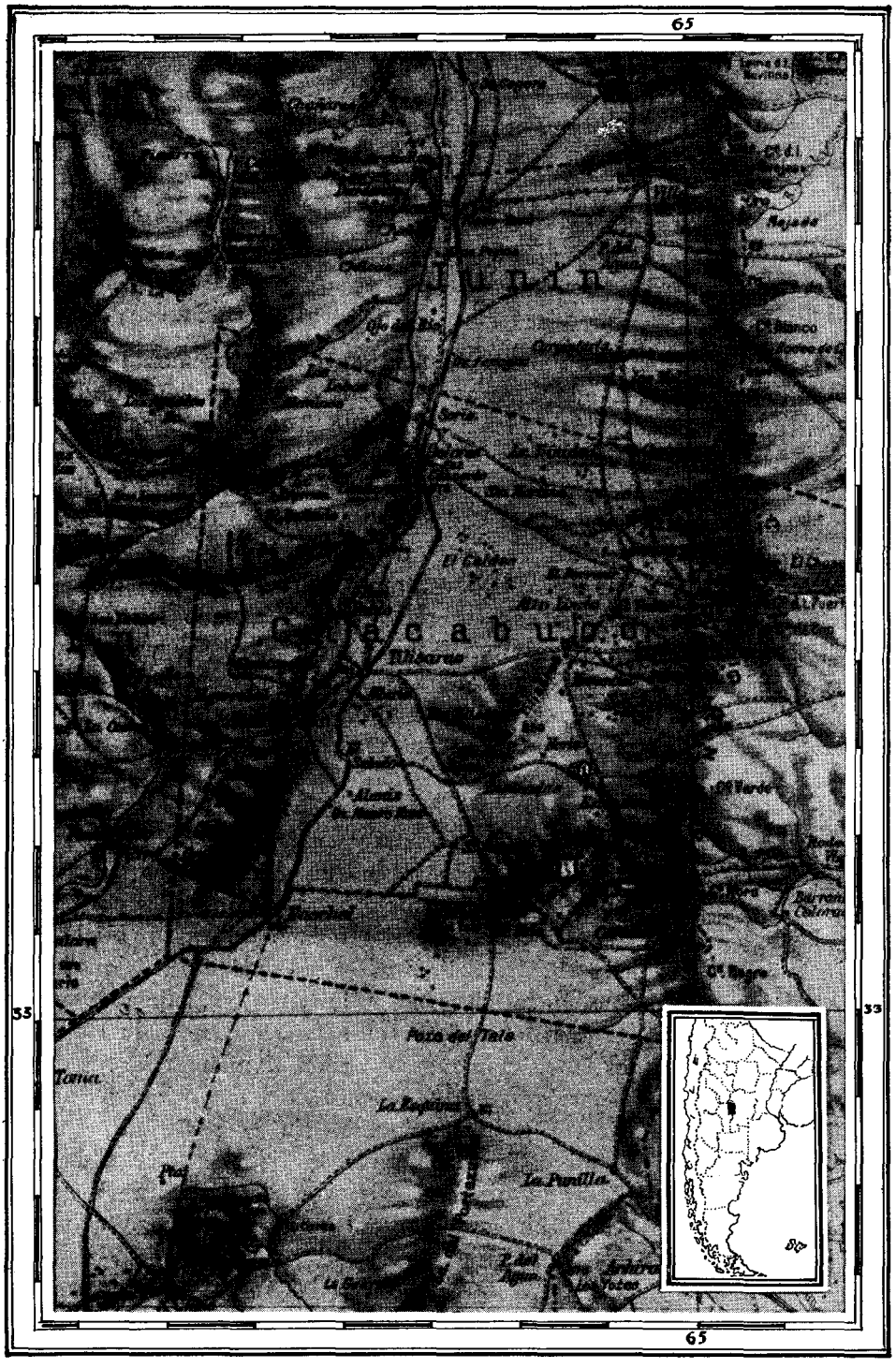
AVES DE ESTANZUELA

SAN LUIS

Por JORGE CASARES

Estanzuela es una antiquísima estancia, cuyo origen remonta al promedio del siglo XVIII, adquirida por los jesuitas, allá por el año de 1753, en virtud de una donación de los herederos de Toro Mazote, con lo cual agregaron un vasto fundo más, de una superficie aproximada de veinticinco leguas cuadradas, a los numerosos dominios, realmente feudales, explotados y gobernados por la poderosa y progresista Compañía, en el territorio, luego (1776), del Virreinato del Río de la Plata. Los emprendedores misioneros sin tardanza levantaron construcciones de piedra y adobe, plantaron viñas y nogales, poblaron con ganado los pastosos valles circundantes, y organizaron la distribución de las aguas para el riego, de lo cual dá testimonio la represa, de ciento cincuenta varas por cincuenta, conservada intacta, y cuyas aguas de vertiente mantienen su frescura bajo la sombra de sauces robustos y copudos. En la actualidad su extensión se encuentra disminuída por sucesivos fraccionamientos, pero queda el casco principal, con más de ocho mil hectáreas, propiedad de don Ezequiel Real de Azúa y señora, en el cual se conservan buena parte de las antiguas « poblaciones », de anchos muros dobles, y rastros de lo que fuera capilla de sólidos cimientos de granito, rodeadas por pirca de lajas, y cruzadas por acequias que riegan la huerta y los alfalfares próximos. Dentro del perímetro del actual establecimiento han quedado las caleras, cuyo horno, en un altozano de la sierra homónima, levanta su pétrea muralla con arco rebajado y con almenas, como baluarte medioeval; y escondidos entre el monte se apilan, formando las paredes de una pequeña habitación, grandes bloques de blanquísimo mármol, producto de una cantera hoy inexplotada. En la parte sur, en lo más escabroso de la misma serranía, tuve la singular fortuna de individualizar una « casa de piedra », vivienda de los misteriosos y extinguidos indios Comechingones, sobre la cual daré luego algunos detalles.

Topografía. — Hacia el norte se extiende la parte más llana y apropiada para la cría de ganado, por la abundancia y calidad de los pastos,



Mapa de la región. La casa de la Estancia está señalada en el ángulo de dos caminos y la Casa de Piedra sobre la sierra de Estanzuela.

donde el « guampudo »[1], multicolor y esquelético vacuno de la época jesuítica está reemplazado por rollizos ejemplares mochos de la raza *Aberdeen-Angus*, uniformemente retintos, y las ovejas criollas de luengo cráneo combado y de cerdosa lana, por las *Corriedales* de vellón largo, tipo *Lincoln*, con finura cercana a la del merino, reciente producto de la ganadería neozelandesa, resultado obtenido por cruzamiento y selección[2].

La represa. (Foto del autor).

La situación precisa de Estanzuela se puede establecer, fijando « las casas »[3] como punto, en el cruce de los 32°50′ de latitud sur y los 64°55′ del meridiano W. de Greenwich, a unos 840 m sobre el nivel del mar. Está flanqueada en su límite del poniente por las sierras de Tilisarao – que han dado nombre a la vecina estación del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico – y en su parte central se alzan las llamadas, también, de Estanzuela, cuya mayor altura – cerro del Molle – se aproxima a los mil metros. Estas sierras forman los contrafuertes de la prominente cadena de los Comechingones, eje del sistema orográfico central del país, línea divisoria entre Córdoba y San Luis, en la cual se yerguen sucesivamente altos picos con nombres de colores – negro, moro, verde, de oro, blanco – algunos de los cuales sobrepasan los 2000 metros,

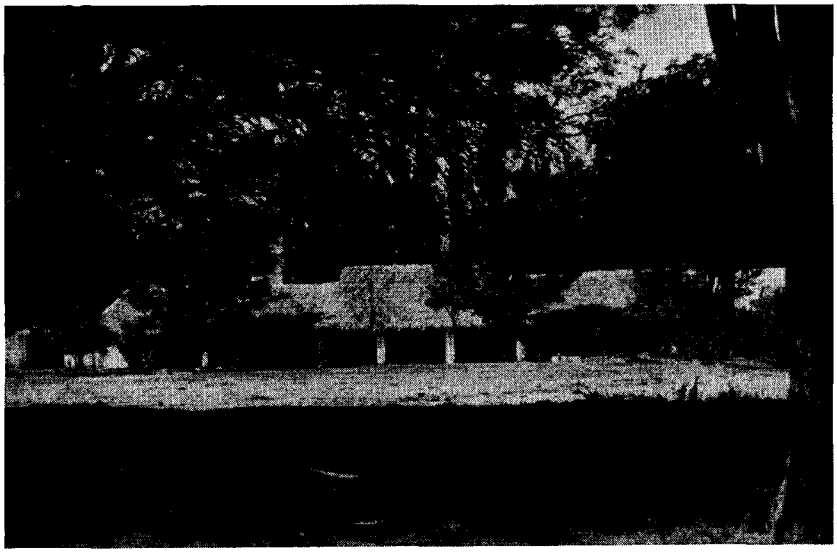
[1] Argentinismo, por cornudo, de grandes cuernos: *guampa* = asta, cuerno; palabra en uso también en los estados ganaderos del Brasil, pero vocablo tomado, según Beaurepaire-Rohan, del Río de la Plata; se le da origen quichua, pero no está comprobado.

[2] En Nueva Zelandia se estableció el registro de experimentos en 1903; se oficializó la raza en 1905, y en la Argentina en 1915.

[3] Denominación del paisano argentino, así en plural, para su hogar, aunque sea un rancho solitario, y con mayor razón cuando está formado, como generalmente lo está, por varias construcciones.

para rematar en 2880 con el cerro Champaquí, dentro ya de la provincia de Córdoba.

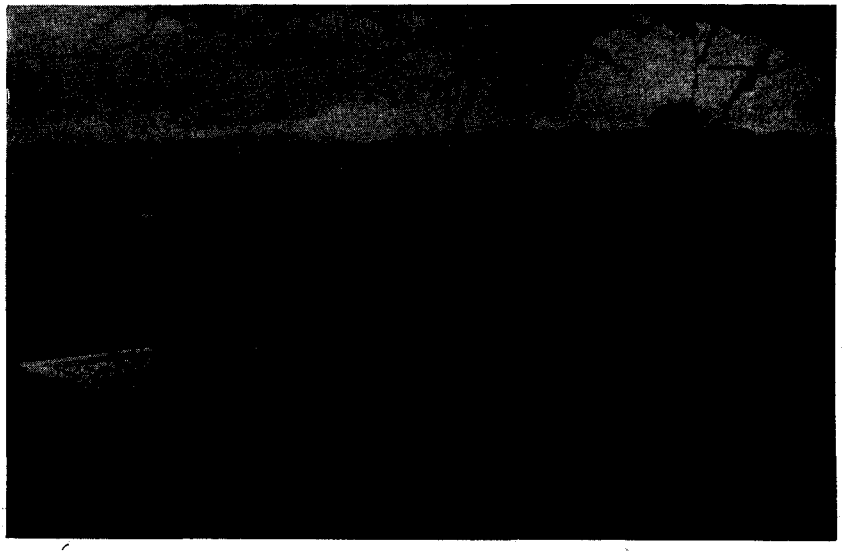
Frente este de la casa principal. (Foto del autor).



Frente oeste de la casa principal. Antiguo granero y galpón de la esclavatura. (Foto del autor).

FLORA. — La flora es la típica serrana, cuya mayor lozanía se produce cuando está protegida por la falda montañosa, en los rincones donde

abundan las corrientes de agua, absorbidas luego en el llano por el suelo arenoso, en los cuales – Los Molles, Papagayos, Villa de Merlo, Piedra Blanca, – a lo largo del camino llamado de la Costa, porque « costea » la sierra, se perfilan a la distancia por sobre el arbolado vernáculo los altos abrigos de álamos, síntoma seguro de huerta y de acequia. La vegetación ofrece como característica la abundancia de palmeras [*Trithrinax campestris* Burmeister], las de tallo recubierto, de arriba abajo, por fibrosa capa uniforme de caduca hojarasca, sobre el cual elevan el tupido penacho de las hojas, como inmensas pantallas, en algunos casos aislados



Antiguo horno de la Calera. (Foto del autor).

hasta los ocho metros de altura, cuando están favorecidas por la proximidad de un arroyuelo o de un *guaico*, como llaman en la región a la laguna formada por las lluvias [1]. Las plantas, en gran parte las mismas de la zona pampeana de San Luis, son de crecimiento más decidido en Estanzuela, y algunas de ellas, en suelos más secos simples arbolillos, pasan a desarrollo de árboles. Entre éstos ocupa sitio preeminente el *Chañar* [*Gourliea decorticans* Gill], de fruta como una manzanita verde cuando pintona – en sazón rojiza – con pulpa blanca, compacta y aceitosa, de gusto áspero aunque no desagradable al paladar, y bien visible entre las apretadas hojas de un tinte azulado; el tronco es liso y de corteza verde brillante, desprendida en los ejemplares viejos en grietas grisáceas, particularidad, ésta – descortezante, *decorticans* – especifi-

[1] Palabra quichua: Mossi; *Dic. Quichua-Cast.* Sucre, 1857-60. « *Huaycco*... y cualquier canal, o cosa ahondada de avenidas ». En Catamarca equivale a « zanja o cañadón », según Lafone Quevedo

cada en la nomenclatura. Su presencia, generalizada en una vasta zona, ha dado motivo a un botánico [1] para establecer una « estepa del chañar ». Pero uno de los más airosos y elegantes árboles es el *Algarrobo Blanco* [*Prosopis alba* Grisebach], con sus ramas que se estiran ondulantes, cubiertas por un follaje llorón, hasta formar la copa de mayor amplitud en aquel monte, de la cual penden vainas retorcidas, regalo para los moradores autóctonos que las transforman en *aloja*. El *Algarrobo negro* [*Prosopis nigra* Hieron.], primo hermano del anterior, aunque menos alto, está más difundido y abunda en los valles, donde constituye, por sus legumbres azuladas, alimento apreciado por la hacienda, y por los hombres

Palmeras. (Foto del autor).

convertidas en pan de *patay* [2]. Existe también el *Calden* [*Prosopis algarrobilla* Grisebach], de fornido tronco y hojillas claras, riqueza forestal por su madera dura, sobre todo en buena parte de la Pampa, propiamente dicha, denominada por alguno « zona del Calden » [3]. El *Peje*, conocido en el litoral por *Sombra de toro* [*Jodinia rhombifolia* (Hook y Arn.)], de hojas romboidales espinosas, no alcanza la corpulencia de los del Uruguay, donde es símbolo nacional. El *Espinillo* [*Acacia cavenia* Hook y Arn.], de fragantes glóbulos gualda, es algo distinto del corriente en el litoral

[1] Grisebach.

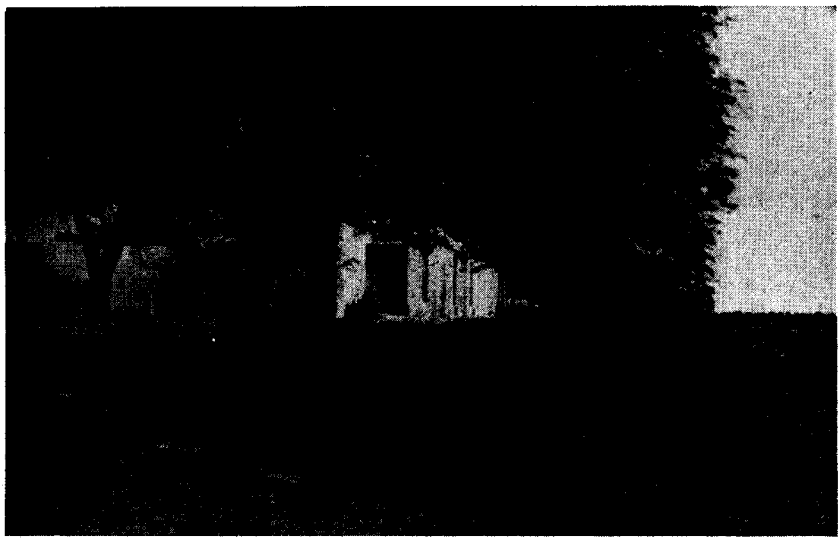
[2] *Aloja*, bebida fermentada, y, por lo tanto, alcohólica. *Patay*, dulce en pasta. *Hacienda*, argentinismo por *ganado*, aunque de origen castizo, porque es de uso en Salamanca, nada menos, como quien dice en la mismísima Castilla la Vieja.

[3] Homlberg.

y puede confundirse con la *Tusca* [*Acacia lutea* Mill.], distinguible ésta, sin embargo, por sus largas espinas blancas.

Entre los arbustos la *Jarilla* [*Larrea divaricata* Cav.] es una de las más abundantes, de hojas pequeñas y apretadas flores amarillas con un tenue olor a iodoformo, entre diminutos escobillones blancos, frutos en cierne, y con troncos ramificados que se aprovechan como varillas en los alambrados locales.

Las quebradas, aún en el otoño, se colorean con el azul de una *pasionaria* [*Passiflora foetida* Linné ?], más erguida y leñosa que la bonaerense [*Passiflora cerulea* Linné], y con una diminuta *Flor de papel* [*Zinnia* sp.],

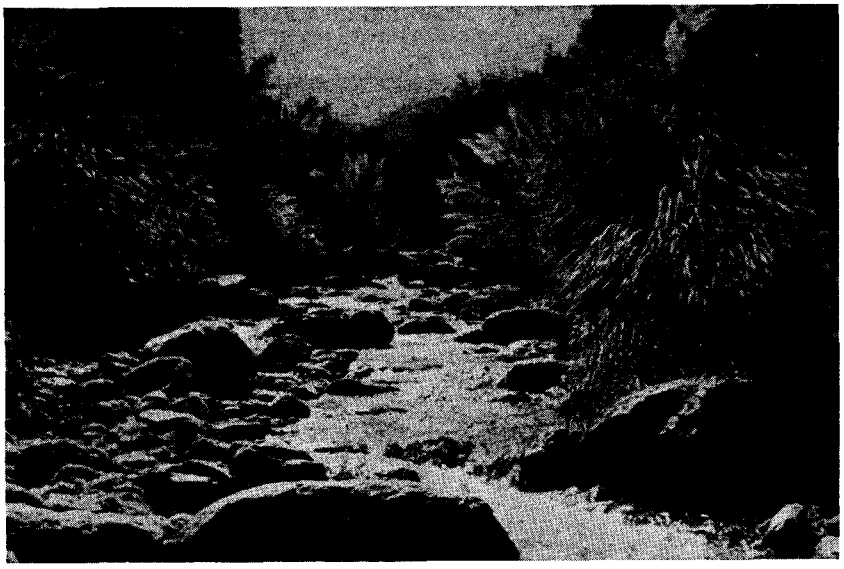


Algarrobo blanco. (Foto del autor).

color de ladrillo. En las laderas los *hachones*, como allí llaman a ciertos cactos, reiteran su floración en el mes de Abril, el uno [*Trichocereus candicans* (Gill.)] en repetidas corolas, como platillos, de un blanco luminoso realzado por pesada borla de estambres dorados, y el otro [*Cleistocactus Baumannii* Lem.], en una corona encendida en rojo azulado, pegada al maslo espinoso. Entre los epifitas, además de las *Flores del Aire* [*Tillandsia* Spcs.], blancas o escarlatas, se destaca la *Liga* [*Psittacanthus cuneifolius* (R. y P.)] con sus racimos casi perennes de flores tubulares coloradas, refugio y alimento de picaflores, como es en Nahuel Huapí el *Quintral* [*Phrygilanthus etrandus*], en torno al cual zumba, en enjambres, el colibrí araucano [*Eustephanus galeritus* Molina].

En los arroyos – bordeados por los plumosos penachos de la *cortadera*, cuyas hojas filosas se deslizan en cascada verde-mar hacia la orilla –

los berros, el de flor blanca suave al paladar y el de flor de mostaza suculentoy picante, tiemblan entre los cabrilleos del agua descendente sobre el fondo guijarroso; en las praderas embalsaman el aire las yerbas olorosas, indígenas o aclimatadas, todas silvestres: el *poleo*, el *tomillo* la *peperina*, el *romerillo* y las mentas diversas: la *acuática*, la *piperita* y la *yerba buena*, mientras los potreros se colorean de heliotropo con las fragantes flores de la *yerba de la cabra*, y de amarillo con las corolas del *macachín* [1].



Arroyo comarcano. (Foto Gavio).

AVIFAUNA. — Las sierras de Córdoba y San Luis, en términos generales, fueron incluídas por Dabbene en la zona de la Avifauna Andina, de la cual es típico representante el Cóndor [*Vultur gryphus* Linné], cuyos majestuosos planeos pueden contemplarse, aún al este, en el Departamento de Punilla, por ejemplo, donde he visto a un grupo girar en espirales a gran altura, sobre un cerro próximo al Río Tinto, llamado de los Cóndores, el mismo nombre dado, por otra parte, a la más aislada y puntiaguda prominencia (1430 m) de una de las diez que forman el curioso conglomerado, de variada formación geológica, llamado El Morro, a unos 60 km al SW. Pero en Estanzuela, si bien existen especímenes de la zona Andina, predominan, a primera vista, las aves bonaerenses:

[1] Cortadera: *Cortaderia argentea*; Berros: *Cardamine* spec.; Poleo: *Lippia turbinata*; Tomillo: *Hedeona multiflora*; Peperina: *Bystropogon molle*; Romerillo: *Heterothalamus bunioides*; Menta acuática: *Menta aquatica*; Menta piperita: *Menta piperita*; Yerba buena: *Menta rotundifolia*; Yerba de la cabra: *Helotropium veronicifolium*; Macachín amarillo: *Oxalis corniculata*.

el tero, el hornero, el benteveo, la tijereta, el picaflor verde, el ovejero, y muchas otras más, a las cuales se agregan subespecies propias de la región y hasta alguna del noroeste argentino. Existe, por consiguiente, el atractivo de la afluencia y superposición de aves de zonas distintas.

Ahora bien; a esta reseña no se le debe dar más alcance que el de una serie de ligeras y fragmentarias indicaciones, porque es el resultado de dos breves permanencias de ocho días cada una, sin más arma que un prismático, con lo cual, naturalmente, sólo puede llegarse a conclusiones parciales e incompletas.

Van, pues, a continuación, las notas apuntadas en la libreta al azar de mis propias comprobaciones y del comentario del joven capataz Lucio Yrusta, puntano apegado a su terruño, atento observador[1]. Agrego rasgos de plumaje y de « comportamiento » para facilitar al aficionado la identificación de las aves, por si con ellas se encuentra, y una que otra referencia adicional para hacer más llevadera la lectura; en la enumeración sigo, para comodidad de los técnicos, la disposición de los órdenes y las familias de Wetmore y Peters (1930), perfeccionadores del sistema de Sharpe (1891), emanado a su vez del de Huxley (1867).

En las partes llanas, particularmente en las cubiertas por los llamados pastos fuertes (*Stipa* Spc.), circulan, además del avestruz, las perdices, así bautizadas por los españoles, en la época de la conquista, debido a su semejanza con sus tocayas las europeas; nombre, por cierto, inapropiado, que ha sustituído al eufónico *Inambú*, de los Tupí-guaraníes, el mismo que Buffon (1778) transformara en *Tinamou*, generalizado luego en Europa para los individuos de esta familia (Tinamidas); familia, por otra parte, tan distanciada de las gallináceas, que en la sistemática actual figura reunida en un superorden con los avestruces, nada menos, grupo reducido de la más rancia prosapia, porque remonta su origen hasta empalmar con los reptiles, por la estructura de su paladar y otras particularidades anatómicas.

1. **Avestruz.** — *Rhea americana albescens* Lynch Arribálzaga y Holmberg. En las llanuras de la región se encuentran tropillas de *ñandúes*, la mayor de nuestras aves, en trote acompasado, mostrando el blanco del cuerpo al levantar las alas en movimientos compensadores de la marcha. No es necesario describirlo por demasiado conocido; recordemos, sin embargo, que es menor en tamaño que el sudafricano; que tiene tres dedos, uno más que el señor del grupo; que sus plumas modestas se quedan en plumero sin conseguir figurar en las cortes reales. El macho tiene el cuello más negro que las hembras; éstas ponen sus enormes huevos en

[1] Puntano: Natural de San Luis de la Punta, agregado este último de la época colonial, para distinguirlo de las tantas poblaciones homónimas. La capital de la provincia se encuentra al pie de la "punta de los Venados" de la sierra de su mismo nombre. De ahí *puntanos*.

sociedad, porque varias los depositan en el mismo nido, hasta juntar 30 ó 40 – Hudson dice que se encuentran hasta 60 – sobre los cuales se echa el macho, ejemplo de paternidad y de cooperación conyugal, para empollarlos. A los pequeños se les llama *charas, charitas, charabones*, y a los grandes, además del *ñandú* guaranítico, *suri* en las provincias de influencia quichua; *choique* en las de araucana, aunque este nombre debe reservarse para el avestruz de la Patagonia. La variedad argentina tiene el pescuezo más negro y el tarso más largo que la uruguaya; existe, además, la variedad brasileña: en total tres subespecies. Ultimamente se habla de dos más: una del Matto-Grosso (Brasil) y otra del Paraguay, al este del río del mismo nombre; no incluyo, naturalmente, en esta enumeración las dos especies del avestruz petizo, de género distinto, la patagónica [*Pterocnemia pennata* (D'Orbigny)], conocido por de Darwin, y la otra de los altiplanos argentino y boliviano [*Pterocnemia pennata garleppi* Chubb].

Perdices. — Pude comprobar la existencia de la:

2. **Perdiz colorada.** *Rhynchotus rufescens pallescens* Kothe. — Magnífica ave de caza, de ruidoso vuelo, con alas « canela rojizo brillante » (Dabbene) y cabeza, cuello y pecho, también rojizos, aunque más pálidos (*pallescens*, palidescente), que en la especie típica (*Rh. rufescens rufescens*) habitante de Misiones, Uruguay y Brasil. En la región le dicen *Perdiz de ala colorada*. Da un silbido largo y tres cortos.

3. **Perdiz montaraz.** *Nothoprocta cinerascens* (Burmeister). — La propia del centro y oeste argentinos, siempre en la vecindad o dentro del monte, por donde pasea repitiendo su silbido espaciado ...*pi*...*pi*...*pi*..., insistente al caer la tarde o cuando hay amenaza de tormenta o viento. La coloración jaspeada, que el paisano llama « batarás », es gris; lleva un marcado casquete negro. En tamaño es algo mayor que la *piuca*. Sus alas, romas y redondeadas, son propias para su vuelo en zig-zag entre los árboles; las despliega y cierra alternativamente produciendo un ruidoso matraqueo intermitente; en el nido las entreabre, y por su cuerpo corto, de cola rudimentaria, aparece entre las hierbas como una media esfera gris.

4. **Piuca.** — Nombre local de la perdiz chica. Difiere de la bonaerense, porque es la especie patagónica, conocida por de Darwin, en la variedad mendocina *Nothura darwini mendozensis* Chubb, francamente más clara y distinta en su coloración más grisácea, y con las manchas del pecho no tan negras. En Mendoza: *Yute* [1].

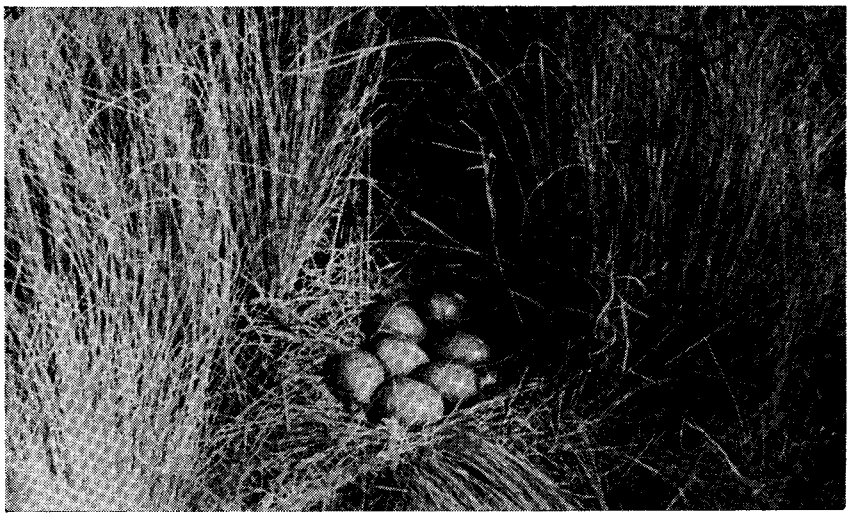
[1] En Quichua, nombre genérico de la perdiz = *Yuttu*.

5. **Martineta.** *Eudromia elegans morenoi* (Chubb). — La perdiz copetona, la martineta así llamada ya en el siglo XVIII, « por un moño o martinete que tiene sobre la cabeza », afirma Azara, quien agrega: se la encuentra en los « campos de Buenos Ayres desde los 37 grados para el sur », referencia exacta y precisa, como suya, porque la especie típica (*Eud. e. elegans*) aparece a la altura del Azul, alejada en varias leguas de la cuenca del río Salado, manteniéndose en la región más elevada denominada Tandilia para extenderse hacia el sur y el oeste. La martineta – cuyo nombre se apropia en el mercado, indebidamente, la perdiz colorada – es genuinamente argentina, no se encuentra fuera de sus límites [1]; llega hasta Santa Cruz y se recuesta – en distintas variedades — hacia el oeste, incluyendo La Pampa, pero sin pasar al este de la región central del país, se corre hacia el norte y se encarama hasta los 2500 metros, en Salta, y da una bajada hasta el centro de Santiago del Estero; es desconocida en todo el litoral norte de Buenos Aires y en Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, provincia, esta última, donde positivamente no existe, a pesar de las reiteradas afirmaciones de algunos autores [2]. La variedad local es una soberbia pollaza, muy corpulenta, al parecer mayor que la típica – no conozco comparaciones de medidas, – variedad dedicada en 1917, por el venerable Chubb, al Perito Moreno; es la misma que se extiende hasta el Neuquén, de donde proviene, por otra parte, el ejemplar tipo. Lleva, como todas, aquel copete negro bien levantado sobre la cabeza erguida, y practica, claro está, el mismo andar airoso y elegante que determinó a los autores a bautizarla, uno, *Eudromia* – la que camina bien – y otro, *Calopezus* – el del hermoso andar – coincidiendo todos en especificarla de *elegans*, elegante. Se las encuentra con frecuencia en grupos impares de 3, 5, 7. Tuve la suerte de encontrar un nido (véase lámina), del cual se levantó la martineta sorprendida; la postura era de 7 huevos de extraordinario brillo, en dos colores diferentes, cuya clasificación sobre dos ejemplares examinados es la siguiente: Ejemplar *a.* Verde manzana, el *Apple-green* n° 20 de la lámina X de *Nomenclature of colors* por Roberto Ridgway, edic. 1886, pero más claro en el huevo; al cotejarlo con los matices de *Color standards*, edición del mismo autor de 1912, está entre el *Oil-yellow* y el *javel-green* de la Plancha V. Las dimensiones eran de 53,5 × 38,2 mm.

[1] Esta aseveración, desde hace unos seis años, no puede mantenerse, porque Pierce Brodkorf, en una publicación de la Universidad de Michigan, ha creado (1938) una nueva especie, *Eudromia mira*, basada en ejemplos encontrados en el Chaco paraguayo, a unos 200 kms al Oeste de Puerto Casado, y otros a 120, en igual dirección, de Puerto Pinasco.

[2] Este error proviene de que el Prof. Barrows, que estudió las aves de Concepción del Uruguay, publicó el resultado de sus observaciones en la revista *Auk*, bajo el título de « Birds of the lower Uruguay » en cuyo trabajo agregaba nombres de aves coleccionadas en el Sud de la provincia de Buenos Aires, entre las cuales figuraba la *martineta* cazada en Bahía Blanca. Ahora bien, en el Catálogo del Museo Británico, vol. XXVII, 1895, se cita este ejemplar como de « Bahía Blanca (lower Uruguay) », confusión geográfica debida probablemente al título del trabajo.

Ejemplar *b*. Verde-cromo, *chromium green*, n° 12 de la lámina X, edic. 1886, pero más claro; en la edición 1912 corresponde al *asphodel-green*, lámina XLI; dimensiones: 52 × 38,2 mm. A los dos días volví con el propósito de retratar a la martineta echada, pero con gran sorpresa encontré el nido vacío; sólo quedaban dos huevos, al parecer enteros, a pocos centímetros fuera del nido. Los recogí a los efectos de colocarlos en su sitio, pero comprobé que estaban con una pequeña rotura por debajo y vacíos. Quedaba por averiguar cuál había sido la alimaña destructora. La abertura estaba en la parte central, con un diámetro aproximado de un centímetro en ambos huevos; en uno de ellos, además, con



Nido de *Martineta* en Estanzuela. (Foto del autor).

un agujerito como horadado por un colmillo. Supuse fuera la obra de un zorro o tal vez de un *cachilote*, pájaro comedor de huevos. Al someter el caso a Yrusta, sin trepidar diagnosticó: *iguana*, por la forma del agujero. Además señaló el círculo más pequeño como un golpe de ensayo dado con el colmillo; me explicó que el zorro tritura mucho más la cáscara; en cambio el *cachilote* da un puntazo con el pico para sorber el contenido, dejando el huevo con apariencia de intacto [1].

Aves acuáticas. — Como no abundan las extensiones de agua, la avifauna acuática no es tampoco abundante. Anoté, sin embargo:

6. **Macá de pico grueso.** *Podilymbus podiceps antarcticus* (Lesson). — En la represa ancha como un río, bordeada por añosos sauces, una pareja maniobraba, entre las plantas acuáticas, bajo cambiantes de luz y som-

[1] Cachilote: véase *ut infra*, n° 48. Iguana: *Tupinambis teguixin* (Linné).

bra, bien visible el pico robusto cruzado por una raya transversal muy oscura; « moros », en gris y castaño, de color, reflejando en el agua clara su trasero blanco [1].

7. **Pato franciscano.** *Nettion flavirostris flavirostris* (Vieillot). — En pequeños grupos de tres o cuatro en las represas y acequias. Una de nuestras más sabrosas cercetas; de pico amarillo, cabeza abultada, gris pardusco oscuro, con plumas esponjadas, sobre todo en la nuca, hasta dar la apariencia de una capucha de fraile. Negro rojizo en el lomo, claro por debajo, con manchas reniformes negras; las alas grises con un espejo negro de terciopelo, con franja verde metálico arriba y orilla canela. Se le llama también *barcino chico.*

8. **Pato barcino grande.** *Poecilonetta spinicauda* (Vieillot). — A falta, pues, de las grandes lagunas, propicias a las palmípedas, los patos son, por lo tanto, escasos. *Jergón grande*, lo llaman en el sur, probablemente por influencia chilena; *Veliche* en Mendoza, y en Buenos Aires, con frecuencia, *Maicero*, por su afición a merodear en los rastrojos de maíz. Lo de « barcino » le pega, por su color – « rojizo pardo vivo » (Dabbene), salpicado con manchas negras – porque coincide con la capa frecuente en el ganado y en los perros criollos: « rojo con manchas transversales negras o negruzcas » (Segovia), definición argentina que no coincide con la castiza, tomada de los árabes [2]. Este pato, de cola puntiaguda, pico amarillo, con culmen negro, patas plomizas y alas con espejo negro entre dos fajas anteadas, se encuentra en todo el territorio de la Argentina, de Jujuy a Tierra del Fuego, las Islas Malvinas inclusive.

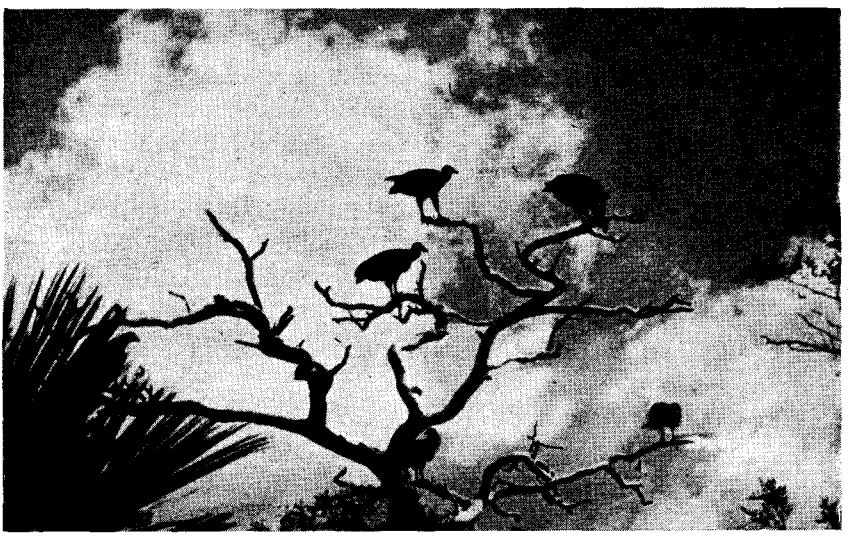
9. **Pato cuchara.** *Spatula platalea* (Vieillot). — Con su pico ancho, en espátula, como de cabritilla negra, y patas amarillas, pecho castaño rojizo con pintas negras y azul en las alas de espejo verde, puede confundirse con nuestro *Pato colorado* [*Querquedula cyanoptera cyanoptera* (Vieillot)] – « Blue winged teal », de los norteamericanos – aunque éste es más pequeño, de pico normal y más claro, y el color general de un castaño más vivo y azul en los hombros.

AVES DE RAPIÑA. — Las aves rapaces son variadas y numerosas, pero difíciles de identificar a la distancia, entre otras razones, por las variantes de plumaje, en la misma especie, según las edades. Sin embargo no puede confundirse al:

[1] Moro: En la acepción argentina « mezcla de pocos pelos blancos y muchos negros » (Solanet). Para la Academia Española es: « la caballería de pelo negro con una mancha blanca en la frente y calzada de una o de dos extremidades ».

[2] *Dicc. Acad. Española*: « Barcino: dícese de los animales de pelo blanco y pardo, y a veces rojizo ».

10. **Jote de cabeza negra.** *Coragyps atratus foetens* (Lichtenstein). — A medio día descansan, en sociedad, de sus depredaciones matutinas, y sobre el gris claro de los árboles secos se destacan, como inmensas brevas, por el negro profundo del plumaje, su cola corta y trunca, y, a guisa de pedúnculo, la cabeza y cuello pelados. Este tétrico buitre se encuentra en el país desde Nahuel Huapí hacia el norte, continuando hasta Colombia; más numeroso en la región andina, se encarga, casi doméstico a lo largo del Pacífico, de la limpieza pública de no pocas ciudades, donde se le respeta y considera en honor a la misión que desempeña, bajo el nombre corriente de *Gallinazo*; en Córdoba suelen lla-



Jotes en reposo. (Foto del autor).

marlo *Congo*, *Pajapaja* en San Juan, *Palapala* en Tucumán y Jujuy, y en la zona de influencia guaraní, Chaco y Corrientes, *Iribú*. Los técnicos, notándole en su aspecto exterior una mezcla de cuervo y buitre, le compusieron un nombre con dos palabras griegas: *Corax*, cuervo, y *Gyps*, buitre; además, de puro negro, lo han declarado enlutado, *atratus*; y, viviendo de carroña, es lógico que sufra las consecuencias y no huela bien, muy al contrario, y resulte por ende un tanto fétido: *foetens*.

11. **Come-perros,** nombre local del *Cathartes aura jota* (Molina). — Del tamaño de un pavo – en Norte América llaman a esta especie, *Turkey-Vulture*, *Pavo-Buitre* – es por consiguiente más grande que el anterior. Cuatro de ellos en reposo sobre un árbol seco resolvieron acompañarnos en la ascensión al cerro del Molle y al llegar a la cima planearon

mucho rato sobre nuestras cabezas; agrandados por sus alas desplegadas se definía el largo de la cola y aparecían como ascendidos de buitres a águilas, mientras su pariente el *jote*, con su cola mocha y su planeo calmoso, queda siempre en los que es. Se perfilaban en vuelo como cruces negras suspendidas en el espacio, formada cada una por el cuerpo oscuro, a guisa de arbol, y como brazos la parte delantera de las alas, también oscura, destacada sobre el gris de las remiges mayores. Las patas claras señaladas como dos guiones sobre el vientre; claro también el pico que se alarga desde la cabeza pelada como el cuello, ambos rosados más bien que rojos, no sólo a la distancia sino aún de cerca. *Jote de cabeza colorada*, para algunos; *choya*, en Tucumán.

12. **Halcón blanco.** *Elanus leucurus leucurus* (Vieillot). — En vuelo como de gaviota, blanco todo por debajo; las puntas de las alas grises denuncian el manto del mismo color y los hombros negros. Negro también el pico, de fuego el ojo y las patas amarillas. En Buenos Aires se suele verlos de a tres y de a cuatro casi sin avanzar en el aire mediante un rápido aleteo que los mantiene en el mismo sitio, para largarse luego en « performances aéreas », diría Hudson, por lo cual en Chile, con toda propiedad, lo llaman *Bailarín*.

13. **Aguila escudada.** *Geranoaetus melanoleucus australis* Swann. — Me anunciaron la existencia en el fondo norte del campo, de un nido con su correspondiente aguilucho. Al final de un extenso potrero una pareja de águilas giraban a baja altura sobre un árbol aislado: denunciaron la ubicación del nido. Al acercarme percibí sobre un crecido chañar en medio de la trabazón de ramas del nido, al aguilucho emplumado, en negro y ante, medio cuerpo fuera, la cabeza provista ya de un pico poderoso. Mientras intentaba tomar una telefotografía – con resultado negativo porque operaba sin trípode – la madre, desde otro árbol vecino, chillaba agriamente, vigilante e inquieta; intenté contra ésta una nueva aventura fotográfica, también negativa, porque levantó el vuelo mostrando su conspicuo peto formado por la garganta gris y el pecho negro, sobre el resto blanco; negro también el extremo de la cola y lo inferior de las alas, así como el lomo. Se le llama también *Aguila blanca*.

14. **Chimango negro.** *Parabuteo unicinctus unicinctus*. (Temminck y Laugier). — Mucho más grande que su tocayo, el difundido *chimango*; en tamaño se acerca más al *carancho*. En la punta de un algarrobo uno de ellos hacía equilibrio; a la distancia parecía totalmente negro – y muy coludo – sin que pudiera percibisse el castaño de las cobijas alares. Quedó, por último, asentado sobre una rama, con lo que me resolví a intetar una telefotografía, mas en el momento de disparar el obturador,

voló, desenvuelto y pausado, mostrando el blanco del nacimiento de la cola – parecido en esto al *Caracolero* [*Rosthramus sociabilis sociabilis* Vieillot] – y el del extremo de la misma apenas acusado. Según información de Yrusta « le gustan los pollos y es más dañino que el *chimango* común, el de color marroncito claro ». Azara lo llama *Gavilán*

Chimango negro cazado en Estanzuela. (Foto del autor).

mixto oscuro y canela. Se corre por el este hasta el cabo San Antonio, aunque en realidad se pasea por todas nuestras provincias, y por el Norte alcanza a Venezuela.

15. **Chimango.** *Milvago chimango chimango* (Vieillot). — Establecido en la región como en todo el resto del país, este habitante pardo rojizo de la mitad meridional de Sud América. Con las mismas costumbres, los mismos chillidos y el mismo eclecticismo gastronómico, porque le es lo mismo el alimento muerto o vivo, vegetal o animal, así sean reptiles, insectos o huevos. En las vecinas provincias de La Rioja y San Juan lo llaman *Ibiña.*

16. **Carancho.** *Polyborus plancus plancus* (Miller). — Escaso. Se presenta con su rayado fino transversal en blanco sobre pecho y espalda, su casco negro que termina en copete occipital, blanquecinas la cara y la garganta, el formidable pico color hueso con un mitón de piel en la base, horadado por las fosas nasales.

17. **Halcón canela.** *Cerchneis sparveria cinnamomina* (Swainson). — Al más pequeño de nuestros halcones. Hudson lo llama *Cernícalo argentino – Argentine kestrel –* aunque, a decir verdad, sale a los países vecinos. *Cernícalo* también le dicen en Mendoza, según Reed. Generalmente en sitios muy visibles. Canela en el lomo y la cola, azulado en la cabeza y parte de las alas, blanco por debajo y en la cara dos lagrimones negros que caen de los ojos. Hay diferencia entre el macho y la hembra; ésta, por lo pronto, es más grande; en cierto modo, ley entre los rapaces.

ZANCUDAS. — En las proximidades de la represa, entre el matorral de la orilla, alcancé a percibir, en trote acompasado, baja la cabeza, erguida la cola, agitada por el tic nervioso corriente en la familia (Rálidas), a la

18. **Gallineta overa.** *Pardirallus maculatus maculatus* (Boddaert). — Con su pico amarillo verdoso con algo de azul y escarlata en la base, un tanto corvo y mucho más largo que el de sus congéneres, del grupo llamado por Azara *Ipacahá*. Lleva dos colores dominantes: verdoso en lo superior, plomizo por debajo, ambos jaspeados de blanco grisáceo. En la provincia de Buenos Aires se le apoda *Burrito* en razón de su canto que recuerda a un rebuzno lejano.

En las partes llanas, con su grito vigilante, el

19. **Tero.** *Belonopterus cayennensis lampronotus* (Wagler). — El de la región no es el cordillerano (*B. c. occidentalis*), como podría suponerse, sino el mismo de la cuenca del Plata, ave nacional del Uruguay, que grita *teru... teru*, y no *quetrén... quetrén...* como el otro. El canto permite distinguirlos fácilmente, no así el plumaje, que es muy parecido; el del oeste tiene más negro de la garganta al pecho, es algo mayor y las plumas de la nuca más largas y finas. Por conocido no requiere descripción.

En los remansos de las acequias suele encontrarse desprevenido y confiado, en grupos de 3 ó 4, al

20. **Chorlo de patas amarillas chico.** *Totanus flavipes* (Gmelin). — Más pequeño que su hermano mayor conocido por *Chorlo Real* [*Totanus melanoleucus* (Gmelin)], también más claro el gris general, con blanco

y negro, no tan conspicua la rabadilla blanca, igualmente corto y negro el pico. Un campesino de los Llanos de La Rioja me decía que en su provincia era conocido por *Sacha-pollito,* como quien dice pollito silvestre, en conglomerado de quichua y castellano[1]. Para los mendocinos es el *Pito-toy.*

PALOMAS. — Entre las arboledas del campo abunda la

21. **Paloma turca mora,** la *de cobijas manchadas* de Azara, *Columba maculosa* Temminck, mayor que la doméstica [*Columba livia* Gmelin] y de alas más largas y agudas, negras en la punta, como el extremo de la cola, el cuerpo todo gris con un tinte vinoso; goteado de blanco el

Nido de *Paloma turca mora*, sobre un espinillo. (Foto Gavio).

lomo y sobre todo la base de las alas. A primera vista dá la impresión de ser algo más grande que la de Buenos Aires y como ella es de un vuelo sereno con extraordinario poder de traslación. El Profesor Héctor Gavio – a quien debo parte de las fotografías publicadas y algunos datos – me cuenta que un paisano del lugar le aseguraba que la paloma cuando arrulla dice: *Santa... cru... uuz...*; *Santa... cru... uuz.* « Así creemos aquí », confirma Yrusta, y, efectivamente, no puede darse onomatopeya más exacta de su canto. Iris francamente gris, comprobado en un ejemplar local.

[1] *Zaccha* = arboleda, bosque, monte; como adjetivo: silvestre, salvaje; el mismo vocablo entra, con acepción de falso, seudo, ordinario, en algunas expresiones populares de las provincias con influencia quichua en el idioma: Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero.

22. **Paloma dorada,** llaman a la *paloma chica de monte, Zenaidura auriculata auriculata* (Des Murs), la *torcaza,* propiamente dicha para los bonaerenses. La he visto en número discreto, no en esas impresionantes bandadas que caen en los sembrados, o en ese continuo pasar por el aire, frecuente en la primavera y el otoño. Andaban de a dos o tres picoteando en el suelo, mostrando su color general plomizo, sus manchitas negras junto a los oídos, los reflejos de oro metálico en los costados del cuello, que le han valido el nombre local, los mismos que se apagan al poco tiempo de morir el ave; las alas marginadas de blanco; este mismo color aparece en forma como de uñas, en la punta de las timoneras, salvo las centrales. Su canto, allá como acá, lo forman cuatro notas unísonas, acompasadas, con un descenso en la última: *Tuu... tuu... tuú... túo...*, emitido con voz ronca y hasta áspera, por contraste, cuando la polifonía de arrullos, en época de invasión, es interrumpida por el diálogo aislado de la *pupona,* la *bumbuna* [*Leptotila verreauxi chloroauchenia* Giglioli y Salvadori] con su lánguida queja: *buu... buu...*, de suavidad femenina.

En La Rioja le dan el nombre de *Apoca,* y en Mendoza *Paloma puntana,* vale decir de San Luis.

23. **Tortolita.** *Columbina picui picui* (Temminck). — Habitualmente en pareja, como es costumbre de la más pequeña de nuestras palomas, la *torcacita* o *palomita de la Virgen* en otras provincias; la *urpilita* de los santiagueños y tucumanos – en quichua *urpi* o *urpa* = paloma. En vuelo despliega su manto gris que la cubre desde la cabeza hasta la mitad de las alas y desciende en punta sobre la cola de vértices blancos y separado por una franja también blanca del extremo negro de las alas. Su *tuo... tuo... tuo...* es un tanto agudo y monótono; repite hasta siete u ocho veces la nota, rara vez nueve; suele quedar en cuatro, rara vez menos.

24. **Pupona.** *Leptotila verreauxi chloroauchenia* (Giglioli y Salvadori). — Alguna vez se oye el lamento melodioso – *buu... buu...*, contestado: *buu... buu...* – de la paloma de alas castañas. Visiblemente más grande que la *dorada.* Menos sociable que la mayoría de sus congéneres, anda por los bosques con frecuencia sola – por eso algunos la llaman « solitaria del bosque » – caminando en el suelo en busca de semillas. Su vuelo pesado para una paloma – las alas son cortas – es a veces casi vertical, abierta en abanico la cola oscura. Por encima es gris, color más claro en la frente en disminución de tono hacia la parte posterior del cuello; en la base de éste y parte del lomo las plumas llevan un borde verde bronceado iridescente, casi imperceptible, el ave en la mano, y por lo tanto inapreciable en vida, a la distancia, brillo que en las pieles de colección se disuelve en vinoso rojizo; por debajo el gris más claro es ligeramente vinoso;

la garganta, vientre y rabadilla inferior, muy plumosa, de color blanco; sobre las alas pardo-rojizo oscuro – las plumas llevan separados ambos colores; – bajo las alas castaño-rojizo mucho más intenso en las plumas axilares; la cola pardo-negruzca, con algo de vinoso, manchada de blanco en los extremos; patas coloradas, pico negro, iris ante.

Loros. — Mucho más abundante, abundantísima, en proporción de plaga, como lo es en Buenos Aires su hermana la cotorra [*Myiopsitta monacha monacha* (Boddaert)], vagando en tropel, la:

25. **Catita.** *Myiopsitta monacha calita* (Jardine y Selby). — Esta variedad de cotorra vista en libertad, apenas puede distinguirse de la especie típica; sin embargo, el verde de las partes superiores es más oscuro, su tamaño más reducido y el pico menos fuerte que la ríoplatense; tiene como aquélla cola larga y aguda, la punta de las alas azuladas y el correspondiente capuchón gris, por lo cual ha merecido el nombre de Monja (*monacha*). En el técnico, el subespecífico de *Calita*, es un error de los clasificadores (Jardine y Selby. 1830), que debieron escribir *Catita*, de acuerdo al vernáculo mendocino.

Percibí un loro, más o menos del tamaño de un *Hablador* [*Amazona aestiva* Linné], encaramado en un algarrobo, que creo puede identificarse con el:

26. **Loro verde.** *Aratinga leucophthalmus leucophthalmus* (P. L. S. Müller). — Más pequeño que un *loro barranquero* [*Cyanoliseus patagonus patagonus* (Vieillot)]. Totalmente verde, salvo algunos toques de rojo en el cuello y las alas. El círculo blanquecino alrededor del ojo, le ha valido la denominación de « ojos blancos » (*leucophthalmus*).

Entre los Cuclillos:

27. **Col-col.** *Coccyzus melanocoryphus* Vieillot. — He oído el canto triste – *col... col.. col. col. col..*, – lento al principio para terminar precipitado, de este cuco, algo menor que una paloma, cuyo color general es gris pardusco, claro casi blanco en el vientre; el pico negro. Debido a su reclamo angustioso, en La Rioja, provincia limítrofe, lo llaman *Ahogado.*

28. **Pirincho.** *Guira-guira* (Gmelin). — El que tan impropiamente llamamos en Buenos Aires *Urraca*, siendo un cuclillo. Andan, comúnmente, en ruidosos grupos, paseando sus rayitas ya blancas, ya negras, sobre el pardo del lomo o el blanco sucio del pecho, respectivamente, levantando en caso de alarma su fláccido copete, y guardando el equilibrio, al posarse en la rama, con el vaivén de la cola. *Machilo* le dicen en Tucu-

mán, *Rubiala* en Santiago del Estero, *Quililo* en La Rioja, *Pinchirraca* y *Chasca* en Salta.

LECHUZAS.

29. **Alilicuco.** *Otus choliba choliba* (Vieillot). — Este buhito de orejas cortas, jaspeado de negro y pardo, como buena parte de su parentela, anda escondido en el monte, amartelado con su compañera. Tiene un grito – *tu ru tutú... turu tu tu tú* – semejante, aunque no tan profundo, al del *Ñacurutú* (acertada onomatopeya), el buho común mayor en la Argentina [*Buho virginianus nacurutu* (Vieillot)], razón por la cual lo nombran con frecuencia como *ñacurutucito* y también *ñacurutú-i* (en guaraní: pequeño = *i*). Azara le aplicó el nombre de *Choliba*, registrado por la nomenclatura, « porque así llamaban en mi país a un páxaro de la familia », dice, nombre, por otra parte, que no existe registrado en ningún diccionario ni listas regionales de aves, debiendo ser por lo tanto una denominación local de Barbuñales (Aragón), de donde era originario Azara. Sin embargo en la región mesopotámica argentina el nombre extranjero ha hecho camino y es usado con frecuencia, más que por el pueblo, por los aficionados. En Jujuy lo llaman remedando su grito: *Surumucuco*.

30. **Lechucita de las viscacheras.** *Speotyto cunicularia cunicularia* (Molina). — La misma de Buenos Aires, con los mismos usos y costumbres, la cueva como nido y el poste de alambrado como percha, desde donde chista con desconfianza, girando en redondo su cara avizora de disco. Si bien tiene el mismo color pardo con manchas blancas, por un exceso de suspicacia me pareció encontrar ejemplares mucho más claros, en particular las cejas de un blanco más puro y más espesas, pero luego de breve reflexión concluí en que se trataba, sencillamente, de ejemplares jóvenes.

PICAFLORES. — El picaflor verde común, distribuído desde el norte de Formosa hasta más al sur de San Luis, y que se interna, más allá del trópico, en el Brasil central y en Bolivia, siempre al este de los Andes, es conocido con el nombre de:

31. **Rondín.** *Chlorostilbon lucidus aureoventris* (d'Orbigny y Lafresnaye). — De rutilantes reflejos de bronce dorado, el macho, mientras la hembra, de librea menos llamativa, es grisácea por debajo. Construye con líquenes un nido ovalado y profundo. En Santiago del Estero, provincia donde es corriente el habla quichua, lo llaman *Manimbú*, variante del *Manumbí* de los guaraníes.

Pero no puede rivalizar con el impresionante, próximo en exotismo y belleza a los ases de la familia, como el *Gouldia* colombiano y el *Loddigesia* del Alto Amazonas:

32. **Rundún coludo.** *Sappho sapho* (Lesson). — El *Tuminico* de los tucumanos y *Run-run* en Córdoba. Es abundante y he visto hasta cuatro juntos, en vuelo muy alto, para un picaflor, con rapidísimas caídas en picada que las detiene abriendo las tijeras de la cola, como de diez centímetros de largo, mitad oscura y mitad, interior, de brillante anaranjado rojizo, que contrasta con el cobre reluciente del cuerpo, realzado por el carmesí cambiante de la base del lomo y nacimiento de la cola. La hembra puede distinguirse por las partes inferiores blanquecinas con manchas verdosas en los flancos. Podemos considerarlo como el más argentino de los picaflores, porque su área de distribución está totalmente en la Argentina, a la cual atraviesa por el eje longitudinalmente, en más de mil kilómetros, para incursionar al S. E. de Bolivia y S. del Paraguay.

MARTÍN PESCADORES. — En una región donde no corren grandes ríos, los Martín-pescadores no pueden ser muy variados ni numerosos, y así sólo he comprobado la presencia del

33. **Martín pescador chico.** *Chloroceryle americana mathewsii* (Laubmann). — El más pequeño de las tres especies argentinas, verde bronceado en la parte superior, degolladura blanca, mancha rojo-castaño en el pecho y blanco el vientre. La hembra en vez de la mancha rojo-castaño lleva un collar verde-bronceado. Suelen llamarlo Martín-pescador verde.

CARPINTEROS. — Naturalmente que en tierra de árboles los carpinteros se encuentran a sus anchas, y entre todos ellos el más atrayente, sobre todo para quien lo veía por primera vez en la vida, fué el

34. **Carpintero blanco.** *Leuconerpes candidus* (Otto). — En vuelo aparece el cuerpo enteramente blanco, de formas aerodinámicas, como un torpedo, que le dan semejanza con un diminuto aeroplano de alas negras, color dominante en la parte superior, salvo un toquecito de amarillo en la nuca, del que está desprovista la hembra. Cuatro de ellos, dando gritos agudos, asidos casi en vertical, correteaban, como jugando a las escondidas, en torno al ramaje mayor de un sauce vetusto. Es de buen tamaño, muy poco menor que el campestre común en Buenos Aires. En Tucumán lo llaman *Tirro*.

35. **Carpintero real.** *Chrysoptilus melanolaimus melanolaimus* (Malherbe). — Recuerda al *Campestre*, de los llanos bonaerenses, por lo que anda en campo abierto y al volar muestra una rabadilla parecida, blanquizca con manchas negras, tiene también negro puro el copete, con rojo en la nuca, muy rayado todo él de negro y blanco, con algo de amarillo; pico y patas negros y también la garganta como su nombre lo indica (en griego *mélas, mélanos* = negro, *laimós* = garganta).

36. **Carpintero cimarrón.** *Neophloeotomus Schulzi* (Cabanis). — «Todo negro, llamarada colorada en la cabeza, con manchas blancas en lo alto del lomo », describía Lucio Yrusta. Uno de los carpinteros más grandes del país; a primera vista no menor que el *Rey de los Taladros,* de Nahuel Huapí [*Ipocrantor magellanicus* King], con el cual tiene bastante semejanza. Es muy gritón.

37. **Carpintero de pico blanco.** *Phloeoceastes leucopogon* (Valenciennes). — Negro, cara y copete muy puntiagudo carmesí, blanco el lomo con un recuerdo de amarillo, algo de rufo en las alas, pico blanco, iris amarillo. Uno de estos carpinteros estaba empeñado, sobre el tronco de un algarrobo, en un enérgico martilleo que le repercutía en vibración del copete; a pesar de la resistencia de la madera insistía, sin ningún temor, por lo visto, a la conmoción cerebral.

38. **Carpintero de los cardones.** *Trichopicus cactorum parvus* (Brodkorb). — Mediano de tamaño, negro por encima, blanco por debajo y en la nuca y en la frente con salpicaduras de lo mismo en lo oscuro, y en lo oscuro pardas, rojo en la corona (el macho), anaranjado en la garganta. Afición a los cactos.

39. **Come-palo.** *Dyctiopicus mixtus berlepschi* (Hellmayr). — Más chico que el anterior, con barras negras y blancas en el lomo, amarillo y negro en la cabeza, blanco en ambos costados de la nuca, por debajo blanco con rayas longitudinales negras.

PÁJAROS. — Los pájaros propiamente dichos (*Passeriformes*) componen el grupo que reune a las aves pequeñas, terrestres, voladoras y, generalmente, arborícolas, sin que pueda establecerse, por otra parte, una división precisa y definitiva. En la S. O. P., últimamente, el Dr. Emiliano MacDonagh disertó sobre el punto con la autoridad, y galanura, habitual. El latino hacía el distingo entre *avis,* ave, término en cierto modo genérico, y *passer* (del cual deriva la palabra castellana *pájaro*), el ave pequeña, cuyo tipo era el gorrión. El ambiente boscoso les es propicio, y por lo tanto su variedad, y cantidad, es mucha.

Entre los *Trepatroncos,* o, si se quiere, entre los *Picacortezas* (*Dendrocolaptidae*), para coincidir con el nombre técnico, porque en este caso *Dendron,* árbol, tiene por extensión significado de corteza y *colaptes,* de picoteador (siempre en griego); entre los miembros, pues, de esta familia tengo observados el:

40. **Chinchero chico.** *Lepidocolaptes angustirostris* (Vieillot), probablemente la variedad *chacoensis* de Laubmann. De pico comprimido y encorvado, casi tan largo como la mitad de su cuerpo; algo menor que el

de un *hornero*. Su coloración general es castaña, con algunas rayas blancas como lo es la ancha ceja extendida hasta pasar la nuca.

Este curioso pico le sirve para buscar en la corteza de los árboles los insectos de que se alimenta, mientras evoluciona trepando en espiral alrededor del tronco hasta llegar al tope, para luego dejarse caer al suelo, como en paracaídas, para empezar de nuevo. Es, con menudas diferencia, el *trepador* del litoral.

41. **Chinchero grande.** *Drymornis bridgesii* (Eyton). — Parece el mismo anterior visto con vidrio de aumento, porque es más de un tercio mayor y lleva la misma conspicua ceja blanca; más claro el color castaño, rayas blancas en lo inferior. Se le ve con más frecuencia que al pariente menor, en vuelo recto y lento, como si el pico corvo le pesara, el mismo que introduce en tierra en busca de alimento cuando sobre ella camina, con bastante desenvoltura por cierto. También lo llaman *Bilbil* – en Catamarca *Gil-gil* – en razón de su canto ruidoso y bochinchero. El profesor Gavio me sugiere la posibilidad de que el nombre actual sea simplemente una aféresis de bochinchero. Por otra parte White, que lo ha conocido en Catamarca, dice: « El grito de este pájaro es muy parecido al del *Carpintero* ». Ha sido señalado en todas las provincias argentinas, menos en las mesopotámicas de Entre Ríos y Corrientes.

El primero entre los numerosos miembros de la familia de los Furnáridos (*Furnariidae*) es nuestra ave nacional, el:

42. **Hornero.** *Furnarius rufus rufus* (Gmelin). — Con su prodigioso horno de barro, construído con solidez, el mismísimo *hornero* que desde Buenos Aires se dispersa en abanico hasta Santa Catharina y Paraná, en el Brasil, y San Luis y Mendoza, en la Argentina, cediéndole el campo del norte del país a la raza del Paraguay (*paraguayae*), que invade por Formosa y el Chaco hasta Salta y Jujuy incluyendo Tucumán y Santiago del Estero, variedad que sólo se distingue por rasgos casi imperceptibles: más roja la nuca así como lo posterior del cuello. No he visto el *Hornerito* de copete (*Furnarius cristatus*) descubierto por Doering en las sierras cordobesas y definitivamente clasificado en 1888 por Burmeister.

43. **Caminera.** *Geositta cunicularia cunicularia* (Vieillot), o tal vez la variedad *hellmayri*, propia de San Juan y Mendoza, muy semejante a la bonaerense, con diferencias inapreciables a la distancia, de color terroso con marcas negras, la cola y las alas canela. El nombre vulgar le cuadra porque es una gran caminadora y vuela torpemente, sólo al ras del suelo sin poder posarse en rama porque la conformación de los dedos no se lo permite. Es parroquiana de las viscacheras, donde en un agujero de

algún desnivel del terreno construye su nido. También la llaman *minera* y *caserita.*

44. **Collita.** *Coryphistera alaudina alaudina* Burmeister. En La Pampa *Cucurucha.* Su nombre específico *alaudina,* como quien dice parecida a la *alondra,* le viene de perlas porque realmente puede parecerlo, y además es, como aquella, pedestre más que voladora. En un senderito polvoriento dos parejas caminaban a paso de codorniz, con pinta de cardenales por lo copetudas, no por el color, en mudanzas de zamacueca, al compás de un débil falsete. Eran « bataraces » (argentinismo, por plumaje jaspeado), en negro y castaño. Lucio Yrusta comenta: « Aquí lo llamamos *Sonsito,* porque es muy manso, se arrima a la gente y se mete hasta bajo los carros. Anda siempre en *descampao* ». En Tucumán, *Burrito.*

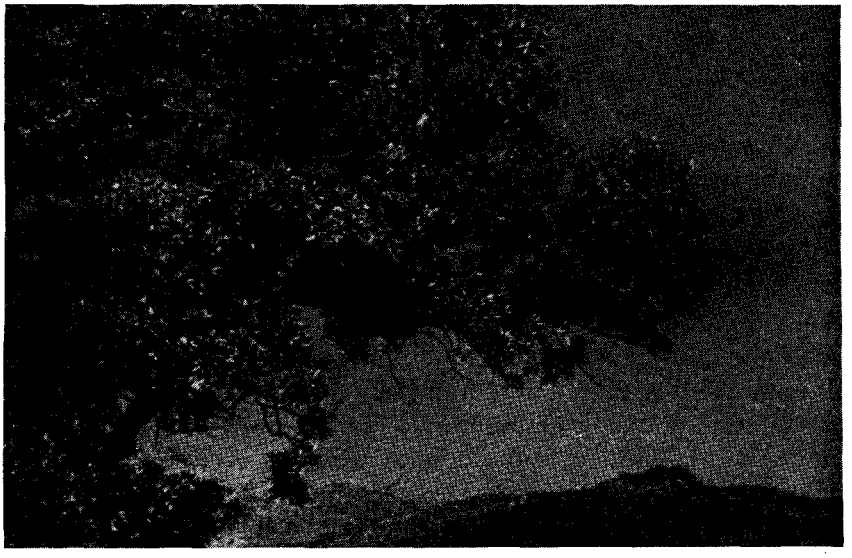
45. **Meneacola.** *Cinclodes fuscus fuscus* (Vieillot). — Este pequeño furnárido no parece pertenecer a la familia por sus costumbres, pues la variedad de Nahuel Huapí, que debe responder a la especie *patagonicus,* a la cual tengo más observada, la he visto con frecuencia circular entre los guijarros de las playas del lago o caminando en el agua entre los remolinos de los bajíos de arroyo, por lo cual en el sur le dan el nombre de *Remolinera.* Tiene una semejanza remota, una cierta apariencia, con el *Pecho colorado* [*Leister militaris superciliaris* (Bonaparte)] por su manto pardo y las cejas muy marcadas más una mancha larga bajo el ojo, aunque carece de rojo en el pecho.

46. **Ruiseñor.** *Upucerthia certhioides luscinia* (Burmeister). — Este pajarito lleva este nombre, registrado por Burmeister, « porque los criollos lo llaman así », por su evidente parecido externo con el gran cantor europeo [*Luscinia luscinia* Linné] – plumaje de uniforme pardo terroso-rojizo – más que por su canto, porque, según el mismo, « su voz es tan poco melodiosa como la del *hornero,* cuyo puesto de gritón ocupa aquí [Mendoza] el hasta ahora no descrito *Ochetorhyncus luscinia* Nob » (sinónimo de *Upucerthia*). White, allá por el año 82, estuvo en contacto con él, en Fuerte de Andalgalá, Catamarca; lo encontraba « alrededor de los cercos, en primavera, desde una rama a otra, emitiendo continuamente un agudo silbido espasmódico », pero, a mi juicio, con una expresión desconocida entre los miembros de su familia, como pude comprobarlo, en especial junto a la « casa de piedra »: el canto sonoro y prolongado – *chiqui... chiqui... qui... chiqui... qui... qui... chi...* – repetido en variantes continuas, no era tan dulce como el del rey de los cantores – inolvidable animador de la Alameda de la Alhambra, – pero con todo el cantante criollo lanzaba sus gorjeos con aplomo, plantado entre las hojas de un algarrobo,

la cabeza en alto, entreabriendo el pico largo y algo corvo, en actitud de oír su propia música, como divo consentido. En Mendoza, de donde proviene el ejemplar de origen, lo llaman *Adivino*, y según Reed es escaso. En San Juan *Picatierra*, probablemente por su afición a picar en el suelo. Los autores de habla inglesa caracterizan a los miembros del género diciéneole *Earth-creeper*, el que se desliza en la tierra.

47. **Leñatero.** *Anumbius annumbi* (Vieillot). — Pardo terroso con marcas oscuras, ceja y garganta blancas, negra la cola aguda con borde crema, pardo ocre claro por debajo. Construye un desmesurado nido con ramas largas, arrastra'as trabajosamente en vuelo inclinado hasta el sitio elegido a baja altura. Su canto característico, espaciado y luego rápido, suena « como una bolita de vidrio tirada sobre piso de baldosa », según la exacta definición de alguien. Es el *añumbi* de los guaraníes; suelen llamarlo *chinchibirra* y también *espinero*.

48. **Cachilote.** *Pseudoseisura lophotes* (Reichenbach). — Conocido en el Plata por *Caserote*. Parece un tamañazo hornero de copete, eréctil a voluntad, de color más o menos pardo castaño. Es constructor de un



Nido de *cachilote* sobre un molle de beber (*Lithraea molleoides*). (Foto Gavio).

importante nido fabricado con ramas, puesto con frecuencia a baja altura, alrededor del cual el matrimonio gira en el suelo, rezongando entrambos, con un andar patizambo poco airoso. El Profesor Gavio me escribe: « Cantan a dúo como el hornero, batiendo al mismo tiempo las alas, pero su voz

es más grave y mucho menos agradable. Tengo la impresión de que viven todo el año en pareja. A fin de febrero, cuando ya no hay postura, se les ve sobre o cerca de sus nidos voluminosos cantando en la forma anteriormente expresada. Supongo que el nombre vulgar *Cachilote*, es decir aumentativo de *Cachilo*, le viene de la comparación con el *Chingolo* (*Zonotrichia capensis*), que también allí vive y recibe aquel nombre, con el cual tiene un parecido, a pesar de su mayor tamaño ». También le dicen *Coperote*. En la comarca le dan fama, bien merecida por cierto, de aficionado a los huevos de gallina, al punto que para muchos es derechamente, sin eufemismos, el *Come-huevos*.

TAPACOLAS — familia *Rhinocrytidae*.

49. **Gallito.** *Rhinocrypta lanceolata* (Is. Geoffroy-Saint Hilaire). — Ningún nombre mejor puesto; tiene la apariencia de tal cuando corretea, cola y copete en alto, esquivo y curioso, a esconderse entre las zarzas. No lo he visto nunca en vuelo. Es pardo rojizo con finas rayas blancas, más claro por debajo. El Profesor Gavio me agrega que en La Paz, algo más al norte, ya dentro de Córdoba, es « muy abundante en los caminos por los que anda velozmente, levantando la cola; casi no vuela, y perseguido busca refugio entre los cercos espinosos ».

TIRÁNIDOS. — Los peleadores tiránidos (*Tyranidae*) son muchos y variados, como corresponde a tan numerosa familia americana, tal vez la más numerosa, porque sus miembros deben pasar de setecientos. Llevan un pico de punta afilada, « aganchadito », diría Azara, apropiado para ensartar insectos. Pude comprobar la presencia de:

50. **Boyero coronado.** *Taenioptera* (*Xolmis*) *coronata* (Vieillot). — Una pareja sobre los postes del alambrado, « como enormes flores blancas », diría Hudson; luego en el suelo en corridas breves, alternando con vuelos cortos, vibrantes las alas – costumbre de familia, – que muestran patente sus rayas transversales blancas, rayado propio del género *Taenioptera* (del griego = de alas con cintas), los *Pepoazá* (alas atravesadas) de los guaraníes. De tiempo en tiempo emitían el prolongado silbido de tropero que les ha valido el apodo de *Boyeros*. Tienen la corona negra a manera de casco bien destacado sobre el círculo blanco de la frente a la nuca, pico y patas negras, gris el manto, alas y cola negruzcas, con mucho blanco en el resto.

51. **Viudita.** *Taenioptera* (*Xolmis*) *irupero irupero* (Vieillot). — Este pajarito, todo blanco, con sólo la parte externa de las alas, el ápice de la cola, las patas y el pico negros, lo encontré, aunque abundante, siempre solo como un punto blanco sobre el follaje oscuro. Hudson dice que su nombre

vulgar de *Viudita* se debe a los colores de luto, pero este nombre se le da también porque anda siempre sin compañero; en Buenos Aires, y en el Uruguay,. únicamente en primavera lo he visto en maridaje. Recibe denominaciones diversas, aunque menos apropiadas, según las provincias: *Monjita* en La Rioja, *Nievecita* en Salta, *Animita* en Catamarca; y en algunas partes de Córdoba, *Copo* y *Suspiro*.

52. **Ovejero.** *Machetornis rixosa rixosa* (Vieillot). — Hasta dieciséis juntos alrededor de una majadita de ovejas, tres sobre ellas, los demás acechando los insectos entre las hierbas, con sacudimientos convulsivos de las alas, listos al ataque, como un dardo el pico negro, engastado en la sombra oscura que le atraviesa el ojo, repitiendo su *Triit... tit... trit...*, para terminar, tras velocísima corrida, con un mortífero lanzazo. La sombra oscura muy señalada en vida, en las pieles de colección sólo se percibe poniéndose a distancia. Lleva la librea más corriente en la familia: pardo-oliva en lo superior, amarillo por debajo y un invisible copete rojo entre algunas plumas blancas, que, el ave en la mano, aparece como una pequeña herida sanguínea; este rasgo (según algunos) le ha valido el nombre de *Matadura*, que le dan en la Mesopotamia argentina, aunque para otros, como lo señaló d'Orbigny[1] en 1834, responde a que con frecuencia se posa sobre el lomo de las bestias con mataduras, en espera de las moscas. En la estancia « La Porteña », en San Antonio de Areco, donde es azote de las abejas, le dicen *papamoscas*, denominación apropiada.

53. **Tijereta.** *Muscivora tyrannus tyrannus* (Linné). — Inconfundible con su cola negra en larga tijera, como de treinta centímetros por hoja, retinta la corona, ceniciento el lomo, pardas las alas, blanco por debajo, toque de amarillo en la corona. Peleadora y valiente, ataca a los Chimangos [*Milvago chimango* (Vieillot)] y los pone en retirada.

54. **Benteveo real o Suiriri grande.** *Tyrannus melancholicus melancholicus* Vieillot. — También éste tiene, al par del *Ovejero*, la frecuente librea de la familia: por encima gris algo verdoso, amarillo por debajo, con el correspondiente copete, más o menos oculto, colorado y amarillo. Vistos en piel se asemejan bastante, pero el *Benteveo Real* tiene un pico muy ancho y chato, por igual negro, y es mucho más bigotudo que su pariente. En vida no hay posibilidad de confusión por su distinto comportamiento. Mientras el *Ovejero*, más terrestre que arborícola, prefiere cazar entre los pastos, el *Benteveo Real* o *Suiriri* (así lo llaman,

[1] *Voyag. IV Oiseaux*, pp. 350-50. « Non seulement ils se nourrisent d'insectes, mais ils paraissent aimer les croûtes qui se forment sur le dos des chevaux blessés, ce qui les a fait nommer *Matadura* par les correntinos, du nom même de ces blessures » ... « Les mbocobis du Chaco les nomment cologgo ».

por su voz, en las regiones guaraníticas), es aficionado a las alturas y capta los insectos, sus víctmas aladas, en cetrerías aéreas. En Piedra Blanca (750 metros sobre el nivel del mar), cerca de Estanzuela, en el límite con Córdoba, pude observar un buen rato a tres ejemplares que evolucionaban desde lo más alto de un sauce en vuelos de arremetida, violentos y alternados, alas agitadas y en suspenso, desplegando y contrayendo la cola en horqueta, el cuerpo y los miembros todos en acción nerviosa y concentrando el esfuerzo al servicio de la implacable cacería. Con la luz del poniente brillaba, intenso, el amarillo del cuerpo mientras el de bajo las alas quedaba en transparencia. « Su humor parece triste », dice Azara; de ahí viene lo de *melancholicus*, pero en realidad es bravío y movedizo cuando abandona la quietud del acecho. En enero de 1941 pude verlo, en el Canal del Urión, Paraná de las Palmas, persiguiendo nada menos que a un imponente *Carancho* [*Polyborus tharus* (Molina)], que huía despavorido de los picotazos propinados en la nuca por el diminuto enemigo, sin poder desprenderse de él a pesar de los vuelos en zig-zag, hasta que con una rápida caída dejó al *Suiriri* distante, el que abandonó la partida, volviendo, despreocupado de la aventura, a instalarse de nuevo, impasible e inmóvil, en la misma rama seca de donde se levantó para lanzarse a la audaz empresa

55. **Churi.** *Empidonomus aurantio-atro-cristatus* (Lafresnaye y d'Orbigny), le doy como nombre vulgar el que le aplican en Santa Fe. Uniforme gris-pardo oscuro, intensificado hacia negro pardusco en la cola y las alas, capota negra bajo la cual lleva, materialmente invisible, un copete amarillo. En lo alto de un árbol sin hojas una pareja en actitud sosegada, pero de pronto irrumpía uno de ellos en vuelo a veces recto y en caída tras algún incauto insecto que era saboreado luego, en sosiego, sobre la misma rama; y hasta el próximo.

56. **Bicho overo.** *Myiodinastes solitarius* (Vieillot). — «Siempre solitario sobre las ramas altas de monte» (Gavio). Jaspeado longitudinalmente de gris, negro y blanco, la cara rayada; cola negra con márgenes rufos; por debajo blanco grisáceo, rayado de negro; lleva sobre la corona el correspondiente parche amarillo, sobre blanco y negro; pico ancho y fuerte como el benteveo real, pero si bien negra su mandíbula superior, la de abajo es color hueso. *Suiriri* « chorreado todo » lo llama Azara.

57. **Pito Juan.** *Pitangus sulphuratus bolivianus* (Lafresnaye). — El Benteveo de Buenos Aires; los guaraníes le daban el nombre, todavía en uso en Corrientes, de *Pito-hue*, onomatopeya perfecta de su grito; en Tucumán: *Quetupi*. Ruidoso y griton, con su casquete negro, con mancha amarilla, sobre un círculo blanco; pardo por arriba y azufrado por debajo.

58. **Burlisto cenicienteo.** *Myiarchus pelzelni ferocior* Cabanis. — En Piedra Blanca un ejemplar muy confundible a la distancia con el Benteveo Real, puede distinguirse sin embargo porque tiene menos amarillo en lo inferior y el pico más angosto y más claro.

Ahora, pasando a los tiránidos de menor cuantía, en tamaño y agresividad, no así en gracia y placidez:

59. **Piojito de pico amarillo.** *Spizitornis flavirostris flavirostris* (Sclater y Salvin). — Uno de los más pequeñitos, si no el más pequeñito de los miembros de la familia en la Argentina: pardo oliva por arriba, copete negro bien marcado, pico francamente amarillo, alas rayado claro, coludito, y por debajo algo de amarillo palidísimo.

60. **Tiqui.** *Serpophaga subcristata* (Vieillot). — Este *piojito* gris pizarra con vientre amarillo, tiene las alas con bandas blanquizcas, el copete no muy pronunciado, negro con gris y algo de blanco. En la Estancia « San Isidro », de Earnshaw, en Magdalena, Buenos Aires, tuve oportunidad de ver un nido, pequeño y hondo, formado con líquenes.

61. **Pulguita.** *Serpophaga munda* Berlepsch. — Para este *piojito* tomo el nombre vulgar dado en La Rioja (vecina a San Luis), según Giacomelli, quien escribe, probablemente por error, *Pulgita,* pajarillo al que trata de « insignificante y bailarín ». Insignificante lo es por su tamaño, porque ha de ser uno de los más pequeños miembros de la familia, y bailarín también, pues vive en perpetua agitación entre las zarzas, en busca de insectos diminutos proporcionados a su volumen. Color pizarra por arriba y blanco por debajo, así como la banda de las alas y parte del copetillo.

62. **Piojito oscuro.** *Serpophaga nigricans* (Vieillot), también llamada *oscurito*; lo es en efecto, porque el gris fuliginoso de las partes superiores, algo de pardo en el cuello y pecho, como el color general ceniciento, quedan como obscurecidos por el negro de la cola y de las alas. Cuando hay brisa sus plumas finas se agitan y al contraluz forma como un halo de humo. En la estancia San Isidro de Earnshaw he visto un nido de construcción compacta, con tintes rojizos y negros.

63. **Fío-fío.** *Elaenia albiceps chilensis* Hellmayr. — A este piojito aceitunado, un si es no es copetón, lo llaman en la vecina Mendoza *Silbador,* y como todos los miembros del género tiene matices oliváceos (en griego *elainos* = de olivo) y sobre la cabeza, a falta de copete definido, una manchita blanca. Dice: *tic... tic... tic...*

CORTABROTES. — De la familia, larguísima, de los Tiránidos, pasamos a la cortísima de los Cortabrotes (*Phytotomidae*) – en griego: *phytón* = lo que crece, por extensión brote; y *tomós* = cortante – tan corta y escasa que en total se queda en un solo género con tres especies, y cuando mucho se le puede agregar una subespecie.

64. **Quejón.** *Phytotoma rutila rutila* Vieillot. — La presencia de este huraño pajarito se comprueba más por el oído, a causa de su canto misterioso, que por la vista, a pesar de ser vistoso (*rutila* = encendido de color) debido al rojo ferrugíneo del pecho y de la frente, aunque en el resto es plomizo, salvo unas marcas blancas en las alas. Esto para el macho, porque la hembra es bien diferente y de mayor modestia, pues no pasa de un jaspeado de gris y negro, con una remota semejanza con el *Chingolo* (*Zonotrichia capensis*), por lo cual en algunas partes lo llaman *Chingolo grande*, como que es casi un tercio más grande que el verdadero. Su pico, su temido pico para los retoños de primavera, impresionó a Azara al punto de dedicarle una minuciosa descripción, que merece transcribirse: « Pico largo y ancho $5\,1/3$, alto $3\,1/2$ [líneas francesas], agudo, un poco corvo, pardo verdoso arriba, celeste abaxo, robusto, la mitad inferior notablemente más ancha y un poco más larga que la superior; cuyos labios tienen interiormente dientecillos finos como los de una rueda catalina de relox de faltriquera, que sólo se advierten abriendo la boca. La mandíbula superior tiene también iguales dientecillos muy notables. La lengua no tan ancha como la boca, ni muy delgada, la punta muy aguda ». Por todo esto lo moteja de *Habiá Dentudo*. Pero su distintivo esencial, es el inconfundible reclamo, signo denunciador, rechinante y extraño. Hace algún tiempo en El Destino – Magdalena, B. A., – propiedad consagrada como un paraíso de los pájaros, residencia de Don Ricardo Pearson y de su señora Doña Elsa Shaw, mientras escuchábamos, en un monte de talas, el canto aquél, o mejor dicho exótico quejido, se trató de definirlo. Don Mauricio Earnshaw explicó: aquí lo llamamos *Ranita del Monte*, por su grito como de rana; a mi vez pretendí caracterizarlo como chasquido de corcho sobre vasija de barro, y por último el Dr. Mac Donagh, con mayor exactitud, agregó: es una rama rota que cruje. En Buenos Aires le dicen *Rechinador*; en Tucumán, Salta y Jujuy: *Corderito* y también *Carnerito*, porque, en efecto, su garganteo puede evocar un balido. El extraño sonido lo produce tanto el macho como la hembra, para lo cual antes de empezar hinchan la garganta como las palomas para su arrullo, y al emitirlo apenas entreabre el pico y se les encrespan las plumas de la nuca; son, por otra parte, un tanto despeinados de plumaje.

GOLONDRINAS. — Entre las golondrinas anoté:

65. **Golondrina negra.** *Progne modesta elegans* Baird. — Diez de ellas, al parecer totalmente negras, mas en realidad de un azul púrpura intenso y lustroso, alas agudas y cola ahorquillada, en revoloteos a tontas y a locas desde unas altas ramas secas a una cornisa, interrumpidos por uno que otro « raid » como demostración de la potencia de su vuelo, deslizante y giratorio, acompañando las maniobras con un agitado sonido con pretensión de gorjeo, pero que no pasaba de un conato de pitada en pito cascado.

66. **Golondrina rabadilla blanca.** *Iridoprocne leucorhoa* (Vieillot). — En vuelo bajo, gárrulas, muy brillante el verde intenso, bien definida la rabadilla blanca que separa, en ancha franja, el bronceado, que domina en el cuerpo, del negro caudal, algo verdoso; frente blanca como toda la parte inferior.

67. **Golondrina parda,** como la llama Azara. *Phaeoprogne tapera fusca* (Vieillot). — La más argentina de las golondrinas, porque anida en el horno del *hornero* (*Furnarius rufus*), como lo refiere Hudson, dato confirmado por Ronald Runnacles en enero de 1935 y reiterado en carta del 2 de enero de 1940, fechada en Ajó, Buenos Aires: « La golondrina parda anida exclusivamente en el nido de *Hornero* ». Es de color pardo oscuro uniforme, salvo el blanquizco de la garganta, el resto pardo grisáceo, más oscuro en los flancos y el vientre blanco, la cola un tanto dividida. Azara nos cuenta que: « quando se aproxima el invierno, que es tiempo de dexarnos, se junta en bandadas hasta ciento », pero en sus migraciones no sale de Sud América, porque no pasa de Venezuela y Colombia. El mismo decía: « Se posa en árboles secos o poco frondosos », por eso Hudson la llama *Tree Martin*, golondrina (vencejo) de los árboles en los cuales canta con notas « algunas ásperas, otras argentinas o líquidas, como chorreantes gotas de agua » (Hudson).

RATONAS. — Y en hablando de buen canto le llega el turno a un pajarito que, aunque venga a la zaga del anterior, no le va en zaga, ni mucho menos, en cuanto a melodías.

68. **Pititorra casera.** *Troglodytes musculus chilensis* Lesson. — Su canto dulce, sostenido y rotundo, es oído con variantes en toda América latina, porque nuestro típico *Reyezuelo* se difunde, con pequeñas diferencias raciales, desde México y las Antillas a las Malvinas, mientras sus próximos hermanos del mismo género (*Troglodytes aedon*) recorren los Estados Unidos y parte del Canadá. En la Argentina, donde pueden señalarse cinco o seis variedades, recibe popularmente nombres diferentes, en particular el de *Ratona* (*musculus* = ratoncillo), y a veces *Tacuarita* en Buenos Aires, como en Salta *Tacuara*, y *Carrasquita* en

Tucumán, La Rioja y Santiago del Estero; *Pititorra* también en San Juan, Mendoza y Córdoba, así como *Cucuruchita*. Para el profano, que no tiene por qué entrar en distingos sistemáticos sólo puede haber dos ratonas en el país, de género diferente, por otra parte (*Troglodytes* y *Cistothorus*), y de ellas ésta, la *Casera*, es la más oscura: color café, con rayitas negras al través, en el dorso. Vive en perpetua movilidad, recorriendo, como un ratoncito, enredaderas y aleros, sin cuidarse del hombre, en cuya propia casa busca el agujero o la rendija, con entrada en algunos casos reducida, a manera de defensa, a una pulgada de diámetro. Esta afición a construir su nido en sitio recóndito le ha valido a esta graciosa avecilla, el terrorífico nombre de *Troglodito* (sic), cual antropoide habitant de cavernas, despiadadamente aplicado por Azara (1805) [1], y luego consagrado definitivamente por Vieillot (1807), metódico clasificador de gran parte de las especies descubiertas por aquél Su hermana, la del ave se entiende, (*T. m. musculus* Naumann) residente en el Paraguay, en la mayor parte del Brasil y en nuestro territorio de Misiones, fué la primera en recibir tan ofensivo mote, cual si fuera un temible bárbaro, mote que pasó en seguida a nombre de familia, por haber sido aplicado, quieras que no, a su prima la « House Wren » norteamericana (*T. a. aedon*), quien llevó hasta entonces y durante un tiempo (1791-1807), más graciosamente, la denominación de *Motacilla aedon*, como quien dice: Bardo meneacola. Los guaraníes, más humanos, le decían *Basacara-guaí*, tratando de representar la eufonía de su canto, del cual Azara decía: « Su estilo es por el término del Ruiseñor ». Por otra parte, Hudson, al comparar su gorjeo con el congénere inglés, considera que el del « pájaro argentino tiene mayor dulzura y más poder », y Burmeister lo declara « uno de los mejores cantores del país ». Los antiguos le atribuían particular valentía a la ratona – Shakespeare en *Macbeth*, cuando Macduff huye, hace decir a Lady Macduff, al sentirse abandonada ella y sus hijos: « Le falta el instinto de la naturaleza, porque hasta la pobre ratona, la más diminuta de las aves, peleará, sus pichones en el nido, contra la lechuza ». Esto haría sospechar que Shakespeare hubiera leído a Aristóteles, porque éste en su *Historia Animalium*, Lib. IX, 1, 14, dice: « Hay enemistad entre la *ratona* (ὄρχιλος, órchilos) y la lechuza (γλαύξ,

[1] El inventor del nombre no fué, por cierto, Azara. El primero entre los ornitólogos, en aplicarlo a un ave fué Gesner (1555). *Avibus*, Liber III, pág. 625, y lo hace en favor, o en contra - como fácilmente puede comprobarse por el dibujo que acompaña - del luego denominado *Roitelet - reyezuelo* - por Brisson (1750), la *Common wren* de los ingleses, llamada en España *Chochín, Castañita* o *ratilla* (hoy *Troglodytes troglodytes*). Gesner, a su vez, toma esta denominación de Aetius, *Tetrabiblos*, Lib. XI, Cap. XI, médico de la Corte de Bizancio, quien dá varias recetas para ingerir al pajarillo, como remedio para las afecciones renales, y establece las diferencias con el *reyezuelo* propiamente dicho [*Regulus igni capillus* Temminck]. « Sin embargo, se parece al reyezuelo en muchas cosas: *similis est autemregulo in multis* », dice Aetius a través de Gesner. El nombre *troglodytes* quedó como quien dice en la penumbra, hasta que Linné a la especie que en *Fauna Suec* nº 232 llama *Motacilla grisea*, la transforma en *M. troglodytes*, y pasa al primer plano cuando Vieillot crea (1807) el género.

glaúx)[1], aunque el poeta pudo estar informado por su tocayo y compatriota William Turner (1500-1568), quien se ocupó de las aves en en Aristóteles, en su obra *Avium praecipuarum quarum apud Aristotelem et Plinium mentio est, brevis et succincta historia* (1554).

No he visto, pero me dicen que existe, entre los arbustos del monte, la

69. **Pititorra del campo.** *Cistothorus platensis platensis* (Latham). — Un tanto menor y más clara, de un color arena o leonado pálido muy estriado de negro, las remeras moteado de claro. En la provincia de Buenos Aires se encuentra hasta en pequeñas colonias en los pajonales y cañadas. Su canto es decididamente menos sonoro y variado que el de la *casera*; sin embargo la variedad paraguaya – y de San Pablo del Brasil – recibe de Azara, quien la llama *Todo Voz*, los más superlativos elogios sobre su canto. Para distinguir una de otra basta recordar que la casera es más oscura y uniforme de color y la del campo toda jaspeada longitudalmente de la cabeza a la cola y ésta transversalmente.

Calandrias. — Y en materia de canto vamos *in crescendo* porque hemos de encontrarnos con las *Calandrias*, cantoras máximas argentinas. Pertenecen a un grupo (género) americano cuyas 26 variedades se distribuyen, de polo a polo, toda la mitad central del meridiano, como quien dice de Boston a Comodoro Rivadavia, sin arriesgarse a ocupar, por demasiado fríos, los 45 grados restantes, arriba y abajo. Todas ellas poseen un sorprendente don de imitación que ha motivado la denominación técnica de *Mimus* – mimo, bufón. – Los notreamericanos llaman a las suyas [*Mimus polyglottos polyglottos* (Linné), y *M. p. leucopterus* (Vigors)] *Mocking-bird* – pájaro imitador – y los mejicanos, a las propias, *Sinsonte*, deformación de *Cenzontle*, nombre dado por los aztecas (idioma Nahualt), y cuyo significado es « Cuatrocientas leguas ». Nosotros las llamamos arbitrariamente – como a algunos otros animales de nuestra fauna – *Calandrias*, porque así la bautizaron los españoles desde su llegada al Río de la Plata, por encontrarla semejante a la *Calandria* española, también llamada *Alondra grande* (*Alauda calandra*), que « tiene la habilidad de remedar el canto de las otras aves canoras » (Vayredo. *Fauna Ornit. de Gerona.* 1883); ya en 1729 el Diccionario de Autoridades, el primero publicado por la Real Academia Española, decía de la misma: « enciérrase en jáula y suele imitar la voz y canto de otros páxaros ». Pero Azara supone que le dieron a la nuestra el tal nombre porque « canta deleytosamente », y también, me permito agregar, por-

[1] *Macbeth*, act. IV, esc. 29:

He wants the nat'ral touch; for the *wren*,
The most diminute of birds, will fight,
Her young ones in her nest, against the owl.

que, además de imitar, canta volando o vuela cantando – como más plazca. Y luego comenta: « mas no por esto se ha de pensar que tiene analogías con la *Calandria* de mi tierra, de quien dista muchísimo, por cuyo motivo convendría darle otro nombre ». El pudo hacerlo, hoy es irremediable.

70. **Calandria de la sierra,** como llaman a la especie patagónica *Mimus patagonicus* Lafresnaye y d'Orbigny. — La más pequeña de las tres y no tan bien dotada en cuanto a gorjeos. Muy parecida a la siguiente. Es la más austral de las calandrias, registrada en Santa Cruz, Patagonia (45° lat. S.) – se expande sin embargo, por todo el centro del país hasta llegar a Maimará en Jujuy.

71. **Calandria común.** *Mimus saturninus modulator* (Gould). — La mayor y más frecuente de las argentinas, con distribución semejante a la de la anterior, aunque no se corre tan al sud. Es de un gris oscuro general, algo blanquecino por debajo, con aquella ceja clara que acentúa la expresión vivaz e inquieta de los ojos, cuando corre sobre el césped con incomparable gracia de movimientos, dejando caer las alas y levantando la cola, en alto la cabeza mecida por lentos esguinces laterales del cuello. Cantante incansable y hábil imitadora, muestra preferencia por los árboles espinosos, desde la punta de los cuales irrumpe en ascensiones verticales desgranando notas.

72. **Calandria blanca.** *Mimus triurus* (Vieillot). — Extraordinariamente abundante, se la encuentra en grupos de 6 a 8 en los boscajes de chañar y espinillo; al pasar en vuelo de un árbol a otro dan la impresión de un pájaro blanco, porque el gris pardusco del lomo y el más pálido del pecho, son eclipsados por las anchas fajas blancas de las alas que resaltan, aún más, sobre el negro de las mismas, y también por la cola, por igual blanca, que la pavonea al volar, como subrayada por las plumas centrales oscuras; blancos también los costados de la cara más las cejas, garganta y centro del abdomen. Es la *Calandria Real* buscadísima, cuando posee variedad de imitaciones, en cuyo caso alcanza alto precio en las pajarerías, en una de las cuales – una de las clásicas en calle Moreno, Buenos Aires – existía hace algunos años un ejemplar que formulaba 36 « remedos », según su propietario. Azara la llamó, un tanto caprichosamente, « de las trescolas », « porque parece que las tiene cuando vuela ». Esta es la que Hudson consideraba « entre los pájaros cantores como el diamente entre las piedras ». En la región cuyana recibe el nombre general de *Tenca*, a usanza chilena, nombre de origen araucano: *thenca*, registrado por Molina (1782). Se encuentra

desde el Río Negro hacia el Norte, pasa por Uruguay hasta el Sud del Brasil, y llega al Paraguay y S. E. de Bolivia.

ZORZALES. — Entre los zorzales, también destacados cantores:

73. **Mandioca.** *Turdus amaurochalinus* Cabanis. — Conocido corrientemente por *Zorzal blanco*, aunque en realidad no lo es porque su color es gris-oliva con gris claro por debajo, mientras el blanco sólo aparece en el vientre; ojo redondo como todos sus congéneres, pico amarillo. Se le llama así por contraposición a su pariente el *Zorzal colorado*, al cual aventaja en su canto de primavera, más decidido y resonante. « Los acordes del *Zorzal blanco* – dice Hudson – fluyen en una continua corriente », y agrega: « entre nosotros, en el clima templado de Buenos Aires empieza a cantar en septiembre, posee el mejor canto de los pájaros que conozco, exceptuando sólo la *calandria blanca* ». En las provincias de influencia guaraní así como en algunas regiones del Uruguay, suelen llamarlo *Sabiá*, a usanza *Tupí*, por contagio brasileño; en el guaraní propiamente dicho es *Habiá*, nombre genérico de los zorzales adoptado por Azara [1]. Tiene parentesco, aunque algo lejano, con el renombrado *sabiá* de los poetas brasileños – *Minha terra tem palmeiras onde canta o sabiá* (Olavo Bilac) – porque éste pertenece a otro género [*Platycichla flavipes flavipes* (Vieillot)] y es conocido por *Sabiá-una* [2], vale decir zorzal negro, con una cierta semejanza con el mirlo europeo, como la tiene nuestro *mirlo* o *zorzal de la sierra.*

74. **Chalchalero colorado.** *Turdus rufiventris rufiventris* Vieillot. Asllamado por su afición al *Chalchal* (*Allophilus edulus* Jussieu), sapindáí cea que produce como fruta unas bayitas rojas. Mayor en tamaño y parecido al anterior, pero rufo por debajo y el pico más oscuro, con el mismo andar nervioso y gallardo, desprendidas las alas hacia el suelo. Canta agradablemente e insiste en un trino que en el lugar interpretan como un: *te quiero pepito*, vocalizada con rapidez. En Buenos Aires: *Zorzal colorado.*

75. **Mirlo.** *Turdus chiguanco anthracinus* Burmeister. — Abundantísimo muy visible por lo grande y oscuro; íntegramente, casi negro (*anthracinus* = de color carbón), en los jóvenes pardusco, pico algo curvado, amarillo anaranjado, como el círculo que rodea el ojo, todo lo cual le da gran semejanza con el Mirlo europeo, si éste tiene patas oscuras el nuestro las tiene amarillo pálido y es bastante más voluminoso. Como aquél es apreciado como ave de jaula por su silbido sonoro y dulce.

[1] MONTOYA, *Tes. Leng. Guaraní* (1939): « Haábia, çorcal, ave conocida ».

[2] H. VON IHERING, *Av. Estado de S. Paulo*, pág. 128: « O mais estimado cantor entre os *sabiás* e provavelmente entre os passaros do Brazil ».

Es uno de los maestros cantores del lugar. Se le llama también *Zorzal de la Sierra* o *Zorzal negro*; en Catamarca, *Cochoino*, y en Tucumán: *Viuda*, probablemente por su color de luto, y en las regiones montañosas de la misma provincia, en los cerros, como allá dicen, donde existe influencia quichua en el idioma, lo llaman *Isma*, que quiere decir, precisamente, *Viuda*. La variedad peruana habita aún a mayor altura, como que d'Orbigny la encontró arriba de los 2000 metros, recibiendo de los indios Aymarás el nombre de: *Chiguanco*.

En la primavera tuve oportunidad de presenciar un caso curioso de adopción, ejercida por un par de *horneros* en favor de un mirlo inmaturo, de vuelo débil, plumaje completo, pero con el pico no totalmente desarrollado, ni con el color definitivo. Se paseaba el día entero por ambos frentes de la casa principal de Estanzuela, vigilado por sus padres adoptivos, solícitos en alimentarlo recogiendo insectos y hasta alguna tamaña lombriz que ponían en la boca del presunto huérfano, que la devoraba con glotonería. Por lo general era uno solo el *hornero* proveedor porque se alternaban en la tarea de abastecimiento; al que estaba de turno lo seguía de cerca el joven mirlo, acortando la distancia en un trabajoso revoloteo cuando el *hornero*, con su paso redoblado, se alejaba con rapidez propia de un peatón veterano. En una ocasión los legítimos padres se juntaron con el vástago pretendiendo ejercer, con todo derecho, la patria potestad; pero los putativos no admitieron semejante intromisión, y sin más trámite arremetieron contra la pareja de mirlos, como si fueran intrusos, y ante tan incomprensible injusticia, evidente abuso de autoridad, verdadero secuestro, los mirlos, desconcertados, huyeron, mientras los *horneros* entonaban un dúo risueño y continuaban atendiendo a su protegido. Sin embargo, a pesar de tanta solicitud, los horneros tenían, por lo visto, normas para el trato con el hijo adoptivo, porque una vez que éste intentó seguirlos al nido – en un paraíso, a baja altura – lo sacaron al trote a picotazos. No sé cuándo habrían empezado a ejercer esta tutela; yo pude comprobarla durante cuatro días, y duró, según me informaron, cuatro días más, al cabo de los cuales los tutores resolvieron declarar mayor de edad al pupilo, despachándolo violentamente.

Y entre los exclusivamente moradores del bosque o de la selva (= *sylva*) se encuentra el único miembro argentino de la familia de las Sylvidas (*Sylviidae*):

76. **Piojito azulado.** *Polioptila dumicola dumicola* (Vieillot), precioso pajarito que me es familiar por haberlo observado en frecuentes oportunidades, en particular en el Delta del Tigre, generalmente en pareja, arriesgándose hasta los zarzales de la orilla, en inquieta movilidad, meneando su colita negra de ribetes blancos, más larga que el cuerpo azul-grisáceo. Uno de los rasgos llamativos es la ojera negra,

propia del macho, que de la frente llega hasta la nuca, y encubre el ojo como parche de tuerto. Saltan entre las hojas, de ramilla en ramilla (*dumicola* = = habitante del matorral), con un insistente quejido, como en diálogo; Hudson dice que no tienen canto propiamente dicho, pero emiten, sin embargo, un débil silbido. En la estancia « San Isidro » de Earnshaw – Magdalena, Buenos Aires – me mostraron un nido, en forma de media esfera, perfectamente construído, a base de líquenes; los huevos son azulados con pintas castaño, lo que corrige la referencia de Burmeister, que los suponía blancos. En Tucumán lo llaman, con bastante propiedad, *Azulejo*; en Santa Fe, *Tacuarita mora*.

Entre los verderones (*Vireonidae*), también saltarines entre las frondas, sólo anoto al:

77. **Chiví-chiví.** *Vireo virescens chivi* (Vieillot). — Color general aceitunado (*vireo, onis* = verderón; *virescens* = el que se pone verde), cejita posterior clara, partes inferiores gris azulado claro, algo de amarillo en el bajo vientre, pico fino con uñita tipo tiránido. Azara, a fuer de Capitán de Fragata – porque lo era, además de Teniente Coronel e Ingeniero – lo nombra al *Chivi-chivi*: *Gaviero*, porque anda por las gavias, vale decir por la parte intermedia; « esto es, sin dexarse ver en las cumbres, ni en lo inferior de los árboles, ni en el suelo »; lo da por muy inquieto, « y para pillar los insectos de las hojas, toma todas las situaciones posibles »; y su voz « unas veces suena *chivi-chivi*, y otras *ble-ble-ble*; y parece que su oficio es cantar ».

Cachirlas familia *Motacillidae*

78. **Cachirla o Cachila.** *Anthus correndera* Vieillot. — La misma tan común en las praderas de Buenos Aires, con aquella manera de elevarse en vuelo trabajoso y vertical, carente de planeos, mientras emite un canto débil, discontinuo, y aquel plumaje color de arena, poco vistoso y perfectamente mimético con el ambiente en que vive. Su tamaño aproximado al de un gorrión. Se extiende sobre buena parte del territorio en un cuadrilátero cuyos cuatro vértices pueden fijarse en Río Negro, Mendoza, Salta y Misiones; pasa al Uruguay, Sud del Brasil y Paraguay. Hay tres razas más: una de los Andes catamarqueños, otra del sur de Patagonia y Tierra del Fuego y una tercera, o sea cuarta, de las Malvinas, sin perjuicio de otras once especies pertenecientes al mismo género y a otros países.

Piojitos; familia *Compsothlypidae*.

79. **Amarillito.** *Geothlypis aequinoctialis velata* (Vieillot). Y lo es casi totalmente, salvo la cabeza gris y la frente y mejillas negras; de

tamaño aproximado a un misto cimarrón [*Sicalis flaveola pelzelni* Sclater], pero con pico más largo y fino, como de insectívoro.

En ambiente tan favorable no puede faltar el único representante, en nuestro país, de los Plocidos, intruso originario del viejo continente, invasor universal de las tierras de abundancia.

80. **Gorrión.** *Passer domesticus domesticus* (Linné), escaso, pero lo necesario para darle una nota europea al ambiente colonial. Desde su llegada, hace 70 años, en la época de Sarmiento, los gorriones traídos por el cervecero Bieckert, como un recuerdo vivo del país natal, se han difundido por todo el país sin perdonar ni al lejano territorio de la Tierra del Fuego. A fuer de ciudadanos no se les ve en el bosque; están siempre en las poblaciones arrimados a la vida fácil proporcionada por las sobras de cocinas y establos; además encuentran refugio abrigado en el nido del *hornero*, del cual se apoderan en cuanto queda desocupado, si no lo madruga la *golondrina parda*. Como en todas partes andan a saltos, vivarachos y aprovechadores, el macho con sus parches blanco-grisáceos en el cuello y la garganta negra, y la hembra en colores pardos sin ningún rasgo saliente.

TORDOS.

Vienen luego los tordos, familia de los *ictéridos* (*icteridae*), caracterizada por la inteligencia y mansedumbre de sus miembros, de los cuales no todos tienen el color propio de la ictericia (= *ícteros*, en griego), a pesar de lo cual están agrupados con la amarilla *oropéndola*, llamada por los griegos, igualmente, *ícteros*. También les dicen *Trupiales*, por aquello de andar en tropa (*troupe*), según invento de Brisson (1760), y no de Carlos Bonaparte, como lo supone Newton (*Dict. of Birds*), pues el príncipe ornitólogo no hizo más que adoptarlo para un género de su creación en el cual estuvieron incluídos nuestros pechos colorados; invento explicado por el deseo de separar a las especies cuyo color dominante es el negro, de las que nada tienen de color de gualda. Para nosotros el primero de los tordos, lo es casi por antonomasia el

81. **Renegrido.** *Molothrus bonariensis bonariensis* (Gmelin), el famoso y comentadísimo *Tordo negro argentino*, aunque no es, por cierto, precisamente negro, porque luce tornasolados reflejos purpúreos. Comentado sobre todo por Friedman, quien en su admirable trabajo (*The Cow-bird*, 1929) sobre el parasitismo, ha escudriñado la vida íntima de este vagabundo sin hogar, desprovisto de casa propia, perpetuo depositante de sus huevos en nido ajeno, sin reparos ni medida, como lo demuestra el censo levantado por aquel autor, el cual comprueba la existencia de 84 especies de inocentes pajaritos víctimas de tan extraña ausencia de

sentimientos maternales, censo completado en 1931 con 16 especies más, con lo cual se completa el centenar de víctimas. De esta carga, pesada y gratuita, no se ha librado ni la menuda *ratona*, la cual, alguna vez, al volver a su modesta madriguera se ha encontrado, con la consiguiente sorpresa, con un desmesurado huevo que no era ni podía ser suyo, pero sobre el cual, por la fuerza imperativa del instinto, ejercerá la función incubadora; drama afligente, luego pavorosa tragedia cuando nace el polluelo, expósito precoz, que a los pocos días ha superado en tamaño a sus atribulados padrastros, quienes no dan la ida por la venida acarreando alimentos para el monstruo insaciable. Entre tanto, el padre verdadero corretea despreocupado por los campos, en banda con otros, seguidos por sus compañeras, éstas siempre en menor número, descoloridas a un tinte pardo ceniciento. El Renegrido merece, pues, el nombre de *Molothrós*, que los griegos bizantinos aplicaban a lo que hoy llamaríamos un parásito, porque, como explica Suidas (Siglo X), era: *qui non vocatus, alienas sedes intrat*, el que sin ser llamado entra en casa ajena.

82. **Mulata.** *Molothrus badius badius* (Vieillot). — Tordo gris, en general, con alas castañas; en Buenos Aires se reúne en pequeñas tribus, parleras y confiadas, que con toda naturalidad circulan en los patios de las estancias, realizando, a veces, al encontrarse dos bandos, una serie de maniobras en conjunto, conocidas por « el baile de las mulatas », con arrastres de alas, conatos de vuelo, corridas y entreveros, en alto el pico entreabierto por los intermitentes gorjeos. Ambos sexos son iguales. Llevan unas ojeras oscuras que les hacen unos ojos muy sombríos y rasgados, verdaderos ojos de mulata, razón, probable, de su nombre vulgar. En algunas partes lo llaman *Tordo músico*, con toda justicia, porque cantan en coro, pero a contrapunto, con tonos débiles y tonos fuertes, cual si ensayaran una sinfonía, bastante sonora, por cierto. En San Juan: *Violinista*; en Uruguay: *Guitarrero*. El *badius* = bayo, aplicado por Vieillot, francés, no resulta de exacta aplicación en la Argentina, porque *bayo* es para nosotros el blanco amarillento en los caballos, y la tonalidad más clara en las partes inferiores de la *Mulata*, no autoriza tal denominación; pero el nombre, dado al ave por Azara, de *Tordo pardo-roxiso*, ha sido interpretado, en cuanto al color, como el *bai* francés, capa del caballo pardo-rojiza, correspondiente en los léxicos latino-franceses a *badius*; en cambio el pelaje *bai*, francés, equivale exactamente a nuestro zaino, de manera, pues, que no debe aceptarse el nombre vulgar de *Tordo bayo* – extraído de la nomenclatura y usado por algunos autores, – pero sí puede emplearse, en su reemplazo, el de *Tordo zaino*, como que, en realidad, sus alas pueden ser *zainas*. Como información, conjetural y pintoresca – cuya fuente no puedo precisar, –

agregaré que tengo entendido que el *bayo* español trae su origen de los árabes – maestros en caballerías, – porque era el color de la baya del datilero no sazonado, en tanto que el *bai* francés (zaino) es el color de la misma baya, pero madura; que lo digan las cajas que nos llegaban antaño de Marsella, con sus apretadas hileras de sabrosos dátiles perfectamente *zainos*.

83. **Loica.** *Pezites militaris militaris* (Linné). — Nombre regional del *Pecho colorado grande*. Pardo con negro en lo superior, ceja blanca, bien estirada, colorada en su nacimiento; por debajo escarlata como la banda de las alas, blanco debajo de las mismas, pico muy agudo. En cantidad en los alfalfares. La denominación de *Loica* debe ser adoptada de los indios ranqueles [1], de habla araucana, porque los mapuches (araucanos) de Chile llaman a este pájaro *Loica* o *Lloica*, desde los tiempos del Padre Febres (1765).

Entre los *Tangarás*, en volumen como fringílidos (gorriones, chingolos), pero de variados y contrapuestos colores – ejemplo: los *obispos* de las pajarerías, que vienen del Brasil – sólo había anotado uno, y de ahondar la búsqueda sospechaba no llegaría a dos, por razones de latitud y altura. Esta numerosa familia, exclusivamente latinoamericana – no cuento al aislado excursionista de verano a los Estados Unidos – era conocida hasta hace poco bajo el nombre de Tanágridos (*Tanagridae*), pero víctima de la frecuente, y a veces perturbadora, volubilidad de la nomenclatura, aparece ahora con el patronímico de *Thráupidas* (*Thraupidae*), emparentándola, así – parentesco verbal, por otra parte, – con un pajarito, *Thraupis*, mencionado por Aristóteles y que hasta ahora no se ha podido identificar con precisión [2]; y todo porque Boie (Friederich, 1789-1870), erudito jurista al par que ornitólogo, creador de numerosos géneros, desenterró el nombre ese para aplicarlo (1826) nada menos que a un *arzobispo* (*Thraupis archiepiscopus*, hoy *ornata*).

Pero el hecho es que esta familia, de glotones frugívoros, genuinamente criolla, ha sido de antiguo perseguida por el sino helénico, pues Marcgrave (1648) menciona un ave « *Tangara brasiliensibus* (*tangará*

[1] Los ranqueles, hasta varios años después de 1870, época de la famosa excursión del entonces Coronel Lucio V. Mansilla, ocuparon todo el extremo sudeste de San Luis, como resulta de las comprobaciones del bizarro militar, quien calculaba la existencia de 10.000 indios entre los 63 y 66° de Greenwich y los 35 y 37° de latitud sur.

[2] Aristóteles, en *Hist. Animalium*, VIII.3.6, lo menciona entre los pájaros que se alimentan del cardo (ἀκανθο-φάγος, acantho-phágos = el que come cardo), por lo cual podría colocársele entre los jilgueros (*carduelis*), como lo interpreta el primer traductor Gaza (1476). Gesner (1555) sigue a Gaza. Aldovrandi (1600), *Ornith.*, vol. II, Lib. XVIII, pág. 798, dice: El *Thraupis* de Aristóteles no es nuestro jilguero. *Thraupis Aristotelis non est carduelis nostra* — y más adelante al ocuparse del nombre aplicado por Belon (1555) dice que debe entenderse que es el ave « llamada *citrinella* por los italianos », hoy *Carduelis citrinella*. D'Arcy W. Thompson en su última edición de *Glossary of Greek Birds* (1936) supone sea *Serinus hortolanus* el *Verzellino* de los italianos.

para los brasileños), de la cual se encuentran algunas especies que varían de color » [1], – registrando por primera vez el nombre dado por los indios Tupís, y hete aquí que en 1766 aparece transformado por una metátesis de Linné, en *Tanagra,* sin que nada tengan que hacer en el asunto las delicadas terracotas de Beocia, ni tampoco la antigua ciudad que les diera el nombre, a pesar de que en ella – único antecedente ornitológico – se adiestraban los más famosos gallos de riña de toda Grecia.

84. **Naranjero.** *Thraupis bonariensis bonariensis* (Gmelin). — Por la diafanidad de la atmósfera serrana sus varios colores aparecen muy brillantes y contrapuestos entre el follaje oscuro del monte. El anaranjado

Naranja comida por un *naranjero* en la estancia la Barra de San Juan. Colonia, R.O.U. (Foto del autor).

del pecho, abdomen y la rabadilla, más el azul de la cabeza y las alas, intensificados por el negro del lomo y de la cara, justifican el nombre dado por Azara de *Lindo celeste oro y negro.* Lo de naranjero le corresponde no sólo por el color sino también por su afición a las naranjas. Cuando éstas entran en sazón el *naranjero* circula por entre las lustrosas hojas verdes en busca de la fruta predilecta; elige, después de varios ensayos, la colocada en situación más favorable a su faena alimenticia, se posa en una ramita vecina y desde allí comienza a menudear un martilleo con el pico sobre la corteza de la fruta; al pie del árbol va cayendo un polvillo anaranjado

[1] *Hist. Rer. Nat. Brasiliae:* reperiuntur ejus aliquot especies colore variantes.

y blanco, y sobre la tierra negra queda como rastro denunciador del audaz que se atreve a merodear en el cercado ajeno. Poco a poco ahonda un agujero hasta llegar a la pulpa, sorbida con fruición por el operante; la abertura es agrandada en círculo, por donde pasa la cabeza, para entregarse a la glotonería, luego el círculo crece de acuerdo a las necesidades, hasta llegar a un diámetro que permite al *naranjero* instalarse en uno de sus bordes y proseguir el yantar, y por último, metido en el interior de la naranja, la deja completamente vacía, limpia de hollejos y pepitas, pero pendiente, sin embargo, de su pedúnculo, de manera que, de mirarla del lado contrario a la trepanación, parece intacta (véase lámina). Alguna vez suele verse a la pareja trabajando, cuando las circunstancias lo permiten, cada uno por lado opuesto; en ese caso la naranja aparece con una circunferencia por costado, a manera de farolillo. En Entre Ríos le dicen *Siete colores*; en Corrientes, *Santa Lucía*; *Virreina* en Santa Fe; en Mendoza y San Juan, *Feste*. El nido es una perfecta media esfera. La hembra es diferente: pardo-gris, con algo de amarillo por debajo.

No esperaba encontrar otro miembro de esta familia, sin embargo, con gran sorpresa, encontré el

85. **Tangará azul, oro y celeste.** *Tanagra musica aureata* Viellot. — Azara lo llama *Lindo azul y oro, cabeza celeste*, y a todos los del grupo a que pertenece los califica de *Lindos*: «Así los denomino, porque poseen los esmaltes y colores más bellos de la naturaleza». En un rincón de singular amenidad, por el agua que corre y la vegetación, al caer la tarde, percibimos dos pajaritos de vivísimos colores. Costaba convencerse de que fueran lo que eran, porque no están señalados en la región: desde Bahía en Brasil se corren hacia el Este del Ecuador y el Perú y en la Argentina sólo bajan hasta Corrientes y Tucumán. Sin embargo eran lo que eran; observaciones posteriores comprobarán si su presencia es únicamente accidental. El macho daba la espalda y mostraba su cabeza y nuca « bleu de ciel », como ha descrito Taczanowski, y el lomo dorado entre las alas oscuras. Dejo que Azara continúe: « Baxo de la cabeza, sus costados y la frente son negros aterciopelados, sobre la misma y cogote celeste bellísimo, aunque claro, y da vuelta por detrás del oído: y de la nuca al lomo, las cobijas menores y timoneles superiores morados en conjunción con la luz, y azules bellos en oposición. El orden mayor de cobijas, remos y cola negros. El lomo, la garganta hasta la cola y costado de oro purísimo. El ala por debaxo, o los remos plateados, y las tapadas color de perla variada con amarillo; pero el encuentro es un jaspe de amarillo, negro y perla ». Y no hay más que pedir. Su compañera, mucho más modesta, lucía el casquete celeste, algo más apagado, sobre una tonalidad, general, verde, oliva en su parte superior y amarillenta en la inferior. Según Stolzmann – en Taczanowski, *Ornithologie du Pérou* – esta especie

llega en las montañas hasta 7600 pies sobre el nivel del mar. Lo de *musica* le viene por la especie típica originaria de las Antillas, de la cual dice Desmarest: « Su voz es muy extendida y muy variada, y lo que es muy notable, es que puede tomar sucesivamente todos los tonos de la octava subiendo de grave a agudo ».

FRINGÍLIDOS. — De este grupo numerosísimo de granívoros, familión mundial, he anotado una docena.

86. **Picohueso.** *Saltator aurantiirostris nasica* Wetmore y Peters. — Su voz pronuncia claramente un *chichiviro...*, como el que resuena entre los ceibos y sauces de nuestra mesopotamia, traducible a un *Juan Chiviro...* insistente y ruidoso. En Estanzuela es uno de los cantos más sonoros, estalla retumbante y alegre en la tranquilidad del monte, llamado que se expande a lo lejos y luego se repite como si el eco lo devolviera. A simple vista, entre la penumbra de las frondas, resulta un *Juan Chiviro* ríoplatense (*S. a. aurantiirostris* Vieillot), sin ninguna diferencia. Para establecerla he recurrido al cotejo de ejemplares de los Museos de Buenos Aires y La Plata, y debo confesar que no he conseguido fijar ninguna; la única particularidad que los distingue es el pico, más fuerte en los de San Luis. Haré, pues, la descripción del plumaje de la especie típica (*S. a. aurantiirostris*), descripción que considero valedera para ambas razas. Se trata de la variedad que Azara llama *Habiá de pico anaranjado – habiá*, nombre genérico de los zorzales en guaraní [1], – la cual se encuentra en las provincias de nuestro litoral fluvial, se corre luego a través del Uruguay hasta el sur del Brasil; de ahí, cruzando el Paraguay, llega a Tucumán y aún al S. E. de Bolivia. Su color general es gris pizarroso con baño oliváceo bien marcado; el negro de la frente y costados de la cara está separado de la coloración restante por una raya blanca que desde el ojo cae a la base del cuello; la garganta no es negra, como describe Sclater en el Catálogo del Museo Británico, sino blanca lavada de leonado y está enmarcada por un collar pectoral negro que se une con el negro de la cara; todo lo inferior pardo teñido de un leonado, que se intensifica hasta el rojizo al refugiarse en las axilas y al llegar a las tapadas de la cola. Las alas y la cola responden al color general, aunque más profundo. La « grande mancha blanca » en la pluma exterior de la cola, señalada por Azara, no la he podido comprobar; se reduce, en los ejemplares examinados, a un borde desteñido. Es de tamaño más que mediano para un fringílido, porque su largo total oscila en los 18 centímetros. El pico anaranjado (*aurantiirostris*) es sólido,

[1] MONTOYA, *Tes. Leng. Guaraní* (1638): « Haabîa. çorçal, ave conocida. Haabîa-ti, çorçal blanco ». El *Sabiá* de los brasileños. Rodolpho García en *Nomes de Aves en lingua Tupi*, trae la etimología: « contracçao de *haa-piy-har* = aquello que reza muito (cf. Baptista Gaetano: 3, 147) ».

con punta fina cuyo extremo más agudo se encorva. Y en el pico está la disparidad entre las dos subespecies. La desemejanza del plumaje, como ser la coloración más francamente gris en algunos ejemplares de San Luis, así como el pico más oscuro, podrían ser simples variaciones individuales, aunque he visto repetirse el caso en ejemplares vivos. El pico, pues, es más fuerte, igualmente puntiagudo y fino, imperceptiblemente más largo, más alto y ancho, sobre todo en la mandíbula inferior, con dimensiones que varían hasta en 2 milímetros; esta cifra va como simple indicación y puede servir de punto de partida para quien, disponiendo de tiempo, y de ejemplares, realice un estudio comparativo más completo. Cabe hacer notar que los ejemplares cazados en Mendoza – sitio de origen – presentan un pico más voluminoso en la base. Agregaré, a manera de contribución para quien desee continuar los cotejos, parte de la lista de ejemplares por mí examinados, con sus respectivas medidas, en la comprobación de las cuales he tenido la colaboración de mi amigo el Profesor Alfredo Steullet; tomadas para el largo, en el culmen expuesto (libre de plumas), y para el alto y ancho a la altura del ángulo del *gonis*.

SALTATOR AURANTIIROSTRIS AURANTIIROSTRIS

					LARGO (EN MILÍMETROS)	ALTO (EN MILÍMETROS)	ANCHO (EN MILÍMETROS)	
1.	M. B. Aires.	N° 7349	♂	Santa Fe. Mocoví ..	20	12	8	
2.	M. La Plata	» 5461	♂	Sgo. del Estero. Girardet	18,9	11,5	9,6	
3.	» » »	» 5649	♀	Chaco. Napalpí	18,4	12,4	8,5	
4.	M. B. Aires.	» 8428	♀	Tucumán. Vipos	17,5	12,3	9,5	pico más negruzco.

SALTATOR EURANTIIROSTRIS NASICA

					LARGO (EN MILÍMETROS)	ALTO (EN MILÍMETROS)	ANCHO (EN MILÍMETROS)	
5.	M. La Plata	N° 4458	♂	Mendoza. Vilucó ..	21	13	10,5	
6.	» » »	» 4459	♀	» » ..	20	13	9,5	
7.	» » »	» 0171	♀	San Luis	22	13	9,3	
8.	M. B. Aires.	» 448	♂	San Luis. Sierra San Francisco	19,6	12,1	9,5	plumaje muy gris.
9.	M. La Plata	» 0166	♀	San Luis	19	11,5	9,3	
10.	» » »	» 7391	♀	Córdoba. Embalse .	19,1	13	9,3	
11.	Col. Steullet y Deautier..	s/n	♂♂	Córdoba, oeste. Nono.....	19,3 17,6	12,8 12	9,9 9,5	
12.	M. La Plata	N° 5373	♀	Buenos Aires. Cristiano Muerto	20	13	9,8	sin determinación subespecífica.

Al ejemplar del Museo de La Plata N° 5373, coleccionado por Alberto Merkle el 13 de agosto de 1923, en Cristiano Muerto, provincia de Buenos Aires, en las proximidades de la costa atlántica – latitud 38° 40′, longitud 59° 30′, meridiano de Greenwich, – no se le ha dado determinación subespecífica, pero por las dimensiones del pico, como puede comprobarse por el detalle que antecede, pertenece a la raza *nasica*, con lo cual su difusión queda notablemente extendida hacia el sur y el este, a no ser que se tratara de un caso aberrante como pareciera el de Mocoví; por comparación de las precitadas dimensiones se infiere, aparentemente, la existencia de un proceso de intergradación cuyo estudio acabado sólo podrá efectuarse con un material más copioso.

A pesar de esta imprevista dispersión, se le puede designar al *Picohueso* como *Pepitero cuyano* – *pepitero* se le llama en el noreste y parte del oeste argentinos, – porque le corresponde tal naturalización, dado que es oriundo de Mendoza, está en San Luis y debe encontrarse en San Juan – las tres provincias que, unidas, formaban la antigua de Cuyo – desde que se le ha descubierto también en La Rioja, límite norte del Cuyo colonial. *Pepitero* es el nombre dado a algunas especies del género *Saltator*, en la región montañosa norte y central del país, pero en la región ribereña tal nombre es desconocido, como podrá comprobarlo quien recorra las orillas de los ríos Paraná y Uruguay, porque sólo oirá de boca de los naturales el apelativo de *Juan Chiviro* – nunca *Pepitero* – registrado así en la lista de nombres vulgares de Enrique Lynch Arribalzaga, controlada y reforzada por la autoridad del Dr. Roberto Dabbene [1]. Ahora bien, en los últimos tiempos se ha dado en adjudicar el nombre de *Juan Chiviro* al *Buen Cantor* (*Cyclarhis guayanensis ochrocephala* Tschudi), y en cierto modo esta adjudicación tiende a oficializarse, porque así está consignado en las láminas editadas por la casi Giberti y dirigidas por la S. O. P. [2]. Hecho mínimo que merece atención. A pesar de todo el *Saltator aurantiirostris*, contra viento y marea, continuará, imperturbable, gritando: *Juan chiviro*!..., como un desmentido a quienes pretenden modificar su estado civil.

Entre tanto el distraído *Buen cantor* no ha de ofenderse, porque nunca ha pretendido pronunciar un nombre al modular su canto jovial, ese « soliloquio » que a Hudson le recordaba a «uno de los descuidados silbidos de un muchacho que silba simplemente para expresar su alegría, sin tener ninguna tonada precisa en la mente ».

Al *Pepitero cuyano*, sus descubridores Peters y Wetmore le han aplicado (1922), para distinguirlo, el sobrenombre de *nasica*, como quien dice

[1] Ya en 1834, anotaba d'Orbigny, *Voyag.* IV. *Oiseaux* - pág. 257-58: « A Corrientes ou les nommes *Juan chito chiviro* » (sic), onomatopeya perfecta, por otra parte, del canto.

[2] El primero en adjudicarlo fué Holmberg en el Censo de 1895: entre ambos pájaros puede haber una cierta semejanza física que facilita la confusión.

narigón, o mejor dicho narigueta, porque hay discrepancia entre los léxicos en cuanto a su acepción exacta, aunque todos coinciden en el concepto de nariz puntiaguda y afilada, una de las características del pico del ave. Este calificativo de *nasica* no es agraviante, al contrario, porque fué también aplicado, en tiempos remotos, a toda una dinastía de los Escipiones, familia de las más ilustres de la antigua Roma, la misma del glorioso Africano vencedor de Aníbal. El primero del apodo, Publius Cornelius Scipio Nasica, fué considerado como « clarísima luz de la magistratura » [1], y declarado por un Senado Consulto, « el hombre más virtuoso de la República », según refiere Tito Livio, aunque el precavido historiador paduano, por reparos de exactitud, reserva su opinión sobre el punto [2]. De cualquier manera el *Pepitero cuyano* queda en buena compañía, vinculado a un linaje histórico.

87. **Cardenal amarillo.** *Gubernatrix cristata* (Vieillot). — Entre los varios ejemplares encontrados, uno de ellos mereció especial anotación porque estaba posado en lo alto de una rama, bien visible por la tiesa postura y por el dominante amarillo verdoso en el lomo tiznado, tiznes repetidos en la cola y las alas, erecto el copete, de un negro de terciopelo, que se desdobla a modo de gorguera enmarcada por el dorado de las mejillas; al emprender el vuelo, recto y precipitado, el amarillo vivo de bajo las alas y vientre prevaleció reverberante a la luz del sol. La hembra, más apagada, lleva gris en el pecho y blanco en la cara. Es buscado como pájaro de jaula, no sólo por su plumaje, sino también por su canto insistente y dulce, aunque uniforme.

88. **Rey del bosque.** *Pheucticus aureoventris aureoventris* (Lafresnaye y d'Orbigny). — También víctima de la jaula, por iguales motivos de plumaje y canto. Más corpulento que el anterior, es menos luminoso, aunque ofrece mayor contraste en los colores, con predominio del negro, en la cabeza, pecho, lomo y cola, realzado por el amarillo del vientre (*aureoventris* = de vientre dorado), y de las alas, que llevan alguna nota blanca, así como los flancos. Es uno de los reyes de las pajarerías, muy solicitado porque no es nada bullanguero, su voz es suave y variada y por consiguiente nada cansadora. Tiene un pico potentísimo, que en algo se asemeja al del loro; por eso en Tucumán lo llaman *Sacha-lora* (*Sacha* en acepción de seudo).

[1] VALERIUS MAXIMUS, *Fact. Dict. Mem.* VII 5.2: *P. autem Scipio Nasica, togatae potentiae clarissimum lumen.* (pues) P. Scipión Nasica, clarísima luz de la magistratura.

[2] *Hist. Rom.* XXIX 14.8: *P. Scipionem... judicaverunt in tota civitate virum bonorum optimum esse... ita meas opiniones, conjectando rem vetustate obrutan non interponam*

Juzgaron a Publio Escipión como al mejor de los hombres virtuosos de la ciudad... considerando, así, conjetural un hecho sumergido en la antigüedad, no expondré mi opinión personal.

89. **Reina mora.** *Cyanocompsa cyanea argentina* (Sharpe). — Continuamos con la realeza. Después del rey, la reina, pero de prosapia (léase género) distinta. El *Celestino*, tal es su nombre en Tucumán, aunque más enjuto, no le va en zaga al precedente en suntuosidad de ropaje, porque con su mayor sencillez de colorido llega a un efectismo más decorativo, sobre todo si se presenta con su pareja, entre el verde de las hojas, pues el macho luce un juego de azules intensos desde el índigo predominante al cobalto, plateado en la frente y profundo en lo alto de las alas, para terminar en agrisado, con algo de negruzco, en la punta de las mismas; negra la cola marginada de azul grisáceo; patas violáceas, pico negruzco. La hembra, en cambio, lleva un atavío más sobrio, en tonos pardo-rufos, pardo con variantes de rubio en las alas y de ferruginoso en la cara y en lo bajo del cuerpo; más modesta cede a su compañero el adorno exterior, pero se compensa con la esbeltez, porque lo sobrepasa en una pizca de altura.

90. **Cabecita negra.** *Spinus magellanicus tucumanus* Todd. — Una de las ocho variedades existentes en la república, variedad que llega hasta Salta pasando por Tucumán. Muy parecida a la de Buenos Aires – la típica (*Sp. m. magellanicus*), – tan característica por su cabeza, verdadera bochita negro-fuliginosa; en la habitante de San Luis el negro de la garganta, en el macho, está menos extendido; tiene igualmente el verde-oliva muy claro por encima, pero el amarillo del vientre, rabadilla, y bandas bajo y sobre las alas no es tan vivo

El « porteño » que sale de su provincia de Buenos Aires, añora las superabundantes *Cabecita-negras*, que convierten en rumorosa pajarera a las arboledas de las viejas estancias, en una de las cuales – « La Segunda », en Chascomús – un aficionado inglés, suspenso ante los incesantes gorjeos, pintorescamente exclamaba: « ¡Cómo chisporrotean »! Y chisporrotean de verdad, no sólo con sus notas de aprendices canarios, sino también con sus vuelos breves y relampagueantes, cuando al despertar revolotean de un árbol a otro, como en Acelain, del Tandil, donde al alba cada uno de los tupidos cipreses – predilecto refugio – que se estiran próximos a la señorial mansión, están moteados por las cabezas, como bolillas de carbón, de los pajaritos aún recogidos, pero no bien clarea la aurora, las movedizas pelotillas de hollín se lanzan al aire y estallan en luz porque aparece el amarillo interior, y las bandas doradas de las alas flamean como si ardieran.

A pesar de las muchas variedades, las diferencias entre sí son pequeñas, salvo en la especie cordillerana-norte (*atratus*), que es casi totalmente negra. Resumiendo, las variedades son: I. *Sp. m. magellanicus*, especie típica, muy numerosa en Buenos Aires, llega hasta Río Negro; se encuentra también en el sur de entre Ríos y en el Uruguay, pero no

en tanta abundancia. II. *Sp. m. tucumanus* que comentamos. III. *Sp. m. Alleni*, más descolorida, del Chaco y Formosa, llegando hasta Bahía, Brasil, y la IV. *Sp. m. ictericus* de Misiones, sudeste del Paraguay y Brasil hasta Río de Janeiro, muy parecida a la porteña, pero algo más pequeña y con menos negro en la garganta. Ahora bien, en los Andes, de Mendoza para arriba, se superponen tres especies: V. la de pico grueso, *Sp. crassirostris*, de las grandes alturas (3000 m), desde Puente del Inca a Salta, y en Chile en Aconcagua; VI. la negra *Sp. stratus*, con poco amarillo en alas y cola; alcanza al Perú; VII. la de rabadilla amarilla *Sp. uropigyalis*, de los Andes centrales de Chile y Argentina; y por último VIII. la de babero negro, del sud, desde Neuquén a Tierra del Fuego y Malvinas *Sp. barbatus*. En la mayoría de las especies las hembras con más descoloridas, y en general – menos en la negra – falta el negro en la cabeza.

91. **Jilguero o Misto cimarrón.** *Sicalis flaveola Pelzelni* Sclater. — Anda solo o en pareja. El macho amarillo más definido, color más brillante cuando sube, hasta llegar al anaranjado en la frente; marcas de negro y pardo en el cuello, alas y cola. Se encarama en lo más alto de un arbusto o de un árbol para lanzar un continuo, porfiado chirrido, de insecto más que de pájaro. En Buenos Aires lo llaman generalmente *Jilguero*, y quizás a él se refiere la frase gauchesca « Dejá de cantar jilguero, que me estás atormentando », en alusión a su estridente aunque débil chirriar, a veces irritante. La hembra lleva un humilde plumaje pardo grisáceo, rayado de negruzco, apenas con un recuerdo de amarillo en la cola y las alas. Azara lo llamó *Chuy*. En San Juan, *Chamuchina*, nombre que suena a onomatopéyico. En el Buenos Aires de nuestros abuelos, antes de la invasión del gorrión (*Passer domesticus* Linné), allá por el 73, el *jilguero* era un popular ciudadano monógamo, avecindado en los patios con higuera y parral.

92. **Misto del campo.** *Sicalis luteola luteiventris* (Meyens). — Este, en cambio, tiene costumbres menos austeras, o más musulmanas, porque es polígamo, y, más grave aún, su comportamiento autoriza a suponer que practica desenfadadamente el amor libre, porque anda por los campos en bandadas de a cientos, volando a la loca, entreverados, unos pocos machos y muchas hembras, desgranando una lluvia de notas alegres, breves y múltiples. El misto no es tan brillante de aspecto como su primo el *jilguero*. Se distingue por ser más pequeño, verde oliva claro en la parte superior con marcas oscuras; alas negruzcas como la cola; de ante oscuro la garganta y pecho; el amarillo franco sólo aparece de la base del pecho a la cola. La hembra es más desteñida y algo menor. En esas bandadas, a veces de miles en los rastrojos, hacen sus cosechas,

su bárbaro agosto, los cazadores con redes, los mismos que desalmadamente forman manojos de pechugas, rematados en racimos de cráneos, con destino a la despiadada polenta.

93. **Diuca chica.** *Diuda diuca minor* Bonaparte. — Muy nombrada por la gente del lugar, como sinónimo de buen cantor. Si oyen un trino en el monte, decretan *diuca,* sin más trámite. Tienen razón en su juicio, porque la voz es dulce y cálida. A mi antigua conocida de la Estancia Península Huemul, en Nahuel Huapí, es muy fácil representársela: un pajarito encapuchado con un manto gris paloma, que lo cubre totalmente, manto abrochado bajo el pecho dejando a la vista todo el resto inferior blanco, garganta inclusive. Lleva en lo bajo de los muslos un borrón colorado, que en algunos casos se concreta a un bordecito de plumas rizadas, más rojas y finas, pegadas al tarso, a manera de liga. Con su reclamo *Chiipe.. chipe.... chiipe.. chipe,* como corcho sobre una botella, parecería que la pareja se está susurrando el uno al otro: *muchachito... muchachita...* No tuve la suerte de verla en persona a mi amiga *Diuca,* pero sí la de oírla: en un espeso palmar, repitieron su reclamo, y como si quisieran darse a conocer a un viejo camarada, me pareció que pronunciaban su propio nombre: *diucachica... diucachica... diucachica...*

94. **Afrechero.** *Lophospingus pusillus* (Burmeister). — Suelen llamarlo *cardenal negro* y en las pajarerías *cardenalillo de la sierra.* Tiene efectivamente la apariencia de un pequeño cardenal pero en colores negro, gris y blanco. Sobre un ejemplar en vida, minuciosamente observado, hice la siguiente anotación: de tamaño algo mayor que un *chingolo* pero más largo y enjuto de cuerpo y de cola, copete negro airosamente levantado, el negro continúa por la nuca a juntarse con el gris pardo del lomo, desde la frente avanza una ceja blanca que continúa paralela al negro del copete y de la nuca, luego una franja negra de la base del pico pasa sobre el ojo, por debajo de ésta otra franja blanca y por último la garganta negra; en resumen, la cabeza, de perfil, presenta tres fajas negras, con dos blancas intercaladas; de frente el parche negro de la garganta muy visible sobre el resto blanco; punta de las plumas de la cola blanca, partes inferiores gris; cobijas alares jaspeadas de gris; muy marcada la diferencia de color en el pico, negruzca la mandíbula superior, blanquizca la de abajo.

95. **Chingolo.** *Zonotrichia capensis* — subespecie *choraules*? (Wetmore y Peters). — El *Chingolo* es para nosotros casi un símbolo nacional, como lo es para los uruguayos. Su canto melodioso y evocativo fué representado con toda exactitud en un verso de Leopoldo Lugones: « Curí...

curí... quiquió... » [1]. Cuando espaciado por un silencio, y luego repetido, se oye a la hora del crepúsculo, resuena con sedante, apacible cadencia; si alguna vez estalla en medio de la noche, cobra singular repercusión y se le atribuye virtud de pronóstico: anuncia viento, afirmaban los paisanos de mis lares. El *Chingolo* lleva un color gris terroso rayado de pardo negruzco, librea rústica que se ennoblece con la gracia de la listada cabezuela, enaltecida por un diminuto tupé gris como punta de casco, asentado sobre una raya blanca, y luego por debajo negra; usa un collar castaño y la garganta es blanca; el pecho gris ceniciento. Los guaraníes lo demominan « *Chesihasí*, porque lo canta todo el año con mucha claridad » (Azara). En Córdoba *Cachilo*, en Tucumán *Ycancho*, y en San Juan, a la variedad andina, *Chischín*. Ahora bien, en Estanzuela sólo vi uno a la distancia; creo haberle notado más blanco en la cabeza, como los observados en Viedma y Península Huemul, razón por la cual me inclino a suponerlo de la raza *choraules* (flautista); tampoco lo oí cantar; de oírlo me hubiera ilustrado, porque los de Viedma y Huemul dicen: *chíu chíu chi i r r*, prolongando el trino final.

96. **Quién te vistió.** *Poospiza torquata pectoralis* Todd. — Todo ella en blanco, negro y gris; casco gris oscuro bordeado por una línea negra; una ceja blanca que va del pico a la nuca, gris el lomo, negras con algo de blanco la cola y las alas; arriba con manchas, por debajo blanco cruzado bajo el pecho por una banda negra (*torquata pectoralis* = con collar en el pecho). Su nombre vulgar pretende remedar su voz. White, el autor de *Cameos from the Silver-land* encontró tres o cuatro « activamente ocupadas en comerse los tiernos brotes de un algarrobo ».

97. **Siete vestidos.** *Poospiza melanoleuca* (D'Orbigny y Lafresnaye). — Muy parecida a la anterior. También con su casco seminegro como la cabeza y el cuello, color que alternado con el blanco completa su vestimenta, y el correspondiente lomo gris, pero le falta el collar sobre el pecho. Es el *Chipiú* blanco y negro de Azara.

La Casa de Piedra. — Cumplido mi deber ornitológico y mi compromiso con la dirección de El Hornero, por cuya amistosa insistencia he pergeñado las notas que anteceden, paso a dar algunos pormenores sobre un tema que no es de mi especialidad, lejos de eso, mas por lo mismo con la atracción de lo desconocido, con el incentivo de los misterios, los mismos,

[1] Libro de los paisajes: El Chingolo.

lector paciente, « a los cuales no podrás, con todo, penetrar a través de estos explícitos papeles », como diría el bordelés Ausonio [1].

Al partir para Estanzuela llevaba la natural curiosidad por la avifauna del paraje, pero llevaba también el anhelo sigiloso e inquieto de descubrir una *casa de piedra* de los extinguidos comechingones, « los famosos indios barbudos » [2] habitantes de la *Comechingonia*, el territorio así bautizado por el P. Pablo Cabrera, quien, movido por infundados escrúpulos de morosidad, asienta por ahí: « se me tachará, tal vez, de haber diferido demasiado el acto bautismal » [3].

Los dominios de estos aborígenes, bravíos e indomables al extremo de dejarse exterminar antes que caer en vasallaje, pueden ser delimitados, aproximadamente, a lo largo de toda la cadena montañosa, a la cual legaron su nombre, desde la actual Cruz del Eje hasta Punilla; por el oriente abarcan el valle de Calamuchita extendiéndose hacia el norte y sur, y del lado del poniente alcanzaban, en desdoblamientos de tribus, las sierras de San Luis. Este era el feudo franco otorgado por el destino a una raza « barbada » – rasgo excepcional en las Américas – y esbelta, como lo comprueba el esqueleto de un metro ochenta y cuatro de altura, exhumado por Gess en Nogoli (San Luis): « Eran morenos, altos, con barbas como los Cristianos. Biben en cuevas, debaxo de tierra », declara el historiador Diego Fernández, llamado el Palentino [4].

La expectación al iniciar el viaje la debo a mi amigo el Embajador Don Roberto Levillier, eruditísimo compilador y nutrido historiógrafo de la Conquista del Tucumán, cuyas fundamentales obras me han dado la orientación de este relato [5]. Llevaba en mi memoria la bizarra figura de Pedro González de Prado, héroe esfumado de la cruzada de Comechingonia, oscurecido por la importancia de los Capitanes con quienes desde el Alto Perú emprendiera la singular aventura de la Entrada al Río de la Plata, como se dió en llamar a la arriesgada exploración (1543-46), en el transcurso de la cual los soldados de Castilla y Aragón hollaron el suelo de diez de las catorce provincias argentinas.

Muerto Francisco Pizarro (1541), conquistador del Perú, por la pandilla de Diego de Almagro, el Mozo, vencido y ajusticiado éste (1542) por el Gobernador Licenciado Vaca de Castro, era necesario, después de tanta turbulencia, distraer y premiar a la gente guerrera en holganza peligrosa, para lo cual organiza el vencedor algunas « conquistas y entradas ».

[1] *Epistola* IV, ad Theonem, verso 67 ..... *mysteria* .....
» 68 *Quas tamen explicitis nequeas deprendere chartis*

[2] y [3] PABLO CABRERA, *Córdoba del Tucumán Pre-Hispánica y Proto-histórica*. Córdoba, 193 pág., 102 y 89.

[4] *Historia del Perú*. Sevilla (1571). Libro II, Cap. IV. véase *Relaciones Geog. de Indias*. Madrid, 1881. II, pág. 151. Relac. de Pedro Sotelo Narvaez (1583): « La gente de esta tierra es gente muy crecida ».

[5] *El Tucumán. Probanzas de Méritos y Servicios de sus Conquistadores*. Madrid, 1919. *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*. Madrid, 1927. *Biografías de Conquistadores de la Argentina en el siglo XVI*. Madrid, 1928.

Transcurría el otoño austral del 1543, en el Cuzco, cuando un pelotón de infantes y jinetes, armados a la usanza de la época, se alistaba « debaxo del estandarte real », a las órdenes del Capitán Diego de Rojas, agraciado, para el caso, con el título de Gobernador; lo acompañaban Felipe Gutiérrez como Capitán General y Nicolás de Heredia como Maestro de campo. « Movióse gente principal » [1], entre ella nuestro González de Prado. Todos juntos no pasaban de doscientos. Debían partir hacia una región ignota e indeterminada entre la « provincia de Chile y el nascimiento del río grande que llaman de La Plata » [2]. La expedición fué costeada por los tres jefes, cada uno de los cuales aportó treinta mil pesos en oro. « Para poder mejor y más cómodamente passar los despoblados » [3], salieron en tres grupos al mando de sus respectivos Capitanes. El último en salir fué el comandado por Nicolás de Heredia « con diez e ocho hombres » [4]. Llevaban más de doscientas leguas de fatigosa marcha a través del Altiplano, cuando trasponen las cumbres que serían con el andar del tiempo el límite de la República Argentina. Iban rumbo a lo desconocido. En el pecho de los denodados conquistadores ardía la esperanza de encontrar el fabuloso País de los Césares, la legendaria Trapalanda; el recuerdo de las riquezas y el oro de México y el Perú hacían verosímil el tropiezo con cualquier deslumbrante botín [5].

Abandonado Buenos Aires después de su efímera existencia de un lustro (1536-41) y despoblados los fuertes de Gaboto sobre el río Paraná, en toda la vasta extensión de tres millones de kilómetros que forman hoy nuestro país, no existía alma cristiana; medio continente meridional de las Indias (aún no recibía el injusto patronímico de Vespucio) se conservaba en su primitivo estado de tierras sólo habitadas por indios y por fieras. Hacia allí marchaba ese puñado de audaces, y entre ellos Pedro González de Prado: « yo fuí con el Capitán Nicolás de Heredia que fué el que entró con su gente a la postre », decía él mismo; pero no iba como un cualquiera sino como « fijodalgo », que « por tal es avido y tenido », afirmaba el Padre Juan Ceron, « clérigo presvitero » de esta peregrinación laica, y agrega que « lo vido como llevó dos caballos el uno ala-

[1] y [3] Diego Fernández, el Palentino, *Historia del Perú*, Cap. III, del Libro II.

[2] Vaca de Castro, Gobernador del Perú, Carta a Carlos V del 24 de noviembre de 1542.

[4] *Probanza de Méritos de Pedro González de Prado.* Cuzco, 1548-56. Todas las citas entre comillas de esta narración son frases textuales de los propios actores y del cronista Diego Fernández, conocido por El Palentino, contemporáneo de los mismos, como ellos soldado — era capitán, — con larga residencia en el Perú, y de quienes debió recoger directamente los datos menudos que menciona, tomando, como él lo dice: « muy copiossa y verdadera relación de todo el sucesso ». Las frases que no llevan especificación — a fin de disminuir en lo posible el amontonamiento de notas — pertenecen a Pedro González de Prado, personaje central de este relato, quien tal vez conoció y trató a El Palentino a juzgar por la coincidencia en los hechos — y hasta por la analogía en ciertas frases — de la relación del historiador con las declaraciones de Pedro González en la Probanza de Méritos exhumada del Archivo de Indias, en 1919, por Don Roberto Levillier. La *Historia del Perú* de El Palentino Diego Fernández, fué publicada en Sevilla en 1571, pero su circulación fué prohibida por el Consejo de Indias, y durante dos siglos no se permitió la introducción de un solo ejemplar en América

[5] En un mapa en mi poder, de Nason, editado en París, año 1636, Trapalanda figura en una región imprecisa entre los ríos Desaguadero y Carcarañá.

çano y el otro castaño e una esclava y sus muy buenas armas e vestidos adereços de su persona e muchos indios de su servicio y fué uno de los que mejor adereçados entraron ». Era un mocetón de veinticuatro años, llegado a los diez y ocho al reino del Perú « con dos cavallos e un negro » – declara él mismo sin mencionar a su esclava nicaragüense. Podemos imaginarlo garboso y cenceño, nervudo y ágil. Venía impulsado por una vocación congénita e incontrastable de conquistador cabal, armado por lo tanto de entereza de ánimo y reciedumbre física. ¿En qué vieja casona de Andalucía o Extremadura soñaba la madre con el hijo ausente que no habría de volver? Allá circulaba el *Amadís de Gaula*, encendiendo en la imaginación de las gentes el ansia de aventuras e iniciando el desfile de Beleanises y Palmarines dominadores de la afición popular, durante media centuria más, hasta enfrentarse con Don Quijote, que los pondría en fuga. Mas, si bien allá los caballeros andantes vagaban por el mundo de la ficción, aquí en América – a pesar del veredicto cervantino de que sus aventuras «han de caer, del todo, sin duda alguna», última frase del libro inmortal – renacen y perduran transformados en una realidad, en varones de carne y hueso, con mayor valentía, con mayor arrojo, con ánimo y tenacidad superiores, porque carecían todos de la ayuda de un Encantador amigo y, casi todos, del estímulo de una Dama de sus pensamientos: sólo podían contar con su brazo y su coraje.

El poderoso Carlos V se debatía en Alemania con la perturbación traída por la amenazante Reforma; vencedor de Francisco I, estaba ya ligado, contra turcos y protestantes, a su pariente político el talentoso Paulo III, Papa del anatema a Enrique VIII, de la bula confirmatoria de los Jesuítas, evangelizadores luego de las Américas, y del Concilio de Trento; jefe de la Cristiandad en plena madurez del Renacimiento, cuando Miguel Angel, terminado su Juicio Final, se disponía a dirigir la construcción de San Pedro por exigencia del pontífice, quien en ese preciso año de 1543, casi octogenario, ordenaba al Tiziano lo retratara con su punzante mirada y su luenga barba [1]. Entre tanto el imberbe Felipe de Austria, como Príncipe de Asturias, en el preludio del siglo de oro, promovido por Boscán y Garcilaso, tomaba, por delegación de su padre, la regencia de España, ahogada ya la sublevación de los Comuneros de Castilla; y mientras el emperador germano bregaba por extender su prepotencia europea, los soldados españoles desparramados por el mundo le ensanchaban los límites de su imperio hasta conseguir que en él no se pusiera el sol.

[1] Tres retratos en el Museo de Nápoles - un cuarto figuraba en l'Ermitage de San Petersburgo -; en uno de ellos aparece en compañía de sus legítimos nietos el Cardenal, como él llamado Alejandro, y Octavio Farnesio, Duque de Parma, casado con la hija natural de Carlos V, Margarita de Austria, más tarde Gobernadora de los Países Bajos, la segunda del mismo nombre, padres del tercer Alejandro Farnesio, el intrépido combatiente de Lepanto y hábil estratego de Flandes, compañero y amigo de su tío Don Juan de Austria.

Y entre las más osadas huestes del monarca puede contarse a esa ínfima partida de soldados que avanzaba hacia una tierra de promisión. Marchan los exploradores a través de los abruptos Andes, entre los multicolores despeñaderos, protegidos por empavonadas corazas, cotas, afilados morriones, adargas y rodelas; prontas las armas ofensivas – espada, pica y arcabuces – bajo alguna flameante bandera rojo y gualda, guiando con cautela las cabalgaduras, inquietas sobre la peña resbaladiza, resoplantes al contornear el abismo.

Se encuentran al oeste de Jujuy – probablemente en la línea del paralelo 66° – en las alturas donde el *viento blanco* azota con torbellinos de punzante nevasca; adelantan por el camino llamado de los Incas a la vista de las sierras de Chicoana, atraviesan las punas, tierras secas con escasos mechones de *iros* [1], sufriendo de hambre y de sed, asediados de continuo por Humahuacas y Jujuyes, « indios de guerra de los Andes », contra quinientos de los cuales Pedro González de Prado – relata el Padre Ceron, su constante compañero en la larga correría – « fué el primero que de todos arremetió... con una adarga e su lanza en la mano... sacó herido el su cavallo de un flechazo y traxo en la adarga muchas flechas que le avian pasado... fuera el que mejor lo hizo », desempeño que no asombra a su fiel acompañante y admirador Antón Griego « por ser como es (Pero González) tan buen soldado y a doquiera que se halla hace lo que deve a tal »; y el tal con cristiano recato cuenta que si bien ellos, los españoles, eran « tan pocos », y los indios « mas de quinientos », éstos « con la ayuda de Nuestro Señor fueron desbaratados ». Con lo cual infunden respeto a sus atacantes « y ansy se pudo pasar sin peligro el dicho camino ». Bajarían por la cuenca del río Doncellas, van recorriendo de norte a sud cincuenta leguas de áspero suelo jujeño – vivero de agresivos cactos espinosos, cardones y quimilos [2] – bordean lagunas salobres (Quayatoc) y grandes salinas; entran en Salta; continúan las salinas, cruzan entre niebla de polvo y arena las ásperas pampas ventorreras de San Antonio de los Cobres, ladean los nevados de Cachi, bordean luego el río Calchaquí; cincuenta leguas más, para llegar a Catamarca, pertenencia de los implacables diaguitas, los mismos que tuvieron luego por jefe a Calchaquí, cacique cuya bravura se hizo legendaria, hasta el punto de darle su propio nombre a las tribus de la región (Calchaquíes). Están en el valle de Santa María, altiplanicie a un nivel de dos mil metros, encajonada entre las sierras de Quilmes y las de Aconquija. Los indios no dan tregua: desploman piedras desde los altos « peñoles » al paso de los invasores; los esperan y asedian al cruce de los ríos. En ese páramo hostil, presunto camino al Arauco de Chile, meta verdadera y propuesta del Capitán Diego de Rojas, el encuentro

[1] *Iro*: pasto de la puna. *Sestuca* spcs.
[2] Cardones: *Oreocereus* spcs.; Quimilos: *Opuntia* spcs.

de una gallina de Castilla motivó la información, tal vez intencionada, de los astutos indios, de que al otro lado de la montaña hacia el naciente, existía una tierra de hombres blancos ricos en oro; y el espejismo de la opulencia, vislumbrado desde la miseria de los eriales atravesados entre la fiereza de sus moradores, conmovió los propósitos fluctuantes de los expedicionarios, y, tras largas deliberaciones, resolvieron torcer el rumbo a través de las sierras que dividen « estos Reinos de Pirú a los del Río de la Plata », según expresión de Julián de Umarán, del grupo de Felipe Gutiérrez. Y Pedro González se encarga de facilitar la empresa. Un día salè con « otro soldado los cuales traxeron una cabeza de un indio que dezian que era hermano del señor de aquella provincia e otro indio vivo el cual nos guió hasta pasar los andes », dice su coetáneo Miguel Sánchez de Lantinilla.

Tienen a su frente los Nevados del Aconquija, culminante El Clavillo (5550 m), blanco siempre de nieve, inserta en las nubes la cúspide inaccesible; trepan las cimas, marchando hacia el oriente, en fila india a veces, bordeando precipicios, vigilados por los cóndores en planeos de inmensas trayectorias o en descensos inquiridores, y rasantes hasta mostrar la gola blanca y la carnuda cresta. Al caer en las empinadas mesetas (3600 m) de la vertiente oriental, aparecen como avanzadas de la fertilidad, las *queñoas*, árboles de ramas torturadas, con tronco fofo y volátil corteza de hojuelas tostadas; y los exploradores divisan a su izquierda el turgente Nuñorco (3200 m) – cerro del seno – terso de blancura al medio día, sonrosado en los crepúsculos, mientras allá en la quebrada distante huyen los esquivos huemules (*tarucas*, diría el quichua) [1].

Ahí va Pedro González con « los dos dichos caballos », acompañando al Capitán Heredia, más « ocho hombres a pié »; descienden a la espesura de la selva, y asoman los rectos alisos, luego pinos achaparrados o enhiestos, según disponga la escabrosidad del terreno, nogales y robles corpulentos, cedros enormes, bosquecillos de fragantes laureles y algún horco-molle con olor a trementina, todos en exhuberante lozanía entre la frescura de las aguas que fluyen cantantes hacia el llano, moderadas por la curva de breves remansos cuya quietud se quiebra por el chapaleo del anta, bajo la fronda animada con el gorjear sonoro de una *isma* [2].

« En esa tierra de arboledas e cerros », comenta Pedro González, « hay muchos ríos que van muy recios », tan recios que Sánchez de Lantinilla « vido que llevaba al Pedro González un rio, e a un caballo, e milagrosamente nuestro Señor lo libró »; « ibamos avriendo el camino con aza-

[1] *Queñoa*: *Polypsis racemosa*. — Nuñorco, en quichua: *nuñu* = seno de mujer, *orcco* = cerro. — Taruca: *Hippocamellus antisensis*, variedad de huemul del noroeste argentino hasta el Ecuador, algo diferente al del sur.

[2] Alisos: *Alnus jorullensis*. Pino: *Podocarpus parlatorei*. Nogal: *Juglans australis*. Roble: *Ilex argentina* Cedro: *Cedrela fissilis*. Laurel: *Phoebe porphyria*. Orco-molle: *Blepharocalix giganteus*. Anta o tapir: *Tapirus terrestris spegazzinii*. Isma: Véase *ut supra*: 75. *Mirlo*.

dones e hachas », y Anton Griego remata: « con mucho trabajo ». Pero nada importa: no hay indios, sopla una brisa incitante, la naturaleza vibra en su renuevo primaveral; el aire, cargado con gérmenes de vida, excita el brío de los músculos juveniles y el ardor de la faena, avivando nostalgias de amores ausentes. Continuarán la marcha de esa travesía de « diez e ocho leguas » – una elástica corzuela brincaría en el zarzal, rauda piara de *cuchis* de rechinantes colmillos cruzaría por un abra – bajarán a las faldas cubiertas por el manto rosado de los lapachos en flor y nimbadas por la nube azul de los jacarandás; por delante se extiende una llanura verde y sin límites, surcada por ríos innumerables; tienen a sus espaldas y ante los ojos al Jardín de la República: han descubierto El Tucumán [1].

En busca de reposo después de tanta fatiga, forman, « en la dicha provincia », « un poblezuelo » « con atalayas e Iglesia » [2]. Pero el descanso fué corto, porque estuvieron « en grandísimo riesgo de la vida » en razón de que « avía mucha gente de yndios flecheros ». El siempre dispuesto Pedro González pasaba las noches de ronda sobre su caballo y « dava el otro en que velase un soldado », y en una de ellas « nos vinieron a dar los yndios una guazavara », dice expresándose con un término recogido en las Antillas [3], guazavara patética por su magnitud, en la cual estuvo en juego el arrojo masculino y también el valor femenino; en las anteriores los españoles habían conseguido apresar cuatro caciques, conservados a buen recaudo en sendos cepos. Para rescatar a sus jefes se reunieron seis mil indios; los amenazados, que no eran más de treinta, al percatarse con la debida anticipación del avance de tantos enemigos, y ante el peligro de un asedio incoercible, recurrieron a una treta tan riesgosa como temeraria: abandonaron el real « para que creyeran se habían ido » [5], y salen todos a emboscarse en las afueras, y dispersos, sorprenden por la retaguardia a los indios – que, confiados, entraban al pueblo desierto – con el fuego graneado de los arcabuces; y en el transcurso de la desigual refriega un hado propicio, además, dispuso – o nuestro Señor, diría el Castellano – que « dos caballos se metieran luego entre los indios, relinchando y rifando » – interpretemos pateando – con lo cual se produjo tan insólito desconcierto y pánico entre los indios,

[1] Corzuela: La sacha-cabra de la región, *Mazama simplicicornis*, el guazú-birá de los guaraníes. Cuchi, pecarí o chancho del monte: *Pecari tajacu*. Lapacho: *Tabebuia avellanedae*. Jacarandá: *Jacaranda acutifolia*. Hace más de seis lustros, en trance de cacería mayor, he recorrido el probable trayecto de los conquistadores desde las altas « mesadas » (3600 m) junto a los nevados del Aconquija hasta Concepción e Ingenio Santa Rosa, transitando en particular por el distrito de Alpachiri (en quichua *Allpa* = tierra, *Chiri* = frío). A muy poca distancia al oeste del mencionado Ingenio, en el perímetro de un fundo denominado El Churqui, la tradición lugareña señala el sitio, Pueblo Viejo, donde estuvo la primitiva ciudad del Barco (1550), la primera ciudad de Tucumán; hubo varias fundaciones de este nombre y de la primera dice el P. Lozano, que fué así llamada « a contemplación del famoso Pedro de la Gascá, Gobernador del Perú » porque « era del Bárco de Avila ».

[2] y [5] Datos de El Palentino.

[3] Téngase presente que todas las frases entre comillas, sin especificación, pertenecen a González de Prado. *Guazavara*, equivale a: batalla, combate. Henriques Ureña, en *Indigenismos*, escribe *Guazávara*.

que sólo atinaron a huir despavoridos, dejando el campo libre. Entre tanto en el fuerte, cuenta El Palentino, « Mari López (amiga de Balboa, que después se casó con ella) » – susurra entre paréntesis el muy chismoso – « con espada y rodela guardaba los caciques presos mientras los otros peleaban »; el locuaz Anton Griego tenía sus motivos para afirmar que era « la gente de la dicha provincia muy belicosa». Y allí quedan « quatro meses » con la inquietud, por añadidura, de no saber si « la demas gente que avia pasado adelante ni sy eran muertos ni bivos ».

Pasan ellos también adelante. Estaban « en tierras de indios Juries » cuyas « flechas tenian ponzoña que en hiriendo a un hombre o caballo moria dende a cinco o seis dias », y, a manera de consuelo, aclara Anton Griego: « syno se halla la contra yerva ». Se internan en Santiago del Estero, llegan hasta Salavina sobre el río Dulce, en el corazón de la provincia; contramarchan un tanto hacia el norte, y a mitad de camino del actual Atamisqui, siempre entre los cauces del río, en Soconcho, se reunen todos los sobrevivientes, reducidos a ciento ochenta. Han acaecido sucesos infaustos; falta nada menos que el jefe de la expedición, Don Diego de Rojas, muerto, positivamente, por una de esas pérfidas flechas y no, como lo suponía la maledicencia propalada por « su maestresala Mercado », en el Real, por obra del « bevedizo » suministrado por Catalina de Enciso, amiga del Capitán General Felipe Gutiérrez, beneficiario de los títulos del muerto por convención preestablecida. Rojas, antes de morir, influenciado por las intrigas circulantes o por amistosa inclinación instituye, en « el dia de San Juan Evangelista – 24 de junio – como heredero de sus prerrogativas al joven hidalgo Don Francisco de Mendoza, con el cargo de Teniente Gobernador, quien con su avance extremo en el prodigioso recorrido habría de justificar la denominación de Entrada al Río de la Plata aplicada a esta pertinaz epopeya. El legítimo sucesor Gutiérrez, con la Enciso, marchan hacia el destierro, es decir se acordó « los echar de toda la tierra nueva » [1], custodiados por treinta arcabuceros de a caballo que vuelven luego de encaminar a los proscritos. Heredia quedaba desplazado en su grado de Maese de Campo por Ruy Sánchez de Hinojosa. Estaban en Soconcho, bautizado como fuerte Medellín – oriundo de Medellín, en Extremadura, era Mendoza, como Hernán Cortés – les rodean tierras fértiles y « muy llanas », detalla El Palentino; « mucho mayz y algarroba, mucho pescado muy bueno –, la gente es limpia y bien dispuesta » y llevan de la cintura a las rodillas plumas de « abestruces » y « otras encima de los hombros que llegaban hasta la cintura »; eso para los hombres, que « las mujeres traen manta de la cintura para abajo y otras por debajo del un brazo y un ñudo al hombro ». Esta gente « limpia y bien dispuesta », son los indios Juries, « los de flecha con ponzoña » [2]

[1] y [2] Dato de El Palentino.

Un incendio destruye el *pucará*, como ellos mismos decían adoptando un término quichua [1], y marcha Mendoza, y con él Pedro González, hacia tierra de diaguitas; pasan « ciénagas e rios » « descalzos y las armas a cuestas » con el agua « a los muslos e barriga e a los sovacos », y luego los salitrales con « falta de agua e comida », « a donde si nuestro Señor » no les hubiera permitido hallar « unos huevos de aves » – con seguridad de flamenco y de garzas blancas – hubieran perecido « muchos de hambre », y el Padre Cerón devotamente proclama: « e todos tenían por gran milagro quando hallaron los guevos » [2]. Llegaron a la actual Catamarca « y hallaron en ella muchas comidas de mayz y algarrobas e chañar e avestruces, ovejas en mucha cantidad » (a vicuñas y llamas, se refieren), donde establecieron un « rreal casi un año » y excursionaron por la actual La Rioja, y tal vez por el norte de San Juan. Atravesaron tres veces las sierras cordobesas (sierras de Chile para los españoles de entonces), alguna vez la de Comechingones, pasando por San Luis; en la primera incursión llegaron al valle de « Calamochita » (sic), en Córdoba, y atraídos por la feracidad y sosiego del paraje, volvieron para levantar su real catamarqueño, regresando luego a establecerse sobre la margen derecha del río Tercero, pomposamente bautizado por ellos de Amazonas, el mismo que « passaron... en balsas de Enea » [3]. Mas el placentero valle se invierte, de la noche a la mañana, de apacible en inquietante, porque salen de sus cuevas, donde estaban escondidos como fieras, los sanguinarios Comechingones. Se construye un fuerte « con palos e ramas de árboles », endeble defensa contra los indoblegables atacantes de aquellos impávidos intrusos, agredidos sin cuartel a pesar de ir enhorquetados sobre ese piafante y monstruoso animal, y ser poseedores de armas que lanzan fuego y matan a la distancia con un dardo invisible. Tantas fueron las penurias allí pasadas « que por los muchos cavallos que mataron [los indios] e guazavaras que en el dicho asiento se dieron se puso el [nombre] de la Malaventura » [4]. Los invasores están ya reducidos a unos ciento cuarenta. La mitad de ellos parte con Francisco de Mendoza, jefe de la expedición, « a hacer el descubrimiento del Río de la Plata ». Pedro Gonzáles, « que es de los soldados que el dicho Capitán hazia cuenta » [5], « yba con el y le fizo volver y el no queria volverse e le mando que so pena de muerte se bolviese » [6], y Julián de Umarán certifica que « dende ciertos días le vió volver », seguramente masticando el despecho de no participar en la

[1] Mossi, *Dicc. Quich. Cast*: pucará: fortaleza o castillo.

[2] En los esteros santiagueños, así como en las Salinas Grandes de Córdoba, se forman inmensas colonias de *garzas blancas* — la grande, *Casmerodius albus egretta* (Gmelin) y la chica *Leucophoyx thula thula* (Molina), poseedoras de las buscadas *aigrettes*, y de *flamencos*, *Phoenicopterus ruber chilensis* Molina — colonias que en la estación propicia almacenan huevos como para alimentar un regimiento.

[3] El Palentino. Enea, totora o espadana = *Typha angustifolia.*

[4] y [8] Testimonio de Miguel Sánchez de Lantinilla, XIII.

[5] Antón Griego.

briosa campaña; pero la prudencia lo aconsejaba porque así, « los buenos soldados quedaban a sustentar el real » [1], como que « en el asiento quedaron con muy grandísimo riesgo de la vida e tubieron más riesgo que los que yban a descubrir » [2]. Estos siguieron el curso del río, entonces Amazonas, que al unirse con el Cuarto o Saladillo toma el nombre de Carcarañá, ruta que los lleva a las « fortalezas de Gaboto a donde se descubrió el rrio de la plata por tierra ». Río de La Plata era entonces – y aun en el siglo XVII – desde el Atlántico a la confluencia del Paraguay, el mismo que los guaraníes llamaban Paraná: pariente del mar [3]. Se les presentó « con más de ocho leguas de ancho en cinco brazos ». Desde lo alto del acantilado contemplan absortos la impresionante masa de agua que corre caudalosa y mansa rumbo al sur, sobre la cual « vieron muchos indios en canoas », alguno cubierto tal vez como señal de mando, por un cráneo de *yaguareté*, a manera de casco, guarnecido de la manchada piel y de los agudos colmillos que encuadran la frente morena. Retoñaba la primavera de 1545, y en las incontables islas, bordeadas de sauces colorados, encendían los ceibos sus flores rojas como sangre. Los descubridores despertarían de su asombro porque a una pareja de *horneros* se les ocurriera modular un estentóreo dúo de bienvenida, junto a la bóveda de su vivienda – ejemplo de solidez y comodidad no alcanzado en la enramada india – refugio de seguro admirado y apetecido por los recién llegados, hartos de intemperie y de dormir al raso [4].

Quedaban, por consecuencia, enlazados en la región ríoplatense el trayecto terrestre con el derrotero marítimo: Don Francisco de Mendoza tiene por delante la vía navegable que puede conducirlo a su añorado terruño a través de mares bonancibles, y antes de engolfarse en ellos, al costear el inmenso estuario, avistaría sobre el lomo de las barrancas alguna manada de potros baguales, único vestigio europeo del abandonado puerto de Santa María del Buen Ayre, fundado nueve años ha por su homónimo el Muy Magnífico Señor Don Pedro de Mendoza. Mas en el rincón donde estaban, confluencia de ríos, se habían conservado rastros no sólo mate-

[1] Antón Griego. [2] Padre Cerón.

[3] MONTOYA, *Tes. Leng. Guaraní*, (1639): *Pará*, mar; *Aná*, pariente.

[4] *Canoa*: « El primer americanismo [*canoa*] nace, para el habla española, con sólo medio mes de gestación, a los diez y seis días del descubrimiento colombino, en la fecha de San Judas Tadeo (28 de Octubre), abogado de imposibles ». De una carta del autor a D. Eleuterio F. Tiscornia con motivo de una nota publicada, por éste, en la *Revisca de Filología Hispánica*, año IV, N° 4, sobre el vocablo *almariarse*. Posteriormente he comprobado que la fecha exacta es el 26 de Octubre de 1492, porque en ese día estampa Colón en su diario el flamante vocablo: « Viernes 26 de Octubre. Dijeron los indios que llevaba que había dellos a Cuba andadura de dia y medio con sus almadias, que son navetas de un madero adonde no llevan velas. Estas son las *canoas* ». El famoso gramático Nebrija recoge al punto el término y lo incluye en la segunda parte de su *Dictionarium latino hispanicum*, publicado entre 1493 y 1495. Cast. Latin: « Canoa, nave de un madero *Monoxylum, Linter, is* ». Lat. Español: « *Linter, ris*. Las canoas, barcos de un madero pequeño, son propiamente barcos que se llaman de cargo, y descargo ». « *Monoxylion*, La canoa nave de un madero ». Yaguareté o Tigre: *Panthera onca palustris*. Sauce colorado: *Salix Humboldtiana*. Ceibo: *Erythrina cristagalli*. Hornero: *Furnarus rufus rufus*.

riales sino también espirituales del paso de las avanzadas hispánicas pues los « yndios hablavan una lengua muy bien que la avian aprendido, de los españoles que por ahí avian estado con Ayolas, adonde se halló una carta de Domingo de Irala que dava aviso de los puertos que se avian de tomar viniendo de Castilla e de otras costas » [1].

Pronto comprobaron la instrucción lingüística, pues « algunos de ellos [los indios] se llegaron a la orilla saludando a los Christianos, y preguntaron por el Capitán en lengua española. Francisco de Mendoza se puso luego al a lengua del agua, y en viéndole dixo un cacique ladino: muy mozo eres para cacique; y volviendo el rostro a los demas christianos les dixo: Donde vays ladrones, desuella caras, malos christianos, robando todo el mundo; los otros christianos buenos son, vosotros soys vellacos; los otros decir a nosotros daca pescado, toma tijeras, daca mayz, toma bonete, toma chaquira; y vosotros daca comida, daca indios, daca todo y toma lanzada: Andá, andá, para vellacos...; y con estas palabras y otras tales los indios les davan la vaya, xabonandolos de esta suerte ». Sus motivos tendrían para dar rienda suelta a semejante explosión de tan vehemente y arrevesado vocabulario, motivos confirmados luego por una artera celada en la cual cayó prisionero el Cacique lenguaraz, quien consigue empero su libertad ofreciendo como rescate la carta de Irala « que la avía dexado en la fortaleza metida en un calabazo » [2].

Provistos del detallado informe resuelven remontar la costa, tal vez con el propósito de llegar a la Asunción, pero la marcha entre el matorral y el lodo no está compensada por el espectáculo del majestuoso río, florecido de camalotes morados, en cuya ribera montan la guardia en

[1] Dato de Pero Gonzales.

[2] Las citas de este párrafo son de El Palentino, y también las de los dos subsiguientes, cuando no llevan especificación.

Lengua del agua: extremidad de la tierra que toca el agua del mar o de un río.

Daca, por dame, *dá acá*. Cervantes: *La Ilustre fregona*, ¡Asturiano daca la cola! ¡Daca la cola, Asturiano!

Chaquira, palabra de origen vascuence (*chea-queria* = menudencias), muy en uso entre los conquistadores por caracterizar las cuentas de colores empleadas en el trueque con los indios. Dicc. Aut. 1726: « Chaquira s. f. el grano de Aljofar [perla pequeña e irregular[, abalorio, o vidrio muy pequeño.

Andá, por andad, forma apocopada del imperativo, de uso corriente en el habla del siglo XVI, mantenida por Cervantes en la conversación de sus personajes: *Don Quijote*, I parte, en el soneto *Diálogo entre Babieca y Rocinante*. Babieca a Rocinante: « Andá, señor, que estais muy mal criado »; Cap. V, el ama: « Mirá en hora mala », Cap. XXXI, Sancho: « Tomá, hermano Andrés ».

En Lope de Vega, *Fuenteovejuna*, act. III, Esteban: « mostrá las armas acá... » ... « Echá todos por ahí ».

En Calderón, *El Alcalde de Zalamea*, jornada III: Escribano..... « vení a la casa — del consejo, recibida — la posesión de la vara ». Jornada III: Escribano:... « proseguí ».

Nebrija, en su *Gramática Castellana* (1492), Libro V, Cap. VII del Imperativo, in fine: «...mas algunas veces hazemos cortamiento de aquella d, diziendo *amá, reí, oí* ».

Dicc. Autoridades, 1739: « *Vaya* s. f. Burla, ú mofa, que se hace de alguno, ú chasco, que se le dá. — *Xabonar*. Metaphoricamente vale tratar a alguno mal de palabras, o reprehenderle ásperamente. Cerv. *Quix.*, tomo 2, Cap. I: Bien creo yo, respondió D. Quixote, que si Sacripante ó Roldán fueran poetas que ya me hubieran xabonado a la doncella... ».

Para vellacos equivale a *por vellacos*; en el siglo XVI y aún en el XVII se empleaba *para* — o más comúnmente el apócope *par* — en vez de *por*. Cervantes, *La Gitanilla*: ¡Par Dios Señor Andrés! De *Por Dios* a *Par Dios* y de ahí a *Pardiez*.

línea desplegada los charolados *biguás*, atentos, en su voracidad, al « mejor y más sano pescado que puede ser en el mundo », e indiferentes a las acompasadas maniobras aéreas de los *rayadores*, negros y blancos, que rajan la superficie del agua con los picos de coral. Al cabo de trece fatídicas jornadas « hay gran murmuración y descontento » y también hambre: de puro famélicos « tres negros y cinco yanaconas » se pasaron a los indios « y los llevaron consigo en las canoas ». Ante la imposibilidad de continuar por esos intransitables bajíos pantanosos, los expedicionarios disponen regresar. Vuelven a través de los opimos campos santafesinos, con el andar del tiempo ubérrimos trigales, y de las desiertas llanuras cordobesas, hoy feraces, pobladas de ganado. Todo es amable y fácil menos el ánimo de la soldadesca. Crúzanse desafíos, resuenan insultos. Un tal Pedro Moreno se bate con Francisco García de la Cueva y muere de resultas de una estocada; el matador es reprendido imperiosamente por Mendoza, quien no acepta las disculpas del duelista, que afirma, « como era verdad », se « le había afrentado y desafiado » [1].

No aprovechan razones: « se le mandó confesar »; protesta altivo al persuadirse de « la determinada voluntad que Francisco de Mendoza tenía en le matar »; nada podía salvarlo, ni siquiera la circunstancia de « que avía sido muy su amigo ». Está sentenciado, y como un vaticinio o como una maldición, « dixo: Pues yo os digo Señor Francisco de Mendoza que no os llevaré mucha ventaja en esta partida », y sin más trámite « le fué dado garrote »; pena infamante porque el garrote no es para caballeros servidores del rey, que a fuer de uno de tales le correspondía el degüello [2]. Y « Francisco de Mendoza fué siguiendo

[1] El camalote, llamado en guaraní: *Aguapei*: *Eichornia azurea*, de flores azul-moradas. — Biguá o Zaramagullón: *Phalacrocorax vigua* (Vieillot).—Rayador o pico tijera: *Rhynchops nigra intercedens* Saunders. — *Yanacona*: voz quichua. Mossi, *Lengua quichua*: « *Yanacona*: los criados, o un criado». Este vocablo no fué incluído en el léxico oficial hasta 1899. *Dicc. Acad. Española*, Edic. XIII: « *Yanacona*, adj. Dícese del indio que estaba al servicio de los españoles en algunos países de la América meridional », inclusión acordada después de cuatro siglos de haber sido la palabra empleada por un clásico, Lope de Vega en *El Bobo del Colegio*:

No se había visto estafeta
de los *yanaconas* indios
que vaya con más presteza
desde Chacona a Tampico.

Ejemplo citado por Juan de Arona, *Dicc. de Peruanismos*.

[2] Calderón. *El Alcalde de Zalamea*. Jornada III:... « (aparece dado garrote en una silla, el Capitán). Rey (Felipe II):

Pero ya que aquesto es así
¿por qué, como a Capitán
y Caballero, no hicisteis
degollarle?

Crespo (el alcalde):

¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar ».

su camino », rumbo, él también, a la muerte violenta, dejando a la zaga, cual un maleficio, dos cruces, señal efímera, en la soledad, de la sepultura de quienes en vida fueron sus camaradas. Los que quedan deben continuar y continúan, pero agobiados por la congoja, para llegar por último al pucará de Malaventura, después de tres meses de ausencia.

Durante ese tiempo el Maese de Campo Hinojosa y el desposeído Heredia, con los suyos, han pasado luchas y penurias sin cuento, porque los indios « de contínuo pelean de noche » y en sólo « veynte días » les « dieron cuatro guazavaras » – cuenta Pero González – y les « mataron veynte caballos »; gravísima merma porque, según opinión de El Palentino, « en tanto tenian faltarles un caballo como un español ». De esas guazavaras una fué memorable entre todas y puede reconstruirse con las propias palabras de los propios actores.

Continúa nuestro protagonista: « En el dicho asyento quedamos obra de setenta hombres, y cada semana salía la mitad de nosotros a buscar comida », por lo tanto les tocaba aguantar los ataques a poco más de treinta. Según Antón Griego « como estaban estantes... una noche velando González de Prado y Francisco Gallego el cuarto de la modorra [1] que es en el que los yndios venian a dar, e para aquel quarto escogían los mejores soldados, e como el dicho Pero González era tal soldado le mandaban velar aquellos quartos, dieron los yndios en el dicho asyento con fuego por quatro partes e se entraron dentro » [1]. En la oscuridad aparecieron los indios que son « barbudos, son grandes y andan desnudos; tienen muy gruesos los cueros de las carnes que son como armas defensivas. Trayan unos collares de cuero y las caras pintadas, la mitad negras y la mitad coloradas », ilustra El Palentino; irrumpían como seres diabólicos entre una horrisonante algarabía, formados en « esquadrón de más de quinientos », enumera González, « en buen orden de guerra cerrado; trayan arcos e flechas e medias picas ». El andariego Padre Cerón, beatamente recogido a la espera, tal vez, de un toque a maitines, despertado en cambio por el alboroto de un toque a rebato, presenció, sin realizar si era pesadilla o realidad, el embate de los indios – rojas y negras las caras, entre el fulgor de las llamas, como legión del infierno – el pavoroso momento cuando, confirma, « se entravan desvergonzadamente en el real y ellos dos solos arremetieron al escuadrón »; esos dos atrevidos eran Pero González y Francisco Gallego. Aquel amplía: « al tiempo que yo entré a rromper en dicho esquadrón me dan un palo en la cabeza del caballo que me lo aturdieron e cayó conmigo en medio del esquadrón, e los yndios me mataran a flechazos si no fuera por las buenas armas que llevaba, e me llevaban vibo en peso e me mataron

[1] Los centinelas llaman así — cuarto de la modorra — a una de las cuatro partes en que dividen la vigilancia nocturna, al tiempo inmediato al amanecer, al último de la noche cuando el sueño aprieta y caen en modorra.

mi caballo, que era muy bueno [agrega a manera de elegía], de cinco flechazos.. y si yo y Francisco Gallego no arremetiéramos quemaran el pueblo y pudiera ser matar muchos de nosotros, y entre tanto que se ocuparon con nosotros en pelear tuvieron tiempo para salir los demás compañeros; e fueron desbaratados los yndios e muertos muchos de ellos ». Con sobrada razón su devoto Antón Griego consideraba se le debía « loar.. de hombre de mucho ánimo e valiente e que lo avía fecho en la dicha guazavara como un éroe ».

El caballo muerto era el famoso alazano, y « le mataron con yr tan bien armado de pecho e hijadas », exclama sorprendido el Padre Cerón, pero no está menos sorprendido y admirado cuando después del combate « lo vido a Pedro González de Prado todas las armas llenas de flechas que parescía un San Sebastián »; y si el santo, jefe de cohorte imperial, tuvo una piadosa Irene para restañarle las heridas y hacerlo revivir, el soldado de la conquista tenía una abnegada esclava nicaragüense para arrancarle las flechas y confortarlo en su cansancio. Pero en el nefasto pucará tan justicieramente apodado de Malaventura, la mujer, además de la misión consoladora, ejerció también la guerrera, como lo narra El Palentino, siempre sensible al estoicismo femenino: « dos mujeres que había, que la una se llamaba Leonor de Guzmán, mujer de Hernando Carmona, y la otra Mari López, amiga de Carmona » – la misma que en Tucumán vigilaba los caciques – ambas « tomaron sus espadas e rodelas » – por lo visto las tenían propias – « y varonilmente se fueron a favorecer a la puerta ».

Llegaba, pues, Francisco de Mendoza, cuando en el fuerte soplaban vientos de tragedia: muertos y heridos – dos y quince, respectivamente, sólo en el reciente combate, Gallego entre los últimos – la caballada diezmada, sobresaltos perpetuos, el coraje malgastado en defensas sin provecho, los inquietos voluntarios acosados en una inmovilidad que exacerbaba su pujanza, los ánimos tensos por el rencor, la rivalidad y los celos. Los llegantes traían el orgullo del descubrimiento del Río de la Plata, pero también la decepción de no haber rematado sus andanzas, vueltos « sin haber hallado oro ni plata, ni otro metal alguno » [1]. El encuentro, por lo tanto, era peligroso. El roce continuo, en vez de suavizar asperezas, ponía en descubierto el fondo tempestuoso de instintos y pasiones. Son almas al desnudo. Todos se conocen entre sí, cada uno sabe del otro lo que puede dar y lo que puede quitar, hasta dónde hay que temerle, hasta dónde resistirle. Se encaraban la soberbia agresiva y el refrenado encono. Mendoza, con su juventud y su arrogancia, dominado por un optimismo perturbador, fruto de sus éxitos: Teniente Gobernador y Jefe de la famosa Entrada a los veinticinco años, descu-

1 Datos de El Palentino todas las frases entre comillas de este párrafo.

bridor del Río de la Plata a los veintiséis; vislumbra la gloria, presiente el poderío. Heredia, maduro de años, con experiencia en lances riesgosos, como que estuvo complicado en la muerte del Conquistador del Perú Francisco Pizarro, y acusado de « rebelde contra las armas reales », y además con su astucia evidenciada cuando confiscados sus bienes – en inminencia de castigos mayores – se dió maña para reducir la condena a una multa insignificante y obtener por añadidura el cargo de Maese de Campo de Don Diego de Rojas en la Entrada al Río de la Plata. Entre los dos: Hinojosa, el detentador del grado militar de Heredia. Este, a quien « todos respectavan », mantenía su prestigio y su ascendiente, « el qual e Hinojosa se llevaban mal ». Nada cuentan los precavidos actores de las polémicas motivadas por la ruta a seguir, ni de la pugna por el predominio y mucho menos del estallido de ambiciones terminado en entrevero de odios y regueros de sangre. Pedro González de Prado anota escuetamente, al pasar, que en el « pucará donde estávamos adonde murió Francisco de Mendoza », como si se tratara del desenlace normal enviado por la providencia. Pero la muerte no fué natural, porque mientras Heredia, manso y sometido, aguantaba las bravatas del jefe precoz, en la mesnada ardía la revuelta; una frase fué la chispa que hizo estallar el incendio. Había quedado de a pie el soldado Diego Alvarez, « persona de auctoridad », y de adeptos, y éstos pidieron a Mendoza que le entregara uno de los caballos dejados por Francisco García de la Cueva – el infeliz agarrotado en la vuelta de las fortalezas de Gaboto – y le rogaron « no mirase que avía sido amigo de Philipe Gutiérrez », el legítimo jefe de la expedición suplantado y desterrado por Mendoza. Quien, a la súplica, respondió « con alguna manera de desdén: Diego Alvarez duerme mucho ». La mecha quedó prendida. Alvarez conjúrase con la gente amiga – « hombres de hecho », firmes en la palabra y en la acción – para dar muerte a Mendoza y a Hinojosa. Era la noche de Nuestra Señora de Septiembre [1], el fuerte sumido en letárgico silencio, cuando Alvarez, con alevosía felina se desliza en el « bohío » [2] de Mendoza, quien, sobresaltado al sentirlo, dá el grito « Quién anda ay! Quién está ay! », y una voz sarcástica contesta: « Quién ha de ser! Diego Alvarez, que no duerme cuando es menester! ». Y simultáneamente se arroja sobre la cama « do estaba echado » el déspota y le mata a puñaladas. A la misma hora entraban « veynte conjurados » – no uno – al rancho de Hinojosa, « el cual no lo sintió hasta que le comenzaron a dar de puñaladas ». La suerte estaba tirada; caídos los opresores, ¿quién

[1] El 24 de Septiembre es el día de Nuestra Señora de la Merced por el calendario Juliano: el Gregoriano entró en vigencia en 1582.

[2] *Bohío* entra al *Dicc. Acad. Española* en la 4ª edic. 1803: « S. m. ant. choza o cabaña. *Tugurium* ». Mas a pesar de dársele cabida como vocablo anticuado entonces, se ha mantenido hasta hoy como cubanismo corriente en la actualidad.

Lope de Vega, en *El Nuevo Mundo*, al principio del siglo XVII, emplea reiteradamente la forma *buhío*.

habría de mandar ahora? Heredia, mudo y quedo en su bohío, estaba ausente del « hecho » aunque « bien lo sintió y entendió ». Hasta él llega Diego Alvarez, « hombre de buenas fuerzas », arrastrando « del pescuezo el cadáver de Mendoza », y arrojándolo a las plantas del mañoso hidalgo « dixo: Señor Capitán veys aquí, quién os tenía opresso a vos y a todos estos cavalleros; y no hemos tenido poca pena de que éste nos haya assí sujetado, y presso a Philipe Gutiérrez », y en diciendo esto « assi mismo traxeron allí muerto a Hinojosa ». Ante los dos cuerpos sangrientos y semidesnudos, irguióse el provecto Heredia, seguro ya de su valimiento, imponiendo con su sereno ademán y con su barba blanca, el necesario respeto para encauzar el desbordado furor de los vengadores, quienes, por otra parte, demostraban con la actitud y las palabras su acatamiento al sexagenario. A fin de imponer su autoridad, sin pérdida de tiempo, salió fuera para ordenar perentoriamente « que ninguna persona sea osado salir de su rancho y aposento, so pena de muerte », y luego un pregón proclamó al « Señor Gobernador y Capitán General Nicolás de Heredia » quien « venido el día », reunidos « los principales », « manda por su Majestad habrirles juicio » a los jefes muertos « haziéndoles cargo de la prisión y destierro del Capitán Philipe Gutiérrez » y de la « prisión y opresión de Heredia »; y se dicta contra ambos difuntos sentencia póstuma de muerte, « después de lo cual fueron enterrados honradamente », termina El Palentino, como para demostrar que las conciencias quedaron en paz. Investido de todas sus prerrogativas y « obedecido por Gobernador y Capitán General », declara y « nombra a Diego Alvarez por su Maestre de Campo », obligado, más que justo, premio al ejecutor de sus designios y causante de su exaltación; mas « de ello pesó a muchos que lo pretendían [al cargo] especialmente a Pedro López de Ayala », que no disimuló su contrariedad, y también pesaría, aunque nada dijera, a nuestro Pero González de Prado, con más derecho que nadie para tal dignidad, como asiduo combatiente en la primera fila, constante y adicto compañero de Heredia. La situación ha cambiado: vida renovada sobre los restos de los caidos; se respiran aires de libertad, cada uno se siente más dueño de sí mismo, se admiten sobre « lo que deverían hacer contrarios y diversos pareceres », se aunan opiniones en el sentido de « volver a Soconcho », para que de allí alguien « fuese a dar relación de la conquista, al Gobernador del Pirú, y le pidiesse socorro de gente »; los consecuentes pedían « traxesen a Philipe Gutiérrez », el desterrado, y todos, claro está, en ley de caballeros, clamaban por « muchos cavallos ». Preparan la partida, y « de ay a veynte días salieron del assiento de lo Comechingones ».

Y así termina la existencia del malhadado Fuerte de Malaventura, avispero de « indios barbudos como nosotros », según los definía Antón Griego, posesor, de juro, de profusa barba. Se abandona por fin ese lugar

siniestro – hogaño sosegado rincón de turismo, centro de fuerzas hidráulicas – porque « fué acordado » bajar « a las provincias de los diaguitas y juries », y « abaxaron », Pedro González de Prado caballero « en un caballo overo [1] que era de Bartolomé de Aguilera, difunto que mataron los indios », porque había muerto el « cavallo alazano », y el otro castaño se le mancó. Mas cuando llegan a las dichas provincias « estaban los maizales en berza », vale decir tiernos, y « pasaron mucha necesidad de comida » y fueron entonces a « descubrir el río Salado adonde se halló algún maíz y mucho pescado », y luego pasan « a la provincia de los Lules », atraviesan zonas de chucho, cunde el desaliento, hay morriña de civilización; llevaban « en el descubrimiento quatro años más o menos, aviendo descubierto el Río de la Plata »; han traspuesto distancias inmensas, montañas ingentes, selvas frondosas, llanuras inconmensurables; se sienten ricos en experiencia, lances e impresiones, pero están paupérrimos de botín y de prebendas; consideran el larguísimo recorrido, porque de la « Cibdad del Cuzco a las fortalezas de Gavoto se jusgava más de setecientas leguas »; con todo « unos dezían que estuviessen, otros que saliessen, de suerte que todos estuvieron puestos en vandos para matarse, y estuvieron puestos en armas a punto para romper »; mas por fortuna los comandaba un caudillo diestro, avezado al manejo de los hombres, con probada maestría para desfacer entuertos, de manera que a todo « lo qual Nicolás de Heredia apaciguó con buenas palabras, sin muerte de nadie, ni escándalo alguno »; por tanto por él « fué acordado » alcanzar a la dicha ciudad, pero no con el ánimo de quedar ociosos; vuelven, a pesar de todo lo acontecido, con el propósito de reincidir en lo mismo, para « nos rehacer », asegura Pero González.

Escalan nuevamente los Andes, « no dexando de llover una noche », salen « cien leguas más abaxo, de por do avían entrado » [2], probablemente recorriendo la quebrada de Humahuaca, para llegar a La Quiaca, desde donde hay unas buenas cien leguas contantes y sonantes hasta el Aconquija, sitio, para ellos, de entrada, como que el atravesarlo Sánchez de Lagunilla consideraba que era « pasar los Andes »; alcanzan el Alto Perú, mas no encuentran la ansiada concordia. No faltaron revueltas; para sofocarlas, Heredia, conciliador pero también ejecutivo cuando el caso aprieta, sustituye las « buenas palabras » con hechos contundentes, y a manera de escarmiento « hizo dar garrote a un Sayavedra, mancebo, que antes había sido grande amigo de Francisco de Mendoza »; fué esto en la provincia de Quire-Quire. Sólo « quedaban de los que salían de la dicha Entrada obra de noventa hombres », que deben seguir guerreando; mas ahora contra sus propios compatriotas en lucha fratricida, más cruenta aún que las anteriores.

[1] *Overo*, color de huevo; en castizo, equivale a nuestro bayo.
[2] El Palentino.

Se había producido el alzamiento de Gonzalo Pizarro, por su propia cuenta Gobernador absoluto del Perú, vencedor y verdugo del Virrey Blasco Núñez de Vela. Ante tamaña rebeldía los noventa hombres no pueden con el genio y les arrastra el humor pendenciero, y « siendo tan pocos » se pusieron « contra ». Esperan a la gente del Maese da Campo de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal – el « Demonio de los Andes » – « en la Provincia de la Canela, en un pueblo que se llama Pocona », y para combatirlo a él « y sus secuaces se metieron debaxo del estandarte real » que traía el Capitán Lope de Mendoza. Se alistan para la batalla, ciento diez contra trescientos; y refiere el Padre Cerón que a Pedro González « lo confesó aquella tarde para entrar en la dicha batalla ». Salieron al campo a esperar a Carvajal, pero éste « se metió en la plaza del pueblo que es fuerte que tenía tres puertas e un postigo », especifica Antón Griego. Por la noche Pedro González de Prado, de a pie, porque cansó su « cavallo en un despoblado » y lo dejó perdido – « con su pica en la mano.. yba en la delantera de treynta e cinco hombres », puntualiza el bueno de Antón, todos de infantería. Arremetieron « e tuvieron ganada la una puerta de los enemigos », mas « como la gente de a cabalo no les acudió a socorrer no la pudieron sustentar », entonces el narrador Antón Griego, « con un arcabuz que tenía con que peleaba » se juntó con Pero González de Prado « y siete hombres o ocho... y dieron en un postigo de la plaza por donde, vido, entró Pedro González de Prado el primero... e prendió a un soldado que se llamava Diego de Palacios e lo sacó afuera e le quitó el arcabuz e armas e le dió a un soldado que se llamava Carillo que lo guardase y luego tornó a entrar dentro otra vez... por el postigo », y con el auxilio de su constante guardaespaldas, Antón Griego, « prendieron a un Camacho soldado de Carvajal, y al tiempo que lo sacaban para le matar, dió voces » y fueron « sentidos », con lo cual « descargó mucha gente de los enemigos » sobre los asaltantes; y « Nuestro Señor fué servido fuésemos desbaratados », acota resignadamente Pedro González, quien todo lo pierde: « el servicio de yndios e yndias e todo lo que tenía » y hasta la « esclava de nicaragua », dulce compañera de su mocedad; pero enardecido por tan luctuosa pérdida no ceja en su saña contra el desalmado triunfador – Carvajal – a pesar de que éste nada respeta porque « mandava.. matasen a todos los de la entrada del Río de la Plata », como que « avía cortado as cabezas a los Capitanes Nicolás de Heredia e Lope de Mendoza » – atestigua el expedicionario Bartolomé Díaz [1], – sin llevar en cuenta que el primero de los antedichos Capitanes era « uno de los vecinos mui honrados e de los más ricos de la ciudad de Cuzco ».

Muertos sus dos jefes, indefenso y despojado, retrocede el obstinado Pedro González hacia « la Villa del Plata » (Charcas), confabúlase con

[1] Probanza de Heredia.

el Alférez General Francisco Camargo para « matar al dicho Francisco de Carvajal » – se unen a « diez e ocho hombres servidores de su majestad » – llega éste con su gente, a quien, confiesa crudamente Antón Griego, también él mismo se « avía concertado dar de puñaladas », pero el lance « no se pudo effectuar » porque fueron « sentidos y descubiertos », y ahí entra en juego la ferocidad del Demonio de los Andes; continúa la horrible matanza: al « siguiente día del Señor San Miguel del año pasado de quinientos e quarenta e seys » mató a Alonso de Camargo e a otro » (un tal Balmaceda), recalca Julián de Umarán, « que se halló presente [1]; « e dende seys a siete días mató a otros syete »; « acuarteó [2] e aorcó diez de nosotros », corrobora Pedro González, « e a mí Nuestro Señor me libró debaxo de una pontezuela... e andavan por encima de mí apregonándome que quien quiera que de mí supiese lo viniese a decir so pena de muerte e de perdimiento de todos sus bienes »; escapa « milagrosamente » y le arrebatan « un cavallo overo muy bueno » que se había agenciado y fué a dar « obra de dos leguas del pueblo, en un arroyo debaxo de unas yerbas »; allí queda « quarenta días pasando mucha necesidad de hambre », donde un Padre Cozmorano lo auxilia con « un poco de mayz para comer », le toma bajo su protección y consigue « por industria », y con la ayuda de « ciertos frayles y caballeros » que Carvajal – ahito de sangre, « aviendo muerto a tantos » – le perdone la vida; pero lo mantiene prisionero y, narra González: « me envió a Lima » desterrado a Gonzalo Pizarro, a pie, e como yo no soy hombre que suele andar apié, compré un caballo de Pero Alonso Carrasco, e yendo con un Pero Gutiérrez que me llevaba a Lima al dicho Gonzalo Pizarro », después de muchas jornadas, más de doscientas leguas por intrincados caminos a través de la cordillera occidental de los Andes para llegar a los aledaños del Pacífico, en Nazca, huye a los Lucanes, donde encuentra « ciertos servidores del rei ». Al saberlo Carvajal « enbió » a su Maese de Campo Dionisio de Bobadilla para que le « prendiese e matara », pero el muy ducho consigue evadirse, otra vez. Se corre hacia el norte a la provincia de Ica, más cerca de Lima que de Cuzco, donde cae en manos de Nicolás de Rivera, el Viejo, otro secuaz de Pizarro y de Carvajal, y nuevamente rumbo a Lima, enfermo, « muy malo », custodiado por Juanes de Galagarza. Pero enfermo y todo se escapa – y van tres – hacia la provincia de Guaytara, con tan mala suerte que los indios « le dieron una guazavara » y le mataran « syno fuera por el buen cavallo que llevaba ».

[1] Umarán, en su declaración, dice: « treynta y seis », por evidente error, probablemente de copia, año que me he permitido enmendar. El « día del Señor San Miguel », a que se refiere, debe ser el 8 de mayo, fecha en que la Iglesia celebra la primera aparición del Arcángel, y no el 29 de septiembre, cuando se le festeja en compañía de todos los ángeles. Esta conjetura sobre la fecha me la sugiere la circunstancia de que para fines de septiembre los conquistadores estaban ya de vuelta en el Cuzco.

[2] *Acuartear*, arcaísmo por descuartizar.

Y continúa « huyendo a los yndios de Alonso Martín de San Benito que es en los llanos », mas agotado por tanta fuga « allegó a punto de muerte », pero allí lo pesca Juan de Sylvera, Capitán de Gonzalo Pizarro, y se lo lleva hacia el sur a la ciudad de Arequipa donde le « quiso cortar la cabeza », y si bien « por muchos rogadores no lo hizo », se apropió, en cambio, de otro caballo castaño que tenía, tan bueno « que valía en aquel tiempo seiscientos pesos de oro ».

Siempre fiel a su rey se alista bajo la bandera de su majestad a las órdenes del Capitán Gerónimo de Villegas, y luego de « prender a Lucas Martínez capitán que era en aquella cibdad por Gonzalo Pizarro », fueron « en búsqueda del Capitán General Diego Centeno », y éste su jefe máximo, en el nuevo alistamiento, afablemente manifiesta « que le vido venir que vino muy bien aderezado con sus armas e caballo » [1]. Le encargan, llegado a la provincia de Chucuito, hiciera « una puente » sobre el Desaguadero, « donde estuvo con seys compañeros haziéndola casy un mes », porque, decía su otro jefe Villegas, « como buen soldado e por ser persona sin sospecha le embiaban siempre a las cosas más peligrosas ». Lo sigue a Centeno por la provincia de Hayo-Hayo y utilizan « la puente » para llegar « a los llanos de Guarina adonde se dió la batalla entre el Capitán Diego Centeno en nombre de su majestad y Gonzalo Pizarro que tenía este reino usurpado a su majestad ». Se arma la descomunal batalla; los realistas toman las banderas de la gente del « tirano de Gonzalo Pizarro »; a éste le matan el caballo; tenían ya « la victoria en nombre de su Majestad » en contra del « usurpador », pero – azares de la guerra – un enérgico contraataque de « la gente de ynfantería enemiga (con la mucha arcabucería que tenían) » transforma el triunfo en derrota y en horrible carnicería, porque « murieron más de trescientos christianos » y « más de sesenta » de los que quedaban de la Entrada del Río de la Plata; mataron el caballo de Pero González « de dos arcabuzazos uno en el anca y otro en el pescuezo », y él quedó tendido en el campo « con cinco heridas una por la cara e narices e otra por la mano e otra en la cabeza » y además, asevera el aguerrido Julián de Umarán que « le vido una lanzada que le pasa desde el costado a la quixada, cosa espantable de ver », la misma lanzada que para Martín de Rentería, pulcro hombre de pro, era « cosa grandiosa de ver », después de la cual agrega, « Pero González anda mal de la vista de los ojos ». Salvó sin embargo la vida gracias a « una mujer » que le « hizo curar por amor de Dios », porque de no ser así caían en manos de los « cirujanos » y « secuaces » de Pizarro, quienes les « tratavan peor que a moros ». Quedó tan lisiado y tan desconocido que a los pocos días « entrapaxado de la cara, cabeza, pescuezo e mano »

[1] CERVANTES, *Rinconete y Cortadillo*: « Al volver que volvió Monipodio ».

[2] Lima, nombre que empieza a darse a la flamante Ciudad de los Reyes, fundada por el conquistador Francisco Pizarro, el 6 de enero de 1535, día de los Reyes Magos.

se le enfrentó el temible Francisco de Carvajal a preguntarle « sy hera.. el traydor Pedro González », y el insultado añade: « yo me negué el nombre que a conocerme me mandava luego dar de estocadas, porque me quería muy mal por ser de los de la Entrada e de los del motín de las Charcas e por averle sido su enemigo ». Pero aún descalabrado no pierde su indómita bravura; aguza su ingenio para libertarse de las garras « del traydor de Gonzalo Pizarro » – devuelve el insulto – trama su plan y nos cuenta: « Hablé e concerté con cinco compañeros que se huyesen del real; e una noche los saqué del dicho Real e nos huimos [por cuarta vez] e como yo no veo bien de los ojos me despeñé, e como no estaba sano de las heridas, se me abrieron e me descalabré a donde por los despoblados que andávamos yo allegué a punto de muerte ». Y después de tanta peripecia adversa « entraron en el Cuzco por el mes de Septiembre del año quarenta y seis », atestigua Bernabé Picón [1]. Han pasado tres largos interminables años de azarosas luchas desde el día en que doscientos esforzados valientes salieron desde el Cuzco para la famosa Entrada; en el transcurso de la dura campaña la muerte, en acecho continuo, había segado sin tregua vida de hombres mozos hasta arrasar con ellos: a la Ciudad Imperial sólo retornaron una docena escasa [2].

Ese fué el saldo numérico de la magnífica epopeya, conquista espiritual de la futura Argentina, virtualmente desierta en aquel entonces, sin tesoros « ni metal alguno », mas con su riqueza en potencia bajo el suelo fecundo, las aguas y lluvias fertilizantes y el sol benéfico, promesas – industria mediante – de oro en espigas, plata en vellones y gemas vivientes en ganadería; conquista realizada por aquel puñado de bravos, arquetipos de heroicidad, a quienes el veraz y escrupuloso Palentino llegó a proclamar como « la mejor gente, y más famosa de todas las Indias: soldados de gran pundonor y valientes... y ha durado – concluye – hasta hoy día tanto su fama en el Perú, que puesto que ha habido otras muchas conquistas y entradas, con ninguna se tiene la cuenta que con ésta, y con la gente que á ella fueron »; como que eran soldados españoles, indiscutidos como los mejores combatientes del siglo XVI, trasplantados a un mundo de leyenda, campo propicio a la expansión de su intrépido estoicismo, esencia de la raza.

Acabaron, pues, las malaventuras de quien fuera calificado como « héroe » por sus hazañas en el fuerte de Comechingonia. Habría de quedarle como consuelo de tantos sinsabores, y desquite de las implacables persecuciones del « tirano González Pizarro », el haber contribuído con

[1] Probanza de Alonso Domínguez.

[2] Además de Pedro González de Prado, volvieron con vida: Martín de Rentería, Julián de Umarán, Miguel Sánchez de Lantinilla, Antón Griego y el Padre Juan Cerón, todos testigos en la Probanza de méritos del primero; deben incluirse, de acuerdo a sus propias declaraciones, a: Gonzalo Bardales, Miguel de Ardiles, Gonzalo Sánchez Garzón, Bartolomé Días, Alonso Domínguez y Juan Pérez Moreno, este último mencionado por el Padre Lozano; la presencia de Alonso Díaz Calderón en la Entrada, a pesar de la afirmación del mismo autor. no parecería comprobarse.

su persona, sus armas y caballos, a su costa y sin ayuda de nadie, a la derrota definitiva del turbulento usurpador en el campo de Xaquixiguana (1548), a cuatro leguas de la ciudad del Cuzco.

Después de esta batalla queda reintegrado el reino del Perú al dominio de su Majestad Católica, luego de diez años de truculentas alternativas, durante las cuales Hernando Pizarro, hermano de Marqués Conquistador, ajusticia al Adelantado Diego de Almagro; en vindicación el hijo de éste, Diego el Mozo – de madre india – hace matar al Gran Marqués – de plebeya cuna labriega, pero de noble estirpe paterna – un año después el hermano de éste, Gonzalo el rebelde, dispone la decapitación de Almagro el Mozo, y por último, al vencido de Xaquixaguana, Gonzalo Pizarro, el usurpador, le cortan la cabeza por orden del Presidente de la Audiencia Real, Licenciado Pedro de la Gasca [1]. Este antiguo inquisidor, experto en milicia, había sido enviado por el Príncipe Felipe II, a la sazón regente de España por ausencia de Carlos V, para desfacer los agravios de sus levantiscos vasallos en las lejanas « Yndias islas y tierra del mar Océano ». Terminada airosamente su misión, el eficaz licenciado vuelve a España cargado de inmensos caudales para su Sacro Emperador Rey y Señor; tesoro consistente en « un millón y medio de castellanos que reducidos a Coronas de España es más de dos millones y cien mil coronas de a trezientos y cincuenta maravedís la corona » [2]. Tan positivo éxito merece honores especiales, recibe el dictado de Padre Restaurador y Pacificador, se le acuerda dignidad episcopal y la corte lo recibe, cual a benemérito personaje, con marcada distinción. Más tarde, septuagenario, con el título de obispo de Palencia, bajo el reinado efectivo de Felipe II, tiene el privilegio de formar en el séquito cortesano para asistir, entre Príncipes y Grandes, el 21 de Mayo de 1559, al primer solemne Auto de Fe, realizado con ostentoso ceremonial en Valladolid, y seguido con angustiada atracción por los circunstantes – salvo un niñito de doce años, invitado especial del rey, que agobiado por el interminable proceso se duerme profundamente para ser despertado luego por el murmullo de los curiosos, que pujaban por verle, ignorante la inocente criatura, de azorados ojos azules, que era hijo del gran Carlos V, y de que cuatro meses después trocaría el humilde nombre de Jeromín por el glorioso de Don Juan de Austria.

[1] Genealogía de los Pizarro:

Coronel Gonzalo Pizarro de los Añuscos, el Largo, nace en Trujillo, 1446. Muere en Pamplona, 1522.

- Francisco, el Conquistador. Trujillo 1568 - Lima 1541. Casó en 1535 con Inés Heyla Yupanqui, hermana de Atajualpa
  - Francisca - Gonzalo - Francisco
    Casó con su tio Hernando
- Gonzalo, el usurpador. Trujillo 1502-Cuzco 1542
- Hernando, el mayorazgo, matador de Almagro, Trujillo 1504 - España 1567. Casó en 1553 con Francisca, hija del conquistador.
  - Francisco - Juan Fernando - Inés
    1er Marqués de la Conquista 1631. Título en la actualidad en poder de Dª María Piedad Carvajal y Guzmán.
- Juan Trujillo 1505 Cuzco 1538

[2] El Palentino.

En España Felipe II trata de ahogar el fermento de protestantismo difundido entre gente principal y se prepara a enfrentar la amenaza creciente de los turcos depredadores del Mediterráneo; en el Perú el Virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, preside el fomentado arraigo de los peninsulares en la heredad indiana; y en una encomienda de Piura, al norte del Virreinato, próxima al Ecuador, Pero González de Prado, cuarentón, descansa el cuerpo estropeado y el ánimo maltrecho, entre sus yanaconas, indios servidores, oculto bajo el incógnito, confortado quizá por el recuerdo deslumbrador de las tierras recorridas, teatro de sus proezas juveniles, y por la íntima seguridad de haber cumplido, sin interrupción, con su deber de hombre, de militar y de español. Ahí queda apagándose, como su vista, en un ocaso prematuro, pronto a derivar hacia el olvido, borrado de los fastos de la historia, ese ejemplo de soldado sin miedo en el ataque, sin tacha en la derrota, arrojado hasta la temeridad, astucioso y leal. Sus compañeros de aventuras, aun sus mayores, pudieron continuar sus andanzas y presenciar la fundación de las primeras ciudades argentinas, donde reciben dignidades de alcaldes, regidores y tesoreros, mientras él en su retiro de encomendero sufre la nostalgia de los días mejores, desvanecidas para siempre las esperanzas de gloria[1]. Si, cuando suene la hora de honrar a nuestro siglo XVI, a Diego de Rojas se le erigiese un monumento en Tucumán, su descubridor virtual, y Francisco de Mendoza fuera rememorado sobre las barrancas del Paraná, bien podrá merecer un recuerdo el modesto Pero González de Prado, sobre la margen derecha del río Tercero, en el valle de Calamuchita.

Iniciaba, pues, mis excursiones por Estanzuela acompañado por la evocación de las hazañas de aquellos conquistadores sumidos en el limbo del pasado; vagaba como incitado por su numen, con la imprecisa esperanza de encontrar una « casa de piedra ».

La sierra homónima, en gran parte dentro del perímetro del establecimiento, extiende sus ramificaciones, como dientes de un inmenso peine, en dirección al norte desde el macizo sur, formando cuatro quebradas de aspecto y extensión diferentes. La más amplia, y primera en saliendo de « las casas », es la que lleva el pintoresco nombre de Zapato Bayo, largo valle de dos mil metros, pastoso y con árboles, flanqueado por las alturas que rematan, en el fondo, con los cerros Mirador y Mío-mío, sitio fértil y protegido, aparente para refugio y vivienda. Entre la vegetación aflora el más diverso material geológico, desde el voluminoso risco, en lo alto, al canto rodado que baja por las laderas para disminuir

[1] Rentería, primer Alcalde de Barco I° (1550), primera ciudad tucumana, alcalde también de la segunda, luego de Santiago del Estero; Ardiles, regidor y alcalde de la misma ciudad. Pérez Moreno, llega a teniente gobernador y justicia Mayor de Tucumán, y Sánchez Garzón asiste a las fundaciones de Santiago del Estero (1553), Tucumán (1565), Córdoba (1573) y Salta (1582).

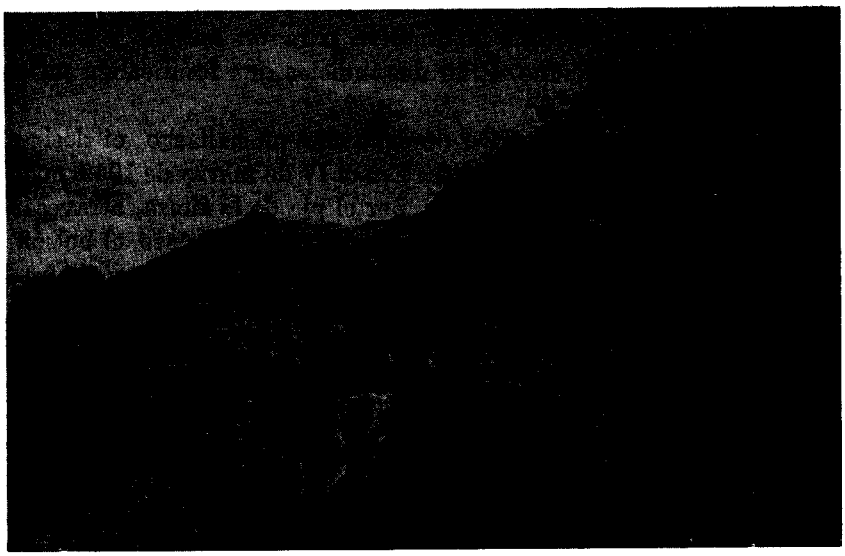
Trayecto trazado de acuerdo a las referencias de los mismos conquistadores, preciso en una parte, aproximado en otra y conjetural en la región diaguita de Catamarca y La Rioja.

en pedregullo, deshacerse en ripio y terminar en arena en las hondonadas, en sucesión de formas y colores que harían el deleite de un petrógrafo, y que denuncian la formación surgida del fuego, así como las llanuras bonaerenses la emanada del agua. Asoman semiocultas por la maleza algunas combas de piedra, presumibles moradas de Comechingones, entre ellas una, con la apariencia de un caparazón de inmenso glyptodonte asentado sobre débiles patas, que dejaba entrever la oquedad interior; estaba encaramada en un talud a pique atascada por la espesura silvestre; no intenté la inspección pero me propuse realizarla provisto de los indispensables elementos y con las debidas precauciones contra las alimañas; y próxima a la misma, otra roca redonda, más pequeña, a ras del suelo, atravesada de lado a lado por un túnel, conocida por la Casa del León, una perfecta madriguera para un animal y aceptable guarida para un ser humano. Eran dos indicios que tonificaban mi confianza.

Atento siempre a mi propósito de concretar un hallazgo, oí decir que en el cerro del Molle había una gruta. Era el 17 de marzo de 1942, cuando salimos en caravana, rumbo al oeste, por el pie de la sierra, atravesando sucesivamente el nacimiento de las quebradas: la del Zapato, el bolsón de la Chica, la llamada de la Carbonería, cuajada de peñascos, entre los cuales uno lleva marcada por dos rajaduras naturales una enorme V claramente visible a la distancia como un símbolo de la victoria, y por último la de la Viña, cruzada por un hilo de agua y con restos de antiguos cultivos, probablemente jesuíticos, y a la cual vigilan desde una altura dos piedras, como dos garitas vecinas, la una en cúpula con puerta de arco levantado y la otra puntiaguda con abertura en ojiva. Llegados, al fin, a la base del cerro del Molle – a tres kilómetros del punto de partida, – mirando hacia el sur percibimos sobre el perfil de las primeras escarpaduras una serie de peñascos extendidos de norte a sur, como restos de una ciclópea muralla derruída, en cuyo extremidad más elevada se destacaba la saliente de una peña mayor. Echamos pie a tierra, dejando los caballos atados a los árboles, y emprendimos la ascensión, trabajosa por cierto, porque la cuesta estaba cerrada por arbustos espinosos y había que esquivar las erizadas *pencas-bola* [1]; llegamos finalmente a una puerta natural enfrentada al oeste, de un metro ochenta de alto por tres de ancho, aproximadamente, abierta sobre la peña mayor, mole con aspecto granítico, de grano grueso – en la cual escamas de mica reverberaban al sol como chispas – con un marcado paralelismo en su estructura, por interposición de vetas cuarzosas blanquecinas. Sobre la puerta avanzaba un dosel hacia afuera; en el suelo, por ambos costados, grupos de piedras parecían responder a una ordenación artificial;

[1] Penca-bola = *Echinopsis* spec.

hacia el interior se extendía, en cuatro y medio metros, una galería en breve ascenso, de anchura variable – dos y medio la mínima – y una elevación que en un corto trecho bajaba a un metro cincuenta para subir en seguida a dos, punto donde, con suave declive del terreno, el ambiente se ensanchaba hasta formar un recinto casi circular de cinco metros de diámetro, en cuyo extremo se abría sobre el naciente una portada como de tres cincuenta de ancho por uno setenta de alto; algunas piedras allí colocadas hacían presumir hubiera sido cerrada en alguna época remota por la mano del hombre. Por el costado norte dos pequeños arcos, por donde entraba escasa luz, estaban interceptados por fragmentos de lajas



Entrada oeste de la Casa de Piedra. (Foto del autor).

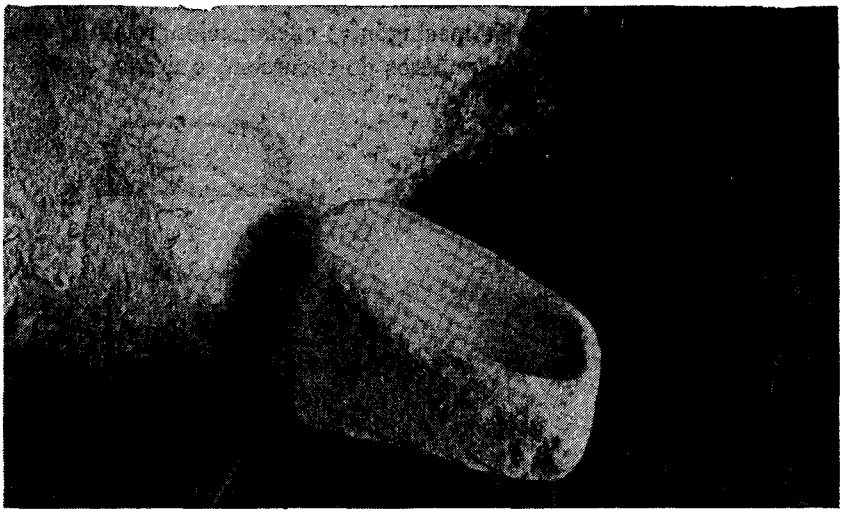
de micacita [1]. El piso es granítico desde la puerta hasta el recinto, y en éste, sobre todo en su parte central, estaba removido, con escoria, tierra y residuos carboníferos.

Mi emoción era grande. Comprobaba que la gruta reunía todas las características de una típica « casa de piedra », tal cual me la había representado a través de mis lecturas de los trabajos de Aparicio y de Vignati. Ahí estaban las lajas verticales como una de las « obras complementarias » [2]; la inclinación del suelo sugería la existencia de los rudimentarios enseres domésticos aborígenes, los llamados « morteros »,

[1] La comparación con muestras del Gabinete de Mineralogía de la Facultad de Ingeniería me hace suponer que se trata de micacita gnéisica.

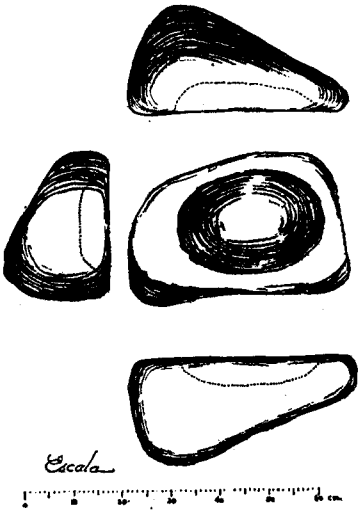
[2] Véase Francisco de Aparicio, *La Antigua Provincia de los Comechingones*, en *Hist. de la Nación Argentina*, 1, 1936.

horadados en la misma piedra, con un diámetro de 10 cm por 30 de profundidad – medidas variables, – para servir como depósitos de agua o de



Conana de cuarzo blanco, colocada junto a la entrada de la casa-habitación de Estanzuela, frente oeste. (Foto del autor).

alimentos [1], así como también la « conana », excavación generalmente ovalada y poco profunda, destinada a moler el maíz, y de las cuales he

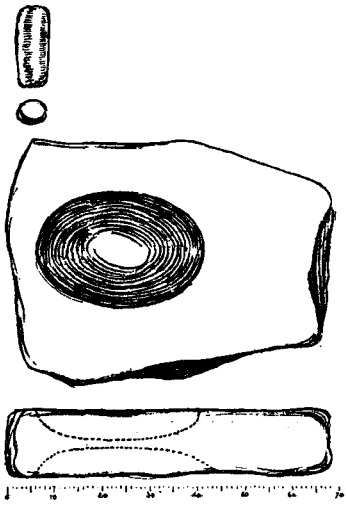


Esquema de la conana representada en la fotografía.

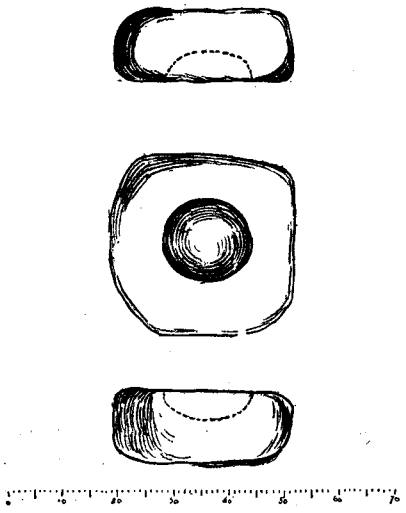
visto varias en los ranchos de la región recogidas en la sierra y fabricadas en una piedra blanca, al parecer de cuarzo.

[1] Véase Milciades A. Vignati, *¿Morteros o represas?*, 1931. *Not. Prs. M. La Plata.*

Por otra parte, nos hospedaba un albergue brindado por la naturaleza que ofrecía la comodidad y abrigo máximos para un salvaje; no era posible suponer que no hubiera sido aprovechado. Pensé fuerte y llegué a murmurar: « Esta es una casa de indio Comechigón »; exclamación recibida con la mayor indiferencia por mis compañeros de excursión, quienes, escépticos,



Conana doble: lo delgada que queda la piedra, en donde coinciden las dos cavidades, prueba que la operación de « conar » era puramente ejecutada a fricción y presión de la piedra « mano », y nunca por percusión; eso, por otra parte, coincide con la información de doña María Beron, quien dice que la mano era « chiquita y redondita y se apretaba para conar ». (Datos del Arq. Real de Azúa).

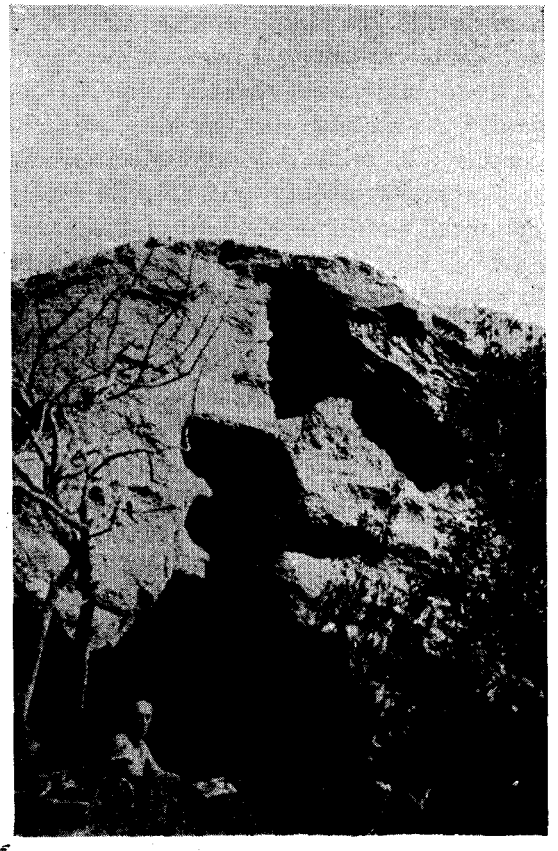


Conana o mortero fabricado en una piedra oscura.

ESQUEMAS DE CONANAS EXISTENTES EN ESTANZUELA

salieron a una a manera de terraza formada por piedras planas, sitio ideal de vigilancia y defensa, desde donde se domina hacia el norte un vasto valle, parte del Concaran, en el cual alternan hasta perderse de vista las copas de los árboles con los campos de pastoreo, las « serrilladas » al fondo, entre las sierras de Tilisarao y las altísimas de Comechingones; desde ahí un conglomerado de piedras sucesivas que asoman entre la verdura, despliega dos líneas paralelas, que se pierden luego en la espesura, como una doble defensa de fortaleza. Cuando volvieron les señalé los rastros de humo sobre el dintel del ventanal, y una voz, la del buen sentido, sentenció: « Refugio de cuatreros ». Estaba seguro de mi conjetura, pero no podía demostrarla: no me entregaba sin embargo. Quedé nuevamente solo, menoscabado en mi prestigio; pero, impelido por mi terquedad, continué el examen del lugar. Y cuando menos lo esperaba, sobre el costado izquierdo del ventanal, más o menos a la altura de los ojos, per-

cibí un dibujo en color blanco sucio, típicamente indio: dos círculos; el mayor llevaba otro concéntrico y estaba unido por un bastón, atravesado en el medio por una barra, al menor, que tenía líneas entrecortadas en el centro, tal vez representación del sol y la luna, presuntas divinidades. Respondía el dibujo a la técnica de los rupestres señalados por



Portada [illegible] de la Casa de Piedra. El arquitecto preparando el croquis. (Foto del autor).

Outes [1]. Quedé un instante en silencio, conmovido por la feliz comprobación, mas luego dí un grito de llamada y acudieron todos precipitadamente. El manifiesto testimonio originó miradas bondadosas, cual si pidieran disculpas por la pasada incredulidad.

Los papeles quedaron cambiados; a mí me correspondió el sosiego después de la desazón y del acierto; los demás, en fiebre de curiosidad, huronearon impacientes, con resultados positivos, porque a los pocos minutos, a la izquierda de sobre uno de los arcos pequeños, a ochenta centímetros del suelo, en un rincón, que ofrecía la intimidad de un hogar, fue-

[1] Félix Outes, *Los Tiempos Prehistóricos en la Prov. de Córdoba* en *Rev. Mus. La Plata*, 1911.

ron individualizados dos ciervos perfectamente estilizados en un color blanquizco y fracción de un tercero, realizados con la misma técnica de los copiados por Leopoldo Lugones en las grutas del cerro Colorado en Córdoba [1], y en breve rato más, en el lado derecho del mismo arco, apareció de igual factura, pero rojiza, un ave de cola larga y forma que podría representar una charata, figura ornitomórfica, como diría Outes, que adquiere para el caso el valor de un justificativo, porque explica, autoriza o hace tolerable un tema etnográfico en una revista de ornitología. Era la certidumbre y por consiguiente el triunfo, intrascendente y minúsculo, pero con su recompensa por el fin logrado. Sin embargo se pretendió aún más; la avidez de los inexpertos arqueólogos pedía escrutar nuevos y más importantes arcanos. En el soporte que divide la galería del recinto se notó, paralela al suelo, una redondez que en su extremo tenía una rajadura circular con toda la apariencia de una tapa. « ¡Un sepulcro! », dijo un optimista exaltado, y de consuno, movidos quién sabe por qué locas ilusiones – ¡Oh manes de Tutankamón! – improvisamos toda suerte de palancas para forzar, por una rendija, la tapa misteriosa. Manos, codos, hombros, luchaban, molestándose, por dar su mayor concurso en la excavación. La tapa cedía enardeciendo el empuje de los alucinados por el oculto tesoro. Cayó, por fin, ruidosamente la cubierta y apareció la roca maciza e impenetrable, desvaneciendo nuestras esperanzas. Cinco caras perplejas y diez brazos caídos fueron tácita expresión de sorpresa y desagrado: se trataba sencillamente de una costra pegmatítica [2], engrosada por sedimentos acumulados por la humedad de la caverna. Recibíamos de la madre naturaleza justo castigo por la ambición desmedida y la insaciable codicia.

Mas lo principal estaba conseguido. Nos encontrábamos positivamente en una « casa de piedra »; podíamos, con algún esfuerzo de la fantasía, remontarnos a dos siglos atrás, cuando los aborígenes algo hubieran recogido de los invasores españoles, y figurarnos un grupo de indios barbudos refugiados en el recinto con las mujeres e hijos, en corro junto al fogón, con una indumentaria más abrigada que cuando peleaban con Pero González de Prado, hace cuatrocientos años. Visten los hombres el *uncu*, camiseta corta a la moda peruana, y un púdico delantalillo – la *huara*; se engalanan con pulseras, collares, y valvas de caracoles adheridas al tejido, y algunos dignatarios llevan como adorno *ticas* de pluma y anchos alfileres de cobre en la cabeza. Las mujeres, envueltas en mantas, son las tejedoras, con lana de guanaco, de todas aquellas vestiduras protectoras del frío y resguardo de la honestidad. Adormecidos, en el decaimiento del vigor de la raza, hablan poco frente a la rudimentaria marmita donde humea algún cocimiento, mientras en el rescoldo se chamusca un

[1] Véase LEOPOLDO LUGONES, *Las grutas pintadas del cerro Colorado*, en *La Nación*, 26 marzo 1903.
[2] La pegmatita es una especie de granito de grano grueso.

costillar de venado. Los mayores intercambian con gesto ritual narigadas del polvillo de cebil sorbido a manera de excitante rapé, y algún mozo canturrea aguijoneado por la aloja de algarroba [1]. En el rincón más oscuro un artífice en cuclillas estampa en el muro blancas siluetas de ciervos en reposo o en marcha; en el lado opuesto del tragaluz rastrero, un anciano industrioso, acurrucado en el suelo, dibuja, bajo la contemplación admirativa de un desarrapado indiecito, una charata, entrevista en sus excursiones por el norte, o tal vez aclimatada entonces en la región [2], y un adusto varón, de pie, diseña en la bóveda del ventanal el misterioso símbolo de los dos círculos. Añoran todos la libertad de antaño, han olvidado la pujanza guerrera; los enconosos extranjeros les tienen acorralados, sometidos a una quietud en la cual languidecen y se extinguen; saben, por sus abuelos, que antes eran muchos y temidos, y no sospechan que dentro de poco no quedará uno solo de ellos, que van a desaparecer del mundo, llevándose consigo el secreto de sus vidas y de su idioma, para confusión de unos pocos sabios descifradores de enigmas, como pasiva y única venganza contra quienes tentaron en vano domeñarlos. Terminada la inspección salimos de la evocadora gruta, dejando detrás de nosotros fantasmas desvanecidos, mientras un ruiseñor lugareño entonaba, en un árbol vecino, sus trinos decididos como un canto triunfal [3].

Al subsiguiente día volvimos con el Arquitecto Real de Azúa, quien levantó la planta y corte reproducidos en la lámina, que permiten apreciar la disposición de la « casa de piedra », cuya enorme masa, de un desplazamiento no menor de doscientos cincuenta metros cúbicos, está apoyada en cinco soportes, el más reducido con un diámetro de ochenta centímetros y el sostén maestro con una longitud aproximada de seis metros por otro de ancho, más una columna central de poco más de un metro de diámetro, y finalmente, en el costado norte descansa en dos sustentos que no alcanzan a un metro en su ancho medio, por tres de largo. Tan extraordinaria sobriedad constructiva motivó de parte del proyectista, mientras tomaba medidas para el croquis, una reflexión formulada con autoridad de profesor: reírse de la arquitectura gótica.

Entretanto empleaba mi tiempo en un nuevo examen de los dibujos e intenté una limpieza de las paredes, con el propósito de buscar los que pudiere haber cubiertos por la humedad y el polvo; mas en la incertidum-

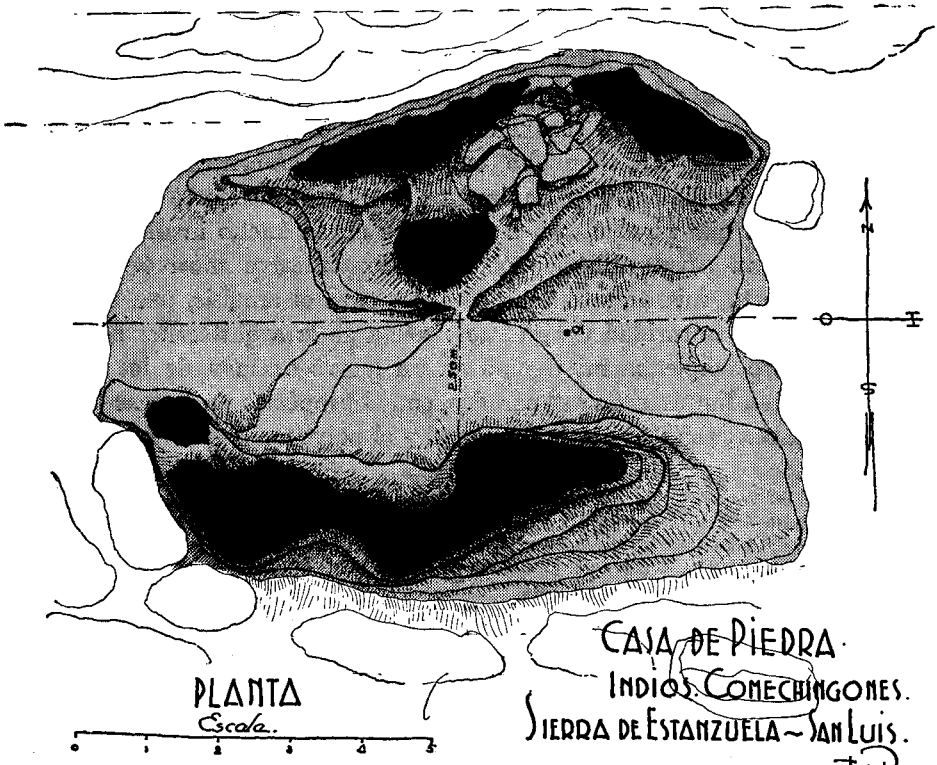
[1] Véase *Relac. Geog. de las Indias*. Madrid, 1888. Relac. de Don Gerónimo Luis de Cabrera (1573); Relac. de Pedro Sotelo Narvaez (1583): « Toman por las narices el *Sebil*, ques una fruta como *Vilca*, hacenlo polvas y bebelo por las narices » y ANTONIO SERRANO, *Los Comechingones y Sanavirones*, en *La Prensa*, 29 Dic. 1940 - Mossi, *Dicc. Cast. quichua*: « plumajes de plumas o flores = *ttica* ». El caracol empleado era *Straphocheilus oblongus* (Müller), hasta de 12 cm de largo y 6 de diámetro, blanco mate y la boca rosado intenso.

[2] Charata, *Ortalis canicollas canicollis* (Wagler) no figura entre las aves de San Luis, pero Schulz y Doering señalanla « en las regiones-montuosas del Este de Córdoba ».

[3] Ver *ut supra*: 46. Ruiseñor, *Upucerthia certhioides luscinia*.

CASA DE PIEDRA
INDIOS COMECHINGONES
SIERRA DE ESTANZUELA – SAN LUIS.
E. R.

CORTE.
Escala
0 1 2 3 4 5



CASA DE PIEDRA.
INDIOS COMECHINGONES.
SIERRA DE ESTANZUELA – SAN LUIS.
E. R.

PLANTA
Escala.
0 1 2 3 4 5

bre de no ejecutar la operación en forma apropiada y por el temor de perjudicar a los existentes resolví suspender el trabajo. Pasé entonces a una tímida remoción del suelo terroso del recinto y pude extraer algunos huesos, cáscaras calcinadas de huevos de avestruz, residuos carboníferos y dos fragmentos de tierra cocida con todo el aspecto de alfarería primitiva india, de un barro arcilloso muy inferior, con granos de cuarzo, mica y partículas de roca, y algunos otros residuos. De practicarse más profundamente el rastreo es probable se consiguieran objetos de mayor importancia.

Al caer la tarde abandonamos la « casa de piedra »; su comba clara, sobre el portal oscuro, emergía entre las breñas iluminada por los rayos del sol poniente; ya no era – disipado el misterio – la espelunca anónima y muda: sus piedras nos hablan ahora de épocas pretéritas, de una raza desaparecida para siempre; pero con todo es posible que aun guarde secretos que algún día la pericia del etnógrafo podrá desentrañar.

Cuando bajábamos la pendiente el canto de los pájaros era reemplazado por balidos gemebundos y lejanos: eran los balidos de un chivito colocado como cebo en la trampa para el puma; el pobrecillo estaba amarrado en el fondo de un corral de ramas espinosas, largo y angosto, con altura que no puede ser saltada por la fiera; en la entrada, disimulados bajo las hierbas, están abiertos los dos arcos ondeados, que a la menor presión debe cerrarse. Al llegar la noche el puma se deslizará cauteloso entre las zarzas, con paso estirado y lento, dejando impresas en el polvo la huella de sus cuatro dedos redondos y su talón alargado, sin marcar las garras; husmeará a través del cerco la codiciada pitanza, hasta dar con el portillo a través del cual percibirá el angustiado animalito, que gime su *má... má...* suplicante, como llamado de auxilio a la madre ausente. Ante la aparición del monstruo, de ojos reverberantes en la oscuridad, el corazón del infeliz chivito, sobrecogido por el terror, latirá precipitado; el receloso puma, después de volver la cabeza a uno y otro lado, para cerciorarse de la impunidad, lengüeteará famélico, avanzando por el pasadizo que ha de conducirlo hasta la engañosa carnada. Un tranco más, y queda aprisionado de una mano entre las ondas filosas de la trampa; el aire se llena de aullidos furiosos de dolor, el chivito, aterrado, no sabe ni puede saber cuánto le queda de vida, cuánto tardará en caer en las fauces de ese animal atroz que lo atisba iracundo porque lo cree el causante de su desgracia. Una noche entera de mugidos y de sobresaltos; el chivito, agotado, repite los *má... má...* desfallecientes, mientras su enemigo se debate en una lucha infructuosa por libertarse. Se aleja el puma arrastrando los diez kilos de la trampa, que va dejando un surco, intencionalmente suelta para que no ofrezca resistencia y no pueda zafarse el prisionero; se refugia en algún escondite para ocultar su impotencia y

rehacerse; pero al amanecer se presenta el peón « leonero », precedido de su jauría. Comprobada la ausencia de la trampa, los perros siguen el rastro y van dejando el suyo de cuatro dedos alargados, el talón redondo y la marca de las uñas; llegan a donde está la fiera; se alza dispuesta a defender su vida con una sola mano, ruge y gruñe a los perros, que aturden con sus ladridos, la acechan por todos lados, y en el momento en que gira para defenderse de un ataque por la espalda, el mastín especialista dá un brinco y clava sus dientes, tan acertada y enérgicamente, en la garganta del león, que éste abre sus patas, inerme, y cae como fulminado. Terminó la lucha; los perros, jadeantes, menean los rabos y trotan nerviosos, el pujante mastín resuella atragantado por pelambre sanguinolenta mientras mira con fijeza de miope a su víctima para asegurarse de que está positivamente muerta; entre tanto el chivito, aun trincado por las ligaduras, exhala, persistente, su *má... má...* sin conseguir reponerse del espanto sufrido durante toda la noche [1].

La quejumbre lánguida resonaba en nuestros oídos cuando llegamos al bajo, donde, una delgada viborilla pálida, con nariz respingada provista de una verruga, cruzaba un sendero con gracia picaresca de ente inofensivo, pero al ser interrumpida en su fuga se irguió agresiva mostrando sus punzantes comillos; era una parienta menor de la imponente víbora de la cruz, que pocos días antes habíamos visto – larga de metro y medio, grueso el cuerpo terminado en cola aguda y corta, con escamas terrosas y las típicas manchas en doble garfio – que se hundía, pesada y lenta, en la maraña con un leve rumor de brisa, pronta a la menor alarma a levantar la cabeza amenazante como una moharra – fijas las pupilas verticales – y a expandir sus descoyuntadas mandíbulas armadas de los mortíferos glifos por cuyos canales circula el terrible veneno, que ha de inyectar a su desgraciada presa [2].

En la serenidad del crepúsculo flotaba un soplo del pasado, un retorno a la naturaleza primitiva, como cuando por un desfiladero de la sierra de Comechingones – teníamos al frente el cerro Moro – cabalgaba Pero González de Prado, la pica en alto, bruñidas las armas, sobre el « cavallo alazano », llevando a su vera la esclava nicaragüense, arrebujada sobre « el otro castaño », y seguido por la recua « de los muchos yndios a su servicio » cargados con « todas las cosas necesarias » para la empresa por tierras de barbarie, hoy florecientes campiñas donde nadie lo recuerda.

[1] Puma o león: *Puma concolor, puma.*

[2] Viborilla pálida = *Bothrops ammodytoides* Leybold; *Bóthros* = agujero, *óps* = cara, alusión a un agujerito entre la nariz y el ojo, característica del género. *Ammos* = arena; *dytes* = zambullidor, el que se sumerge. Víbora de la cruz = *Bothrops newiedii* Wagler.

Señor Director de la Revista EL HORNERO.

Mi compañero de infancia, el Dr. Jorge Casares, a quien estimo tanto como a mí mismo, me ha hecho la crónica de unas vacaciones pasadas en « Estanzuela », pintoresca propiedad situada en San Luis.

Las referencias detalladísimas y, a decir verdad, entusiastas, me impresionaron — a fuer de poeta y paisano, porque soy criollo viejo y además rimador — al punto de incitarme a la composición de un soneto en honor de « Estanzuela ».

En consecuencia, me propuse dar cabida en los 14 versos a: los fundadores jesuítas, al rancherío con su pirca de lajas, las viñas, los nogales, las pencas, la represa magnífica y los sauces centenarios; las catitas, las diucas y las calandrias blancas, tan abundantes todas ellas, en la región, como extraordinarias cantoras las últimas; también pretendía transplantar al soneto uno que otro chañar y alguna palma y, lo que era más difícil, a los indios comechingones, con su barba, su ferocidad y sus « casas de piedra », y también, ¿por qué no?, a las « corriedales » y a las rechonchas « aberdeen angus ».

Mi amigo y perpetuo consejero me señaló, con toda prudencia, la casi imposibilidad de encerrar tantos y tan diversos elementos en un molde tan estrecho y trabajoso como el soneto. No me dejé arredrar, sin embargo, por la atinada advertencia, confiado en mi larga práctica y en mi relativa destreza. Ahí va el resultado de mi osadía; lo entrego a su juicio y benevolencia.

Hubiera sido lamentable que en ese cuadro, con pretensiones de completo, de la antiquísima estancia, faltara nada menos que « el estanciero »; por eso he agregado un « estrambote » — de sólo dos versos — a la usanza antigua, tal cual lo practicara, alguna vez, Cervantes, cuando hacía de poeta y deseaba consignar un dato importante más, como en el presente caso.

Le ruego remita una de las dos copias acompañadas — carta y soneto — al Dr. Casares, porque me interesa su opinión y porque deseo mostrarle cómo he salido de trance tan arriesgado.

Quedo a sus órdenes,

S. S. S.
ANACLETO EL PATO.

« ESTANZUELA »
1753-1943

SONETO

En tierra otrora de comechingones
— los de « casa de piedra », trogloditas
barbudos y bravíos — los jesuítas
fundaron encaladas « poblaciones »

entre viñas, nogales y cardones,
por la pirca de laja circunscritas:
junto a limpia represa las « catitas »
cotorrean en cien sauces llorones.

Hoy pastan en los valles, retozonas,
las borregas con hebra larga y fina,
y mochas, renegridas, vaquillonas,
mientras en el palmar la diuca trina
y una calandria blanca, en los chañares,
suelta al aire un cantar de sus cantares.

ESTRAMBOTE

Ese ayer y este hoy lo usufructúa
Don Ezequiel María Real de Azúa.

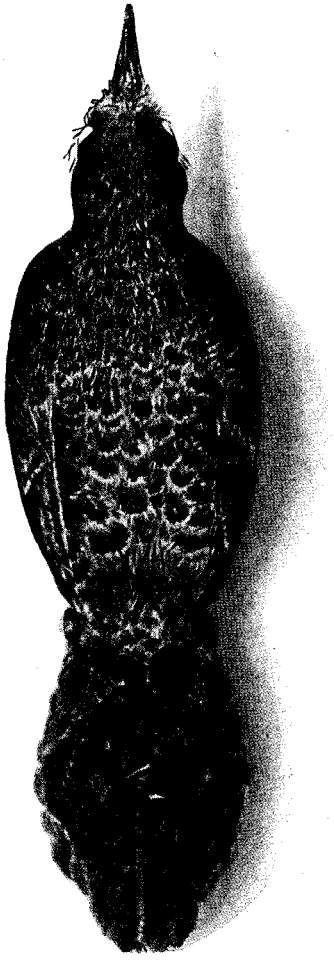
CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL *PTEROPTOCHOS CASTANEUS* PHILIPPI ET LANDBECK

(TURCO CASTAÑO)

Por FRANCISCO BEHN K.

Uno de los representantes menos estudiados de la tan original familia de los Pteroptochidae es sin duda el *Pteroptochos castaneus* Philippi et Landbeck o turco castaño, como se le denomina en la famosa obra sobre aves chilenas de C. Hellmayr y en otras publicaciones. Sin embargo el nombre de turco castaño no parece ser muy conocido entre nuestra gente del campo. Primeramente porque su área de distribución es distinta a la de la turca común, y por lo tanto los campesinos que viven en las zonas habitadas por el *P. castaneus* no conocen al *P. megapodius* o sea a la turca, en analogía a la cual se habría bautizado al *P. castaneus*. Y en segundo lugar tampoco me parece muy apropiado el nombre de turco castaño, pues las costumbres de esta ave son mucho más semejantes a las del *P. tarnii* o hue-hued o quizás más conocido con el nombre de gallereta. En Concepción y alrededores llaman al *P. castaneus* simplemente gallereta o también tuta por el grito interrumpido que lanza al creerse en peligro, y si tuviéramos que bautizarlo oficialmente en nuestro idioma, mucho antes de llamarlo turco castaño, lo llamaríamos gallereta castaña o aún hued-hued castaño.

Mucho tiempo se creyó que el *P. castaneus* sólo habitaba la provincia de Colchagua, siendo su región favorita la pre-cordillera. Aunque Reed lo había señalado hace tiempo ya como ave de la zona de Concepción, y aunque figuran en el Museo de Berlín dos ejemplares de esta misma región, clasificados como tales y que habían sido capturados en 1932, Hellmayr siguió creyendo que esta ave no alcanzaba hasta tan al sur. El error de Hellmayr fué esclarecido definitivamente en 1939 por un trabajo de A. Reed y R. A. Philippi B. sobre nuevas contribuciones al estudio de la avifauna chilena aparecido en la publicación oficial N° 12 del Jardín Zoológico Nacional de Chile. Según nuestras observaciones personales el límite sur de la distribución de *P. castaneus* parece ser justamente el río Bío-Bío; aunque Reed afirma haberlo encontrado tam-



Pteroptochos castaneus Phil. et Land.
Turco castaño.

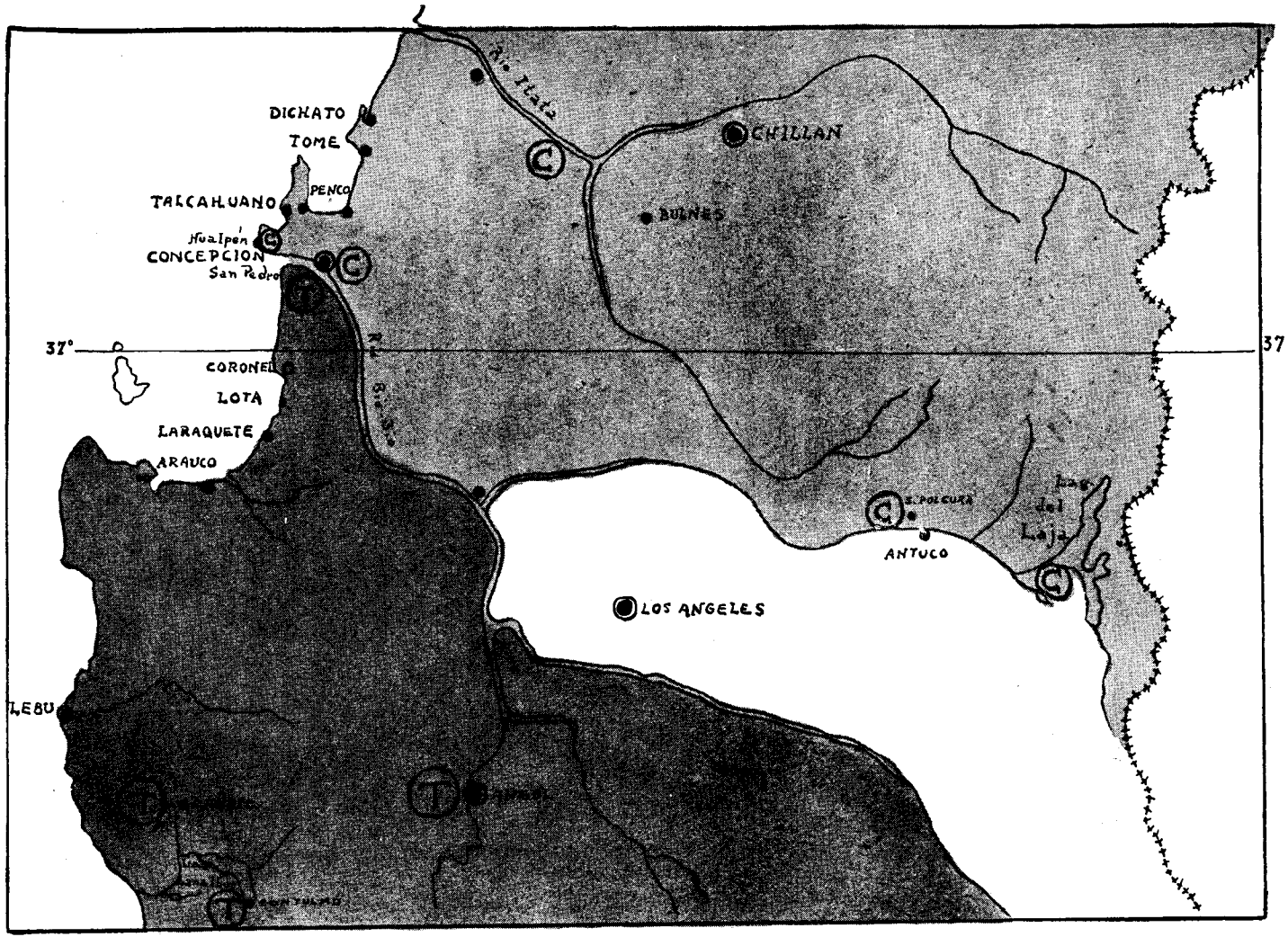
Pteroptochos tarnii King
Hued-hued.

Dibujos semiesquemáticos ½ tamaño natural.

bién al sur de este río, nosotros no hemos tenido hasta el momento esta suerte. Todos los ejemplares que logramos capturar en ese lado sur eran *P. tarnii*, para cuya distribución ese río nos parece ser, con la misma precisión, el límite norte, pues tampoco nunca logramos encontrar esta especie al norte de este río, a pesar de haber cazado ya por lo menos una veintena de *P. castaneus* en los alrededores de Concepción. En el mapa adjunto puede apreciarse muy bien los sitios en que logramos capturar ejemplares de una y otra especie. Queda por investigar la zona comprendida entre los ríos Laja y Bío-Bío, es decir, el triángulo en cuyo vértice se encuentra San Rosendo y cuyo centro está ocupado por la zona de Los Angeles y pre-cordillera vecina. Esperamos poder hacerlo en un futuro próximo.

El estudio de la distribución geográfica de los *P. castaneus* y *tarnii* nos hizo entrar la duda de si realmente constituyen dos especies distintas o si se trata sólo de variedades, hipótesis por cierto aventurada, pero digna de tener en cuenta para orientar estudios futuros. El Bío-Bío de San Rosendo a Concepción, que tiene en este trayecto más de un kilómetro de ancho, constituye para un ave, tan mala voladora, un obstáculo prácticamente insalvable, y puede por lo tanto llegar a constituir un límite preciso entre dos variedades geográficas. Nada de raro sería que en los alrededores de Los Angeles, donde las barreras naturales disminuyen en importancia, exista intergradación, o sea ejemplares que poseen caracteres de ambas razas. Apoya nuestro concepto el hecho de que ejemplares de *P. tarnii* capturados en la provincia de Aysén, es decir en el sur del país, son, según nos comunica personalmente nuestro amigo R. A. Philippi B., muy obscuros, careciendo casi por completo de las plumas castañas, cuya extensión constituye precisamente la principal diferencia entre ambas especies. Nada de raro sería que en la región de Magallanes puedan estar aún desprovistos completamente de este color constituyendo otra variedad; desgraciadamente nos será por el momento difícil conseguir material de esas regiones.

Más todavía apoya nuestra hipótesis de que el *P. castaneus* y el *P. tarnii* son sólo variedades de una misma especie, el hecho de que el canto y costumbres y aun las dimensiones son en los dos prácticamente idénticos (véase el cuadro adjunto). Efectivamente, las diferencias de dimensiones entre *castaneus* y *tarnii* resultan en un término medio de los, por cierto pocos, casos por nosotros estudiados, prácticamente insignificantes, y en ningún caso comparables a las variaciones, sobre todo muy marcadas del peso, que pueden observarse tanto en el *castaneus*, como en el *tarnii*, y que nos parecen, por lo menos para el primero, estar en gran parte en relación con la localidad exacta de captura. Los ejemplares más cercanos a la cordillera son en general más pequeños, en cambio los que viven más cerca del mar son mayores.


DICHATO
TOME
PENCO
TALCAHUANO
Hualpen
CONCEPCION
San Pedro
R. Itata
CHILLAN
BULNES
37°
37°
CORONEL
LOTA
LARAQUETE
ARAUCO
R. Biobio
S. POLCURA
ANTUCO
Lag. del Laja
LOS ANGELES
LEBU
P tarnii
C
P castaneus
?
Lugares de captura

La única diferencia real está, a nuestro modo de ver, en el plumaje; el *P. castaneus* tiene el cuello y el extremo superior del pecho de color castaño, zonas que en el *tarnii* son gris oscuras; además las plumas del abdomen y de la mitad inferior del pecho del primero tienen delgadas bandas transversales y algo arqueadas, negruzcas y blanquecinas; en cambio en el segundo éstas son únicamente negruzcas (véase las láminas en colores). Fuera de esto sólo se nota diferencia en las plumas de la corona, que en el *tarnii* son en general bastante más castañas que en el *castaneus*.

Menos acentuadas son aún las diferencias en los ejemplares inmaduros. Los que en nuestra colección poseemos de una y otra especie son absolutamente iguales por su cara dorsal; sólo a nivel de la cara anterior del cuello y tórax es posible distinguirlos con un poco de buena voluntad; se trasluce en el *castaneus* en estas regiones el color castaño característico del adulto y que falta en el *tarnii*. Además las fajitas transversales blanquecinas de las plumas del abdomen del *castaneus* adulto no se notan en el inmaduro, siendo también en los inmaduros de ambas especies mucho menos marcadas las fajitas obscuras. Por esta misma descripción quedan igualmente expuestas las diferencias que existen entre el plumaje del *P. castaneus* adulto e inmaduro y que podría sumarse, diciendo que este último es de un tinte más uniforme, pues todas las regiones de color castaño incluso las de la corona, que ya de por sí es menos acentuada que en el *tarnii*, son todas mucho más apagadas. Cabe agregar todavía que todo lo dicho vale para ambos sexos, pues ni en el *P. castaneus* ni en el *P. tarnii* se nota dicromatismo sexual alguno.

Mencionamos ya que las costumbres del *P. castaneus* son absolutamente iguales a las del *tarnii*. Prefiere también el *castaneus* las partes más tupidas de los bosques y matorrales, especialmente aquellas donde abunda la quilla (*Chusquea* sp.). En general acostumbra correr por el suelo; busca allí su alimento, que encuentra escarbando con sus dedos largos, fuertes y negruzcos entre las hojas y palitos caídos. Coleópteros y sus larvas, pero también granos de semillas, constituyen su alimento habitual; los hemos encontrado en la mayor parte de los estómagos de los ejemplares de nuestra colección. Al amanecer es más fácil sorprenderlo en estas actividades que a las demás horas del día. En un primer momento da la impresión de ser un animal muy tímido, pues en cuanto nota algún peligro sólo se detiene momentáneamente, como para reconocerlo, y y luego se arranca corriendo velozmente. Si se le persigue, lo que es extremadamente difícil por la naturaleza de los lugares que habita, comienza a hacer pequeños vuelos más o menos torpes que siempre van dirigidos cerro abajo y que rara vez abarcan más de algunos metros. A medida que va volando hacia las quebradas va alcanzando ramas más altas de los árboles que arraigan más abajo. Así su vuelo sólo excepcio-

Pteroptochos castaneus

Nº DE LA COLECCIÓN	SEXO	PESO EN G	LONGITUD EN MM	ENVERGADURA EN MM	ALA EN MM	COLA EN MM	PICO EN MM	TARSO EN MM	MES DE CAPTURA	LUGAR DE CAPTU
234	m.	185	250	350	116	108	21	43	Mayo	Concepció
n. p. 301	m. inm.	130	240	360	115	98	21	39	Dic.	Concepció
259	f.	145	225	330	96	90	20 1/2	38	Oct.	Concepció
n. p. 290	f.	140	225	340	99	96	(20)	39	Dic.	Concepció
n. p. 247	f.	175	240	360	105	98	22	41	Dic.	Ramuntch
n. p. 53	f.	130	230	330	102	91	19 1/2	40	Mar.	Polcura
n. p. 55	f.	110	225	330	100	89	18 1/2	39	Mar.	Antuco
264	f. inm.	150	230	330	106	91	19 1/2	41	Nov.	Concepció
n. p. 190	m.	170	255	340	110	92	21 1/2	46	Oct.	Concepció
n. p. 186	m.	165	265	330	—	—	—	—	Oct.	Concepció
n. p. 238	f.	143	240	350	104	95	20 1/2	45	Oct.	Concepció
1332)°	m.	—	—	—	107	94	21	42	Set.	Quirihue
1419)°	m.	—	—	—	108	81	23	46	Feb.	Quirihue
Término medio .		158	238	340	106	94	20 1/2	42		

— = datos que por diversos motivos no se pudieron tomar.
n. p. = número provisorio.
inm. = inmaduro.
)° = ejemplar de la colección del Dr. R. A. Philippi B.

Pteroptochos tarnii

Nº DE LA COLECCIÓN	SEXO	PESO EN G	LONGITUD EN MM	ENVERGADURA EN MM	ALA EN MM	COLA EN MM	PICO EN MM	TARSO EN MM	MES DE CAPTURA	LUGAR DE CAPTURA
286	m.	180	245	350	110	90	22	42	Ene.	Cañete
p. 214	m.	165	240	360	107	86	21	43	Nov.	San Pedro (Concepción)
p. 212	f.	160	230	350	105	92	21	44	Mar.	San Pedro (Concepción)
295	f. inm.	130	240	350	104	92	21	41	Ene.	Contulmo
46	m. inm.	—	—	—	100	88	18 1/2	45	Feb.	Lago Riñihue
288	f.	160	—	—	103	—	20 1/2	43	Ene.	Cañete
60	f?	—	225	260	102	85	19	44	Feb.	Lago Pirehueico
291	f.	150	230	350	101	84	19 1/2	43	Ene.	Contulmo
3)°	m.	—	—	—	109	80	19 1/2	50	Feb.	Lago Panguipulli
1)°	m.	—	—	—	112	90	21 1/2	48	Ene.	Lago Riñihue
2)°	f?	—	—	—	103	81	19	48	Feb.	Lago Pirehueico
8)°	m.	—	—	—	105	87	19	48	Feb.	Balmaceda (Aysen)
9)°	m.	—	—	—	106	—	20 1/2	45	Feb.	Balmaceda (Aysén)
rmino medio .		157	235	336	105	87	20,1	45		

nalmente sobrepasa la dirección horizontal: generalmente queda un poco por debajo de ella. En cuanto descansa en una rama grita a menudo el clásico hued-hued, lo que facilita su persecución. Si se cree muy amenazado el grito suele repetirse y suena entonces como un tu-tut-tut-tut-tut entrecortado y rápido, lo que le ha valido el ya mencionado nombre de tuta. Pero a menudo también queda callado y es entonces sumamente difícil localizarlo. Una vez estando sobre una rama más o menos alta la actitud tímida cambia casi siempre por un temperamento novedoso, trata de observar atentamente al cazador; es el momento más fácil para capturarlo. También el *P. castaneus* canta la escala tan característica para todos sus parientes de la misma familia. Es fácil oírlo cantarla, por ejemplo en el Cerro Caracol (Concepción), a cualquier hora del día, pero siempre que no sea molestado; nunca lo sentimos cantar la escala de muy cerca o cuando el ave se había dado cuenta de nuestra presencia. Otro canto que suele emitir mientras no es molestado es un muy sonoro uup-pup-pup-pup-pup-pup-púp, que se oye a varios cientos de metros de distancia. Parece que se trata de un grito que sirve para llamar la atención a algún compañero, pues no es raro notar que desde lejos le contesta otro, ya sea en la misma forma o bien cantando la escala.

Según nuestro parecer anida en los meses de agosto y septiembre. Tenemos en nuestra colección un ejemplar nuevo capturado a mediados de noviembre, y que no parece tener más de dos a tres meses de edad. Muy probablemente anidan también en cuevas, tal como lo hace el *P. tarnii*. Nos acordamos haber visto hace años un ejemplar que salía de una cueva situada en el cerro Caracol (Concepción), debajo de un matorral muy tupido; tenía esta cueva más de unos 80 cm de profundidad; por falta de instrumentos y de tiempo no pudimos seguirla explorando. Investigaciones ulteriores seguramente aclararán más o menos fácilmente también este problema de uno de nuestros *Pteroptochidae* más interesantes y menos conocidos.

BIBLIOGRAFIA

BULLOCK, D. S. — *Aves observadas en los alrededores de Angol. Rev. Chilena de Historia Natural.* Tomo 33 1929.

HELLMAYR, C. E. — *Birds of Chile.* Chicago, 1932.

REED, C. S., y PHILIPPI, R. A.— *Nuevas contribuciones al estudio de la avifauna chilena.* Publicación Nº 12. del Jardín Zoológico Nacional de Chile, 1939.

EL ÑANDÚ OVERO O "CHEUQUE", EN CAUTIVIDAD

Por ANDRÉS G. GIAI

El ñandú overo o cheuqué de los indios pampas, *Pterocnemia pennata* (d'Orbigny), se ha adaptado en muy buena forma a la domesticidad, en una cría experimental efectuada en la Isla Victoria del Parque Nacional de Nahuel Huapí.

Antes de que el lector entre a considerar los resultados a que se ha llegado con esta especie y que se consignan más abajo, será oportuno advertirle, por si desconoce la región donde se han efectuado las experiencias, que ella no presenta en ninguna forma las aptitudes de zona geográfica y climatérica conveniente; precipitación de 1.600 mm anuales, zona de bosques con excesiva humedad en todas las estaciones menos en verano, pocos campos o parques artificiales con vegetación de pastoreo adecuada y terrenos poco aptos para la nidificación. Estas anotaciones servirán de favor para las cualidades del cheuqué, si los resultados no fueron tan halagüeños como los hemos deseado.

Haré la historia del caso, comenzando la relación en enero de 1942, fecha en que el suscrito tomó a su cargo diecisiete cheuqués de dos años, de edad. Conviene señalar que estos cheuqués (sigamos llamándolos así pues averiguaciones entre los indígenas hacen aceptar el término con propiedad) deben ser hermanos, por lo menos por parte de padre, ya que el origen es una misma nidada. Tenemos así el discutido factor consanguinidad en el comienzo.

A los dos años de edad no presentan definidos caracteres de diferenciación sexual; no hay mayor engrosamiento del cuello en los machos, ni robustez general que los diferencien; no se manifiestan en ninguno de ellos actitudes belicosas y la tropa vive generalmente reunida. La mansedumbre es notable; se criaron « guachos » y como tales se comportan, haciendo temer, como sucede generalmente, en un factor negativo para la reproducción en cautiverio.

Corren los meses de Enero, Febrero y Marzo. Hasta aquí raramente han solicitado comida; se alimentaron con pasto ovillo, trébol y otras hierbas, prefiriendo espigas y flores, y entre estas últimas, las de diente de león. Muy displiscentes para comer; picotazo va, picotazo viene, y de cada cuatro aciertan dos al objeto a que están dirigidos. Son pere-

zosos; caminan con lentitud y pocas carreras si no se los excita. Si el tiempo está caluroso, sombrean con las alas abiertas y el plumaje erizado, dando la « picana » al viento. Antes del crepúsculo eligen lugar para dormir; si la noche está templada, a cielo abierto; si fría o tormentosa, al amparo de algún árbol, junto al tronco, de manera que éste los proteja del viento. Son buenos madrugadores; festejan, a la vez que predicen un buen día, con algunas cabriolas y unas pequeñas carreras, tendiendo las alas a ras del suelo.

A la entrada del invierno, el estado general es bueno; están casi gordos. Se notan pocas anormalidades; hay crecimiento excesivo de uñas, particularmente la del dedo medio y la del pico, en algunos individuos; posiblemente una deficiencia cálcica. Con una buena tijera se los arregla para que puedan caminar y comer sin dificultad.

Gustan de bañarse en cenizas que dejaron las combustiones de troncos y ramas, siempre que estén secas; echados, ya sobre un costado u otro, toman el polvo con el pico y por derecha e izquierda lo proyectan sobre el lomo, que dejan descubierto bajando las alas. Una media hora de baño sin revolcarse; luego se sientan sobre las tibias, sacudiéndose; por fin se paran, terminan de sacudirse y van en busca de alimento.

Con Abril han llegado los fríos; llueve casi todos los días, y las noches son crudas. No hay más pastos; lo poco que quedaba después de la siega, lo ramonearon los ciervos; así que tenemos a los diecisiete cheuqués rondando la casa. Se les da pan remojado; lo prefieren al maíz y trigo, crudo o hervido, al afrecho y a la carne. Comen de 10 a 12 kilogramos diarios y se satisfacen; también encuentran algo por el suelo y lo aprovechan. No tienen las extravagancias de sus parientes los ñandúes; desprecian los manjares excesivamente sólidos, como ser clavos, recortes de hierro, alhajas, maderas u otras chucherías, apetecidas por aquéllos, y que tanto dan que hablar de su voracidad y de su estómago.

Mayo trae nieve, pero esto no parece molestarlos. Más los afecta la lluvia, que los cala con facilidad. Cuando nieva, suelen andar vagando; cuando llueve buscan refugio y permanecen echados, con el cuello recogido en forma de S sobre el cuerpo. Se muere uno; una investigación revela que es hembra y que el cuerpo está invadido por filarias.

Junio y Julio. A pesar de la buena alimentación enflaquecen visiblemente. No hay ni hubo, posteriormente, señales de reumatismo articular deformante, como en algunos faisanes y en los flamencos.

En Agosto tuvimos novedades. Un individuo comenzó a « bramar », al decir de los paisanos; es el zumbido característico de los machos, en la época del celo. Con ello estábamos en la certeza de que anidarían para la primavera, o por lo menos que se hallaban en condiciones fisiológicas para hacerlo. De ahí la primera comprobación: *que el cheuqué, al tercer año de vida, recién es adulto perfecto.*

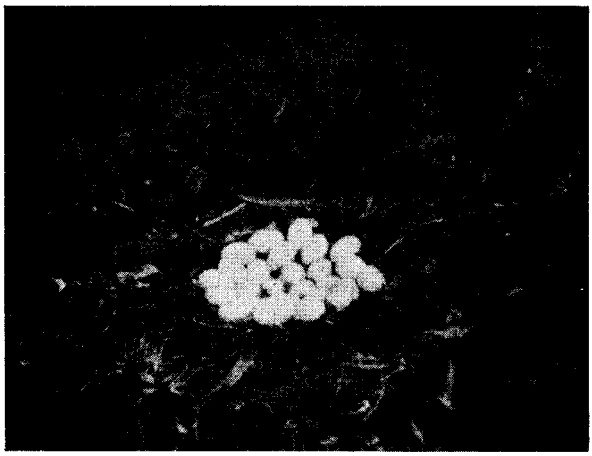
Señalemos lo observado a fines de Agosto. De dieciséis ejemplares cinco son machos; engrosamiento del cuello en todos ellos, especialmente hacia la mitad inferior; oscurecimiento del plumaje en esa región. Dos machos mayores en tamaño que las hembras, pero sin exageración; dos iguales al término medio de éstas y uno más pequeño. Uno de los machos medianos se torna belicoso con las personas. Dedico a continuación un párrafo a las manifestaciones de su enojo.

Un macho con su prole. — Foto Andrés G. Giai.

Su aspecto es curioso, casi grotesco, en sus momentos de ira. Con las alas hacia atrás, en forma de pollera, erizado el plumaje y el cuello como inflado hasta casi el doble del tamaño normal, avanza muy tieso, a paso marcial, golpeando el suelo con las patas y emitiendo resoplidos como los patos criollos. Si se lo deja aproximar, ataca a picotazos, y acertando uno, se empecina en no largar, tratando de apoyar el pecho; si lo logra, comienza el ataque con las patas, hacia adelante, « estribando » fuertemente para herir con las uñas. Tomándolo por la garganta y manteniéndolo alejado, se lo anula; tiene tan poca fuerza en el cuello, que un niño lo sujetaría con facilidad. Largándolo vuelve al ataque y se hace necesario el rigor para ahuyentarlo. Conviene saber que no son agradables sus picotazos; lastiman, y más si toman la piel al sesgo; con las uñas pueden producir heridas de consideración y hasta matar otros animales, como se verá más adelante.

Cabe aquí señalar un episodio que dice de la poca inteligencia de la especie. El macho a que me refería, me atacó cierta tarde. En el lugar se encontraba un alambre para tender ropa, con varios broches *ad hoc*; se me ocurrió hacerle picar uno de esos broches, para que me dejara tranquilo. Se enfureció con el adminículo y lo zamarreaba, haciéndolo correr de una punta a otra del alambre. Por una de tantas casualidades,

se desprendió el broche y quedó adherido a su maxilar superior. Estirando cuanto más podía el cuello hacia arriba y resoplando cada vez con más furia, se trabó en singular batalla con un enemigo imaginario; es indudable que el broche representaba para él la cabeza y el pico del contendiente. Así anduvo, furioso, más de dos horas, yendo y viniendo, con mil contorsiones y balanceos, cual si estuviera empeñado en lucha con un enemigo real que le respondía. Al fin hubo que agarrarlo para librarlo del objeto que despertó en él tanta belicosidad.



Una nidada de cinco hembras. — Foto ALBERTO ANZIANO.

A principios de Setiembre se encontraron varios huevos por el campo; los primeros « guachos ». He aquí una segunda comprobación: *los huevos puestos fuera del nido son, generalmente, anteriores a la reunión de los machos con las hembras y por consiguiente infértiles.* Para esa fecha se aumentó la alimentación, y, como ya brotaban las hierbas, mejoraban rápidamente de estado físico. Comenzaron los preliminares del celo, en una forma más vale silenciosa, automática. Los cheuqués se dividieron en cuatro grupos, que pastaban alejados unos de otros. Un macho con cinco hembras, el belicoso con dos, otro con tres y finalmente el pequeño con una. Un macho mediano quedó aislado, tal vez por debilidad; fué el que presentaba mayor crecimiento anormal de las uñas. Parece, sin que esto tenga certeza, que son las hembras las que eligen y siguen un macho determinado; éste se limita a limpiar la jurisdicción de intrusos. Existe la fuerza de la razón en ellos, pues si otro macho se aventura en campo ajeno, aunque tenga más potencia y habilidad en la pelea siempre es desalojado por el verdadero poseedor, tal como sucede con la avutarda cabeza gris (*C. poliocephala*). A la inversa, la razón de la

fuerza se manifiesta por la circunstancia de que los más fuertes conservan para los suyos los mejores lugares de pastoreo.

La expresión del bramido no parece relacionarse con ninguna circunstancia; lo pronuncian a cualquier hora del día, inclusive de madrugada y al oscurecer. De bien que están pastando, se quedan muy duros, con

El « cheuqué » belicoso y forma de defenderse. — Foto Fernández Seijóo.

el cuello bien estirado, perpendicular a la tierra, y con la boca cerrada, inician en tono bajo un zumbido semejante al de una sirena o al motor de una lancha, que gradualmente sube de tono; esto dura unos quince segundos; luego descansan unos tres segundos y comenzando por el tono en que terminó el primero, ejecutan otro zumbido de la misma

duración, que finaliza en tono bajo. Luego continúan pastando y de rato en rato repiten la ejecución, hasta cuatro o cinco veces.

La cópula es larga y fatigosa, a la manera de los pavos; maltratan enormemente a la hembra, golpeándola con violencia en el lomo, ya con una pata, ya con la otra, y esto suele durar hasta media hora. Hacen poco caso de importunos. Muchas veces fracasa el cubrimiento, porque al hembra, fastidiada, se retira. Nunca he observado apareamientos muy temprano por la mañana ni muy por la tarde.

Pareja de «cheuqués». — Foto ANDRÉS G. GIAI.

El nido, como el de ñandú, lo construyen en una depresión del terreno que arreglan y redondean con cuerpo, patas y pico. Esto es menester exclusivo del macho, quien coloca asimismo pastos y palitos en el fondo y alrededor. La confección puede durar varios días y la ejecutan a intervalos largos. Cuando todo está listo, al constructor comienzan a caérsele las plumas de los garrones, algunas del pecho y muchas del abdomen; son las manifestaciones de la cloquera, que duran hasta que la prole se separa definitivamente del progenitor. Ubican los nidos, sin excepción, bajo árboles altos, preferentemente bordeando el bosque, y a veces, como sucedió este año, en lo interior del bosque, entre la maraña.

Veamos algunas observaciones hechas durante el período de la postura. Esta comenzó, considerando los huevos puestos en nidos, el 10 de Setiembre. Varias veces las hembras se echaban, quedando algunos minutos en el nido, y después se levantaban sin haber materializado la es-

tancia. Por fin, como queda dicho, se resolvió un ejemplar a iniciar la postura; nos dió alegría el acontecimiento, pues estaban flojas nuestras esperanzas; habíamos recogido numerosos huevos « guachos », y esto nos hacía temer que no pondrían en los nidos. El huevo recién colocado tenía un bonito color verde cinabrio; así fueron todos. Si están expuestos al sol, palidecen rápidamente, hasta tomar un color ocre claro; si quedan a la sombra, conservan el color verdoso, que se aclara gradualmente, hasta unos diez días. La postura la inició la tropa del macho con cinco hembras, que en once días colocaron veintiséis huevos en el nido correspondiente. Al macho le pareció suficiente esa cantidad y se echó a empollar. Esto sucedía el 22 de Setiembre. Las hembras no se acercaron más al nido.

Ahora lo que sucedió en otra parte. El pequeño cheuqué con su compañera, dominaba en un cipresal de media hectárea, a la costa del lago. Allí en la arena tenía el nido, más hondo que lo acostumbrado. El 17 de Setiembre puso la hembra el primer huevo; al cabo de doce días había cinco más. Una semana quedaron a la intemperie sin que el macho se decidiera a cubrirlos. Entonces sucedió algo interesante; dos de las hembras de las que nos ocupamos en el párrafo anterior, colocaron tres huevos en ese nido ajeno. Digamos que el tiempo no ayudaba a los cheuqués en su primer tentativa de reproducción; llovía continuamente y estaba frío; tal vez sirva esto para explicarnos el abandono que hizo el macho de esa nidada. El nido estaba pasado de agua. Nunca se echó y los huevos se perdieron. En el ejemplar desaparecían los síntomas de la cloquera.

Los otros planteles, uno con dos y otro con tres hembras, iniciaron la postura simultáneamente, pero más tarde: el 4 de Octubre. Aunque resultaba imposible llevar un control exacto, por el temor de que nuestra presencia pudiera ser causa que los alejara, casi puedo asegurar que ponen día por medio. En definitiva, el belicoso se echó el 14 de Octubre con nueve huevos, bajo un ciprés solitario, a pocos metros de un caminito por donde pasan los peones a cada momento. El otro macho, con tres hembras, comenzó a incubar el 15; había nidificado en una ladera, sobre lecho de cenizas, en el lugar más alejado y oculto del parque; quince huevos fueron el producto de sus hembras. Antes de señalar el resultado de las incubaciones, diré lo que he observado sobre el comportamiento de los ejemplares en ese período.

Cuando el macho entra al nido, lo hace con mucha suavidad; pisa a la orilla de los huevos y luego se tira hacia atrás sentándose sobre los tarsos y apoyando la parte posterior del cuerpo en el borde; con precaución se echa sobre la nidada, acomodando los huevos que pueden quedar descubiertos y arrimando cuanto palito o pasto seco esté al alcance del pico; una vez todo en orden, extiende levemente las alas en forma de un cortinado que cubre los bordes del nido, achata el cuerpo

y recoge el cuello, en tal forma, que el mimetismo es perfecto. ¿Cuándo come? A ciencia cierta, no sabría cómo contestarme esta pregunta. El primero que se echó lo hacía por la mañana, durante unos quince minutos en las dos primeras semanas de incubación y hasta media hora en las subsiguientes. El que anidó en la ladera, vigilado durante quince días, discretamente, solamente abandonó el nido por veinte minutos, término medio, en cuatro oportunidades; siempre por la mañana, Pero el belicoso jamás dejó el nido en los cuarenta días de incubación. ¿Puede ser esto posible? Hagamos conjeturas. Podría haberse levantado en momentos en que no era observado, mas esto pudo haber sucedido dos o tres veces, porque no se lo perdía de vista. Cabe la posibilidad de que se alimentara de noche, desconfiando dejar el nido solo por las personas que a menudo pasaban cerca de él; si así lo hacía, era dictado del instinto de defensa, pues, por lo demás, nunca he observado un cheuqué pastar de noche. Lo que puedo asegurar es que alrededor del nido, y hasta donde alcanzaba el pico del macho, no quedaba ni una matita de pasto aprovechable. Más no pude saber.

Los he visto muchas veces dar vuelta los huevos con toda minuciosidad, haciendo correr los de atrás hacia adelante y viceversa. Cuando alguien se arrimaba, quedaban inmóviles; algunos se levantaban cuando me acercaba demasiado; otros, como el belicoso, permanecían en el nido y se defendían a picotazos sin pararse. Es voz corriente entre los paisanos de todas partes, que los ñandúes son celosos de sus nidos y que es suficiente mirarlos, para que los abandonen. En efecto, esto suele suceder, pero no siempre; en el norte de Santa Fe, me ha ocurrido encontrar los nidos deshechos y los huevos desparramados, que estuve curioseando el día anterior; otras veces he llegado a retirar huevos de los nidos, dejando uno de « muestra », y no obstante la tropa continuaba poniendo allí y llegaban a incubar. El cheuqué, por lo menos domesticado, nunca abandona el nido, aunque se le agreguen o se le quiten huevos.

Estábamos a principio de Noviembre y el macho con veintiséis huevos seguía echado en su nido, sin que se produjera ninguna novedad; como no teníamos experiencia sobre el tiempo de incubación, no desesperábamos de conseguir algún resultado. Pero llegó el 10 de Noviembre y el macho abandonó definitivamente la nidada; hice una comprobación que dió el siguiente resultado: siete huevos infértiles, trece abortados, y los seis restantes con el embrión muerto, casi en completo desarrollo. Sin duda intervinieron varios factores: primero, el mal tiempo, frío y lluvioso durante todo el período de la incubación; segundo, el paraje, demasiado frondoso; tercero, el terreno, demasiado permeable y con poca pendiente. También es dable suponer en deficiencias orgánicas; los embriones desarrollados pudieron haber muerto por carecer de la fuerza necesaria para romper el cascarón.

El 24 de Noviembre a mediodía, tuvimos una agradable sorpresa; sobre el lomo del belicoso, manteniendo perfectamente el equilibrio, vimos un pequeño cheuqué parado graciosamente; de a ratos bajaba, daba unas vueltas alrededor del nido y se metía bajo las alas del padre, asomando la cabecita por entre las plumas; más tarde aparecieron tres cabecitas más; tras de ellas la realidad de tres cuerpecitos tambaleantes que se aventuraban a algunos centímetros de la cobija paternal, para regresar a ella presurosos por cualquier movimiento inusitado. Por la tarde fuí a visitar al que se había echado con quince huevos; allí también se había conseguido algo; varias cabecitas me espiaban con curiosidad a través de las cortinas de las alas. No quise averiguar más; sabía que a los cuarenta días de incubación, horas más o menos, hacían eclosión los huevos del cheuqué.

A las 10 del siguiente día, ya estaban los machos paseando con su prole; el belicoso con cinco y el otro con nueve pichones (charitos les dicen por allá). Los primeros días van todos como pollitos, donde el macho les indica la comida, sin dejar por esto de largar picotazos aquí y allá, donde ven una mosca o algo que les llame la atención, ya sean trapos o papeles con colores vivos, que abandonan cuando el gusto les acusa que no es elemento alimenticio. Generalmente el padre va adelante; cuando se adelanta demasiado, vuelve al encuentro de la cría, la reúne y echa otra vez a andar. De tiempo en tiempo se detiene, para darle descanso, buscando sombra si el sol quema; allí se echan todos mientras el macho vigila. Adoptan diversas posiciones; unos se tumban de costado, otros se sientan sobre los garrones y algunos se echan con cuello y patas estirados en línea recta. Si hay algún peligro, el padre emite un ronquido de advertencia, que reune a sus hijos bajo su protección inmediata; si se separa para ahuyentar a algún enemigo, los charitos permanecen unidos en un solo montón, cuerpo con cuerpo, parados y visiblemente alarmados. Nunca he observado que se escondan entre los pastos, como lo hacen los charabones, cosa que realmente me ha llamado la atención; posiblemente lo harían si el macho disparara, como sucede con los silvestres. Son ambulantes con sus crías; pocas veces pernoctan en el mismo lugar, sino que lo hacen donde los toma la noche; antes que oscurezca completamente, ya está el progenitor echado y los charitos andan por allí cerca, ejecutando carreritas, hasta que la oscuridad los obliga a buscar refugio bajo el cuerpo protector.

La belicosidad había disminuído notablemente en el macho aquél; parecía que consagraba la vida a los suyos y que todo lo demás le interesaba poco; cuando más, nos corría algunos metros, roncando, con las alas abiertas, y tornaba rápidamente a sus chicos. Con las personas era tolerante, no así con otros animales, que osaban molestarlo. Mal le fué a una avutarda cabeza gris que se atrevió a atacarlo, ella también por

defender el espacio donde pastaban sus polluelos; la atropelló furioso, roncando estrepitosamente y haciendo retumbar el suelo con patadas indescriptibles; cuando el pobre cauquén quiso disparar, ya era tarde; fué alcanzado por una de aquellas terribles patadas que lo mató instantáneamente; su cuerpo quedó hecho papilla por la furia del cheuqué. Con semejante defensor, la cría estaba asegurada.

No me queda más que decir que todos se criaron muy bien, tan mansos como los padres, y que desde pequeños comieron en bateas, llamando la atención la robustez general, especialmente de piernas, comparándolos con los ñandúes. Dos murieron por accidente; los mataron unos ejemplares de ciervo europeo, a manotadas, animales de muy mal instinto y enemigos de todo lo débil.

En esta primavera pasada de 1943, el resultado ha superado nuestras esperanzas. Todos los ejemplares han empollado en mayor o menor número, mas como pienso completar estas notas, dejo a los lectores con el convencimiento de que el cheuqué ya es para nosotros un ave doméstica.

NOTAS ORNITOLOGICAS (N° VII)

Por ANGEL R. ZOTTA
Encargado de las Colecciones Ornitológicas del Museo Argentino de Ciencias Naturales

Captura del « Petrel de Wilson » en la Cordillera de Los Andes

En plena cordillera andina, en Las Cuevas (Mendoza), fué capturado un ejemplar inmaduro de esta especie, el 22 de enero de 1940. También en esta oportunidad el colector ha sido el Sr. Andrés G. Giai, que en estos últimos años ha sido, en este sentido, nuestro más eficaz colaborador.

Corresponde destacar que con esta cita se anota el primer record de captura mediterránea de una especie eminentemente marina, como el ejemplar que consideramos; Las Cuevas dista del litoral atlántico, de donde proviene el espécimen, más de 1000 kilómetros.

La presencia en ese lugar del « petrel de las tormentas », como se llama más comúnmente entre nosotros al *Oceanites oceanicus oceanicus* (Kuhl) parece ser mucho más frecuente de lo que podría sospecharse, nos informa el colector que en la oportunidad que cazó este ejemplar, lo había observado como componente de una bandadita de 7 a 9 individuos, y según su experiencia y las observaciones recogidas entre la gente del lugar, este pequeño petrel suele hacer su aparición casi todos los años, cuando ocurren grandes nevadas que preceden a vientos huracanados; es, pues, un hecho bien conocido cómo los grandes temporales de vientos suelen arrastrar a las aves a enormes distancias de sus ambientes.

En el caso que comentamos podría explicarse, admitiendo que estas aves sean arrastradas por las características sudestadas que irregularmente azotan al país. Es con todo interesante notar cómo los grandes vientos suelen también arrastrar a aves tan bien dotadas para el vuelo, como este petrel, una de las especies de mayor envergadura en relación al tamaño y al peso.

Dado el escaso material que en las colecciones del Museo Argentino se tiene de este pequeño procelárido, y particularmente por presentar dicho espécimen el vientre maculado de blanco como ocurre con otras especies afines, además de la extraña localidad, me pareció oportuno someterlo a la consideración del eminente especialista en aves marinas Dr. R. Cushman Murphy, del Museo Americano de C. Naturales de

Nueva York. El distinguido ornitólogo considera que sin lugar a duda el ejemplar en cuestión debe referirse a *O. o. oceanicus*, siendo las máculas ventrales, según su valiosa experiencia, un carácter juvenil que en muchos casos puede persistir en el plumaje del adulto.

Aves pocas veces señaladas en la Argentina

Hemitriccus diops diops (Temminck). La única cita original de esta especie para la Argentina se debe a Bertoni (1), quien la señaló para el territorio de Misiones, sin especificar localidad. En el mismo territorio, en Cerro Azul, ha sido coleccionado gracias a la tesonera e inteligente colaboración del Sr. Andrés G. Giai, un ejemplar de esta especie, ingresando con él, el primer espécimen de procedencia argentina en las colecciones del Museo Argentino.

El distinguido ornitólogo brasileño Dr. M. de Oliverio Pinto, que ha examinado el ejemplar, da fe de la determinación, por lo que nos cumple dejar constancia de nuestro agradecimiento.

Muscisaxicola albilora (Lafresnaye). Este tiránido, que hace pocos años hemos incorporado al elenco ornitológico de la Argentina (2), ha sido recientemente confirmado con la captura de otro ejemplar, en una localidad insospechada.

El espécimen, que es un macho inmaduro, fué obtenido en Appeleg, Chubut (lat. S. 45° long. W. 71°), el 14 de enero de 1944, por el ayudante del Museo Argentino de Ciencias Naturales, Sr. Joaquín Názara (h.). Es interesante destacar la localidad, dada la gran distribución austral que debe por consiguiente asignarse a esta especie, amplitud que en el mismo sentido ha sido reconocida en Chile por el Dr. R. Philippi B. (3), al citar a la misma en la provincia de Aysen (ribera del río Coyhaique y Alto Simpson), localidades que se encuentran sobre el mismo paralelo de Appeleg, a 1300 kilómetros al sur de Colchagua, límite austral antes asignado para este « dormilón de cabeza colorada ».

Arundinicola leucocephala (L.). Por atención de nuestro consocio el Sr. G. Kelsey, ha ingresado en las colecciones del Museo Argentino el primer ejemplar de procedencia argentina de esta especie. El espécimen que es un macho adulto, fué cazado en los alrededores de Posadas (Misiones) en abril de 1944.

Este tiránido es muy escaso, no sólo en la Argentina, sino también en el Paraguay y Bolivia, según las referencias de quienes lo han coleccio-

(1) Bertoni. — *An. Soc. Cient. Argentina*, LXXV, 1913, p 92.
(2) Zotta, A. R. — El Hornero, Vol. VI, 1936, p. 290.
(3) Philippi B., R. — *Rev. Chilena Hist. Nat.*, XLII, 1938, p. 9.

nado en estas latitudes. La primera cita argentina se debe a d'Orbigny (4), que obtuvo ejemplares en Corrientes, según lo confirma Hellmayr (5), y después de casi un siglo, lo vuelve a señalar Wetmore (6) en riacho Pilaga (Formosa).

Esta especie no ofrece ninguna dificultad para reconocerla; los ejemplares machos recuerdan por su silueta y dimensiones a un churrinche de color negro de humo uniforme, excepto la cabeza y un mechón de plumas en los flancos, que son blancos; la hembra es totalmente distinta: domina en el plumaje el color ceniciento, estriado de gris negruzco.

El colector, muy acertadamente, propone el nombre vernáculo de « pampita » para este tiránido, que por su rareza carece de nombre vulgar entre nosotros. Es por lo tanto oportuno recomendar a la « Comisión para uniformar los nombres vulgares de las aves » que tenga en cuenta este feliz bautismo, que muy bien conviene por lo menos al macho de la especie; pues con el nombre de « pampa » se designa en el campo argentino a un pelo de caballo que presenta toda la cabeza blanca, como ocurre con el vacuno de la raza Hereford.

Sporophila bouvreuil pileata (Sclater). Este pequeño fringílido, muy raro en nuestra fauna, pertenece al grupo de los pájaros cantores llamados entre nosotros « corbatita ». Se reconoce a los machos de esta especie por tener la corona de la cabeza, a modo de boina, de color negro, muy diferenciado del resto del plumaje que es de un pardo grisáceo; en cuanto a la hembra, es muy difícil reconocerla, por la gran similitud que guarda con los ejemplares del mismo sexo de las especies afines.

En una sola ocasión ha sido citada esta especie para la Argentina, y se debe al destacado ornitólogo Dr. R. Dabbene (7), que fundó la cita en base a las referencias que le suministrara el Sr. Shipton, sobre un ejemplar obtenido en Bonpland (Misiones).

También en Misiones, en la localidad de Puerto España, el Sr. G. Kelsey ha obtenido otro ejemplar de esta especie en diciembre de 1944.

El espécimen ha ingresado a las colecciones del Museo Argentino, gentilmente obsequiado por su colector.

(4) D'Orbidny. — *Voy. Amer. merid.*, Ois. 1834, p. 334.
(5) Hellmayr. — *Nov. Zool.*, XXXII, 1925, p. 187.
(6) Wetmore. — *Bull. U. S. Nat. Hist.*, 133, 1926, p. 310.
(7) Dabbene, R. — *Physis*, 1, 1915, p. 533.

DESCRIPCION DE UN NUEVO EJEMPLAR DE RALIDO DE LA ISLA GEORGIA DEL SUD

POR JOSE A. PEREYRA

Porphyrula georgica sp. nov.

Sin. *Ionornis georgica* Pereyra, diario « Tribuna » (Tandil, B. A.), 24-IX-1943.

Nom. Vul. Gallineta o Polla de agua en la Georgia del Sud.

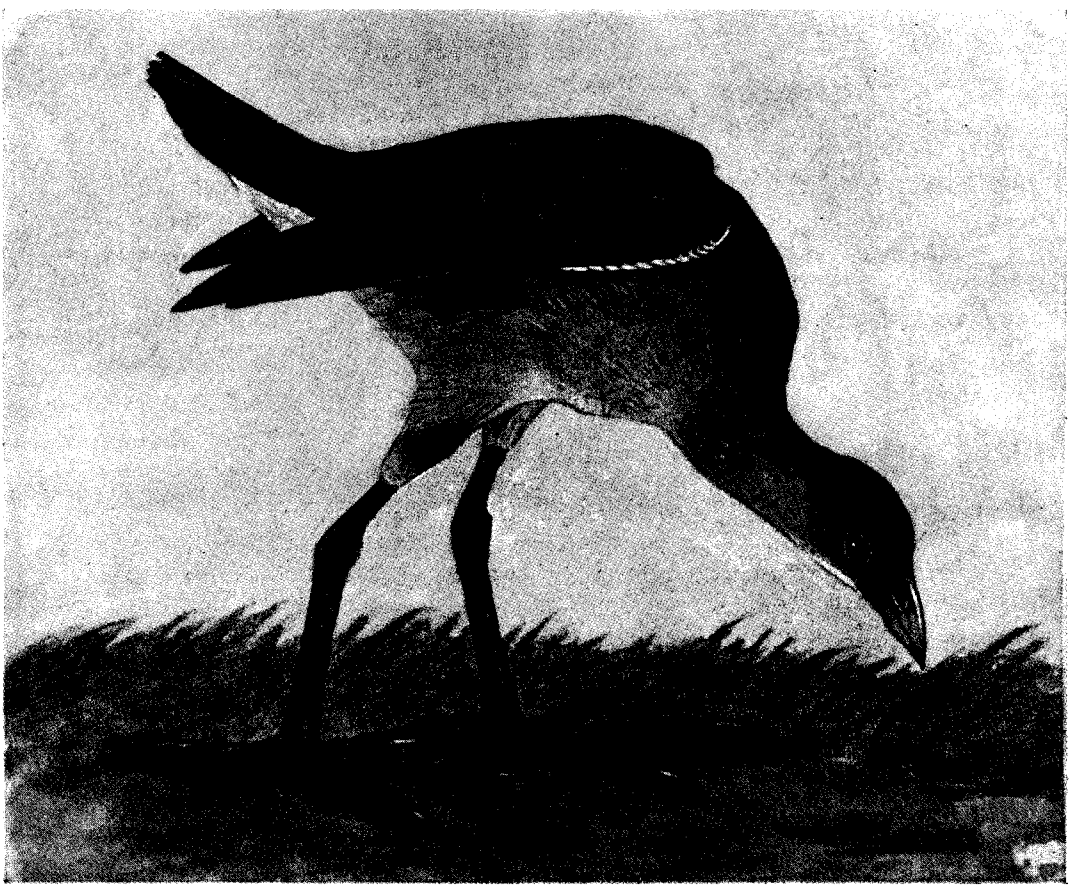
Ejemplar macho, cazado en Grytviken (Georgia del Sud), a mediados de Junio de 1943.

Descripción. — Semejante en tipo, conformación y medidas, a *Porphyrula martinica* (Linné), vulgarmente llamada Pollona azul o Polla de agua azul, pero difiere de ésta por su coloración y proporciones.

Coloración. — Cabeza, arriba parda, con sus costados pardo acanelado claro; el cuello, dorso y cobijas alares, pardo tornasolado verdoso oliváceo; dorso inferior, supracaudales y cola, pardo con reflejos verdosos, más oscuros en las barbas internas de las plumas, que le da un tono más oscuro que a lo demás del dorso; las alas son largas y agudas como de buena voladora, teniendo la segunda y tercera remige primaria más largas, siendo éstas como las secundarias, pardas oscuras en las barbas internas y celestes verdosas pálidas en las externas; escapulares y tectrices superiores' celestes; tectrices inferiores, de un pardo acanelado verdoso, estriadas levemente y transversalmente de pardo oscuro. Las remiges por debajo son blanquecinas como plateadas y sedosas y en la región axilar variadas de blanco, celeste y pardo, como jaspeado. Por debajo del cuerpo tiene la garganta blanquecina, los costados de ésta ligeramente acanelados como lo es igualmente el pecho, los flancos y las plumas de las tibias; el vientre casi blanco y las subcaudales blanco puro, con las plumas más centrales de un largo que llega casi al tamaño de las rectrices centrales.

La cola es redondeada con las rectrices centrales más largas; y el iris es pardo rojizo.

La conformación del pico, del escudl frontal, los tarsos y dedos con sus escutelaciones, son semejantes a los de la *Porphyrula martinica*. Esas partes han perdido la coloración que tuvieron en vida y actualmente



Porphyrula georgica Pereyra.

nom. vulg. gallineta o polla de agua de la Georgia del Sud.

son: la del pico amarillento verdoso en la porción apical y pardo en la basal, posiblemente haya sido esta última parte rojiza en vida; el escudo frontal es pardo oscuro casi negro, habiendo sido celeste grisáceo; los tarsos regularmente gruesos con los dedos delgados y largos, sin lóbulos plantales y con escutelaciones semejantes a los de la otra especie ya mencionada, e igualmente las uñas que son del mismo tamaño y conformación; la coloración del tarso es de un oliváceo oscuro.

Proporciones. — Tamaño general como la *Porphyrula martinica*, adulta; la longitud del ala es de 172 mm; el culmen mide 27 mm; el dedo medio que es igual al tarso mide sin la uña 61 mm; su uña es de 15 mm; el dedo externo sin la uña 50 mm., ésta es de 13 mm; el dedo interno 45 mm, su uña 13 mm, y el dedo posterior es de 27 mm, siendo su uña la más larga, pues mide 19 mm.

El escudo frontal mide de altura 16 mm y en su parte más ancha 11 mm, y la cola es de 73 mm.

Comentario. — Esta especie nueva para la ciencia lo es también para la Argentina, ya que fué obtenida en la zona Austro Oriental del territorio argentino. El Dr. Dabbene, en su « Catálogo de aves argentinas », publicado en 1910, considera como parte integrante del país, las Islas Malvinas, Isla de los Estados, Georgia Austral, Orcadas del Sud, e islas y tierras situadas al sud del Cabo de Hornos hasta el polo antártico; así como también perteneciente a la fauna ornitológica argentina, las especies que habitan todos los archipiélagos, islas y tierras situadas entre la parte sud-sudeste del continente americano y el polo antártico.

Este ejemplar fué cazado en forma original por el Sr. Fagerli, miembro del personal de la Cía. Argentina de Pesca, en Grytviken (Georgia del Sud), a mediados del mes de junio de 1943. En una noche de tormenta y viento se golpeó contra el vidrio de una ventana en una casilla que había luz, de donde fué recogida por dicha persona; traído luego en el frigorífico del barco que salió al día siguiente, llegó en perfectas condiciones, envuelto en una capa de hielo, por lo que pudo ser preparado y armado. Dicho ejemplar le fué obsequiado al Director del Museo de la Patagonia de Parques Nacionales, Sr. Enrique Amadeo Artayeta, como una cosa rara y que no conocían, quien tuvo la deferencia de enviármela para su clasificación, el día 18 de agosto del mismo año.

Al verla, inmediatamente le comuniqué que se trataba de una especie interesante como lo son todas las de esa zona; del género *Ionornis*, y que posiblemente se tratara de una especie nueva, para lo cual tendría que revisar la bibliografía por si hubiera sido señalada anteriormente por algún autor.

Al revisar ésta vi que, efectivamente, se trataba de una especie no señalada hasta la fecha, por lo que la clasifiqué como *Ionornis georgica*.

En la bibliografía consultada de las aves de esa región sólo están señaladas tres especies de Rálidos muy diferentes de la que trato, y son: la *Porphyriornis comeri* Allen, de la isla Gough. La *Gallinula nesiotis*, que pasó al género de la especie anterior y que hoy es *Porphyriornis nesiotis* (Scl.), de la Isla de Tristán da Cunha; y la *Atlantisia rogersi* Lowe, de la Isla Inaccesible, especie que carece de escudo frontal. Las dos anteriores son de alas cortas impropias para el vuelo, además de ser todas ellas de otras coloraciones.

Comparando mi ejemplar con las descripciones que hace Azara, de los jóvenes de la especie *Porphyrula martinica* (Linné), bajo los números 381-382-383, descripciones que considero muy buenas y exactas de esos jóvenes que él creía fueran especies distintas del adulto que describe bajo el número 380, y con los cuales mi ejemplar pudiera tener si se quiere una cierta semejanza, hay no solamente diferencias de coloración y de medidas, sino también muy especialmente en las del escudo frontal propia de un ejemplar adulto.

En un ciclo de conferencias dada en la Sociedad Científica Argentina, en celebración del 40° aniversario de la expedición Nordenskjold, por el participante en ella Dr. José María Sobral, hizo una serie de consideraciones de acuerdo a los estudios realizados, probando la homología geográfica y geológica de las tierras del continente antártico con las de Sud América, entrando en aquéllas las Georgias del Sud, tierra de Graham, Decepción, etc., lo cual hace suponer que en alguna época han estado unidas y con un clima bastante semejante.

Ornitológicamente también se confirma esa opinión por tres especies de aves de diferentes órdenes encontradas allí y que viven aún en una de esas islas, en la Georgia del Sud; una es de la familia Anatidae, el *Nettion georgica* (Gm.) o pato de la Georgia; otra es de la familia Motacillidae o sean las cachilas, el *Anthus antarcticus* Cabanis; y ahora este Rallidae que trato, el *Porphyrula georgica* Pereyra, todas ellas con representantes genéricos en el país.

Por ser aves que no son de grandes vuelos y por ello no podrían atravesar grandes extensiones de océano, hace suponer que el continente antártico ha estado en cierta época unido al nuestro, por donde esas aves se han trasladado y han quedado hasta hoy esas especies, algo modificadas en algunos caracteres morfológicos; como también podía ser que ese ejemplar adulto de esa isla lleve el color primitivo o ancestral de la especie y que aun lo conservan los jóvenes de la *I. martinica*, no así los adultos de esa especie, que por vivir en zonas ecológicas distintas o modificadas, han cambiado.

El congénere *Porphyrula martinica* (Linné), como la *Gallinula chloropus galeata* (Lichtenstein), son las dos especies de Rálidos más migratorios; el primero, tiene una dispersión desde el sud de los Estados Uni-

dos de América llegando lo más al sud, hasta el oeste de la Provincia de Buenos Aires; y la otra, desde el norte de la América del Sud, hasta Buenos Aires por el este y Mendoza por el oeste; de manera que ninguna de ellas han sido señaladas hasta hoy en toda nuestra Patagonia, ni en las islas y tierras situadas entre la parte sud-sudeste del continente americano y el círculo polar antártico.

Como el Museo Argentino de Ciencias Naturales careciera de ejemplares jóvenes de la *Porphyrula martinica*, con quienes poderla comparar, y habiendo sabido que en la colección Shipton existente en el Instituto Lillo de Tucumán, había ejemplares, la dirección de aquel Museo pidió a éste se los facilitara para su confrontación, a lo que accedieron gustosos remitiendo dos ejemplares.

Estos a simple vista parecen semejantes en tipo y coloración a los descriptos por Azara, que ya mencioné, pero todos ellos difieren con mi ejemplar en ciertas medidas, de ala, dedos y del escudo frontal, que éste las tiene de adulto.

Uno de ellos, que lleva fecha de captura en Tucumán, el 17 de septiembre de 1932, sus medidas son las siguientes: ala 144 mm; tarso 56 m; escudo frontal negro 11 × 8 1/2; dedo medio sin uña 61 mm, su uña 12 1/2 mm; dedo interno 44 mm, su uña 12 mm; dedo externo 49 mm, su uña 10 mm; dedo posterior 25 mm, su uña 14 mm; pico amarillento de 27 mm en el culmen y 26 de la comisura.

El otro ejemplar, también de Tucumán, del 20 de diciembre de 1909, el que en toda la parte inferior del cuerpo, desde la garganta hasta las subcaudales, es más acanelado, pues el otro ejemplar esas partes las tiene casi blanco puro; sus medidas son como sigue: ala 158 mm; tarso 55 mm; escudo frontal casi circular de 8 × 8 mm; dedo medio sin uña 56 mm, su uña 12 mm; dedo interno 41 mm, su uña 12 mm; dedo externo 43 mm, su uña 10 mm; dedo posterior 24 mm, su uña 13 mm; pico igual al anterior y los tarsos amarillentos.

Los ejemplares jóvenes de Azara, a los cuales da su autor las medidas en líneas, las que convertidas en milímetros, dos por línea, son las siguintes:

El ejemplar N° 381- tarso 44 mm, naranjado; dedo medio 55 mm; escudo frontal semicircular 6 mm de diámetro y verde como el pico que es de 30 mm.

El ejemplar N° 382- tarso 54 mm, color paja algo verdosa; dedo medio 51 mm; escudo frontal y pico como el anterior, oscuro hasta la mitad y el resto verde. Otro ejemplar que obtuvo que creyó fuera macho y que ostentaba los mismos colores del plumaje aunque algo más fuertes, medía el tarso 66 mm y el dedo medio 60 mm, todo de igual color que el anterior.

El ejemplar N° 383- tarso 64 mm; dedo medio 60 mm; pico 40 mm, verde oscuro en ápice y base, e intermedio rojizo oscuro; escudo frontal como los anteriores y verde oscuro.

Por todo ello, y aunque mi ejemplar se asemeja en coloración a los jóvenes de la especie *Porphyrula martinica*, por sus medidas y el tamaño del escudo frontal, corresponde a la de un adulto de esa especie; y el hecho de que el taxidermista Sr. Alberto F. Anziano haya podido determinar el sexo en esa época invernal en que esas glándulas están en receso, demuestra que se trata de un ejemplar adulto. No puedo creer que un ave de éstas sea capaz de atravesar una extensión tan inmensa de océano, levantando vuelo desde el norte de Buenos Aires, que es donde se encuentra esa especie, cuando otras aves más voladoras, como los chorlos, que llegan hasta el sud de nuestro territorio y pocos a las Islas Malvinas, no llegan hasta la Georgia del Sud, máxime en el mes de junio, en pleno invierno en que fué cazada, época en la cual estas gallinetas se encuentran más al norte y recién en su migración primaveral llegan hasta la Provincia de Buenos Aires.

Por lo tanto considero que es una especie propia de la región donde fué hallada.

Debo también manifestar que en esta familia de aves no hay dicromatismo sexual, no así en los jóvenes, que difieren de los adultos. Que al dar la noticia en el diario « Tribuna », del Tandil (Buenos Aires), hice una somera descripción de esta interesante especie; y que la lámina en color que acompaña este trabajo, ha sido ejecutada por el Sr. Juan P. Larraburu, de acuerdo al ejemplo preparado, cuyo original conservo en mi poder.

CUADRO SINÓPTICO DE LAS DIMENSIONES DE LOS EJEMPLARES JÓVENES Y ADULTOS DE LAS DOS ESPECIES DE IONORNIS

I. martinica, adulta ej. col. Pereyra.	ala 172 - pico amarillo verdoso hacia el ápice y rojo en la base, culmen 27 - tarso amarillo oliváceo, mide igual al dedo medio sin la uña, 59 - dedo medio, que es más largo, mide 59, su uña 15 - dedo externo 51, su uña 10 - dedo interno 45, su uña 14 - dedo posterior 28, su uña, que es la más larga, es de 18 - escudo frontal celeste grisáceo, mide 17 × 14.
I. georgica, ej. col. Museo Patagonia D. P. N. y T.	- ala 172 - pico amarillo verdoso hacia el ápice y rojo en la base, - su culmen 27 - tarso de un oliváceo oscuro, mide 61 - dedo medio - igual al tarso sin la uña 61, su uña 15 - dedo externo 50, su uña es de 13 - dedo interno 45, su uña 13 - dedo posterior 27, su uña que es la más larga de 19 - escudo frontal celeste grisáceo o plomo, mide 16 × 11.
I. martinica de Azara, ej. ad. N° 380.	- Tarso 60, verde amarillo - dedo medio 52 - pico 26, rojo en dos - tercios de la raíz y verde claro en lo demás - escudo fronta semicircular de 12 × 14 y de color azul.

I. martinica de Azara, joven N° 381. - tarso 44, naranjado - dedo medio 55 - pico verde de 30 - escudo frontal semicircular, verde, de 6 de diámetro.

I. martinica de Azara, joven N° 382. - tarso 54, color paja algo verdoso - dedo medio 51 - escudo frontal y pico como el anterior oscuro hasta la mitad y el resto verde. Otro ejemplar que creía fuera macho y que ostentaba colores del plumaje algo más fuertes que los anteriores, medía el tarso 66 y el dedo medio 60, todo de igual color que el anterior.

I. martinica de Azara, joven N° 383. - tarso 64 - dedo medio 60 - pico verde oscuro en ápice y base, e intermedio rojizo oscuro, de 40 - escudo frontal como los anteriores y verde oscuro.

I. martinica del Inst. Lillo, 17-IX-1932. - ala 144 - pico amarillento de 27 - tarso 56 - dedo medio 61, uña 12 1/2 - dedo externo 49, su uña 10 - dedo interno 44, su uña 12; dedo posterior 35, su uña 14 - escudo frontal negro de 11 × 8 1/2.

I. martinica del Inst. Lillo, 20 XII-1909 - ala 158 - pico amarillento de 27 - tarso amarillento de 55 - dedo medio 56, su uña 12 - dedo externo 43, su uña 10 - dedo interno 41, su uña 12 - dedo posterior 24, su uña 13 - escudo frontal circular de 8 × 8 y del color del anterior.

Nota. — Todas estas medidas son en milímetros.

Advertencia de la Comisión Directiva de la S. O. P.

Cuando se tuvo noticia de la obtención en la isla Georgia del Sur de la gallineta que posee el Museo de la Patagonia, y posteriormente cuando fué descripta en el diario « Tribuna » de Tandil, por el Dr. José A. Pereyra, como una especie nueva, varios consocios hicieron llegar a la Comisión Directiva de la Sociedad Ornitológica del Plata, sus dudas acerca de la autenticidad de esa novedad. Se tenía en cuenta, por una parte, que la fauna de esa isla había sido prolijamente estudiada por las expediciones norteamericanas, inglesas, belgas, dinamarquesas, suecas y aún de nuestro país, sin que nadie haya hallado allí un ave semejante (1); *por otra parte, la descripción publicada, como también el examen del ejemplar, coincidían bastante bien con los jóvenes de* Porphyrula martinica.

Por intermedio del Museo Argentino de Ciencias Naturales se solicitó al Museo Lillo de Tucumán los ejemplares de P. martinica *jóvenes que tuviera, por cuanto en la primera de estas instituciones, no obstante poseer,*

(1) MATTHEWS, L. H. — *Discovery Reports.* Vol. I, pp. 561-563, 1929. Cambridge.

en su importante colección, varios ejemplares de la especie, no tenía expecímenes con sus primeras fases de coloración.

La prestigiosa entidad tucumana remitió dos ejemplares, que comparados con el tipo de la P. georgica, *en una sesión especial celebrada con ese objeto, en la que participó la mayoría de los miembros de la C. D. de la S. O. P. y el encargado de las Colecciones Ornitológicas del Museo Argentino, disiparon las pequeñas dudas que aún existían acerca de la identidad de esta última, apareciendo claramente, por sus medidas y coloración, que* P. georgica *no era más que un joven* P. martinica, *obtenido accidentalmente en Georgia del Sur.*

La presencia de esa especie en aquellas latitudes (54° *lat. S y* 35° 50′ *long. W.), si bien excepcional, no parece tan extrema si se tiene en cuenta que esa misma especie ha sido obtenida cuatro veces en las Islas Tristan da Cunha* (37° 5′ *lat. S. y* 12° 17′ *long. W.), mucho más alejada del continente, como lo documenta la literatura ornitológica* (1).

Todos estos antecedentes, como también el material utilizado en esas observaciones, fueron puestos a la disposición del Dr. Pereyra, que en la publicación original había prometido una descripción más amplia de la especie en nuestra Revista, para que, si lo juzgara oportuno, en lugar de aquella descripción, hiciera una rectificación de sus conclusiones, a la luz de estas comprobaciones.

El Dr. Pereyra, fundado en pequeñas diferencias — que a nuestro juicio están dentro de los límites de la variabilidad individual — que presenta P. georgica *y los jóvenes de* P. martinica *examinados, ha preferido insistir en su primera opinión, esto es, considerar a* I. georgica *como una nueva y buena especie. En consecuencia la Comisión Directiva de la Sociedad Ornitológica del Plata ha creído necesario hacer esta* Advertencia, *con el conocimiento y aprobación del Dr. Pereyra, teniendo en cuenta la responsabilidad que en el error pudiera alcanzarle, toda vez que si bien los autores se responsabilizan con su firma de sus escritos, aquélla alcanza también a la publicación que los acoge.*

(1) Cf. A. R. Zotta. — *Los viajes de la Gallineta azul Porphyrula martinica* (L.) *a la isla Tristán da Cunha.* El Hornero, N° 3, Vol. 8, pp. 512, 513.

NOTA SOBRE EL INMATURO DEL VENCEJO DE COLLAR BLANCO, *STREPTOPROCNE ZONARIS ZONARIS* (SHAW)

Por MARIA JUANA I. PERGOLANI

Un lindo ejemplar hembra inmaturo que atribuyo a la especie *Streptoprocne zonaris zonaris* (Shaw), ha sido cazado en Río Tercero, Córdoba (col. Pedro Cristina, 29 de Enero, 1943), no existiendo otro similar en nuestras colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales.

Los jóvenes e inmaturos del género *Streptoprocne* difieren notablemente de los adultos: mientras los adultos son uniformemente negros (excepto el collar blanco), los jóvenes tienen parte de las plumas ribeteadas con blanco y no muestran bien delimitado el collar.

Ridgway (1) da la descripción de joven e inmaturo de *Streptoprocne zonaris mexicana* Ridg., que resulta parecido a nuestro ejemplar. Este tiene las siguientes características, muy bien representadas en la lámina dibujada por el Sr. Magno:

Todas las plumas, excepto las de la espalda, algunas de las cubiertas menores del ala y de los flancos tienen el ápice blanco, siendo en algunas el ribete más ancho que en otras.

Todas las plumas de la cabeza, barba y garganta, tienen el borde blanco bien notable. La frente casi blanca; desde los lados del pico hasta la región preocular (5 mm antes del ojo), más blanco (las bases de las plumas casi no se ven). Presenta una ceja blanca, angosta, pero notable.

El collar blanco, entero y angosto en la parte posterior del cuello; en los lados y anteriormente, moteado de oscuro porque la parte central de las plumas tiene un triángulo negruzco. En la línea media anterior del cuello, el borde de la zona más blanca, que será el futuro collar, dibuja una punta hacia la garganta.

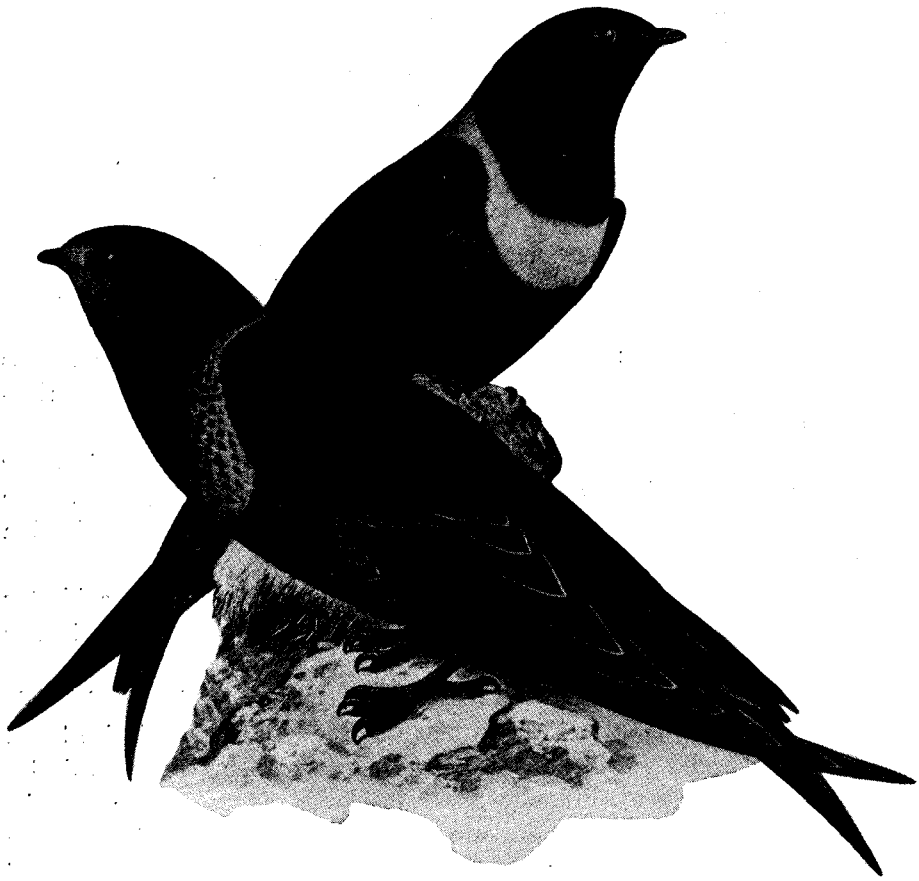
Las plumas de la región inferior, incluyendo tapadas caudales, están terminadas con un borde blanco; desde la mitad de la espalda hasta las cubiertas superiores de la cola, cada pluma con un pequeño punto blanco en el ápice, más grande en las cubiertas caudales.

(1) Ridgway, *Bull. U. S. N. M.*, 50, part. V, 1911, p. 700.

Primarias negras con el ápice blanco. Secundarias y cubiertas, lindamente ribeteadas con blanco. Cola negra, ribeteada suavemente con blanquecino; los raquis sobresalen en el ápice.

Coloración de fondo: Abajo castaño muy oscuro, arriba, más oscuro, prácticamente negro con lustre verdoso metálico. Cabeza más clara que el resto.

Medidas: Longitud total: 227 mm; ala: 212; culmen: 9 mm.



Streptoprocne zonaris zonaris (Shaw) (vencejo de collar blanco). En primer plano, una ♀ inmatura; detrás, un ♂ adulto. Dibuj. S. MAGNO.

Este ejemplar tiene casi las mismas medidas que los ejemplares más grandes de nuestra colección, debiendo hacer notar que la talla de los adultos de esta misma colección, varía entre 204 y 229 mm, y el ala entre 168 y 213.

Durante mi reciente viaje a Tucumán, he visto las colecciones del Instituto Miguel Lillo, hallando tres ejemplares jóvenes de este vencejo,

muy semejantes al que acabo de describir pero de menor talla; una ♀, nº 808, Tucumán, 28-II-1908, col. Dinelli a 450 m; medidas: l. t., 186; ala, 191,5; pico, 10 mm (el rótulo trae las siguientes medidas: l. t., 200; ala, 190; cola, 180 mm). Un ♂, nº 810, Tucumán, 16-II-1900, col. Dinelli a 450 m; l. t., 196; ala, 203; pico, 11 mm; con el fondo más negro y con más lustre metálico que el anterior y también más notables las puntitas blancas de las plumas de casi todo el cuerpo. Otro ♂, nº 811, Tucumán, 1-IV-1900, col. Dinelli a 450 m; l. t., 194; ala, 211; pico, 10 mm. Se observa mucha variación en las medidas, tanto en los jóvenes como en los adultos.

Streptoprocne zonaris zonaris (Shaw), está señalada para Brasil (Río de Janeiro, San Pablo, Río Grande do Sul), Bolivia y, dentro de nuestro territorio: Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y Mendoza. Tenemos ahora este ejemplar colectado en Córdoba. Debo decir que también en Córdoba nuestro consocio, el Sr. Salvador Magno, dice haber visto numerosos vencejos que atribuye a esta especie.

UNA EXCURSION A LOS CAÑADONES DE LA ESTANCIA CARI-LAUQUEN EN SANTO DOMINGO (1)

Por HECTOR S. GAVIO

Entre los días 16 y 20 de diciembre de 1942, realizamos, en compañía del Sr. Angel R. Zotta, una excursión a los cañadones de la estancia Cari-Lauquen, que nuestros consocios, señores Pueyrredón, poseen a 8 leguas de la estación Santo Domingo, F. C. S., partido de General Lavalle, provincia de Buenos Aires, comisionados por el Museo Argentino de Ciencias Naturales, que había recibido una invitación de los propietarios, por mediación del Sr. G. Barreto, que también participó en el viaje. Llegamos a la estancia el mismo día 16 por la tarde, y casi de inmediato comenzamos nuestra tarea.

Acrecentaba el interés de nuestra exploración el hecho de que pocos meses antes, en ese mismo lugar, el Sr. Barreto había obtenido un chorlo migratorio (*Limnodronus griseus scolopaceus*), que resultó nuevo para nuestra fauna, como lo ha establecido el Sr. A. R. Zotta en una nota publicada en el N° 2, vol. VIII, p. 171 de El Hornero, y existía la posibilidad de obtener nuevos ejemplares de esa especie para las colecciones de nuestro Museo.

El establecimiento Cari-Lauquen (que significa « agua verde » en araucano) tiene una extensión de 12.500 hectáreas, buena parte de la cual está cubierta por las aguas, que forman grandes lagunas, y las tierras emergidas forman praderas herbosas donde engordan millares de cabezas de ganado.

Las lagunas, aparte de proporcionar buenas aguadas para la hacienda, son objeto de una provechosa explotación — me refiero a la nutria, que allí vive y proporciona excelentes cueros, altamente cotizados en el mercado por su buen pelaje.

El establecimiento puede considerarse como un inmenso criadero, donde estos roedores viven en una libertad vigilada.

Muy interesante resulta la organización de esta industria, por lo racional de su explotación cuanto por el volumen de las operaciones: unos 4.000 cueros por año.

(1) Conferencia dictada en la S. O. P. el 23 de septiembre de 1943.

La caza se hace en ciertos meses del año y en determinados cañadones, reservando otros para cría.

Esta operación se hace por medio de trampas, disimuladas en el juncal, que se cierran al paso de animales adultos, pudiendo pasar sobre ellas, impunemente, los jóvenes, que como es sabido, tienen poco valor comercial.

Los hábitos de estos animales son bien conocidos por la gente del lugar, que conocen los sitios que frecuentan por las hozaduras que se observan en el terreno, y por la presencia de sus excrementos, que tienen un notable parecido a los maníes, en cuanto a forma y coloración.

Ubicada la posición de estos lugares, se colocan las trampas, y como el animal vuelve a ellos, infaliblemente lo capturan.

La mayor tarea de esta explotación la ocasiona la vigilancia de las lagunas, donde los cazadores furtivos, llamados en el pago « nutrieros », hacen grandes estragos, pues se introducen en los cañadones clandestinamente, y cazan, con elementos rudimentarios, nutrias grandes y pequeñas, así como hembras en época de cría, obteniendo cueros de mala calidad que malvenden en los boliches.

Este trabajo de policía lo cumple el numeroso personal de la estancia, distribuído en puestos ubicados en diversos lugares del campo, recibiendo por este servicio una participación en las utilidades que representa varios cientos de pesos, que en algunos casos pasan de mil..., bonificación que, unida a su sueldo, la casa y la carne que diariamente se les proporciona, constituye una remuneración excepcional dentro del cuadro general que presenta nuestro esquilmado hombre de campo.

Este bienestar de los servidores se trasunta en el respeto por los superiores y visitantes del establecimiento, por sus ropas de trabajo decentes, el orden de sus viviendas, en las que no falta la radio y luz eléctrica, proporcionada por el ya clásico molinete de viento. Todas estas cosas nos impresionaron muy agradablemente.

La excursión se realizó, como dije, entre los días 16 y 20 de diciembre, de modo que dispusimos de tres días útiles. Con ser tan breve, los resultados están a la vista: obtuvimos 30 ejemplares para las colecciones del Museo, de las siguientes especies: *Totanus flavipes, Pisobia melanotos, Himantopus h. melanurus, Nycticorax nycticorax, Pisobia maculata, Pisobia bairdii, Steganopus tricolor, Totanus melanoleucus, Ajaia ajaja, Euxenura maguari, Plegadis guarauna, Coscoroba coscoroba, Pluvialis dominicus, Larus maculipennis, Chauna torcuata, Casmerodius albus egretta, Fulica* sp. *Pseudoleites virescens*

La mayor parte corresponden a ejemplares jóvenes, de los que por lo general carecen los museos por ser más difíciles de obtener que los adultos, ya que para ello, como en este caso, es necesario hacer viajes

distantes, en la época de cría; en cambio los adultos se cazan en todas las épocas y más o menos en todas partes.

La comisión pudo asimismo hacer observaciones biológicas en el terreno, lo que, aparte de las enseñanzas, permitió también obtener numerosas fotografías de ambiente, algunas de las cuales ilustran este trabajo.

Contamos para el éxito con un valor inapreciable como es la experiencia del Sr. Barreto, que si sabe pocos nombres latinos, reconoce a la distancia y al vuelo, y aun por la « forma de encarar el peligro », toda esa fauna, sus características y otros datos que envidiaría más de un naturalista de gabinete.

Coche utilizado en la excursión al Monte Los Patrios.

Otro colaborador no menos importante fué nuestro consocio señor Miguel Comaleras, mayordomo de la estancia, que nos dedicó un día entero, llevándonos en su coche hasta la laguna de Macedo, en la que pudimos observar varias colonias de aves en cría — excursión memorable de la que me ocuparé más adelante. — Cuando no le fué posible acompañarnos, nos facilitó un cómodo coche y un cochero, a todo lo cual se agregan las numerosas atenciones que como dueño de casa tuvo para nosotros, por lo que me complazco, aquí, en recordarlo y agradecérselo efusivamente.

El día 16 a la tarde, después de un viaje de 8 leguas desde Santo Domingo, llegamos a la estancia, cuyo edificio principal lo constituye una casa cuadrada como una fortaleza, y en su interior existe un patio, en medio del cual un útil y decorativo aljibe.

Es bueno saber que el agua subterránea de la zona es salada e inapta para la alimentación; por esto se utiliza para ese fin el agua de las lluvias; para la higiene y otros usos, se emplea el agua freática, esto es, de pozo, que es muy salada. En todos los puestos, enormes barriles guardan este buen don del cielo, que al tiempo de almacenado toma una coloración verdosa por los miles de euglenas y otros microorganismos que en ella prosperan, no obstante lo cual no queda otro remedio que usarla.

Frente a la casa, que tiene una hermosa galería, se extiende el parque, de varias hectáreas, con grandes acacias, añosos cipreses y otras esencias. Nada falta en ella, ni la moderna pileta de natación, y como está edificada sobre una loma, se domina una gran extensión del campo.

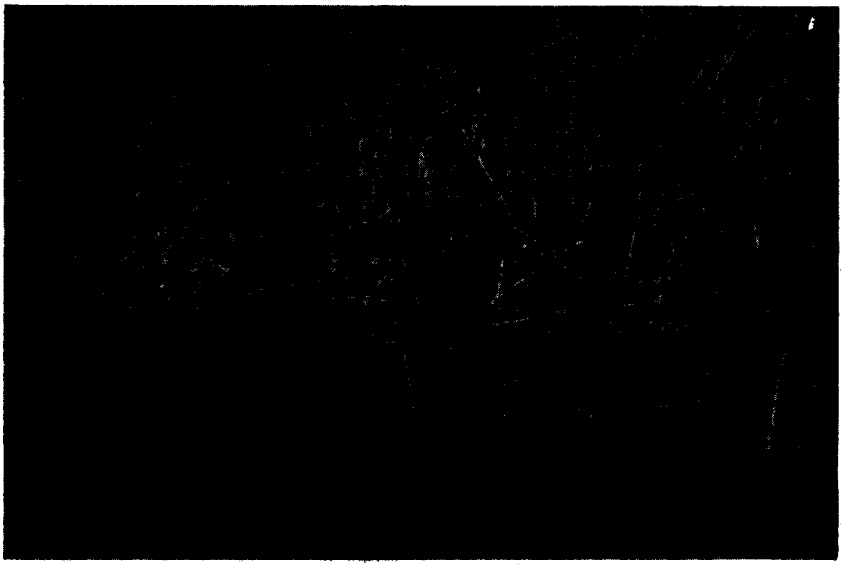
Canoa tirada por caballo, cruzando el cañadón para ir a la colonia de espátulas y garzas.

Esa misma tarde del miércoles 16 hicimos una breve entrada al *monte Pelusa*, obteniendo una media docena de ejemplares, lo que dió al Sr. Zotta oportunidad de trabajar en salvar las pieles, hasta bastante pasada la media noche.

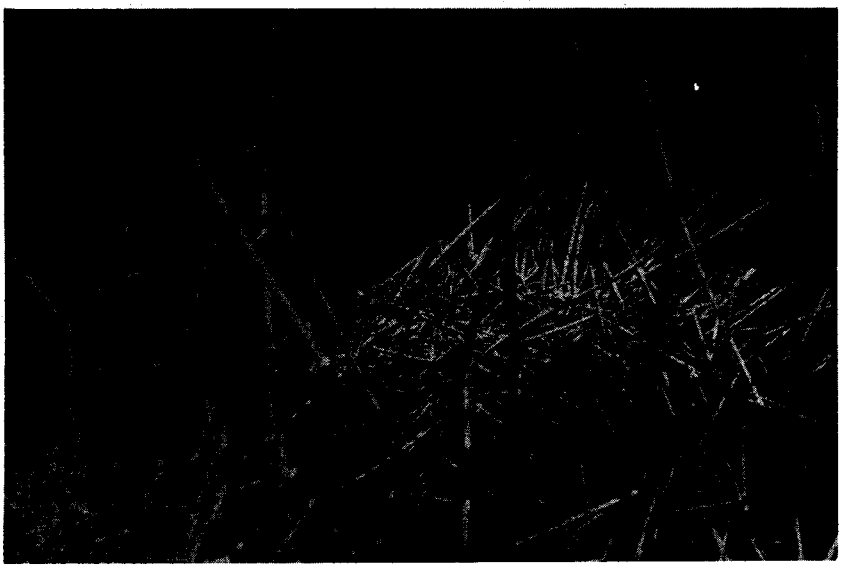
Al día siguiente el Sr. Comaleras nos llevó a la *laguna de Macedo*, situada en la parte más distante de ese gran establecimiento.

Hicimos el viaje en auto hasta donde lo permitió el camino; a partir de ahí lo continuamos en una curiosa combinación, al menos para nosotros, de viaje en bote, a la cincha de un caballo, que navegaba para cruzar pequeñas cañadas, y era arrastrado por tierra, con todo el equipaje a bordo, en los lugares altos, en tanto los pasajeros hacían estas travesías a pie. Así llegamos al puesto de Luis, es decir a la casa del hombre que dirigía esta marcha anfibia.

Antes del almuerzo visitamos una colonia de cuervos (*Plegadis guarauna*), que se habían instalado en un juncal próximo a la casa. Faltan



Aspecto del juncal donde se estableció la colonia de cuervos.

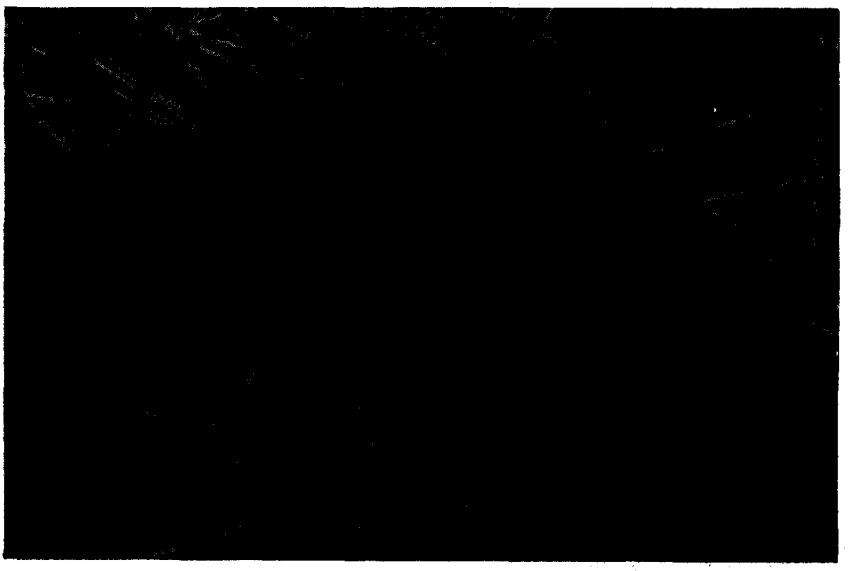


Nido de cuervo, cuyos pichones, ya plumados, lo abandonaron al acercarnos a la colonia.

las palabras para describir todo aquello. Cubriendo una superficie de 50 a 60 hectáreas, hallábanse los nidos de esa especie, cuyos pichones,

ya emplumecidos, abandonaban los nidos, ensayando su primer vuelo. Otros, más pequeños, apoyándose en el denso juncal, desaparecían despavoridos ante nuestra inopinada aparición.

Piénsese que se trataba de cientos, de miles de nidos con 2 ó 3 pichones cada uno, que casi a la vez trataban de huir en la forma descripta, en tanto los padres volaban sobre nuestras cabezas.



Nido de gaviota con pichón y un huevo hallado en la colonia de cuervos.

Unos pocos nidos de gaviota (*Larus maculipennis*) había, mezclados con los de cuervos, con 2 pichones; otros con huevos y pichón recién nacido, que piaban asustados, uniendo sus voces a la confusión de los cuervos en fuga.

El cuervo hace su nido de junco, a distinta altura: unos a flor de agua, otros a 0,50 m. Es un animal liviano, o por lo menos se debe mover muy poco, porque el junco conserva su forma cilíndrica; no aparece molido y deshilachado como ocurre con los de gallareta al término de la incubación, que también utiliza los mismos materiales.

Había en la colonia numerosos pichones muertos, de distintas edades. Como no había caído granizo en los últimos tiempos, suponemos que el hambre había sido la causa, por abandono o muerte de los padres, tal vez víctimas de algún cazador dañino que los habría sacrificado por el gusto de matar, por cuanto esta especie no se acostumbra a comer en nuestra campaña, gozando su carne de poca o ninguna aceptación.

Regresamos al puesto de Luis, y mientras se preparaba el asado, observamos varios nidos de pecho amarillo (*Pseudoleistes virescens*) construídos en un grupo de cardo castilla (*Cynara cardunculus*) a orillas del cañadón. Uno tenía 2 pichones emplumecidos con la cabeza aún desnuda. El pájaro había utilizado barro en la construcción, como ya lo ha señalado el Dr. Pereyra (1), pero en lugar de tener este material en el fondo, aquí formaba como una pastilla de 5 centímetros de diámetro y colocada en la parte anterior del mismo.

Nido de pecho amarillo, con dos pichones ya plumados, construído en un cardo (*C. cardunculus*). Habían utilizado barro en la construcción.

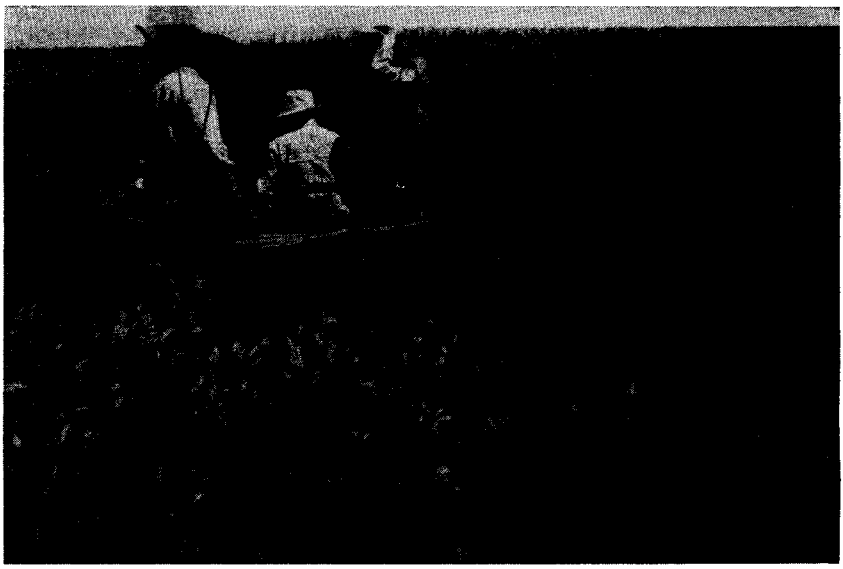
Próximo al nido que describo, que por esa particularidad se recogió para las colecciones del Museo, había otros de la misma especie, pero en cuya construcción no se había agregado ese material, esto es, barro.

En la tarde, después del almuerzo, con el mismo bote, conductor y pasajeros hicimos una visita a una colonia de espátulas (*Ajaia ajaja*) y garzas blancas (*Casmerodius albus egretta*) que anidaban en la laguna de Macedo, formando ambas especies una inmensa colonia, en la que los nidos estaban entreverados.

Antes de llegar al lugar había un juncal medio volteado por las propias aves según se nos informó. Es el trabajo preliminar para hacer sobre los juncos caídos los nidos con el material que llevan de lugares próximos. Sin motivo aparente, la colonia prefirió nidificar algunos

(1) PEREYRA, Dr. José A. — Aves ribereñas de la Provincia de Buenos Aires.

cientos de metros más adelante, a donde llegamos a bordo de nuestro vehículo anfibio, tirado por un robusto caballo, que con el agua a medio costillar avanzaba no sin dificultad por aquella maraña de juncos, removiendo las aguas hediondas.



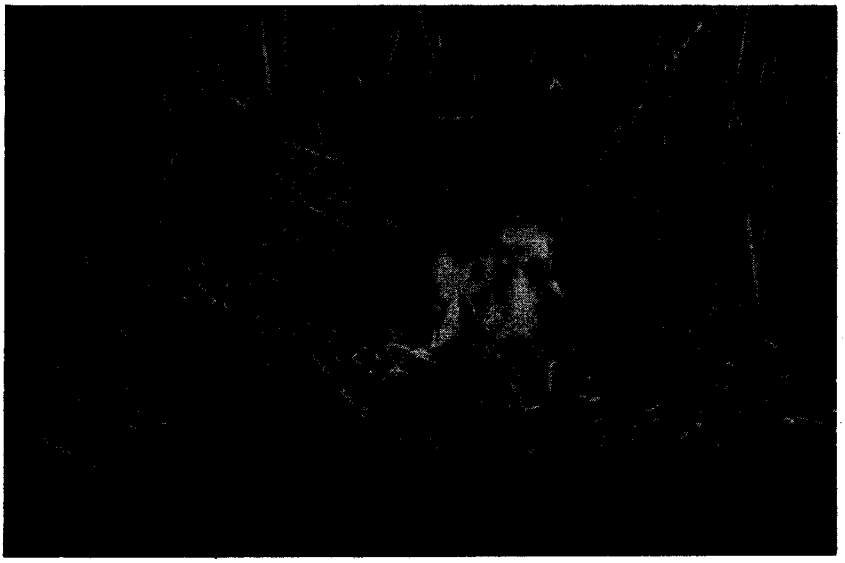
Excursionistas embarcándose para atravesar una cañada.

Es curioso observar los movimientos de estos caballos baquianos cuando marchan por los cañadones. Aunque no se puede ver a través de las aguas turbias, se adivina que levantan notablemente las patas para no enredarse con la maleza.

Poco a poco fueron apareciendo los primeros nidos. Aquí el espectáculo era más agradable que el ofrecido por los cuervos, pues los pichones, mucho más mansos, se dejaban observar y fotografiar, especialmente los de garza blanca, que apenas se inquietaban con nuestra presencia, y algunos, ya bastante emplumecidos, continuaban dormitando.

El desarrollo era variado; unos totalmente blancos, otros todavía sin plumas. La piel de las garzas jóvenes, en las zonas aptériles, es de color verde, y el pico, amarillo. En todos los nidos había 2 pichones, rara vez uno. Ningún nido tenía huevos. En los de espátula había 3 pichones — a veces, 2, nunca más de 3. — La piel de los pichones, el pico y las patas, son de color rosado, lo mismo que los canutos. Los más grandes trataban de huir, pero no en la forma ruidosa y precipitada de los cuervillos. Entre tanto, los padres volaban a baja altura sobre nuestras cabezas, oyéndose el grito áspero de las garzas y el batir de miles de alas.

Los nidos se contaban por millares, distantes 3 a 4 metros unos de los otros; la altura variaba, en general, a 0,60 m del nivel de las aguas.



Pichones de garzas, mucho más tranquilos que los cuervos y espátulas.

Nido y pichones de garzas.

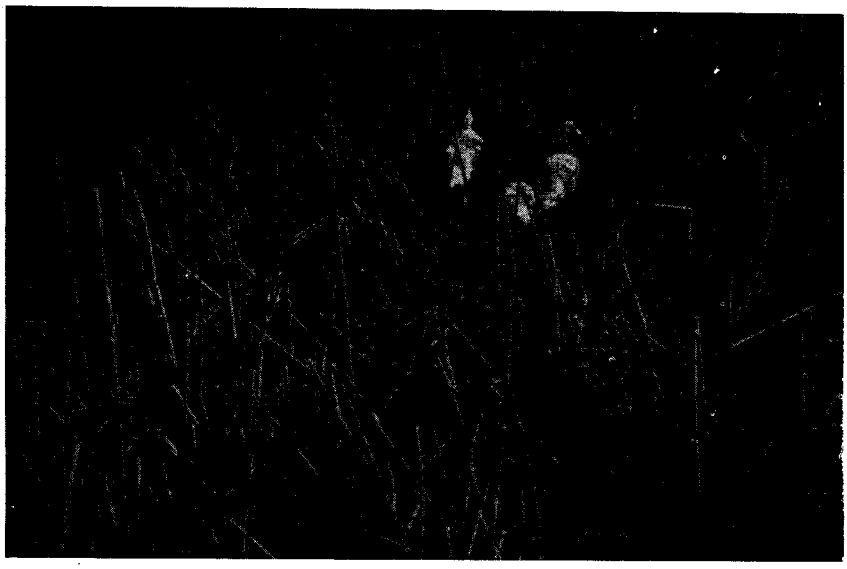
Cuando entramos al cañadón, huyó un pichón de garza bruja (*Nycticorax*) por entre los juncos, perdiéndolo de vista. Después de recorrer

Pichones de garzas.

Nido y tres pichones de espátula, que huyen al acercarnos con el bote.

unos centenares de metros, dando muchas vueltas con el bote, pues el conductor elegía los claros entre la vegetación, para facilitar la marcha

Nido de espátula con 3 pichones más jóvenes que los anteriores



Pichones de espátula disponiéndose a abandonar el nido.

del caballo, volvimos a encontrar nuevamente al pichón de bruja, todo mojado, tratando de pasar inadvertido, en un nido de garza blanca, en el que había pichones de pocos días.

Puede verse en la foto la actitud del fugitivo, que después de posar, capturamos, engrosando el número de ejemplares que habíamos ido recogiendo.

Nido de garza con un intruso pichón de garza bruja o zorro, que después de huir volvimos a hallarlo en la forma que denota la foto, agachado, tratando de no ser advertido.

Este episodio produjo en nuestro baquiano — el puestero Luis — una extraña reacción. Entre risueño y melancólico repitió: « Pobre zorro — tal es el nombre que le dan en el lugar; — cuando el destino quiere perderlo a uno, es al ñudo que dispare ».

Es extraordinaria la vitalidad de esta especie. Dos veces fué dejado por « muerto » en la bolsa, y hubo que matarlo una última y definitiva vez. A cada una de estas operaciones, nuestro baquiano volvía a su estribillo: « pobre zorro, es al ñudo con el destino... », etc., palabras que terminaban en una explosión ruidosa. Tal vez identificaba su destino a la del astuto y, en este caso, desdichado zorro.

Durante el regreso, en los trechos que debíamos hacer a pie, buscábamos nidos de cachirla, *Anthus lutecens*, que lo hacen en los *carcagüesales*, término que aprendimos en esa ocasión y lo usa el hombre de campo para designar los lugares donde el agua de las lluvias se acumula y el pisoteo de la hacienda forma hoyos, cuyo reborde, seco y endurecido, determina una seria molestia para la marcha a pie o en vehículos, por los barquinazos que produce. Hallamos varios nidos de esa especie, con 5 huevos, y otros con 5 pichones.

La tarea para el señor Zotta, esa noche y a la mañana siguiente, fué abrumadora, pues recogimos 15 ejemplares, la mayor parte jóvenes,

y 2 espátulas adultas, una de las cuales tenía el estómago repleto de pescaditos del millón (Cnesterodon o Fitzroya), y la otra, totalmente vacío.

Se empleó la mañana del día 18 en cuerear los ejemplares obtenidos el día anterior, y por la tarde hicimos una excursión a « Los Patrios », un monte que está en una isla dentro del campo, para llegar al cual utilizamos un coche de tracción a sangre, que el Sr. Comaleras puso a nuestra disposición, pues él debió atender ese día obligaciones de su empleo.

El citado monte ocupa una región alta del establecimiento, sobre albardones arenosos que tienen algo más de 2 m. sobre el nivel de los cañadones que lo rodean, y está formado principalmente por talas (*Celtis spinosus*), a los que se hallan asociados hermosos ejemplares de coronillos (*Scutia buxifolia*) y otra ramnácea, la *Colletia spinosissima*, conocida en casi toda la provincia con el nombre de brusquilla.

Asociación del monte Los Patrios. De izquierda a derecha: Tala, coronillo y brusquilla.

Estas especies forman en ciertas partes, isletas tan densas que a su sombra reina una oscuridad casi total, aún en pleno día, lugares a los que se llega arrastrando, por entre la densa ramificación baja y espinosa, ofreeciendo un seguro refugio a muchas especies.

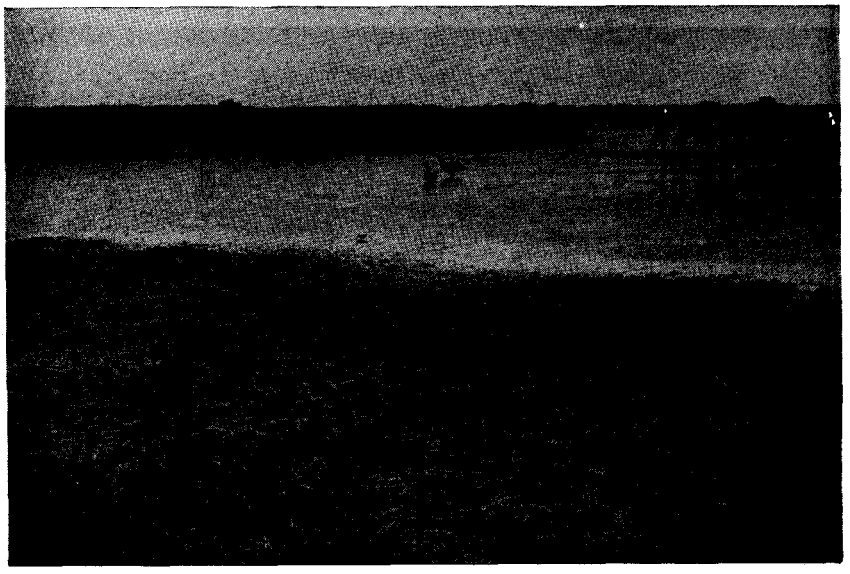
Es el lugar predilecto del zorrino. En las copas abundan las palomas bumbunas (*Leptoptila verreauxi*), pechos amarillos, chimangos, etc.

El nombre de Los Patrios, con que se conoce el monte, tiene origen histórico, según nos explicó el Sr. Comaleras. Allí acampó la caballada de Mitre, cuando la revolución del año 1874, Este jefe desembarcó en

General Lavalle y marchó hacia la Capital, siendo vencido en La Verde por el comandante Arias. La caballada del Estado recibía el nombre de *patrios*, desde 1831; antes de esa fecha llamábanse *reyunos*.

Es tiempo que digamos algo del cañadón a cuya exploración dedicamos todo el día 19, víspera de nuestro regreso.

Este término no figura en el Diccionario de la Academia. En otros diccionarios no académicos, lo aceptan como americanismo para señalar « terrenos bajos entre dos lomas o cuchillas ».



Aspecto de una cañada con juncos, duraznillos y una pareja de chajá. Grandes bandadas de chorlos viven en las orillas. En la foto se ve uno

El cañadón es un inmenso depósito de aguas pluviales, poblado por juncos en su interior. Próximo a las orillas, pero en parte sumergidos, se alinean los tallos tiesos y sin ramas de los duraznillos (*Solanum*). Sumergido en las aguas vive el *Potamogeton*, *Ceratophyllun*, y, formando una capa verde y continua sobre la superficie, riccias, lentejas de agua y salvinias.

Circunda el cañadón un espejo de agua libre de plantas flotadoras, bordeado por la orilla fangosa, pisoteada por la hacienda, lugar preferido por los chorlos, de los que obtuvimos 7 especies.

Los campos próximos a los cañadones son bajos, inundables, y el suelo es salado; allí prospera la *Sida leprosa*, hermosa malvácea de flores amarillas, cuyas semillas encontramos en el contenido estomacal de algunos chorlos.

Las aguas de estos cañadones drenan por un sistema de canales realizados por la Dirección de Hidráulica de la provincia de Buenos Aires. Con la tierra extraída en su construcción se ha hecho el camino carretero que conduce al pueblo de Santo Domingo.

Recogiendo un tero real en un cañadón con muchos durasnillos.

Volvimos a encontrar allí las mismas especies de los días anteriores, teniendo en esa oportunidad el primer y único encuentro con una bandada de 6 ó 7 chorlos del género *Steganopus tricolor*, hermoso charádrido de pecho blanco, que a la distancia semejan pequeñas gaviotas, no sólo por la coloración sino por nadar con casi todo el cuerpo fuera del agua, como aquéllas. Parecen juguetes de celuloide, o mejor barquitos de papel. Giran como éstos cuando los toma un remolino de viento, al mismo tiempo que buscan su comida, picando la superficie a derecha e izquierda en forma repetida y rápida. Imaginémonos seguir desde una altura los movimientos ágiles y acompasados de varias parejas que ejecutan las figuras de un minué, con sus reverencias y pases de compañera, y tendremos la imagen más aproximada de aquella breve escena, que nos produjo imborrable recuerdo, manteniéndonos suspendidos por su gracia y originalidad, y a la que interrumpió el disparo que nos proporcionó 3 ejemplares. Son muy mansos, y nos permitieron acercarnos lo suficiente como para no perder detalle de sus movimientos.

Obtuvimos además un pichón de Chajá, « singular especie por su talla y fortaleza» y por la solemnidad de su marcha; diríase que camina « con paso de senador ».

Metidos en el agua, sobre sus largos zancos, o por la playa que rodea los cañadones, miles y miles de chorlos de varias especies y teros reales, entregados a su única ocupación, comer y comer, cubrían grandes superficies; nunca una discordia, persecución o lucha entre ellos.

Cuando nos aproximábamos mucho, levantaban el vuelo los elegantes *Totanus*, emitiendo dos o tres notas muy eufónicas, en tanto que las diminutas *Pisobias* continuaban su tarea indiferentes ante nuestra presencia, que apenas interrumpían con un breve vuelo cuando hacíamos un disparo.

A 100 ó 200 m de la orilla, ya en la parte alta, estaban los dominios del *Pluvialis dominicus* o chorlo pampa, que aparecía en individuos aislados o en pequeños grupos; menos movedizos y elegantes que los otros, en actitud indiferente, nos miraban pasar.

De regreso, en un campo alto, cazamos una cigüeña adulta. En su estómago hallamos una rata de campo próxima a ser madre de 5 ratoncitos; 3 huevos de perdiz chica muy incubados; una víbora de las llamadas de cristal, cuya cola frágil es un medio de defensa. El reptil atacado va dejando al animal predator trozos de su cola y aprovecha el desconcierto que el hecho produce, para alejarse de su perseguidor. En el caso comentado, de nada le valió el ardid, pues el cuerpo del reptil y varios trozos de la cola estaban en el estómago de nuestra cigüeña, mezclados con restos indeterminables de insectos, élitros de gorgojos y porciones quitinosas de Ditícidos (coleópteros acuáticos).

Por la tarde de ese día obtuvimos un ejemplar joven de cisne o ganso silvestre (*Coscoroba coscoroba*). La pareja, seguida por media docena de pichones, estaba por entrar al juncal, distante unos 60 metros de la orilla, cuando un tiro certero mató al pichón que cerraba la marcha.

Como es natural, hubo que « arremangarse » moral y materialmente para sacarlo del agua; tarea no exenta de dificultades, no tanto por la profundidad de las aguas, como por la vegetación que allí llaman « camalote », designación que comprende a toda planta sumergida o flotadora, y en particular a la *Jussiaea*, Oenoterácea de grandes flores amarillas. También recibe ese nombre vernáculo el *Potamogeton* y el *Ceratophyllum*. Esta última, de hojas duras y ásperas, produce una sensación dolorosa en las piernas desnudas, a poco que uno se interne en el cañadón.

Como me correspondió buscar el ejemplar cazado, puedo asegurar que sólo el amor propio me hizo avanzar hasta el lugar donde aquél flotaba. Hundido en el barro, sintiendo ese roce áspero y cortante de la vegetación, y la posibilidad de meterme en algún pozo disimulado por las aguas turbias, hacía la marcha lenta y, por qué no decirlo, angustiosa. El peón que nos acompañaba, muy solícito y voluntarioso para todo, no hizo la menor señal de acometer la empresa, y desde la orilla,

como baquiano del lugar, nos instruía sobre la manera de salvar las dificultades que se iban presentando.

Con todo, caza y cazador volvieron sanos y salvos a la tierra firme.

La posibilidad de hallar pozos no era un producto de la imaginación. Es sabido que durante las grandes sequías los cañadones quedaron en seco, y los pobladores hicieron « jagüeles » en esas vastas zonas para procurar agua, jagüeles que al producirse las lluvias normales quedaron cubiertos, constituyendo un peligro para el que se aventura en esos andurriales.

Conformes con las experiencias y resultados del día, esperamos el día siguiente, en que emprendimos el regreso, esto es, el 20 de diciembre.

En el camino, como saliendo de la historia, nos cruzamos con la « diligencia » que hace el recorrido entre Santo Domingo y el pueblo de Ajó.

Diligencia que hace el servicio entre las estancias, servicio muy estimado durante el invierno, por ser el único medio de comunicación con Santo Domingo. Entre otras cosas se encarga de la distribución de correspondencia. Foto tomada en el camino de regreso.

La diligencia es el único medio de comunicación de esa comarca durante el invierno; transporta pasajeros, carga y reparte la correspondencia. Toda una evocación del pasado argentino, remota y presente.

He referido en forma anecdótica los episodios más destacados de nuestro viaje. La grandiosidad de los espectáculos presenciados requeriría la pluma de un profesional que los animara.

Espectáculos que fuera de nuestra tierra, difícilmente pueden verse, en lugares de una belleza escénica incomparable, cuya conservación

nos interesa para que las futuras generaciones conozcan el paisaje pretérito de la patria, antes y durante la época de sus grandes acontecimientos históricos.

El material recogido, preparado en su mayor parte en el terreno por el Sr. Zotta, quien además lo ha clasificado, está a disposición de los señores consocios que quieran observar

Réstame a gradecer nuevamente a los señores Pueyrredón todas las facilidades y atenciones acordadas por intermedio del señor Comaleras, ya citado, y participante de varias exploraciones.

LOS VIAJES DE LA "GALLINETA AZUL" *PORPHYRULA MARTINICA* (L.) A LA ISLA TRISTAN DA CUNHA

Por ANGEL R. ZOTTA
Encargado de las Colecciones Ornitológicas del Museo Argentino de Ciencias Naturales

Tristán da Cunha es un pequeño islote volcánico perdido en el Atlántico austral, próximo al continente Africano (37° 5′ lat. S.; 12° 17′ long. W.). Esta isla y cuatro promontorios más forman el archipiélago del mismo nombre, honrando así la memoria de su descubridor, el almirante portugués Tristão da Cunha, en 1506.

A pesar de ser Tristán da Cunha la isla de mayor extensión y por mucho, su superficie apenas alcanza a los 95 kilómetros cuadrados; con todo, es un islote por demás interesante, en lo que se refiere a la vida animal, razón por la cual ha sido visitada por varias expediciones científicas, a pesar de las grandes dificultades de acceso, por las condiciones del mar en dicho lugar, y también por las características de sus costas cortadas a pico y totalmente desamparadas.

Es interesante destacar que, aunque la superficie libre es muy reducida, todos los años cientos de miles de aves marinas se reunen para nidificar, y lo más importante es que Tristán da Cunha sea el único lugar de nidificación, hasta ahora descubierto, de muchas especies de albatros y petreles; además, esta isla posee una avifauna propia, representada no sólo por especies y subespecies, sino también por géneros.

La presencia accidental de la gallineta azul en Tristán da Cunha ya fué señalada hace veinte años por Lowe, y con prescindencia de esa cita, fué obtenida en otras dos oportunidades más, a las que se agrega la referencia que hacemos nosotros ahora. Los datos bibliográficos son los siguientes:

1924, Lowe, P.; Brit. Orn. Club, XLIV, p. 72.
1924, Senhouse; Scottish Naturalist, p. 94.
1932, Gordon, I. G., en Mathews', G., Nov. Zool., XXXVIII, p. 48.

Nuestra cita se funda en un ejemplar cazado en mayo de 1944 por el Rev. C. Lawrence, quien, a los efectos de recabar datos sobre el mismo, visitó a la Sección Ornitología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, de paso por Buenos Aires en su viaje al Africa.

Como el ejemplar ha sido donado al Museo, nos cumple hacer público nuestro agradecimiento, no sólo por la atención, sino también por ingresar con dicho espécimen, el primer ejemplar de una región poco y nada representada en los museos del mundo. Es justo también reconocer que gracias al empeño del ayudante técnico de la Sección Sr. Alberto Aiello, la gallineta pudo ser preparada en condiciones óptimas para su estudio, pues la piel, seca y extendida, se encontraba casi a pedazos.

Conviene recordar que la *Porphyrula martinica* es el único ejemplo de una especie casi típica de la región neotropical, que ha hecho su aparición espontánea en la fauna etiópica. Esto implica, dado que las gallinetas son malas nadadoras, que estos viajes deben cumplirse a través del océano, en un vuelo ininterrumpido de más de 2000 millas (aproximadamente 3700 kilómetros) en el caso más favorable; es decir, admitiendo que se hayan largado al mar a partir de Punta del Este (Uruguay), límite austral de su dispersión geográfica, para que la ruta sea la más corta entre todas las posibles.

Es también interesante saber que en todos los casos, incluso en el nuestro, los ejemplares capturados exhiben parte del plumaje juvenil.

La única causa que justificaría la presencia de esta gallineta en aquellos lugares tan apartados de su área de distribución geográfica normal se debe a los grandes vientos huracanados, que al sorprender a estas aves en vuelo, las arrastrarían a distancias insospechadas, como debe ocurrir con todas aquellas especies de precaria autonomía de vuelo. Al respecto el Sr. Antonio Pozzi ha publicado en estas mismas páginas (EL HORNERO, vol. VII, 1939, pp. 260-262) un artículo muy interesante sobre la presencia accidental de aves, en lugares insospechados, provocada por la acción de los fuertes vientos.

Como alguien pudiera pensar que muy bien podría ser la isla de Tristán da Cunha una localidad en donde *Porphyrula martinica* fuera sedentaria, en lugar de admitir el enorme viaje que han debido realizar, para explicar su presencia en ese lugar, creo oportuno reproducir la opinión que por escrito me ha dejado el colector, Rev. Lawrence: « El ejemplar fué capturado en condiciones exhaustas, después de haber soplado un viento muy fuerte; los músculos pectorales estaban reducidos a láminas delgadas y los músculos del ala reducidos a su porción tendinosa. En el estómago, que se hallaba vacío de alimentos, poseía una cierta cantidad de piedritas, que por su naturaleza no corresponden a las características geológicas del lugar (dicho contenido se encuentra en el Museo Argentino); sin duda el ejemplar proviene de otro lugar, pues en mi estadía de dos años jamás la he visto, como tampoco ninguno de los pocos isleños que habitan en el lugar, a quienes interrogué; con todo, sospecho que después de los fuertes vientos que soplan entre mayo y junio, puede muy bien llegar esta gallineta ».

UNA BUENA SUBESPECIE DE HORNERO QUE DEBE FIGURAR EN LA AVIFAUNA ARGENTINA

Por JOSE A. PEREYRA

Furnarius rufus comersoni Pelzeln.
Sin. *Furnarius rufus badius* (Lcht.) Dabbene, Cat. 1910.
Furnarius albogularis (Spix) Dabbene, Cat. 1910.
N. v. Hornero u hornerillo de Santiago del Estero.

Esta subespecie de hornero, que ya el Dr. Dabbene en su « Catálogo Sistemático de 1910 » menciona con el nombre de *Furnarius rufus badius* (Licht.), y que en la « Lista Sistemática del Museo Argentino de Ciencias Naturales » figura este nombre en la sinonimia del *Furnarius rufus paraguayae* Cherrie y Richemberger, la considero una buena subespecie que debe figurar en nuestra avifauna.

Poseo en mi colección un ejemplar macho obsequio del Sr. Alberto Prosen, quien lo obtuvo de Colonia Dora (Santiago del Estero), en junio de 1942, colectada por el Sr. Jorge Abalos, el que, comparado con ejemplares machos del *Furnarius rufus rufus* (Gm.) de Buenos Aires, y con otro del mismo sexo de la subespecie *Furnarius rufus paraguayae* Cherrie y Reichemberger, de Loreto (Misiones), cazado en el mes de noviembre, se ve que las dos son subespecies o formas geográficas distintas de la especie típica, cuyas descripciones daré para que puedan distinguirse.

La especie típica *Furnarius rufus rufus*, es la de mayor tamaño; su ala mide 104 mm; la garganta es blanca pura y todo lo inferior del cuerpo y flancos, es de un pardusco claro uniforme, con las subcaudales algo más blanquecinas; la cabeza, el dorso y cubiertas alares, de color uniforme pardo acanelado, con la frente y lo inferior de la nuca ligeramente algo más acanelado; la cola rojiza mide 82 mm.

La subespecie *Furnarius rufus paraguayae*, que es la más semejante a la anterior, difiere de ella por las partes inferiores del cuerpo hasta las subcaudales, más oscuras, sobre todo en el pecho; las partes superiores del cuerpo algo más acaneladas rojizas, con la cabeza por arriba más oscura y sin marcas de acanelado o de rojizo en la frente que ostentan las otras dos. Su ala mide 99 mm y la cola es de igual color y tamaño que la anterior especie.

La subespecie que trato, o sea el *Furnarius rufus comersoni*, difiere de las anteriores por su menor tamaño, mide su ala 93 mm. La cabeza por arriba es más oscura que en las otras, teniendo la frente, lo inferior de la nuca y costados de la cabeza, un acanelado fuerte, siendo lo demás del dorso y alas, más acanelado; el pecho y flancos, de un ligero pardo acanelado, con la garganta, el vientre y subcaudales, blanco puro; las remiges secundarias y las cubiertas alares, también más acaneladas; la cola, de un rojo canela algo más fuerte que en las otras dos variedades, y mide 78 mm.

En esa zona de Santiago del Estero no es tan común de ver como lo es la especie *Furnarius cristatus* Burmeister, hornerito de copete.

Debo dejar constancia de que el Prof. M. Doello Jurado, en su trabajo « Notas sobre nidos de horneros », publicado en el tomo I de EL HORNERO, en la pág. 278, ya hace mención de esta subespecie de la provincia de Salta.

Los ejemplares existentes en las colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales que he revisado, y que están rotulados como *F. r. paraguayae*, corresponden a mi ver a esta otra subespecie cuyo habitat se extiende desde Matto Grosso (Brasil), a través del Paraguay y Sud de Bolivia, y en nuestro territorio desde Formosa, Chaco y Santiago del Estero por todo el noroeste argentino hasta Jujuy. El *F. r. paraguayae* habita desde San Paulo (Brasil), por las zonas del río Paraná hasta el territorio de Misiones; y la especie típica *F. r. rufus*, desde el oeste de Río Grande del Sud, en el Uruguay, nuestra zona mesopotámica desde Corrientes a Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, hasta el norte de La Pampa.

INTRODUCCION A LA TIRADA APARTE DE LA

"LISTA SISTEMATICA DE LAS AVES ARGENTINAS"

Por MARTIN DOELLO-JURADO
Director del Museo Argentino de Ciencias Naturales

Cuando apareció en El Hornero la primera parte de esta *Lista sistemática* (o « Check-List »), fué precedida de una *Advertencia* [1] por la Redacción de la revista, en la que se explicaba la forma en que había sido iniciado el presente trabajo.

Compartiendo plenamente los justos anhelos expresados en aquella ocasión por la Sociedad Ornitológica (y reiterados empeñosamente por el actual Presidente de la Asociación, Contraalmirante Pedro S. Casal), tengo hoy la satisfacción de ver terminada la publicación de este trabajo, cuya elaboración he seguido con tanto interés, y de escribir para él estas líneas de introducción. Ellas servirán para aclarar algunos puntos del mismo y a la vez para explicar el alcance de los trabajos de esta índole, no a las pocas personas especializadas en estos estudios, sino a la generalidad de los lectores y de los miembros de la Sociedad Ornitológica — aficionados entusiastas e inteligentes muchos de ellos, cuya cooperación como observadores, colectores, « Field-Naturalists » o simples aman-

[1] Se reproduce aquí dicha advertencia, tomada de El Hornero (vol. VI, N° 1, pág. 150, 1935): « La S. O. P. realiza uno de sus grandes anhelos, cual es el de poder ofrecer a los lectores de El Hornero, y en general a todos los estudiosos y docentes, una enumeración sistemática de la avifauna argentina, que la Dirección del Museo Argentino de Ciencias Naturales ha cedido amablemente a esta revista para su publicación.

Esta lista se ha elaborado en la Sección Ornitología del Museo desde hace tres años, sobre la base de sus grandes colecciones, cuyo catálogo ha sido revisado y puesto al día. Se ha tomado como base los modernos trabajos sobre avifauna neotropical y general de Hellmayr, Wetmore, Laubmann, Peters y algunos otros, completando así el *Catálogo* de Dabbene (1910), que resulta ahora incompleto y algo anticuado, y utilizando otros estudios parciales del mismo autor publicados en ésta y otras revistas.

« A fin de reducir la extensión de esta lista se ha creído conveniente limitar la información bibliográfica a la cita de la descripción original y la localidad típica de cada especie y en general a su referencia a las obras anteriormente citadas.

« Han colaborado en el presente Catálogo el Conservador honorario de las colecciones ornitológicas, Don Angel Zotta; los ex presidentes de la S. P. O., Don Pedro Serié y Dr. José A. Pereyra, y principalmente el ayudante técnico de la misma Sección, Don Angel Rafael Zotta.

« Debemos agradecer especialmente al Director del Museo Prof. M. Doello-Jurado, no sólo su autorización para publicar este Catálogo, sino la colaboración de sus consejos y opiniones para la confección y corrección del presente trabajo.

« Una vez terminada la publicación de esta lista cuya primera parte incluye casi la cuarta parte de las especies de nuestra avifauna, serán reunidos y encuadernados en volumen los pliegos correspondientes a las tiradas aparte, el que será enviado a nuestros consocios ».

tes y protectores de las aves: ornitólogos u ornitófilos, — tanto aprecia el Museo Argentino, como elemento de incalculable valor para el real progreso de ésta y otras ramas de las Ciencias Naturales.

Como se decía en aquella *Advertencia*, esta *Lista sistemática* había sido hecha en la Sección Ornitología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, y para ponerla al día se habían utilizado, entre otras, las obras de Hellmayr, Wetmore, Laubmann y Peters. A éstas deberían añadirse las de Chapman, Zimmer, Griscon, Grant, Allen, Naumburg, Murphy.

Se citaba en particular el catálogo incluído en la importante obra de nuestro eximio colaborador, el extinto Dr. Roberto Dabbene (1), obra de la cual desgraciadamente publicó sólo el tomo primero (1910); pero en cambio dió a conocer después varias monografías de familias, y otras notas valiosas, la mayoría de ellas en EL HORNERO y otras en « Physis ».

Aquel catálogo, por su indudable interés y por estar agotados los ejemplares separados de la obra, fué reproducido en esta misma revista (2), con todo su contenido esencial, pero en forma más abreviada y cómoda, de acuerdo con una sugerencia del autor de estas líneas, quien escribió también las palabras de introducción de aquella reedición.

Como puede verse, la laboriosa enumeración de Dabbene, basada en una amplia bibliografía, no señalaba, sin embargo, las especies existentes en las colecciones del Museo Argentino, cuyo número no era entonces tan grande como ahora. La mayoría de aquellas colecciones estaba ya clasificada antes de la incorporación del Dr. Dabbene a esta institución (1900), pues, como es bien sabido, el Dr. Germán Burmeister, aun antes de ocupar la dirección del Museo (1862-1892), había dedicado particular atención y mucho tiempo a la Ornitología, que era una de sus principales especialidades (3). En los treinta años de su permanencia aquí, Burmeister enriqueció notablemente la vieja colección que había encontrado en el antiguo « Museo Público » y que constaba de 445 ejemplares según el

(1) « *Ornitología Argentina* », tomo I, « Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires », t. 18 (2ª serie, t. 11), 1910.

(2) *Distribución geográfica de las Aves Argentinas según la « Ornitología » de Roberto Dabbene* (1910). EL HORNERO, vol. VIII, N° 1, p. 63, 1941. De ese trabajo, así como de la reedición de « Las Aves Argentinas », del Dr. Eduardo L. Holmberg (EL HORNERO, vol. VII, N° 2, p. 142. 1939), El Museo de Buenos Aires ha hecho, lo mismo que la S. O. P., tiradas aparte, que están a la disposición de los estudiosos que deseen solicitarlas personalmente o por carta a dicha institución.

(3) Burmeister había realizado entre 1857 y 1859 largos viajes de estudio y recolección en los países del Plata, cuyos resultados publicó en 1861 en su obra *Reise durch die La Plata Staaten*. En el apéndice del 2° tomo incluyó una « Systematische Ubersicht » de todos los vertebrados — muy notable para su tiempo, sobre todo en lo referente a Mamíferos y Aves. De estas últimas enumera ya 263 especies, observadas o coleccionadas persoanlmente. Ha de ser interesante para el lector saber que tan importante obra, que hasta ahora no se conocía sino por la única edición en alemán, ha sido traducida al castellano por los hijos del ilustre naturalista, señores Carlos y Federico Burmeister, y pronto será dada a publicidad. Menciono aquí esto porque en el tomo 3° (apéndice) de la traducción aparece aquella *Sinopsis de los Vertebrados* puesta al día, con sus equivalencias taxonómicas actuales, tarea hecha por nuestros colaboradores del Museo Argentino (la parte de *Aves* por el Sr. Angel R. Zotta).

inventario de 1854, algunos de los cuales databan de los años 1823-1827, esto es, de la época del ilustre fundador del Museo, Don Bernardino Rivadavia, siendo por lo tanto las colecciones ornitológicas, junto con las de numismática, de las más antiguas del Establecimiento. El sabio Burmeister aumentó aquéllas con muchos centenares de especímenes, por compra, canje o caza directa, y publicó varios artículos sobre algunas de las aves nuevas o interesantes (1).

En cambio la *Lista* actual consigna expresamente aquel dato, marcando con un asterisco (*) la especies representadas en nuestras colecciones, entendiéndose que las que no llevan tal signo no lo están (2).

Los entendidos no necesitan que se encarezca el valor que así adquiere un trabajo de esta índole, bajo su modesto título de *Lista*; pero es oportuno recordar que para el caso presente ha debido ser revisado y puesto al día el catálogo de las colecciones, verificando de nuevo las determinaciones, pues muchos de los ejemplares estaban clasificados sólo hasta la *especie*, faltando por lo tanto la *subespecie* (o sea variedad geográfica), o bien tenían en muchos casos determinaciones provisorias, pues Dabbene, con sus múltiples ocupaciones en el Museo (3), no tuvo tiempo, en la época de su jubilación (1931), de dejar terminado ese trabajo, que lo ha sido después por el Sr. Angel R. Zotta, como se dice más adelante.

Aquélla fué una de las causas por las que Dabbene nunca llegó a terminar el tomo 2° de su « Ornitología Argentina », a pesar de su gran deseo, y también de los empeños del autor de estas líneas, quien como zoólogo se ha interesado siempre de un modo especial en esta materia. En 1924, al asumir la Dirección del Museo, dediqué la mayor atención al progreso de esta Sección (como puede verse en la *Memoria* de aquel año a que antes me he referido), y por muchas otras disposiciones para favorecer el desarrollo y mejoramiento de las colecciones y de los trabajos ornitológicos (4), que ya habían merecido también especial apoyo de mi ilustre antecesor y querido maestro, el Prof. Angel Gallardo.

(1) Todos estos datos, junto con otras informaciones interesantes, están prolijamente consignados por el mismo Dabbene en la « Historia de las colecciones ornitológicas » que publicó en la *Memoria del Museo de Historia Natural de Buenos Aires* de 1924 (págs. 92-103, láminas XXII-XXXI) y después ampliada en la « Revista del Museo de La Plata » (tomo 32, págs. 365-385, 1930), en ocasión de haberle sido discernido justicieramente el Premio Francisco P. Moreno (1929) de dicho Museo.

(2) Es el mismo criterio que se ha seguido en otros catálogos zoológicos editados últimamente por el Museo, como el de los *Peces marinos* (« Cuadro sistemático de los peces marinos de la República Argentina », por Aurelio Pozzi y Luis F. Bordalé, 1935), — y el de los *Peces de agua dulce*, por el primero de dichos autores, que aparece en « Gaea » (1944) y otros en preparación.

(3) Por eso una de las primeras disposiciones al hacerme cargo de la Dirección del Museo, fué la de descargar a Dabbene de la mayor parte de sus tareas, separando de la Sección Vertebrados a su cargo, como Subsecciones autónomas, sucesivamente los Peces, los Batracios y Reptiles y los Mamíferos, de modo que en los últimos años no tenía que ocuparse más que de las Aves.

(4) Así lo hace constar el Dr. Dabbene en su artículo antes citado (« Revista del Museo de La Plata », tomo 32, pp. 381-382, 1930).

Mucho antes de eso, al promover en 1916 [1] la fundación de la Sociedad Ornitológica del Plata, inspirado en el gran interés por el estudio biológico de nuestras aves, lo hice también para darle a Dabbene la ocasión de producir algo de lo mucho que estaba en condiciones de hacer, por sus grandes conocimientos en la materia y por la oportunidad que le brindaba su posición en el Museo de Buenos Aires, donde disponía de esas ricas colecciones y de una gran biblioteca. Esa esperanza — alentada también por un sincero sentimiento de aprecio y de afectuosa consideración, compartido por un pequeño grupo de colegas y amigos, — no fué defraudada, como lo muestra bien su asidua e inapreciable colaboración en EL HORNERO durante quince años. Después de su retiro y a pesar del mal estado de su salud, Dabbene continuó concurriendo con gran frecuencia al Museo, aún después del traslado de las colecciones al nuevo edificio del Parque Centenario y hasta poco antes de su lamentado fallecimiento (1939), disponiendo siempre libremente de todo, sea para tomar algunos datos o responder a una consulta, y más de una vez daba una opinión o un consejo para el presente catálogo.

Se decía también en aquella *Advertencia* que algunos miembros del personal del Museo Argentino o adscriptos habían colaborado en esta *Lista*. Recordábase en primer término al Sr. Angel Zotta (padre), jubilado en 1933, y que continúa aún hoy prestando su ayuda voluntariamente, con el título de Conservador Honorario, no sólo en el arreglo de las colecciones sino también en su ordenación sistemática. Este meritísimo y verdadero *conservador*, que se formó como Ayudante del Prof. Carlos Berg, adquirió de éste el extraordinario celo y real *preocupación* por la debida limpieza, desinfección y cuidado de las colecciones, fueran de Insectos o de Aves, inapreciables condiciones que ahora transmite a sus jóvenes ayudantes. El Dr. Dabbene, a quien secundó eficazmente durante largos años, lo recuerda elogiosamente en su artículo ya mencionado [2].

[1] Las relaciones con Dabbene databan de antes de esa fecha, por lo menos de 1910, en que era yo estudiante en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, vecina al viejo Museo, y dedicaba buena parte del tiempo a observar y coleccionar aves. En su estudio « Ornitología del Paraguay » (« Anales del Museo Nac. de Hist. Natural, t. XXIII, p. 327, 1912), Dabbene, al ocuparse del conocido Tiránido *Lichenops perspicillata* (ahora *Hymenops p.*) — vulgarmente « pico de plata », — menciona algunas breves observaciones mías sobre los ejemplares jóvenes de esa especie (asunto que entonces me intrigaba mucho, y que nunca me ha parecido bien aclarado), y se refiere a varios ejemplares que yo le había prestado para su comparación. Añadiré ahora que ésos, lo mismo que todos los ejemplares que entonces coleccionaba, eran depositados en el Laboratorio de Zoología de aquella Facultad, del cual era ayudante, pues nunca he hecho colección particular de ésos ni de ningún otro material de Historia Natural.

[2] « Revista del Museo de La Plata », t. 32, p. 382. Dice Dabbene: « El cuidado de la colección está a cargo de mi ayudante el señor Angel Zotta, quien además de su actividad, me es de mucha ayuda por los conocimientos que ha adquirido sobre la mayor parte de las especies argentinas y por la habilidad en la preparación de los esqueletos de aves, cuya colección ya pasa de 200 piezas completas. Esta colección puede decirse que ha sido hecha en estos últimos años y constituye el material más importante para el estudio científico de las aves ».

También se recordaba entonces a nuestro muy estimado colega de tantos años, el Sr. Pedro Serié, de relevantes dotes intelectuales y personales, sobre quien recayó durante casi veinte años la tarea principal de la redacción y confección de esta revista y de los asuntos de la Sociedad en general, además de sus eficientes servicios científicos y administrativos en el Museo. Lamentamos muy de veras que ahora su precaria salud lo mantenga alejado, desde hace unos ocho años, de las tareas en que puso tanta abnegación como conocimientos ornitológicos, tacto y cultura general.

Es por tanto satisfactorio comprobar que desde entonces aquellas tareas son desempeñadas en análogas condiciones por nuestro distinguido ex alumno el Prof. Héctor S. Gavio — egresado de Ciencias Naturales en el Instituto Nacional del Profesorado, y ahora destacado catedrático de Botánica en dicho establecimiento, — además de sus funciones administrativas en el Museo, y movido por su inteligente afición al estudio de las Aves, debiendo reconocerse su ayuda en la corrección de pruebas de esta *Lista*.

Ha sido también muy apreciada, en las primeras partes de esta publicación, la cooperación, principalmente para los nombres vulgares, del Adscripto honorario a la Sección Ornitología, Dr. José A. Pereyra, pues tanto él como su esposa y colaboradora, Doña Celia Bernal de Pereyra, son eximios conocedores de nuestras aves *in Natura*, de sus hábitos, nidificación, etc., como lo prueban sus diversos escritos, cuyo gran valor reside en las observaciones directas y personales en el terreno.

Hace seis años que se incorporó al personal del Museo otra distinguida ex alumna en la Universidad de Buenos Aires, la Doctora en Ciencias Naturales María Juana I. Pergolani, que ha trabajado en Mamíferos y en Aves, y ha publicado ya en EL HORNERO una serie de estudios sobre los Pícidos argentinos (1).

El antiguo y sobresaliente maestro en el arte taxidérmico, Sr. Antonio Pozzi, se retiró por jubilación el año pasado; pero continúa también voluntaria y ocasionalmente prestando su cooperación siempre estimadísima, como ha de apreciarse próximamente en las nuevas salas de exhibición de Mamíferos y de Aves. Pero Pozzi es además — y por eso debíamos mencionarlo acá especialmente — un excelente y largamente experi-

(1) Los elementos más jóvenes del personal auxiliar de Ornitología son el Ayudante técnico Sr. Alberto N. P. Aiello y los ayudantes preparadores Sres. Joaquín Názara (h.), Salvador Scravaglieri y Mario Antonio Armanini (todos ellos ingresados al Museo en carácter de aprendices). Los tres últimos colaboran, además, con el Sr. Secundino da Fonseca en Taxidemia de Aves o de Mamíferos, y han realizado en compañía del mismo, o separadamente, viajes de recolección, sea de aves o mamíferos. La Srta. Pergolani efectúa ahora, como becaria de la Comisión Nacional de Cultura, un viaje de estudio y recolección ornitológicos en la provincia de Catamarca.

Debo añadir que progresos análogos a los de Ornitología han realizado las demás ramas de la Zoología, y en general todas las otras Secciones del Museo, desde Mineralogía hasta Antropología.

mentado conocedor de la materia como cazador, viajero y preparador, aparte de sagaz y fiel observador y buen fotógrafo.

Eran, pues, varias las personas que en una forma o en otra habían participado al principio en la formación de este catálogo. Entre ellas se cita también en aquella *Advertencia* al autor de estas páginas, que muy poco ha ayudado personalmente, en la aclaración de algunos puntos dudosos de sinonimia o de nomenclatura, correcciones de detalle, etc.

El autor principal era, como ya se decía allí, el entonces Ayudante Sr. Angel R. Zotta (hijo). Por las razones expuestas, la primera parte, sin embargo, apareció sin nombre de autor determinado, y así se siguió en las demás. Pero han transcurrido más de diez años desde que comenzó la elaboración de este trabajo, y en este lapso su labor personal ha ido acentuándose y perfeccionándose, de modo que debe considerársele derechamente como autor del mismo. El Sr. Angel R. Zotta se incorporó muy joven al Museo, en 1928, como Ayudante preparador primero, luego Ayudante técnico, al lado del maestro Dabbene, de quien recibió útiles y generosas enseñanzas. Entre 1932-1934 prestó eficaces servicios técnicos en la Sección Mamíferos y luego volvió a Ornitología, de la que es ahora Encargado. Desde entonces se ha consagrado con gran empeño a sus tareas científicas, poniéndose en relación con los especialistas extranjeros, en particular de Estados Unidos. A él le ha correspondido, pues, la tarea de revisión taxonómica de las colecciones a que me he referido más arriba. Debe tenerse en cuenta que en estos últimos diez años las ya ricas colecciones del Museo Argentino se han aumentado en más de 4.000 ejemplares, todos ellos clasificados por el actual Encargado de la Sección.

De su labor original dan prueba las varias notas aparecidas en El Hornero de 1935 a 1942 (1), en las que ha hecho un buen número de adiciones a la avifauna argentina: en total, 42 especies y subespecies, de las cuales hay tres géneros y una familia no señalados anteriormente. Algunas de estas adiciones están basadas en ejemplares ingresados en los últimos años; pero la mayoría lo son por especímenes que estaban en las colecciones desde muchos años atrás y que no habían sido exactamente identificados, como es fácil comprobarlo al consultar dichas notas.

Es interesante hacer ahora un rápido « balance » del número de los componentes de nuestra avifauna. El *Catálogo* de Dabbene antes citado (1910), consignaba 847 « formas » distintas (especies y subespecies). La presente *Lista* señala 1084 formas diferentes, lo que significa un aumento proporcional muy grande tratándose de Aves.

(1) Véase El Hornero, vol. VI, N° 1, pp. 104-106, 1935; vol. VI, N° 2, pp. 289-292, 1936; vol. VI, N° 3, pp. 477-483, 1937; vol. VII, N° 1, pp. 46-64, 1938; vol. VII, N° 2, pp. 243-254, 1939; vol. VII, N° 3, pp. 359-365, 1940; vol. VIII, N° 1, pp. 104-107, 1941; vol. VIII, N° 2, pp. 171-178, 1942.

Es también de interés ver la proporción en que esas formas están representadas en la colección del Museo. Puede el lector advertir fácilmente, gracias al asterisco indicador, que de aquellas 1084 formas, sólo faltan aquí 68. De éstas, 21 representan aves oceánicas, varias de ellas del lejano Antártico, y 11 son formas endémicas de las islas Malvinas. Admitimos naturalmente que estas últimas deben ser incluídas, como lo han sido, en un catálogo de la avifauna argentina. Pero limitándonos por ahora a las que son propias de la parte continental de la República y de Tierra del Fuego, resultaría que las formas ausentes del Museo son sólo 36 sobre 1084, esto es, aproximadamente el 3,3 %, cifra muy baja, pero que esperamos ha de ir reduciéndose aún más (1).

Debemos hacer aquí una pequeña rectificación que no afecta a las cifras anteriores. El Sr. Zotta me hace notar que por *errata* aparecen como existentes en el Museo dos especies que no debían llevar asterisco: son los Nos. 165, *Cathartes aura ruficollis*, y 189, *Phylloscartes paulistus*. En cambio hay otras dos especies que figuran como ausentes y que debían llevar también asterisco: son los Nos. 116, *Plegadis ridgwayi*, y 432, *Gisella iheringi*.

Respecto a esta última especie (una lechucita), es interesante ver cómo se notó el error, pues demuestra que más de un aficionado está atento. Uno de ellos, el Sr. Enrique Muñoz del Campo, quien posee en su casa quinta de San Fernando una magnífica colección de Rapaces vivas, que observa y cuida con extraordinario celo e inteligencia, recibió un día aquella lechucita de especie para él desconocida, pero que pudo ser identificada por la descripción como *Gisella iheringi*. Consultada esta *Lista*, resultaba que tal especie no figuraba en las colecciones del Museo. Sin embargo, el Sr. Muñoz del Campo recordaba haberla visto antes y estaba seguro de que no podía ser sino en nuestras colecciones: así se comprobó cuando vino a consultarlas, y por eso es que se ha podido hacer esta rectificación.

El número de personas que en estos últimos años ha contribuído al enriquecimiento de nuestras colecciones o de nuestras observaciones es ya bastante elevado, pero no deseo dejar de mencionar acá a los más destacados. Dos excelentes colectores y observadores, los Sres. Andrés G. Giai y Ronald M. Runnacles, han donado generosamente buenas colecciones de pieles y de huevos, de valor especial en cada caso, y de ellos se ha ocupado ya EL HORNERO.

(1) Después de escrito este prólogo, recibí, por intermedio de amigos que veraneaban en Miramar, un ejemplar de un ave allí cazada, en la costa, y que nadie conocía: suponían algunos que era un albatros o petrel desconocido. Cuando la vi en el Museo, aún fresca, reconocí a la famosa y enorme « ave-fragata », que había visto volando en las costas del Brasil, en viaje a Europa, y que es tan fácil de identificar por su gran envergadura y su cola semejante a la de una « tijereta ». Es la *Fregatta magnificens*, que excepcionalmente llega a nuestras costas. Personas fidedignas me aseguran haberla visto en Mar del Plata. Es, pues, una nueva e interesante adición a nuestra avifauna, que llega así al N° 1085.

Nuestros apreciados colaboradores los señores Gustavo Muniz Barreto (otro gran conocedor y observador de las aves en la Naturaleza) y Guillermo Kelsey (inteligente estudioso y aficionado) han realizado hace poco, en compañía de los señores Gavio y Zotta, un breve viaje a Corrientes y Misiones, de donde ha de resultar alguna novedad aún no bien definida. El Sr. Kelsey acaba de hacer, por su parte, una interesante edición: el bonito Tiránido *Arundinicola leucocephala* L. (el « suiriri cabeza blanca » de Azara), que ya figuraba en nuestras colecciones (N° 745), pero representado sólo por un ejemplar hembra, del Paraguay, mientras que éste es un macho, de Posadas (Argentina).

Importantes, más por la calidad que por la cantidad, han sido también en estos años los ingresos de aves marinas, sea de Patagonia, Tierra del Fuego e islas de los Estados, traídas por misiones del Museo a bordo de barcos de la Armada Argentina, sea de Sud Georgia y de las Orcadas, en particular de estas últimas (misión meteorológica a cargo del Sr. Alfonso Chaki (1941), que trajo una buena serie de ejemplares).

La utilidad del catálogo en esta forma es evidente, pues cualquier estudioso puede con esta guía acudir al Museo para comparar tal o cual especie de las aquí señaladas, aunque no esté en exhibición. Pues es bueno recordar también que la mayoría de estas colecciones se hallan « en pieles », esto es, no armadas o montadas como las de exposición. Las salas del nuevo edificio del Museo Argentino abiertas al público, contienen en éste, lo mismo que en muchos otros grupos, sólo una pequeña parte de aquellos ejemplares, los que sucesivamente irán aumentándose a medida que lo permitan los recursos para instalaciones; pero siempre la gran mayoría de los ejemplares, que comprenden duplicados de la misma especie, deben quedar « en pieles », en los gabinetes de estudio, como se hace en todos los museos modernos, para los trabajos de investigación, descripción, comparación y sobre todo para la distribución geográfica.

Los catálogos sistemáticos o zoogeográficos de esta índole, a pesar de su utilidad, no son sin embargo más que el esqueleto de una obra de más aliento, que contendrá las descripciones y las ilustraciones de las especies mencionadas.

En este sentido, interesará a los lectores saber que la magnífica serie de láminas coloreadas de Aves, comenzadas en el Museo de Buenos Aires por el extinto artista Pablo Matzel, son continuadas ahora, en forma que no las desmerece, por el joven artista argentino Salvador Magno. Varias de estas láminas se han publicado en El Hornero, pero existen muchas otras aún inéditas, y la labor continúa sin interrupción a fin de tener listo el material ilustrativo para aquella obra.

Es posible que esta enumeración contenga algunos errores u omisiones, pero seguramente no serán de importancia y podrán ser subsanados más adelante.

Confieso que al comenzar esta introducción, más larga de lo que pensaba, mi idea principal era manifestar muy claramente que, al dar a la publicidad la presente tirada aparte de la *Lista sistemática*, he considerado no sólo justo y oportuno sino también necesario que ella aparezca con el nombre de su verdadero autor, quien tiene así el mérito y también la responsabilidad de su trabajo.

RÉSUMÉ. — *Dans l'introduction qui precède on expose en détail les conditions dans lesquelles cette* Liste *a été faite. Sa première partie fut publiée en 1935 avec un* Avertissement *qu'on trouvera reproduit à la première page de cette introduction. Il en ressort qu'au commencement plusieurs personnes avaient pris part à ce travail, mais leur collaboration a porté sur des points secandaires: noms vulgaires, correction des épreuves, etc. C'est pourquoi ce catalogue a été donné sans nom d'un auteur déterminé, comme l'oeuvre de la Section Ornithologie du Muséum de Buenos Aires. Mais en réalité, comme le signale déjà cet* Avertissement, *le véritable auteur de cette* Liste *est M. Angel R. Zotta, Assistant à cette Section depuis 1928 aux côtés du regretté Dr. R. Dabbene, l'éminent Ornithologiste dont il reçut les enseignements. M. Zotta s'est chargé de tout le travail taxonomique, ainsi que de la révision du catalogue de la collection d'oiseaux et le plus souvent de la détermination systématique des spécimens, tâches que M. Dabbene n'avait pas eu le temps de terminer au moment de sa retraite (1931).*

Le Directeur du Muséum, en éditant le tirage à part de ce Catalogue, a donc estimé non seulement juste mais nécessaire de le faire sous le nom de son auteur, auquel reviendra ainsi le mérite et la responsabilité de son travail.

EL CISNE DE CUELLO NEGRO EN LA BARRA DE SAN JUAN

OBSERVACIONES SOBRE SU NIDIFICACION Y CRIA

Por JORGE CASARES

En la estancia La Barra de San Juan, Departamento de Colonia, Uruguay, propiedad de don Aarón de Anchorena, se ha formado, mediante el ensanche de un arroyo, un lago extenso cuyas orillas conservan tal aspecto agreste, con su flora autóctona y sus tres islas donde crecen ceibos,

Foto Nº 1.

sauces y totoras, que ha sido elegido como sitio de refugio y procreo por las aves acuáticas, de las cuales hay una apreciable variedad en estado de semicautividad, cantidad que se aumenta en cierta época del año por la concurrencia de otras libres, atraídas por la bondad del sitio y la abundancia de alimentación.

Las fotografías que se acompañan son un ejemplo de los resultados obtenidos. Las láminas representan una pareja de *cisnes de cuello negro* (*Cygnus Melancoryphus*) con sus crías nacidas en la primavera de 1943. La postura empezó el 16 de Agosto y la eclosión se produjo el 26 de Octubre, con diferencia de horas para cada huevo, de modo, pues, que la incubación duró 41 días. La hembra se echa desde el primer huevo y no se

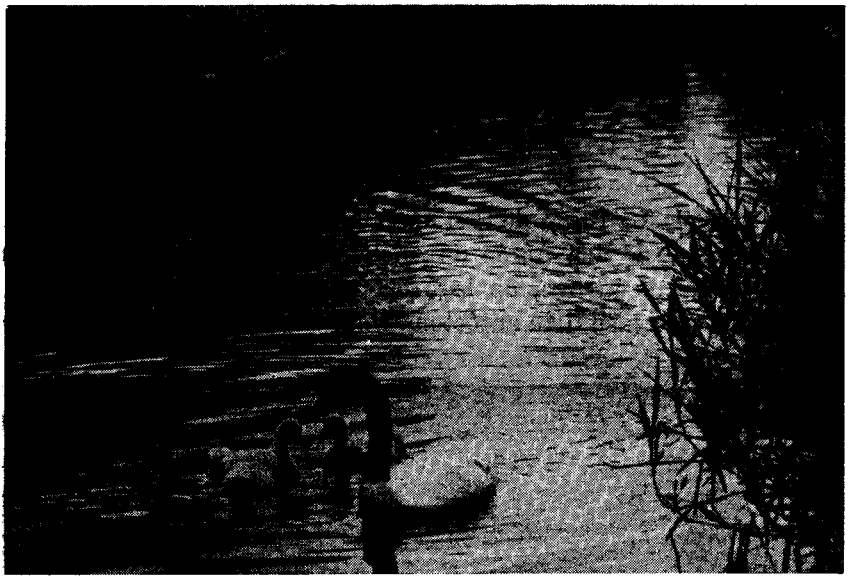


Foto N° 2.

levanta más durante toda la incubación, salvo algún breve momento para alimentarse. Los huevos fueron 4, y 4 las crías, pero una murió en seguida.

La fotografía N° 1 fué tomada con eteleobjetivo el 11 de Noviembre, de manera que los cisnecitos tenían exactamente 16 días y el plumón era blanco.

Circulaban en el agua en grupo de familia, con notable vivacidad; continuamente se encaramaban sobre el lomo del progenitor, con preferencia, y en un momento dado, los tres estaban refugiados entre las alas paternas; desgraciadamente no me dieron tiempo para fotografiarlos. La ascensión la practican por junto a la cola de sus padres, quienes los ayudan con suaves movimientos de las patas y de las alas. A pesar de que no hay estrictamente una diferencia sexual, el macho podía distinguirse por ser algo más fuerte, tener la carúncula de mayor volumen y los rasgos en general más acentuados, como puede apreciarse en las fotografías en donde en ambas aparece en el primer plano.

Al mes el plumón empieza a ponerse gris, coloración en la cual quedan hasta tres meses. Las láminas N^{os} 3 y 4 los representa a los 40 días – 5 de

Foto N° 3.

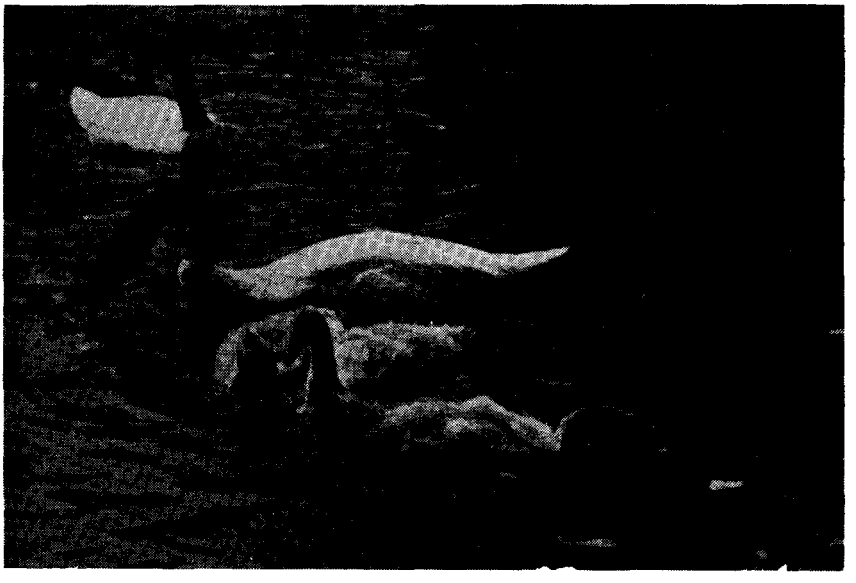


Foto N° 4.

Diciembre, – y ya el plumón comienza a perder su blancura, y los cisnecitos parecen menos nerviosos y más desenvueltos.

Después de los tres meses el gris se acentúa y el cuello se marca con una coloración barrosa, mientras el plumón pierde su ligereza y despuntan las primeras plumas. La foto 4 fué tomada a los 122 días de edad – 25 de Febrero, – cuando toman en su andar cierta solemnidad de mayores. A los cinco meses el cuello se pone negro y a los seis toman el aspecto definitivo, se marca la ceja blanca y crecen las carúnculas.

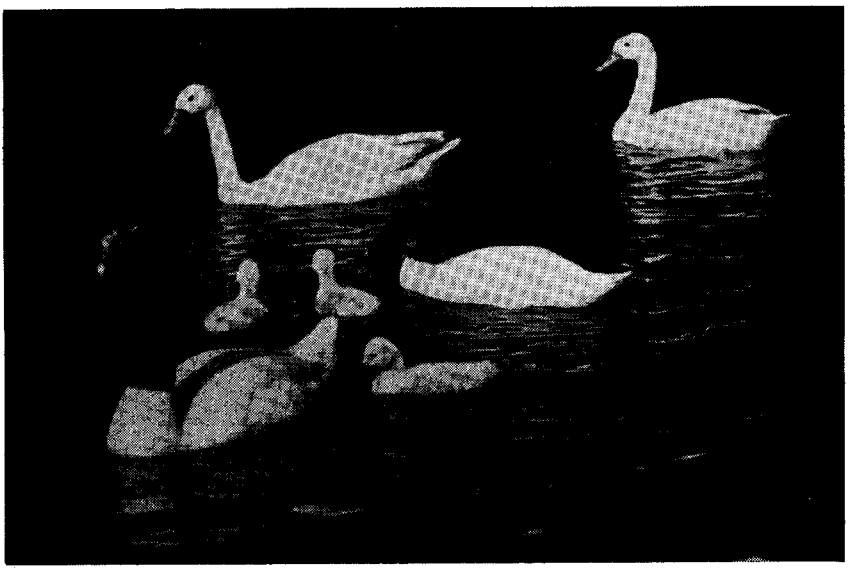


Foto Nº 5.

La lámina 5 representa la reunión casual y oportuna – 11 de Noviembre de 1943 – de la familia de los cisnes con una pareja de gansos blancos (*Coscoroba coscoroba*).

LAS AVES EN LA POESIA

LA GARZA BLANCA

A Don Héctor S. Gavio.

Garza blanca: de fijo
que en ti pensó el Poeta cuando dijo
de esas aves que cruzan los pantanos,
sin manchar sus plumajes soberanos...

(El auge de una moda femenina,
raleó esa bella y gran devoradora
de alimañas nocivas
y seres de la plaga roedora.)

Abuchado el pescuezo,
tensas las negras patas, va volando;
batir de alas perezoso y blando
que más parece un suave desperezo...
y así tan blanda y blanca y armoniosa,
bajo del cielo azul surca la altura
como una idea pura
de la mañana luminosa...
Luego gira un momento,
y con ritmo pausado
desciende en el bañado
a buscar alimento.

Cuando se queda largo tiempo estática
en actitud hierática,
es como un albo, estilizado cirio,
un caprichoso lirio,
un ánfora de plata.
Y en la ígnea siesta que encandece el campo,
es destello en la luz, nítido lampo,
como el claro y vivaz deslumbramiento
del centellear que ciega la pupila
que se fijó un momento
en el disco del sol cuando rutila...

Estampa viva,
blanca y gentil figura inmaculada
como la grácil creación de un hada,
alba escultura, nieve pensativa,
cuando a orillas del río o la laguna
(tal se muestra en alguna
decoración de biombo o abanico)
acecha fija un pez, hasta que lanza
— y rápido lo afianza —
el certero arponazo de su pico.

EL ALBATROS

A Don Pedro S. Casal.

Pecho de un blanco espuma
y lomo de un gris pétreo que recuerda
el musgoso peñón inaccesible
donde vive y procrea.

Magnífico señor de soledades,
halcón de las tormentas,
desafiador de vientos y huracanes.
que a su antojo cabalga y pilotea,
burlador de las olas encrespadas
a las que gusta de rasar la cresta;
genio del mar, viajante solitario,
rey de las tempestades y las nieblas,
planeador incansable que acompaña
muchos días al barco que navega,
y es tan firme y seguro en sus planeos
—rígida el ala en rigidez de vela—
que a su vaivén el aire se hace sólido
y así, sobre él, resbala con destreza.

Al despegar, pesadamente,
lanzándose al impulso de la enhiesta
ola al volcarse
y que al hondo vacío lo proyecta,
va abanicando el aire
con sus alas inmensas:
batir de alas cual batir de olas...
(batir que es alocado cuando intenta
despegar con premura
sobre las aguas quietas,
después de haber comido con exceso),
y describiendo círculos se aleja
con vuelo reposado y armonioso,
un vuelo pensativo, se dijera,
pues toda el ave gira concentrada
en las alas atentas...
Y cuando vaga contra el horizonte
—inmensidad desierta—,
con su ritmo ondulante
el mar y el cielo hilvana mientras vuela.

JUAN BURGHI.

EL RUISEÑOR

Todas las noches de aquel tiempo, la voz lejana y misteriosa me llamaba.
Cuando las cosas se dormían, el dulce canto en el silencio despertaba.
Para escuchar lo que decía, yo interrumpía mis deseos y mis páginas.
Y con las manos distraídas cerraba el libro y me apoyaba en la ventana
La voz llegaba de tan lejos, que en vez de oírla parecía recordarla.
Y era tan pura y tan hermosa, que percibirla parecía profanarla.
Pero aquel canto me atraía, y hubo una noche en que sentí que me arrastraba.
Y que hacia el bosque en que vivía, con una fuerza irresistible me acercaba.
A cada estrella de aquel cielo, la tierra fiel con una flor le contestaba.
Mayo reinaba dulcemente, yo ya tenía corazón, y era en España.

Llegué a la orilla de aquel bosque cuando la noche era más bella y más profunda.
Y con el alma en cada paso fuí penetrando poco a poco en la espesura.
Entre los pinos soñolientos el viento andaba como un niño entre columnas.
Y en voz más baja que un suspiro les preguntaba por el mar y por la lluvia.
Vagos rumores vegetales estremecían la quietud meditabunda.
Y delicados aleteos acariciaban el silencio con ternura.
Pero el silencio iba creciendo, pues esperaba el nacimiento de la música.
Y cada vez era más débil aquel susurro de las hojas y las plumas.
Todas las cosas descansaban con esa calma que precede a la hermosura.
Y de repente el bosque entero se conmovió con una voz como ninguna.

Primero fué como una queja, como un sollozo de cristal, como un gemido.
Luego un sonido entrecortado por el murmullo tembloroso de los pinos.
Más tarde un hilo melodioso, luego una pausa y un rumor, después un trino.
Y al fin el canto, el canto, el canto del ruiseñor en el silencio conmovido.
Un canto limpio y armonioso, cuyo fervor era el del aire sensitivo.
Y cuyas notas inflamadas resplandecían como gotas de rocío.
Más inventivo que el del fuego, su movimiento era el del alma y el del río.
Se deslizaba por el tiempo, pero en la paz del corazón estaba fijo.
El canto ardía en el silencio con el misterio de un lucero lejanísimo,
Impenetrable y luminoso como un purísimo diamante, pero vivo.

Cerrada estaba todavía para mi frente silenciosa la Belleza.
Y de repente, por el canto del ruiseñor, tuve noción de su grandeza.
El gran amor que lo encendía se desbordaba de su voz con inocencia.
Y algo del bien que yo ignoraba caía en gotas de emoción en mi conciencia.
Entonces vi con toda el alma que aquella voz era un destello de la eterna.
Que la pasión que la inflamaba me daba el ser para que yo la comprendiera.
Que aquel amor era la fuente del manso río de mis ojos y mis venas.
Y la raíz que alimentaba la voz del mar y la canción de las estrellas.
Luego salí de mis sentidos y me encontré desamparado en las tinieblas
Y sin más luz que la del canto me fuí perdiendo en un olvido sin fronteras.

Y así, perdido para todos, hallé el sendero de mi vida en aquel canto.
Tuve conciencia de mi rumbo, supe la causa y el objeto de mis pasos.
Vi la razón de haber nacido, de amar la luz, de ser feliz, de haber llorado.
De haber estado pensativo, de ver, de oír, de comprender, de estar soñando.

Al despertar alcé los ojos, y no recuerdo si después junté las manos.
Sólo recuerdo que la dicha me hacía sitio con amor en su regazo.
El alba erraba por el bosque con un dulcísimo rumor de pies descalzos.
Y ya se oía el de las cosas entre los trinos cada vez más espaciados.
Luego cesó la melodía del ruiseñor y se apagó la de los astros.
Pero en mi frente silenciosa la voz divina ya se había despertado.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ.

(De *La Nación*, 22 de Agosto de 1943).

DEFENSA DEL CHINGOLO

¿Que las tímidas alas del chingolo
No han de alcanzar la cumbre del Parnaso?
¿Los remos de las águilas tan sólo
Pueden llegar donde ascendió Pegaso?

¿Su aleteo no es grato para Apolo?
Y el pajarillo debe siempre, acaso,
Compartir del « mal poeta » el mismo polo,
Para evitar a Vd. algún fracaso?

¿No hay en su canto sin igual pureza?
¿Cinco notas no encierran poesía?
¿La sencillez no tiene su belleza?

¡Confesadme que fué mal elegido!
¿No ha de volar?... ¡Si hasta la luna envía
Un soneto el chingolo en su silbido!

GEORGINA DUCLOUT DE KITTL
(Del libro *Rimas y Paisajes*)

MOVIMIENTO SOCIAL

Nuevos miembros activos e instituciones adherentes:

Miembro correspondiente: Dr. Oliverio M. de Oliveira Pinto, San Pablo.

Miembro protector: Jorge Alberto Christensen, Capital.

Instituciones adherentes: Museo de Farmacología y C. Naturales de Rosario. Jardín Zoológico de Buenos Aires.

Capital. — Miembros activos:

Elena P. de Alzaga Unzué, Francisco Ayerza, María L. Tornquist de Barreto, Cayetano B. Badano, René Bally Pasquier, Juana Castro de Barreto, Ana Quirno de Castro, Fortunato Cárdenas, Juan Sáezn Valientea de Casares, Carlos Caro, Florencia T. de Castro, Alejandro Frías, Carlos M. Ferreiro Díaz, Carlos Gómez Alzaga, Dr. Virgilio F. Gachanin, Juan C. Gandolfo, Carlos A. Fiberti, Julio A. Hansen, Heriberto Huse, Alicia Jurado, Matilde Beazley de Kelsey, Graciela López B. de Kelsey, Guillermo José Kelsea, Dr. Tomás Le Breton, Estela Laplace de Lacau, Pedro Alberto Lacau, Martha Chovet de Laphitzondo, Miguel Laphitzondo, Angela G. Alzaga de Ledesma, Delia A. Merlo, Alfredo E. Morton, Juan D. Nelson, Magdalenk Castro de Ortiz Basualdo, Inés Ortiz Basualdo, Dr. Baldomero Prosdocimi, Alberto Pinto, Ernesto Pueyrredón, Alejandro Peña Blaquier, Rafael L. Pereyra Iraola, José R. Pereyra Iraola, Francisco Pereyra Iraola, Martín Pereyra Iraola, Juan Rupprich, José M. Rodríguez, Dr. Arsinue Rossi, Dr. René Rossi Montero, Otilia Romero Beazley, María I. Romero Beazley, María A. Romero Beazley, María Beazley de Romero, Norberto von Soubiron, Alfredo J. Seré, Mario Stella, Carlos J. M. Suárez, Elías Suárez Aguirre, Fernando Tornqist, Verónica Bernal de Tornquist, Carlos Vigil, Francisco E. White.

Interior:

Prof. M. Alberto Alvarado, Sumampa (F. C. C. A.); Bartolomé Antola, Gálvez (F. C. C. A.); Lucía Bernard, Olivos (F. C. C. A.); Carlos L. Brerol, Gálvez (F. C. C. A.); Bernice Bell, Las Rosas (F. C. C. A.); Pedro M. Capdevilla, La Rioja; Carlos E. Chevalier Boutell, City Bell (F. C. S.); Alejandro Dean, Bragado (F. C. O.); Prof. Juan Donadío, Bánfield (F. C. S.); Christian Doll, Sagiuer (FF. CC. del Estado); Aldo Estévez, General Lavalle (F. C. S.); Gerardo H. Gibson, San Clemente de Tuyú; Carolina S. de Henquín, La Rioja; Dr. Ulrico Klöhn, V. López (F. C. C. A.); Guanacino Mauca, Martínez (F. C. C A.); Wilfredo H. Macadam, Hurlingham (F. C. P.); Eugenio C. Noé, Olivos (F. C. C. A.); Dra. Lucía Negrete, Rosario; Hedy Frey de Neumeyer, Bariloche (F. C. S.); Dr. Manuel V. Ordóñez, Bella Vista (F. C. P.); William H. Partridge, Caseros (F. C. P.); Juan Schmidt, San Andrés (F. C. C. A.); Jorge T. Salguero, Gálvez (F. C. C. A.); Angel Carlos Umana, La Plata; Erik Voigt, Cascallares (F. C. S.); Abraham Willink, Tucumán.

Exterior:

Lauro Borba, Recife (Brasil); Dr. William Beebe, New York (U. S. A.); Francisco J. Díaz Salazar, Santiago (Chile); Carlos Gofferge, Florianópolis (Brasil); Eladio Lamas, Montevideo (R. O. del U.); William H. Phelps, Caracas (Venezuela).

Asamblea ordinaria de la S. O. P. — El 29 de noviembre de 1944 tuvo lugar la Asamblea Ordinaria para considerar el siguiente orden del día.

Después de su lectura fué aprobada el acta de la sesión anterior, y a continuación el Presidente, Contraalmirante Don Pedro S. Casal, dió cuenta de las actividades desarrolladas durante el período, destacando el ingreso de numerosos socios, las publicaciones remitidas a los mismos por intermedio de la sociedad y finalmente destacó la acción de nuestra institución, solidariamente con el Comité Internacional para la Defensa de las Aves (Sección Argentina), que también preside, en la obra de protección a la naturaleza, dando cuenta de las numerosas notas cursadas a las autoridades nacionales con ese objeto.

Concluyó su exposición agradeciendo a los consocios su permanente interés por la vida y obra de la Sociedad y expresó finalmente su agradecimiento a la Dirección del Museo Argentino de Ciencias Naturales por todas las facilidades acordadas a la institución, y en particular por la atención especial dispensada a los socios durante sus visitas a la biblioteca y las colecciones.

El Tesorero de la Sociedad, Sr. Enrique Muñoz del Campo, presentó el siguiente balance, que fué aprobado sin observación:

BALANCE DE TESORERIA

del 22 de Noviembre de 1942 al 15 de Noviembre de 1944

Saldo ejercicio anterior			$ 3.815.57
Entradas:			
Cuotas socios			$ 6.942.—
Venta revista			» 654.12
Intereses			» 163.26
Salidas:			
Tomás Palumbo, talonarios, recibos, fajas, etc.	$	72.—	
Luis S. A. Chillida s/comisión venta revista	»	128.45	
» » » » movilidad de Agosto a Octubre	»	90.—	
» » » » franqueo » » » »	»	25.96	
A. Comesaña, confección 150 circulares	»	5.—	
Tomás Palumbo, formularios convocatoria Asamblea	»	9.—	
Luis S. A. Chillida, comisión cobranza	»	20.50	
» » » » franqueo	»	10,78	
Escuela y J. de Infantes Dgo. F. Sarmiento, propaganda ..	»	60.—	
J. Rossi, llenar 22 diplomas	»	15.40	
Tomás Palumbo, volumen VIII EL HORNERO, etc.	»	2.849.00	
Ministerio de Justicia e Instrucción Pública	»	1.—	
Tienda La Piedad	»	4,90	
Alberto Aiello, confeccionar índice analítico	»	100.—	
Vigilancia Stand en la Feria del Libro	»	5.—	
J. Rossi, llenar 37 diplomas	»	25,90	
C. Larroca, 100 tubos cartón	»	18.—	
Florería Quilmes, una corona	»	30.—	
Luis S. A. Chillida, comisión venta rev. y cobranza	»	219.05	
» » » » movilidad 8 meses	»	240.—	
» » » » franqueo	»	152.02	
Transporte	$	4.081.96	$ 11.574.95

Transporte	$	4.081.96	$ 11.574.95
The American Ornithologist's Union	»	104.45	
Tomás Palumbo, sumario e índice volumen VII	»	567.20	
» » 100 tarjetas	»	25.—	
C. Larroca, encuadernar revistas	»	115.10	
Paseo Quinta Noel	»	39.10	
Luis S. A. Chillida, s/comisión venta rev. y cobranza ..	»	143.75	
» » » » movilidad 5 meses	»	150.—	
» » » » franqueo	»	139.51	
Bco. Popular, cobranza cheques	»	3.—	
Luis S. A. Chillida, comisión venta rev. y cobranza	»	248.85	
» » » » movilidad 6 meses	»	180.—	
» » » » franqueo	»	55,19	
A. Comesaña, 200 invitaciones a mimeógrafo	»	10.—	
Biblioteca Americana libro de Azara	»	24.—	
Tomás Palumbo, impresos	»	9.—	
» » 1000 sobres	»	18.—	
	$	5.914.11	
Saldo	»	5.660.84	
	$	11.574.95	$ 11.574.95

Buenos Aires, Noviembre 15 de 1944.

Se procedió después a elegir la C. D. para el bienio 1944-1946, resultando integrada en la siguiente forma:

Presidente: Contraalmirante Pedro S. Casal.
Secretario: Dr. Juan C. Gandolfo.
Tesorero: Sr. Enrique Muñoz del Campo.
Vocales: Prof. Martín Doello-Jurado, Dr. Jorge Casares, Almirante Abel Renard, Sr. José Marcó del Pont, Prof. Héctor S. Gavio, Dr. José A. Pereyra, Sr. Gustavo Muniz Barreto, Dr. Rodolfo Semprún, Sr. Owen Tudor y Sr. Juan Drysdale.
Bibliotecario: Sr. Angel R. Zotta.

Homenaje al Dr. Angel Gallardo. — El 13 de mayo de 1944, con los auspicios del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, el Museo Argentino de Ciencias Naturales y la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales rindieron un homenaje de grandes proporciones a la memoria de nuestro ilustre ex miembro fundador Dr. Angel Gallardo, con motivo de cumplirse el X aniversario de su muerte.

Llevaron su adhesión y su respetuoso recuerdo a los distintos actos con que se honró al sabio profesor, las autoridades nacionales y municipales, profesores y académicos, jefes del ejército y la armada, instituciones científicas y culturales.

Uno de los actos principales consistió en la colocación de una placa de bronce en la avenida que ahora lleva el nombre del eminente naturalista, en su intersección en la Avenida Parral. El Dr. Enrique Herrero Ducloux habló en nombre de la Academia de Ciencias, y en representación de la comuna, al recibir el bronce recordatorio, lo hizo el Dr. S. W. Medrano.

La concurrencia se trasladó, una vez terminada esta ceremonia, al nuevo edificio del Museo Argentino de Ciencias Naturales que se levanta sobre la misma avenida, donde se cumplió un nuevo acto que se inició con la entrega de un retrato del sabio, donado por la familia, para la galería de directores del Museo, pues, como se sabe, el Dr. Gallardo sucedió a Ameghino en la dirección de ese establecimiento.

El Director del Museo, Profesor M. Doello-Jurado, hizo el elogio de Gallardo, refiriéndose a su obra diversa, y en particular a la que le cupo al frente del Museo, a sus empeñosas gestiones para dotar a la institución de un edificio digno, a sus numerosas publicaciones entomológicas y botánicas, presentando además los manuscritos e ilustraciones de la obra póstuma del sabio, que dejó aquí inconclusa, sobre hormigas, y a los que actualmente se están revisando, para ser dados a la estampa en los « Anales ».

Finalizó su brillante disertación con estas palabras:

« El naturalista patriota se manifestó en pocas ocasiones, pues Gallardo — como no podía menos de ser en un temperamento como el suyo — tenía cierto comprensible pudor para la exteriorización de sus sentimientos patrióticos puros y genuinos. Pero éstos se traducían, casi a pesar suyo, en ciertas ocasiones, como en aquel interesante y hermoso discurso de apertura del Congreso de Ciencias Naturaleds e Tucumán o en sus hermosas y nobles palabras de despedida del viejo museo de la calle Perú.

« Finísimo catador, por otra parte, de las más delicadas manifestaciones del arte, y en particular de la música, era también capaz de seguir los más abstrusos desarrollos de un problema de matemática superior, que fué, creo, lo único que realmente gustó y cultivó en su carrera oficial de ingeniero civil. Dominaba así, sin aparentarlo, sin exhibirlo, las más altas expresiones del espíritu humano.

Su alma fué, pues, la de un artista y la de un sentimental, además de la del sabio, que tiene un poco de ambos, pues la obra de ciencia sinceramente sentida y honradamente lograda es también en cierto modo obra de arte de amor. Y en el fondo de todo ello el creyente, el cristiano fervoroso y convencido, como si con éste aquellos otros tres — el artista, el sentimental, el sabio, — formasen una síntesis armoniosa

« En su espíritu profundamente religioso, que acataba el dogma sin discusión, la fe y la ciencia nunca chocaron entre sí, y por eso no rechazaba en nombre de la primera las conclusiones de la segunda, ni admitía que las verdades relativas y parciales de las ciencias pudieran conmover los fundamentos de la fe ».

Homenaje al Dr. Fernando Lahille. — En el salón « Ameghino » de la Sociedad Científica Argentina, se realizó el 20 de Julio de 1942 el anunciado homenaje a la memoria de nuestro destacado consocio Dr. Fernando Lahille, recordando el 2° aniversario de su muerte.

En el acto se cumplió el siguiente programa:

« Lahille pensador », por el Ing. F. Pedro Marotta.
« Lahille naturalista », por el Dr. Max Birabén.
« Lahille maestro », por el Dr. Alberto E. J. Fesquet.
« Lahille funcionario », por el Dr. Ricardo Helman.

Se completó el programa con números de canto a cargo de los coros de la Escuela Normal de Profesores N° 2 « Mariano Acosta ».

Visita del ornitólogo chileno prof. Carlos S. Reed. — Con el objeto de adquirir ejemplares de la fauna argentina para el Jardín Zoológico de Santiago, que dirige desde hace muchos años, estuvo en Buenos Aires, en el mes de Diciembre de 1943, nuestro prestigioso miembro correspondiente prof. Carlos S. Reed, en compañía de su esposa y colaboradora Doña Lidia Valenzuela Larrain de Reed.

Durante su estada, visitó el Museo Argentino de Ciencias Naturales, siendo acompañado por el Director y el personal superior de ese establecimiento en la recorrida que se hizo por las distintas secciones y laboratorios instalados en su monumental edificio.

El Dr. Reed, durante el tiempo que permaneció entre nosotros, fué objeto de diversos agasajos; uno de ellos tuvo lugar en la quinta « La Pileta », en Florencio Varela, de Sr. Máximo Dunoguier Barthe.

Durante el paseo, el prof. Reed explicó la vida y costumbres de algunas aves argentinas y chilenas, y aprovechó también para coleccionar insectos. A los postres de la comida que se sirvió en su honor, nuestro consocio Dr. José Liebermann hizo uso de la palabra; contestó el distinguido naturalista chileno, expresando su anhelo de que las vinculaciones espirituales entre nuestros países sean cada vez más estrechas.

NECROLOGIA

Dr. Ernesto D. Dallas † en Buenos Aires, el 26 de junio de 1943. — El Dr. Dallas fué un estudioso que dedicó sus mayores afanes, al conocimiento de la naturaleza: sus trabajos de entomología, en particular los de carácter médico y teratológico, le crearon singular prestigio que trascendió los límites de su país.

Nació este universitario en 1885, y se gradió en la Facultad de Ciencias Médicas en 1910, luego de haber actuado como practicante en el Hospital San Roque, hoy Ramos Mejía. Fué después médico de la Asistencia Pública y al mismo tiempo que desarrollaba una intensa práctica profesional, alternó la carrera de su preferencia con la observación y clasificación de los insectos, hasta alcanzar significativas conclusiones bajo el aspecto teratológico.

Miembro del Comité de Estudios de la revista internacional « Miscellanea Entomológica », dirigida por el célebre entomólogo Barthe; miembro, además, de otras entidades científicas internacionales, de la Sociedad Chilena de Historia Natural y del Instituto de Zoología General y Sistemática de Santiago de Chile, logró después de distintas publicaciones el premio « Thomas », otorgado por la Sociedad Entomológica de España. Corresponde expresar que esa alta distinción sólo se otorga a los descubridores de leyes naturales.

En nuestro país, fué fundador y primer presidente de la Sociedad Entomológica Argentina; pertenecía, asimismo a la Sociedad Ornitológica del Plata, a la Academia de Buenos Aires y al Museo Argentino de Historia Natural, en carácter de adscripto adhonorem, al que donó una colección de 17.000 insectos, clasificados.

En el acto del sepelio hablaron, para destacar los merecimientos de este estudioso, el señor Emilio V. Gemignani, en nombre del Museo Argentino de Historia Natural, y los doctores José Liebermann y José A. Pereyra en representación de las sociedades Entomológica Argentina y Ornitológica del Plata, respectivamente.

Palabras del Dr. José A. Pereyra:

« En nombre de la Sociedad Ornitológica del Plata, y personalmente, traigo las expresiones de la mayor condolencia y sentimiento, por la desaparición prematura del Dr. Ernesto D. Dallas.

« Fué socio activo de esta sociedad desde el año 1921, y miembro de la Comisión Directiva durante el período de 1932 al 1934.

« Además de ser un modesto, abnegado, consciente y humanitario profesional médico, era también un aficionado decidido por el estudio de la naturaleza, especialmente por la Entomología, a la que se había dedicado con verdadera afición.

« Nos conocimos hace muchos años, siendo compañeros de estudio y fundadores del Colegio Nacional Oeste, hoy Mariano Moreno, en el año 1898, bajo la digna dirección del Dr. Juan G. Beltrán; juntos seguimos durante los años cursados en la Facultad de Medicina y luego continuamos vinculados en las actividades de nuestras aficiones, siempre con la misma camaradería de los primeros años.

« Su precaria salud de varios años atrás, le imposibilitó en parte el poder realizar sus deseos, y el destino nos ha privado de un buen colaborador y fiel amigo.

« En nombre de la Sociedad Ornitológica del Plata, y personalmente, para el amigo y compañero, deseo paz en su tumba ».

Prof. Dr. Carlos E. Porter † el 13 de diciembre de 1942, en Santiago de Chile. — Desaparece con el Dr. Porter, miembro correspondiente de la S. O. P., una de las primeras figuras científicas de Sud América por su laboriosidad. Fundó y dirigió la Revista Chilena de Historia Natural, que consta de más de 40 volúmenes, y la bibliografía de sus trabajos de ciencias naturales comprenden más de 37 títulos, la mayor parte entomológicos.

Colaboró en 23 revistas nacionales y extranjeras y representó a su país en 10 congresos científicos.

Alternó su actividad con la enseñanza superior, siendo profesor de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica. Era miembro honorario de numerosas instituciones científicas y su gran labor mereció distinciones honoríficas de instituciones y gobiernos extranjeros.

Carlos Dasso † en esta Capital. — La S. O. P. contó al Sr. Dasso desde sus primeros tiempos y era un asiduo concurrente a sus reuniones. Dedicado al comercio de semillas, fundó la casa « El Tesoro », que tanto ha contribuído al conocimiento de la Ornitología con la publicación de su « Galería de aves argentinas », magnífica serie de láminas en colores que constituye uno de los mayores esfuerzos realizados en el país.

Dr. T. GILBERT PEARSON

1873-1943

T. Gilbert Pearson fué un amante de la naturaleza primitiva y agreste, pero no a la manera estática de los contemplativos que disfrutan del paisaje extrayendo de él un goce personal que, a veces, muy raras veces, se convierte en inspiración que puede dar nacimiento a una obra maestra en la mística, el arte o las letras, pero no beneficia a la naturaleza misma. Pearson es un defensor de la naturaleza en el terreno práctico y en el sentido efectivo de una concepción real y positiva de las cosas. Fué un predestinado que luchó sin descanso por la naturaleza silvestre desde su lejana niñez, que transcurrió entre los esteros y pinares de la Florida, hasta los últimos momentos de su vida, que se apagó a los 70 años.

Difícilmente encontraremos en nuestro tiempo un hombre que llevara adelante una obra tan amplia como la que él desarrolló en el campo vastísimo e ingrato de la conservación de las bellezas naturales.

Tuvo una predilección irresistible por las aves, que constituyeron su pasión dominante; podríamos decir, el objeto noble y grande de toda su vida. Luchó por ellas con la energía y el valor de un paladín y con la paciencia, la tenacidad y la fe de un apóstol.

Había nacido en Tuscola, estado de Illinois, el 10 de Noviembre de 1873, pero, a causa de un revés de fortuna de sus padres, éstos se trasladaron a Florida, donde tenían algunos parientes. Fueron, pues, los campos y los bosques de la Florida, donde su espíritu de adolescente entró en contacto directo con la naturaleza y trató de penetrar los misterios del mundo de las aves, cuyas costumbres estudiaba en todos los momentos que podía.

Las escuelas primarias de Florida no satisfacían sus deseos de ampliar sus conocimientos, ni podía tampoco procurarse los libros que deseaba, y, sobre todo, ansiaba alguno que lo ilustrase sobre las aves. Pero éstas vinieron en su auxilio: hizo con gran trabajo una colección de huevos que, aunque no era muy grande, con los ejemplares que tenía repetidos pudo obtener, por cambio, su primer libro sobre aves — era un ejemplar de « Rey of the North American Birds », por Coue. — Según sus memorias, recibió este libro el 10 de Enero de 1891, es decir, cuando él tenía 18 años, y lo conservó toda su vida.

Sus ansias de aprender seguían en pie, sin embargo, y, otra vez, los pájaros vinieron en su ayuda. Se consiguió un pequeño folleto sobre taxidermia, con cuyo auxilio armó algunas aves, las que, sumadas a su colección de huevos, formaron un pequeño capital científico que, aunque muy humilde, animó al bravo muchacho a escribir a varios establecimientos de enseñanza ofreciendo sus colecciones a cambio de instrucción. Su ideal había sido educarse en el Earlham College de Indiana, porque en él se habían educado su madre y su hermano en tiempos mejores, como él dice, pero los días pasaban y no aparecía ninguna contestación.

Por fin, una tarde recibió una carta del Sr. Lyndon L. Hobbs, director del Guilford College del estado de Carolina del Norte (North Caroline), ofreciéndole dos años de instrucción y tenerlo en calidad de pupilo, a cambio de la colección. Además, si tenía tiempo, esperaba que seguiría formando un museo para el Colegio.

El plan de estudios comprendía 6 años: 2 preparatorios y 4 superiores. El joven Pearson fué designado al primer año preparatorio, de modo que al finalizar el segundo año terminaba el compromiso con el Colegio y se encontraba frente a un futuro incierto y sombrío, justamente al hallarse en condiciones de ingresar a los cursos superiores. Pero los pájaros siguen ayudándolo; el pequeño museo se había enriquecido mucho en los dos años, pues el joven Pearson, contando con la ayuda de sus compañeros, y aún de profesores, hizo excursiones muy fructíferas durante las vacaciones, y el museo era muy visitado por personas extrañas al Colegio, a las que Pearson daba explicaciones llenas de entusiasmo e interés. Esto le valió que al terminarse el segundo año preparatorio fuera admitido a los años superiores, y aún se le adjudicó una pequeña pensión para sus gastos.

Al terminar sus estudios en el Colegio Guilford, aquel joven entusiasta y emprendedor se encontraba ya mucho mejor armado para afrontar la vida. Publicó su primer libro sobre la vida de las aves, fué profesor de biología en el mismo Colegio Guilford, donde se había educado, y en el Colegio Normal e Industrial de Greensburo, y completó su preparación en la Universidad de Carolina Norte.

Su libro llegó a manos de Guillermo Dutcher, fundador y primer presidente de la Sociedad Nacional Audubon de los Estados Unidos, quien le escribió en 1901 invitándolo a que se interesara para que el estado de Carolina del Norte dictara leyes de protección para las aves.

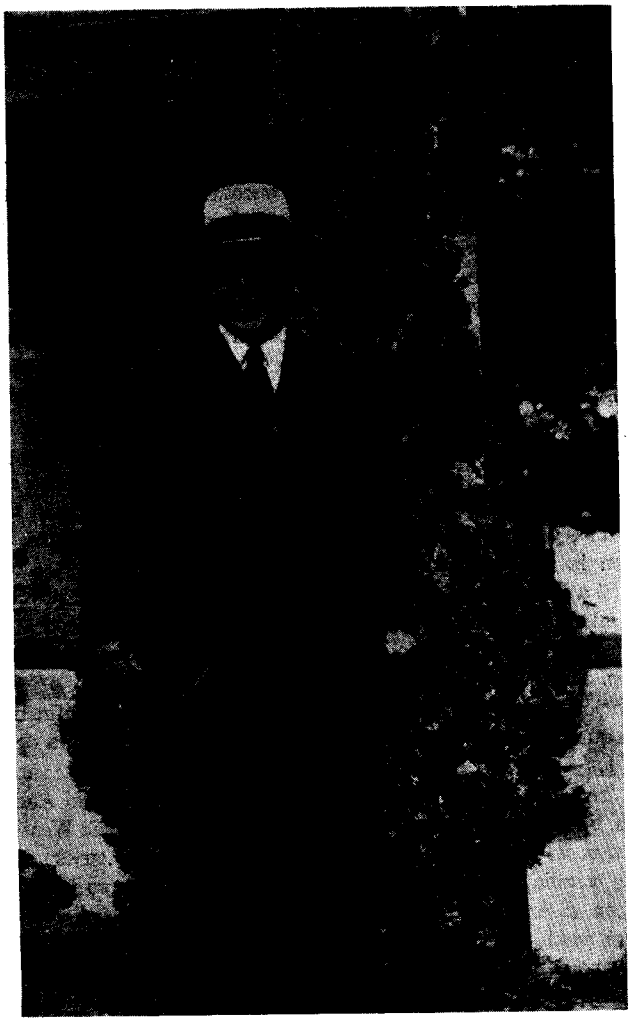
La intervención de Dutcher en la vida de Pearson tuvo una influencia decisiva, y puede decirse que desde ese momento la vida de Pearson y la historia de las Sociedades Audubon en los Estados Unidos son una misma cosa.

En 1902 el Dr. Pearson fué nombrado Secretario de la Sociedad Audubon de Carolina del Norte. Ese mismo año contrajo enlace con la señorita Elsie Weatherly, estudiosa como él, que a veces tomaba sus cátedras de biología para que su esposo pudiera hacer excursiones de estudio. Este matrimonio, que fué muy feliz, tuvo tres hijos: Elisabeth, que se casó con el Sr. C. T. Jackson, Gilbert y William.

En 1905 fué nombrado Secretario de la Asociación Nacional de las Sociedades Audubon, cargo que desempeñó durante 15 años, hasta 1920, que pasó a ser Presidente, y cuatro años después fué designado Presidente *Emeritus*, título que con justo orgullo ostentó hasta su fallecimiento, el 3 de Septiembre de 1943.

En 1922 fué fundador y primer Presidente del Comité Internacional para la Defensa de las Aves, con asiento en Bruselas, cargo que desempeñó por espacio de 16 años, durante los cuales desarrolló una obra enorme en favor de las aves de todos los países, interesándose en todas formas para que se dictaran leyes de protección. Escribía continuamente en diarios y revistas artículos en los que demostraba el gran beneficio que prestan las aves, y la necesidad de protegerlas, no sólo por ese beneficio, sino también por lo que ellas representan como belleza viva.

Al dejar la Presidencia del Comité Internacional en 1938, fué elegido Presidente de la Sección Panamericana de aquel Comité. En esta Sección Panamericana puso todo su empeño en llevar la acción del Comité Internacional a todos los países de América, y trabajó incansablemente hasta conseguir que en cada una de las repúblicas latinoamericanas se formara una Sección Nacional en conexión con el Comité Internacional. Tuvimos el honor de colaborar con él en esta tarea, y por eso conocemos toda la tenacidad que ponía en su grande obra de la Defensa de las Aves.



Había recorrido casi todo su extenso país trabajando para que los respectivos estados se dieran leyes de protección para las aves, que eran objeto de una caza sin medida que llevaba a la destrucción y posible extinción de algunas especies. Algunas de estas leyes pasaron después de borrascosas sesiones en las respectivas legislaturas, a pesar de que antes de que se trataran, el Dr. Pearson preparaba el terreno con largas conversaciones para convencer a los legisladores y de continuas conferencias públicas que hacía siempre interesantes por medio de proyecciones luminosas. Y esas leyes tenían que complemen-

tarse por medio de convenios y tratados internacionales, el primero de los cuales fué celebrado con el Canadá.

Pero para que la protección sea efectiva, es necesario que todas las naciones cooperen, y de ahí el empeño del Dr. Pearson por la formación de las Secciones Americanas. Sud América lo atraía con sus grandes extensiones vírgenes, tanto boscosas como pluviales, lacustres, montañosas, esteparias, etc., y en ese sentido nos escribió en 1938. Su objeto era recorrer todos los países de América y contribuir personalmente en cada uno a la formación de la respectiva Sección Nacional como rama del Comité Internacional. A su pedido le indicamos la época más conveniente para su visita, pero sus muy numerosas ocupaciones no le permitieron efectuarla sino en el año 1940.

Vino por un par de semanas a Buenos Aires y aquí se quedó varios meses porque sintió verdaderamente el afecto con que lo tratamos. De ese modo conocimos personalmente a este hombre extraordinario, de apariencia y trato sencillos, que, al viajar con nosotros por nuestra pampa bonaerense para ver las aves en su estado natural, vestía poncho y botas a manera gaucha, y se extasiaba ante las bandadas de aves que pasaban ante nuestra vista o que nuestra presencia hacía levantar. En una ocasión se atravesó en el camino una pata silvestre seguida de 12 ó 15 patitos, con gran alegría del Dr. Pearson, que corría tras ella como un niño, con su máquina fotográfica, para obtener el documento de aquel bizarro encuentro. Ese mismo día, en la vieja estancia de Gándara había hecho varias tentativas infructuosas para obtener la fotografía de un hornero (*Furnarius rufus*), cuyos nidos tanto le llamaban la atención. Muy descorazonado se reunió a nuestro pequeño grupo, y entonces, con gran asombro suyo, el Dr. Gándara (don Federico), que se había dado cuenta de las intenciones del Dr. Pearson, empezó a llamar a los pájaros con un silbido peculiar, y éstos llegaron como a una invitación a la que estaban habituados y se paraban en el suelo muy cerca de nosotros. El Dr. Gándara les dió algunas migas de pan; se echaron, con algún trabajo, a los gorriones y otros pájaros no invitados, y quedaron los horneros, que el Dr. Pearson pudo fotografiar a su gusto y casi a boca de jarro. A la vuelta no se cansaba de comentar este pequeño episodio, tan feliz para

él, y de decirnos que no se hubiera imaginado que en nuestras pampas, y lindando casi con la lejana Patagonia, hubiera hombres capaces de convertir a las aves en sus amigos y protegidos en la forma que acababa de ver. Y el hecho adquiría ante él mayor valor porque el Dr. Gándara administra una colonia de productos de granja en que los educandos son muchachos jóvenes y, por consiguiente, inclinados, como en todas partes, a cazar toda clase de aves.

Poco tiempo después, y ya en plena Patagonia, con motivo de su visita a la región de los lagos, el Dr. Pearson tuvo ocasión de comprobar que también allá había hombres que se interesaban por las aves y su protección.

En aquella excursión, que fué a las lagunas de Chascomús, nos acompañaban los profesores M. Doello Jurado, Director del Museo de Ciencias Naturales, y H. S. Gavio, del mismo Museo; los doctores J. Casares y J. Pereyra, etc.

Otro día, siendo mi huésped en nuestra casa de campo en Moreno, se maravillaba de que los horneros hicieran sus nidos al alcance de la mano, y quiso que le sacásemos la foto adjunta, en que aparece junto a una pequeña acacia con un nido de hornero.

Al levantarse por la mañana me dijo que pocas veces había escuchado una música tan bella como la que nos brindaba allí la naturaleza con el canto de tantos pájaros. Esto es porque la casa está rodeada de coníferas, cuya fronda abrigada se presta para que duerman muchos pájaros.

Tenía gran admiración por el nido del hornero (*F. rufus*), y se interesaba por las costumbres de este pájaro singular, felicitándonos porque lo hubiéramos adoptado como símbolo de nuestra Sociedad Ornitológica.

Desde Nueva York nos escribió varias veces sobre este tema.

Desde Buenos Aires viajó hacia el sur para visitar nuestros parques nacionales del la región de los lagos, y desde allí siguió viaje a Chile y luego a todas las naciones de Sud América, hasta llegar a Estados Unidos. Una vez en su patria su correspondencia se hizo más intensa, preguntándonos sobre la marcha de nuestra Sección Argentina y pidiéndonos que nos interesáramos, como lo habíamos hecho desde un principio, por la terminación y funcionamiento de las otras Secciones de la América Latina.

En una de sus largas cartas nos decía: « Este viaje por la América del Sur me ha ilu« minado en extremo, y en una conferencia que di la semana pasada (la carta es del « 5 de Agosto de 1940), ante un numeroso auditorio, dije a nuestro pueblo que muchos « en Norte América no tienen un concepto justo de nuestros vecinos de Sud América. « Uno de mis párrafos era éste: « En la Argentina ustedes encuentran tanta gente ilus« trada y culta como en Boston o en Nueva York; conocen París, Londres, etc., y en « ninguna parte se puede encontrar un pueblo más encantador y gentil (charming and « gracious) en todos sentidos. Es claro que muchos saben que hay políticos de poca monta « (cheaps politicians) y otros quienes en su ignorancia y fanatismo (bigotry) hacen apre« ciaciones erróneas que me sublvean. Lucharé por el desenvolvimiento de la compren« sión y concordia entre los pueblos de Norte y Sud América hasta donde me sea posible « luchar en ese sentido ».

Hemos transcripto este párrafo porque pertenece a un hombre eminente de los Estados Unidos, y por lo que tiene de oportuno en estos momentos en que los países de América deben buscar su bienestar, su fuerza y su concordia en una conducta de comprensión y de consolidación del Grupo Americano.

El Dr. Pearson, además de sus numerosas publicaciones en diarios y revistas, publicó los siguientes libros: « Cuentos sobre la vida de las Aves » (Stories of Bird Life — 1901); « El libro de las Aves » (The Bird Stud y Book — 1917); Cuentos de Birlandia » (Tales of Birdland — 1918); Aventuras en la Protección de las Aves (Adventures in Bird Protection — 1937); « Aves de Carolina del Norte » (Birds of North Carolina —

1919); « Aves de América » (Birds of America), y el « Libro de las Aves » (The Book of Birds). De estos dos últimos, fué editor del primero y coeditor del segundo.

Además de los cargos que enumeramos anteriormente, fué durante veinte años miembro del Advisory Committee on the Migratory Bird Treaty Act.

En 1925 fué nombrado miembro de la orden de la corona de Roble del Luxemburgo; en 1937 fué honrado con la medalla de la Sociedad Nacional de Alimentación de Francia; en 1939, con la medalla de la Asociación John Burroughs, y en 1924, con el grado de LLD de la Universidad de Carolina del Norte.

El fallecimiento de este trabajador incansable es un rudo golpe para el mundo de las Aves, pero felizmente tiene sustitutos capaces de soportar la pesada responsabilidad de la lucha que había emprendido: El Dr. Jean Delacour, en la Presidencia del Comité Internacional, y el Dr. Hoyes Lloyd, en la Presidencia de la Sección Panamericana. Además, la noble semilla que sembró, seguirá germinando en los campos generosos de América; es el mejor homenaje que podemos hacer a este hombre ejemplar: seguir su obra.

PEDRO S. CASAL.

WILLIAM LUTLEY SCLATER

1863-1944

Entre las muchas víctimas que las infernales « bombas volantes » de esta funesta guerra causaron en Londres el año último, debemos lamentar profundamente la del sabio y veterano zoólogo William Lutley Sclater, hijo de otro ornitólogo famoso, Phillip Lutley Sclater, el colaborador de Hudson en la « Argentine Ornithology ».

William había nacido en Inglaterra el 23 de Septiembre de 1863, y ha muerto el 4 de Julio de 1944.

Dedicó toda su vida al estudio de los Vertebrados y muy especialmente de las Aves, sobre las que publicó numerosos trabajos, algunos de ellos verdaderas monografías de largo aliento y de gran mérito.

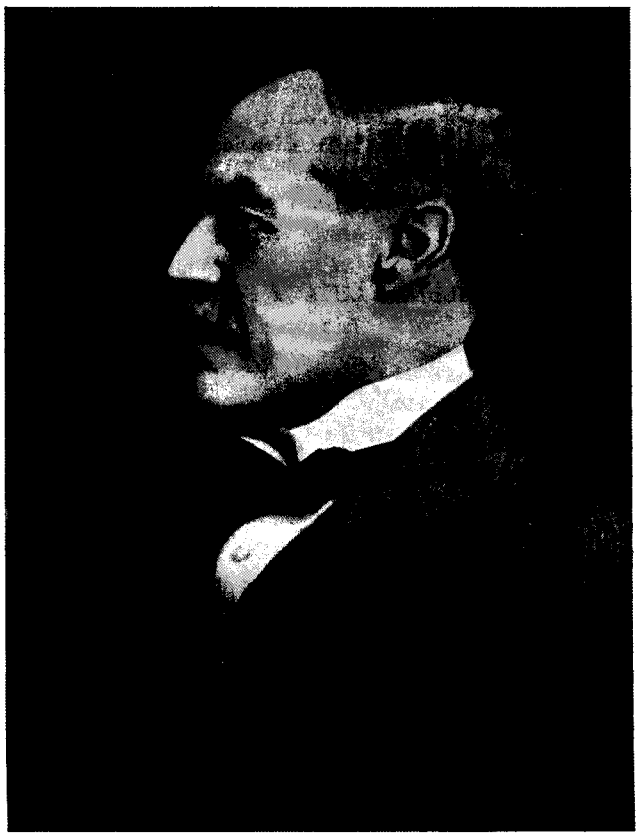
Su nombre debe, pues, quedar registrado en EL HORNERO, aunque se haya ocupado mucho menos de aves sudamericanas que de las de otras partes del mundo.

Después de haber cursado estudios en Oxford, Sclater hizo un primer viaje, a los 23 años de edad, a la Guayana británica, sobre cuyas aves publicó una pequeña nota en « The Ibis » (1887). Después pasó a Calcuta, como encargado del « Indian Museum », y allí se ocupó de aves, de reptiles y de batracios. Pero su obra más importante fué la que realizó en Sud Africa, como director del Museo de la Ciudad del Cabo (1896). Trabajó activamente en la organización del « South African Museum », en el estudio de las aves, y además fundó la « South Africa Ornithologists' Union », de la que fué primer presidente. A su regreso de Sud Africa, pasó tres años en Estados Unidos de Norte América, donde organizó el Museo del Colorado y publicó más tarde (1912) un volumen sobre las aves de la región. Desde su vuelta a Inglaterra en 1909, pasó el resto de su vida en Londres, vinculado estrechamente al British Museum, donde trabajó en la preparación de muchos grupos de aves de exhibición y de monografías sistemáticas. Durante varios períodos fué Vicepresidente o Presidente de la « British Ornithologists' Union », la cual le otorgó en 1930 la medalla Godman-Salvin por su obra ornitológica. Fué también miembro y presidente del « British Ornithologists' Club ».

Sus principales trabajos ornitológicos se refieren al Africa, siendo notable entre ellos « Systema Avium Aethiopicarum » (1924-1930).

Otro aspecto no menos importante de la actividad de Sclater ha sido su participación durante 35 años como redactor de la sección Aves del « Zoological Record », del cual redactó ocasionalmente también otros capítulos (Mamíferos, Crustáceos, Zoología general). La noticia necrológica que le consagra el « Ibis » (Enero 1945), firmada con ini-

ciales que supongo son las del director de esa revista, Capitán C. H. B. Grant — y de donde tomamos la mayor parte de estos datos, — hace resaltar sus altas cualidades personales, su generosa colaboración con todos los estudiosos que acudían a él, sus condiciones de « caballero amable y cortés ». Conservaba en la fecha de su trágica muerte, su vigor físico e intelectual, aparentemente como para varios años más.



Debe agregarse a los títulos consignados en aquella noticia, que Sclater era también Miembro Honorario de la Sociedad Ornitológica del Plata.

Uno de sus últimos estudios (« The Ibis », 1939), se refería a los Ictéridos sudamericanos. Allí describió una nueva subespecie del « Cureo » (*Notiopsar curaeus* Molina), de Chile y de nuestros Andes patagónicos, donde se le conoce más comúnmente por « tordo ». La nueva subespecie, propia de Tierra del Fuego, es un poco mayor que la forma típica, y fué bautizada con el nombre de *Notiopsar curaeus reynoldsi* Sclater, pues fué descubierta por el joven ornitólogo Percival Reynolds, gran conocedor y observador de la avifauna fueguina, sobre la que había publicado varios trabajos que demostraban sobresalientes condiciones y un completo dominio de la parte taxonómica. Tenía en preparación una obra de aliento sobre ese mismo tema, en la que había reunido sus observaciones de muchos años. Poco después de estallar la guerra actual, Reynolds (argentino, hijo de argentinos, pero nieto del Reverendo Bridges, el pastor protestante cuya benéfica acción en Tierra del Fuego es bien conocida), decidió voluntariamente

ir a prestar servicios en las fuerzas armadas de Gran Bretaña. Antes de embarcarse debió someterse acá a una sencilla intervención quirúrgica y murió a consecuencia de ella, a los 36 años de edad. En EL HORNERO (t. VII, pág. 423) le hemos dedicado una breve noticia necrológica. Su desaparición dolorosa fué tanto más lamentada cuanto que son pocos los trabajadores serios y entusiastas en esta materia. Era un inapreciable colaborador del Museo Británico y del Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, al cual donó, entre otros materiales, una valiosa colección de huevos de aves de Tierra del Fuego. Volvemos a recordarlo ahora con pesar, al ver que, por rara coincidencia, el nombre de Percival Reynolds (« Percito », como se le llamaba en el lenguaje familiar angloargentino de su estancia de Cabo Viamonte, donde lo conocí casi un niño en mi viaje de 1921), viene a quedar vinculado al de William Lutley Sclater en la designación de aquel tordo fueguino, que nos recordará para siempre a ambos.

MARTIN DOELLO-JURADO.

REUNIONES ORNITOLOGICAS DE LA S. O. P.

MISCELANEA ORNITOLOGICA

Mayo 6 de 1943. — Conferencia pronunciada por el Dr. José A. Pereyra. — Socios presentes: Sr. Alberto Aiello, Sr. Jorge W. Abalos, Sr. Charles E. Allen, Prof. Irene Bernasconi, Sr. Juan Burghi, Sr. Alejandro F. Bogado, Dr. Jorge Casares, Contr. Pedro S. Casal, Sra. e hija, Sr. Enrique M. del Campo, Dr. Luis M. Campos Urquiza, Sra. Delmania G. de Calabrese, Sr. Ian G. Drysdale, Prof. Héctor S. Gavio, Sr. Julio González, Sr. Alberto Gowa y Sra., Sr. Ricardo Gutiérrez, Sr. Pablo Haedo, Sr. Gregorio Haedo, Sr. Carlos Havestein, Sra. e hija, Sr. Alberto S. Hume, Sr. G. H. Klein, Sr. Cayetano Larroca, Sr. Eladio Lamas, Sr. J. Marcó del Pont, Dr. Carlos A. Marelli, Sr. Salvador Magno, Sr. Edgardo Manzotti, Sr. Gustavo Muniz Barreto, Sra. Marde A. Mulholland, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Williams H. Partridge, Dr. José A. Pereyra, Sra. y hermana, Sr. Glorialdo Pellerano, Sr. Alberto Prosen, Dr. Baldomero Prodoscimo y Sra., Dra. Juana I. Pergolani, Sra. María E. de Resanal, Sr. José Rodríguez, Alm. Abel Renard y Sra., Dr. Arsuine A. Rossi, Sr. Roberto Soto Acebal, Rev. P. J. M. Suárez García, Dr. Ricardo J. Torres, Sr. Juan B. Vasco, Sr. Carlos Alberto Vescovo, Sr. Carlos C. Wiedner.

En una conferencia anterior, hablé sobre algunas aves que pueden anidar y criar en cautividad; hoy ampliaré, con algunos otros datos, pero ante todo, debo manifestar, lo que sucede generalmente con ciertas aves criadas en cautiverio, como patos, teros, perdices, chajáes, etc., que no siempre se hacen completamente domésticas, pues muchas de ellas, en la época de la postura, si es que andan sueltas y tienen sus alas completas, se fugan por ese tiempo para anidar dentro de su ambiente habitual, y así ha sucedido con algunos patos del jardín zoológico de la Capital, que andaban sueltos en esos pequeños lagos, y también con patos y perdices criados en casas particulares.

Ya en mi opúsculo « Viaje al paraíso de las aves acuáticas », hice la historia de ese pato picazo, que en la casa de la familia Rumnacles, en General Lavalle, el que naciera de un huevo puesto a una gallina y criado por ella; luego de adulto, hizo abandono de la casa paterna, para juntarse en los bañados y lagunas de la zona con sus congéneres; pero en la época de la cría, y durante ocho años seguidos, volvía a la casa para anidar entre las plantas del jardín; y una vez nacidos sus pichones, se alejaba con ellos, para criarlos en mejor ambiente, hasta el año próximo, donde repetía su postura. He tenido conocimiento de otro caso por el estilo. Se trata de un tero común, que, criado en cautividad desde pichón, luego se alejó por un tiempo, pero vuelve a la casa para anidar.

Ya dije, también, que las aves en cautiverio adquieren ciertas modalidades. Mi estimado amigo y consocio, Sr. Eduardo Harper, cuando residía en el partido de General Villegas, tuvo un zorzal negro *Turdus anthracinus*, hembra, que había llevado de las sierras de Córdoba, conjuntamente con otros; era la única sobreviviente, y aunque había comprado en pajarerías de Buenos Aires otros ejemplares, para ver de sacar cría, que se los vendieron como machos, resultaron todos hembras y se les murieron; pero lo interesante, era la mansedumbre de ese pájaro. En la época de postura, para hacer el nido, entraba a un invernáculo por una abertura que había para ventilación en un mojinete, y no solamente continuaba arreglando el nido cuando era observada, sino que hasta aceptaba las fibras de paja que le ofrecía la Sra. de Harper, las que acomodaba en su nido, y volvía a pedir más.

Cuando luego se radicaron en Rincón del Atuel, en Mendoza, también los acompañó Mss Chuk, pero desapareció al día siguiente, no se sabe si volvió a la querencia anterior, o encontrándose en ambiente propio se juntaría con otros compañeros, pero lo cierto es que no volvió más al hogar, en donde era tan mansa.

FIG. 1. — Nido de *Pseudoseisura gutturalis* (Lafr. y d'Orb.) Chuchumenta, con nueva entrada; tenía un metro de profundidad y ocupaba totalmente un arbusto llamado « Llaullín ». Fotografía tomada en Rincón del Atuel » (Mendoza) por el Sr. Eduardo C. Harper.

En el último número de la revista « El Hornero », habrán visto un caso teratológico del pato criollo *Cairina moschata*, que carece de la membrana palmar en los dedos; pero no se conoce el origen, si ha sido por cruza. Fué adquirido para el Museo Argentino de Ciencias Naturales, por compra, y dice que estando con otros patos domésticos, pisaba a las patas. El Sr. Harper, hizo experimentos de cruza de esta especie con otros, patos y sólo una vez consiguió la cruza de un pato marrueco con una pata criolla. La pisaba estando dentro de la lagunita donde acostumbraban a andar. En una sacada de doce huevos que puso, resultaron diez patos criollos y dos de cruza. Estos eran una maravilla; a los dos meses, esos pichones pesaban el doble de los patitos criollos, que son de por sí ya grandes. De resulta de una gran tormenta, murieron todos los patitos criollos, quedando sólo los de cruza, que se criaron hasta adultos. Prueba esto, que esos de cruza, no sólo se desarrollan mejor, sino que son más fuertes y resistentes a las intemperies. También eran mudos como los patos criollos.

El Furnárido *Pseudoseisura gutturalis*, llamado vulgarmente chuchumenta, congénere con el común lophotes, caserote, hornero grande, común en los montes pampeanos y hasta en Entre Ríos, y que es todo marrón y copetón; siendo aquél de una coloración general grisácea y con la garganta blanca. Esta especie, muy conocida en Mendoza, y que durante el invierno se acerca a las poblaciones para comer sebo, en la época de la postura se aleja de ellas, para anidar en árboles espinosos como el algarrobo, llaullín u otros, en sitio retirado o aislado.

La pareja ocupa generalmente el mismo nido durante dos años seguidos, aunque en este caso, rehacen el tubo o entrada del nido, el cual se estira más de medio metro a un costado del mismo; por eso se ven en primavera, nidos viejos con entrada nueva. El huevo es blanco, casi esférico; mide 27/22 mm, más chico que el de su congénere.

En cambio el Fringilido llamado pepitero o pico de hueso *Saltator aurantiirostris nasica*, una subespecie que habita esa zona de Mendoza y La Pampa, que es un pájaro más bien arisco, en la época de la postura busca para anidar, generalmente los árboles frutales u otros cerca de las poblaciones. El huevo es semejante por su coloración general al de la especie típica *Saltator aurantiirostris aurantiirostris*, llamado pepitero grande, pero de tamaño algo menor; mide 25/19 mm; es de fondo celeste con algunas máculas grandes bien negras diseminadas en su contorno; mientras que en los de la especie típica, esas manchas y otros signos menores, están generalmente formando corona alrededor del polo obtuso.

El simpático Tiránido *Lessonia rufa* o *Lessonia nigra*, vulgarmente llamado sobrepuesto, u hosquito, muy común de ver en nuestros campos de ganadería, en los corrales de haciendas y en las tierras aradas, siempre corriendo o volando bajo, en la busca de bichitos e insectos de que se alimenta, encontrándose la mayor parte del año en los campos de nuestra provincia de Buenos Aires y hasta en nuestra Capital, pues hace poco fué visto por Villa Luro, en unas quintas de verdura.

El machito es más visible por su indumenta, todo negro, con una gran mancha castaño rojiza en su dorso, que se asemeja al color del sobrepuesto o sea la última pieza que cubre al recado de montar.

Desaparece de nuestra zona desde fines de octubre hasta febrero, pues se aleja bastante para anidar; lo hace en la región del Río Negro y Neuquén, de donde tengo un huevito, de principio de postura, o sea de diciembre, obtenido del Neuquén, cerca de Bariloche, y que es una primicia, pues no se le conocía. Es algo parecido al de la viudita o pico de plata *Hymenops perspicillata*, por sus pintas rojizas, aunque es de menor tamaño: mide 19/15 mm. El nido lo hace sobre los pastos o algún yuyo, por el estilo del que hace el misto cimarrón *Sicalis arvensis*.

He tenido ocasión de observar este verano los pichones, ya voladores, del bonito y pequeño Tiránido siete colores de laguna *Tachuris rubrigastra*, que anida en los juncales. Estos pichones son muy lindos; carecen aún, en esa época, del rojo y azul de los adultos y lo inferior del cuerpo no es tan amarillo; sobre lo superior del cuerpo, que son verdesitos, están llenos de pequeñas pintas blanquecinas, y mucho les resalta el color blanco que ostentan los adultos, en la cola, superciliares y demás.

Tres jóvenes andaban juntos el 25 de diciembre, entre los juncos donde nacieron; muy mansitos, estando uno quieto tanto se acercaban, que casi se les podía cazar de un manotón. Entre dos o tres personas sería fácil, arreándolos, sacarlos fuera de los juncos, para luego, corriéndoles en campo abierto, dales caza, pues mucho no habrían de volar y se les cansaría fácilmente.

Por esa época, en los bañado de Zelaya se encuentran también jóvenes en período de muda, del pico de plata *Hymenops perspicillata*, que ya tienen los párpados y el pico del color de los adultos, las patas negras y con lo superior e inferior del cuerpo y la cabeza moteados de negro en los machos, y en las alas y cola, con plumas negras y rojizas aún.

Los machos jóvenes del verdón o cotorra de bañado *Embernagra platensis platensis*, se ven en otro color distinto a los adultos; y éstos, ya con nuevos nidos de segunda postura, hechos en las plantas cortaderas, con pajitas secas de la misma, colocados a un costado entre los tallos y más bien bajos. Un nido de ellos tenía un huevo roto pegado al nido, roto sin duda por el intruso tordo, que le había puesto dos de un color celeste verdoso lleno de pintas, y había otros tres fresquitos de la especie.

Da gusto oírlos cantar a los machos adultos, y ver que al emitir esos cantos en esa época del amor, levantan la cabeza mirando hacia arriba, como dando gracias al cielo por tanta ventura.

El pato barcino chico o patito franciscano *Nettion flavirostre*, que generalmente tiene la costumbre de anidar sobre árboles en los lugares donde hay montes cercanos, aprovechando de los nidos de cotorras o de leñateros, aún no se sabía con seguridad en qué forma bajaba luego a los pichones del nido, y suponía, y así lo consigné en mi libro « Aves ribereñas de la zona nordeste de la provincia de Buenos Aires », que los padres los bajarían de a uno con el pico tomándolos de las alas, por haber así visto sacar de una lagunita, una pata marrueca a un pichón.

Algunas personas creían que los bajaban de a uno sobre el lomo. Mi estimado amigo el Sr. Gustavo Barreto, que es buen observador y mucho le agradan estas cuestiones ornitológicas, me manifestó haberlos visto en su establecimiento de Monte Veloz, y que fueron también observados por otras personas del lugar, que una vez que han nacido todos los pichones, los padres correteany gritan por el suelo y vuelan alrededor del nidos, como para incitarlos a que se larguen al suelo, lo que luego así realizan, y una vez todos reunidos los llevan a las lagunas o arroyos cercanos. Los pichones, al tirarse del nido como son livianos y de mucho plumón, abren las alitas para soliviarse y así, cayendo por entre las ramas del árbol, aunque sea de regular altura, llegan al suelo sin ocasionarse daño alguno.

El tucán rojo y amarillo *Ramphastos discolorus*, en la zona nordeste de Misiones, hay años en que es bastante abundante; así en la primavera pasada, llegaron bandadas de numerosos ejemplares, de los cuales fueron muertos muchos por los muchachos del lugar, a naranjazo limpio; pegándoles en el pico, caían inertes, knockout, según me manifestara el amigo Guillermo Kelsey. También observó dicho señor que el bonito halcón cola de tijera *Elanoides forficatus yetapa*, que es muy abundante en esa zona, y de los cuales fueron traídos el año pasado varios ejemplares jóvenes y adultos, para el Museo Argentino de Ciencias Naturales, desaparece de la región en la época de la nidificación, apareciendo luego con las crías jóvenes.

En el jardín zoológico de la Capital tuve ocasión de ver, hace poco, a un casal de la hermosa grulla de copete, ave exótica, que habían criado tres pichones. Daba pena verlas en tan reducido espacio, un pequeño jaulón, con una piletita que chorreaba el agua y humedecía la tierra a su alrededor. Había que ver con qué afán uno de los padres cavaba en esa tierra húmeda, introduciendo casi todo el pico, para buscar alguna lombriz que le sirviera de alimento a sus tres hijos, que lo rodeaban aunque inútilmente. Bien podian andar sueltas, o en algún lugar con más espacio; y se ve que son aves que pueden vivir y reproducirse tranquilamente en cautiverio.

En ese mismo lugar, junto al lago, andaba un casal de pelicanos, con su majestuoso indumento como si fueran recién pintados, y con su paso acompasado. Cerca de ellos, otro pelícano macho cuando trataba de querérseles acercar, el consorte lo alejaba haciéndole unas fintas con el pico; pero lo interesante era la amistad que había hecho con una hembra de avutarda, la que lo acompañaba por todas partes, y tenian entre ellos sus charlas y coloquios, comentando tal vez las incidencias del momento.

Voy a relatarles otro caso de compañerismo ocasional entre dos seres de clase distinta. Se trata de un gato con un gallo viejo bataraz, el que durante todo el día lo acompaña

en sus andanzas, y al llegar la noche, cuando éste se va a refugiar para ir a dormir, encaramado sobre un árbol, ahí lo deja hasta el día siguiente, en que repite su acompañamiento. Como ese gallo se muriera, ahora hace lo propio con otro gallo colorado.

En la casa de mi familia en Moreno, hay varios árboles frutales de kaki, y como por este tiempo entran a madurar sus frutos, se juntan todos los benteveos de los alrededores, he contado unos 17, y aprovechan de ese manjar. Bajan a las plantas silenciosamente, aunque uno esté al pie de ellas observándolos. Sólo pican las frutas maduras, y no van a otras hasta no terminar con las que habían comenzado a comer. Luego de saciado su apetito, vuelan hasta un terreno contiguo donde hay un monte de paraísos, y recién ahí emiten sus cantos burlescos como satisfechos de su hazaña.

En la temporada de verano, y a la hora de la siesta, generalmente, es cuando andan las pícaras pirinchas, vulgares urracas *Guira guira*, recorriendo los nidos en los árboles, en busca de pichones para comerlos o llevarlos a sus hijos.

Se nota en seguida su presencia, por la bulla y gritería de los gorriones, asustados, al ver que esas pícaras les registran los nidos que tienen sobre los árboles; y así vi a una de éstas que les abrió un nido, y del cual sacó un pichón bien emplumado, casi como para volar, y se lo llevó en el pico; éste iba gritando, y los padres y demás compañeros alarmados. Luego se asentó sobre el suelo y comenzó a golpearlo como para matarlo. Al querer acercarme, voló con él para asentarse nuevamente algo más lejos y continuó golpeándolo. Supongo que luego de muerto se lo engulliría.

A los que no les puede hacer nada es a los nidos de los leñateros, pues como éstos son muy tupidos, de palitos resistentes, por más que suben y bajan y los recorren por todos lados, por ver de abrirlos, les es imposible, y después de un rato de esfuerzos los abandonan, salvándose sus pichones; no así los de gorriones y otros, por ser sus nidos construídos con materiales más débiles.

Junio 10 de 1943. — Conferencia de la Dra. María J. I. Pergolani sobre el tema « La estructura de las plumas ».

Socios presentes: Sr. Armando Arata y Sra., Sr. Alberto Aiello, Srta. Irene Bernasconi, Sr. Carlos Bogado, Contraalmirante Pedro S. Casal y Sra., Dr. Jorge Casares, Sr. Arístides De Greco, Sra. Ana Di V. de Chillida, Dr. Cornelio Donovan, Prof. Héctor S. Gavio, Rev. P. José M. S. García, Sra. Juana G. de Bozzini e hijo, Sr. Alberto Gowa, Sr. Ricardo J. Gutiérrez, Sr. Pablo Haedo e hijo, Sr. Carlos Havenstein, Rev. P. Axel Krebs, Sr. Jorge Landi Dessy y hermana, Srta. Lacayo y hermana, Dr. Carlos A. Marelli, Sr. Salvador Magno, Srta. María de las Mercedes, Dr. Leopoldo Melo, Sr. Raúl S. Nicolini, Dr. José A. Pereyra, Srta. Juana Pergonali y hermanas, Sr. Alberto Prosen, Sr. Juan Ranza, Am. Abel Renard, Dr. Arsume A. Rossi, Dr. José Roveda, Srta. Inés Serrao, Dr. Rodolfo J. Semprún, Prof. Delia Schiapelli, Srta. Juana Borye, Sr. León Vivoff, Sr. Abraham Willink.

Agosto 4 de 1943. — El Contraalmirante Don Pedro S. Casal pronunció una conferencia sobre el tema « Pingüinos », ilustrada con numerosas láminas y diapositivos.

Socios presentes: Sr. Alberto Aiello, Sr. Enrique Amadeo Artayeta, Sr. F. Acosta e hijo, Sr. Celso Agnier, Sra. Celia Bernal de Pereyra, Prof. Irene Bernasconi, Sr. N. Biton, Sr. Angel P. Bouza, Sr. Juan Burghi, Sra. Murial Ayres de Bruzon e hijo, Sra. Juana G. de Bozzini, Sr. Enrique M. del Campo, Sra. María Victoria de la Canal de Casal e hija, Dr. Jorge Casares, Sra. Di Verniero de Chillida, Sr. Aristides de Greco, Prof. M. Doello-Jurado, Dr. Di Fiore, Sra. y sobrino, Sr. José Figueroa Alcorta, Sr. N. Galeato, Prof. Héctor S. Gavio, Sr. A. Garbarino, Sra. e hijas, Dra. Deidamia Giambiaggi de Calabrese, Sr. Julio González, Sr. Pablo Haedo, Sr. Gregorio Haedo, Srta. Leo Kaudi, Sr. Guillermo Kelsey e hijo, Rev. P. Axel Krebs, Dr. G. Walter Klein e hijo, Dr. Ulrich

Klohn y Sra., Sr. José León, Sr. José Marcó del Pont, Ing. Romualdo Maniglia, Dr. A. Manzitti, Ing. Andrés Millé, Sr. Carlos E. Mujica, Sr. G. Muniz Barreto, Sr. Aldo N. Navarrini, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Glorialdo Pellerano, Dr. José A. Pereyra, Dra. Juana I. Pergolani, Dr. Aldo Pini, Dr. Baldomero Prosdocimo, Sra. e hijo, Sr. Alberto F. Prosen e hijos, Sr. Ernesto Pueyrredón, Sr. Juan Ranza, Dr. Rodolfo J. Roveda, Almirante Abel Renard, Sr. R. Resale, Dr. Arsinue a. Rossi, Sr. Cirio Saldívar, Sr. José Sisea, Dr. Rodolfo Semprún, Capellán J. M. Suáreaz Garcia, Prof. Rita Delia Schiapelli, Sra. M. Suárez e hija, Srta. Elena Urquijo, Sr. Juan V. Vasco, Dra. Julia V. de Gavio e hijo, Sr. Zapiola Acosta, Sr. Angel Rafael Zotta, Sr. León Zivoff.

Septiembre 23 de 1943. — « Una excursión a los cañadones de la estancia Cari-Lauquen », por el Prof. Héctor S Gavio.

Socios presentes: Sr. Alberto Aiello, Sr. Enrique Amadeo Artayeta, Sr. F. Acosta e hijo, Sr. Celso Agnier, Sra. Celia Bernal de Pereyra, Prof. Irene Bernasconi, Sr. N. Biton, Sr. Angel P. Bouza, Sr. Juan Burghi, Sra. Murial Ayres de Bruzon e hijo, Sr. Enrique M. del Campo, Sra. María Victoria de la Canal de Casal e hija, Dr. Jorge Casares, Contraalmirante Pedro S. Casal, Sra. Di Verniero de Chillida, Sr. Arístides de Greco, Prof. M. Doello-Jurado, Dr. Di Fiore, Sra. y sobrino, Sr. José Figueroa Alcorta, Sra. Juana G. de Bozzini, Sr. N. Galeato, Sr. A. Garbarino, Sra. e hijas, Dra. Julia V. de Gavio e hijo, Dra. Deudamia Giambiaggi de Calabrese, Sr. Julio González, Sr. Alberto Gowa, Sr. Pablo Haedo, Sr. Gregorio Haedo, Srta. Leo Kandi, Sr. Guillermo Kelsey e hijo, Rev. P. Axel Krebs, Dr. G. Walter Klein e hijo, Dr. Ulrich Klohn y Sra., Sr. José León, Sr. José Marcó del Pont, Ing. Romualdo Maniglia, Dr. A. Manzitti, Ing. Andrés Millé, Sr. Carlos E. Mujica, Sr. G. Muniz Barreto, Sr. Aldo N. Navarrini, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Glorialdo Pellerano, Dr. José A. Pereyra, Dra. M. Juana I. Pergolani, Dr. Aldo Pini, Dr. Baldomero Prosdocimo, Sra. e hijo, Sr. Alberto F. Prosen e hijos, Sr. Ernesto Pueyrredón, Sr. Juan Ranza, Dr. Rodolfo J. Roveda, Almirante Abel Renard, Sr. R. Resale, Dr. Arsinue A. Rossi, Sr. Cirio Saldívar, Sr. José Sisea, Dr. Rodolfo Semprún, Capellán J. M. Suárez García, Prof. Rita Delia Schiapelli, Sra. M. Suárez e hija, Srta. Elena Urquijo, Sr. Juan V. Vasco, Dra. Julia V. de Gavio e hijo, Sr. Zapiola Acosta, Sr. Angel Rafael Zotta, Sr. León Zivoff.

Octubre 21 de 1943. — Conferencia del Dr. Emiliano Mac Donagh sobre el tema « Ventajas didácticas de los nuevos sistemas de clasificación de las aves ».

Socios presentes: Srta. Teresa Araya, Sr. Alberto Aiello, Sr. Enrique A. Artayeta, Prof. Euclides F. Barrán, Dr. Aníbal P. Beiró, Sr. Juan Burghi, Contraalmirante Pedro S. Casal, Dr. Jorge Casares, Sr. P. D. Castro, Sr. Enrique M. del Campo, Sra. N. Capuzzi, hermana e hijo, Sr. Arístides D. Greco, Sra. Ana Di V. de Chillida, Dr. J. P. Duret, Sr. Juan Estéves, Sr. Abraham Freiberg, Prof. Héctor S. Gavio, Rev. P. José M. S. García, Sr. Alberto M. Gowa y hermano, Sra. Goldstein de Bozzini e hijo, Sr. Guillermo Kelsey, Rev. P. Axel Krebs, Srta. Luisa Landivar, Sr. Arturo López y Sra., Ing. Andrés Millé, Sr. René R. Montero, Sr. Aldo N. Navarrini, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Nicolás Ortiz Basualdo y Sra., Dra. María J. I. Pergolani, Dr. José A. Pereyra y Sra., Sr. Alberto Pinto, Almirante Abel Renard, Dr. Rodolfo J. Semprún, Srta. Amelia Tomé, Srta. Elena Urquijo, Sr. Abraham Willink.

UNA COLECCION PARTICULAR DE ANIMALES EXOTICOS EN BRETAÑA: EL PARQUE ZOOLOGICO DE BRANFERÉ

Noviembre 4 de 1943. — Conferencia dictada por el Sr. Paul Jourde.

Socios presentes: Srta. N. Borghini, Sr. Juan Bosio, Srta. Irene Bernasconi, Sr. Henry Besquerel y Sra., Sr. Alberto Blaquier, Sr. Juan Burghi, Sr. N. Bhuerel, Sr. Juan J.

Boero, Ing. José M. Bustillo, Contraalmirante Pedro S. Casal, Coronel Jorge B. Crespo, Sra. Colombi de, y hermana, Sr. E. M. del Campo, Sra. de Capuzzi, y hermana Dr. Jorge Casares, Sr. N. Dardainen, Sr. N. De Carlos, Sr. Arístides De Greco, Prof. M. Doello-Jurado, Sra. Dobranich e hijo, Srta. Domínguez, Srta. Nélida Ferrari, Prof. Héctor S. Gavio, Sra. Goldstein de Bozzini e hijo, Sr. R. J. Gutiérrez, Sr. N. Guarisino y Sra., Marquesa Guarracino Manca y sobrino, Sr. Alberto M. Gowa, Sra. M. Gutman, Sr. Havenstein y hermano, Srta. Alicia Jurado, Rev. P. Axel G. Krebs, Sr. Guillermo Kelsey, Dr. Tomás A. Le Bretón y Sra., Srta. Larroca, Sr. Arturo López, Sr. Martín Monti, Ing. Andrés Millé, Sra. Mulholland, Sr. René R. Montero, Sr. Gustavo Muniz Barreto, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sra. Pasaquet, Dra. M. Juana I. Pergolani, Dr. José A. Pereyra, Sr. Alberto Pinto, Dr. B. Prosdocimo, Sra. e hijo, Sr. Alberto Prosen, Sr. Gustavo A. Pueyrredón, Dr. Arsinue A. Rossi y Sra., Sr. Sáens Valiente, Sr. Carlos M. J. Suárez, Srta. Elena Urquijo, Srta. Carmen Valdez, Dr. Mario Williams.

Durante el corto período que separó las dos guerras mundiales, algunos naturalistas se obstinaron en reconstruir en sus residencias particulares, en la vieja Europa exangüe y maltrecha, las colecciones zoológicas diezmadas por el cataclismo. Estamos aquí entre ornitólogos y amigos de los pájaros; ninguno entre nosotros, entonces, considerará locos a los últimos originales que, en tiempos en que preocupaciones muy diferentes ocupaban habitualmente el primer plano, consagraban sus ratos de ocio, sus actividades sus propiedades y aún a veces una gran parte de sus medios, en reunir pacientemente, aclimatar y estudiar, especies características de animales extranjeros.

Entre las colecciones particulares que se rehicieron poco a poco, las del Duque de Bedford era universalmente conocida; Sir Ezra, hermano del apasionado ornitólogo de Calcuta, así como el Mayor Pam, poseían también en Inglaterra numerosos animales exóticos.

En Francia, el maestro indiscutible de aclimatación, el organizador de los grandes parques zoológicos modernos, fué mi amigo Jean Delacour. En el incomparable parque de Cleres, saltaban graciosamente, entre bosquecillos de arbustos, gacelas o antílopes; pájaros tropicales, diseminados sobre el césped, alegraban con sus vivos colores la verde campiña normanda; los kanguros asombraban con sus saltos fantásticos a través de las praderas. La parte decorativa desempeñaba un papel tan importante como la documentación científica; los colores de las aves armonizaban con los de las flores de los macizos, las aves del paraíso volaban libremente en exuberantes invernáculos.

El Duque de Valençay mismo, había transformado el parque de su célebre castillo, donde vivió su abuelo Talleyrand, en un santuario zoológico donde abundaban grandes cantidades de animales raros. Pero él pareció haber sido guiado, ante todo, al organizar su costosa colección, por un sentido decorativo bien superior a su conocimiento de los animales, ya que no a su simpatía por ellos. El jardín que precedía la entrada del castillo estaba rodeado por rejas, semejantes a las de Versailles. Para evitar a los animales delicados el peligro de las corrientes de aire, las verjas estaban revestidas con vidrios, a primera vista invisibles; los prisioneros se protegían así de la brisa y aprovechaban los pálidos rayos del sol invernal.

A lo largo de la avenida central, sobre el césped dispuesto a la francesa, tejos cuidadosamente recortados bordeban simétricamente, con sus siluetas oscuras, los caminos de arena dorada. Entre los arbustos cónicos, manchas brillantes encandilaban sobre ese fondo uniforme: eran los espléndidos ejemplares de loros del mundo entero, que constituían esta principesca colección. Los árboles se encontraban separados por percheros sobre cada uno de los cuales se veía un pájaro diferente, que contribuía a romper con sus aleteos multicolores la fría y majestuosa monotonía del « Grand Siècle ».

Sin extenderme sobre otras reservas particulares, como la del Barón Ampin en Bouffémont y la de Madame Delaporte en Ercheu, vamos ahora, con el permiso de ustedes,

a descender a lo largo del curso plácido del Loire, el de las arenas finas, y recorrer sus riberas armoniosas, para llegar a su desembocadura bretona — el Loire-Inférieure, donde, al aproximarse al océano, el clima se regulariza, mientras que la « douceur angevine » comienza a ceder su lugar a la aspereza armoricana. — El valle encajonado de la con razón nombrada « Villaine » — los sondajes han revelado más de 25 metros de lodo por unos 20 de agua en el puente de la Roche-Bernard — marca la separación entre la rica Bretaña nantesa y la vieja Bretaña céltica — el país de los calvarios, de las gaitas, de los delantales bordados y de las cofias tradicionales, donde se habla siempre el bretón de los Druidas y de los Venetes.

A diez o doce kilómetros de la Vilaine, fiord noruego perdido en este rincón de Occidente, se encuentra, a corta distancia del mar, el castillo de Branféré, objeto de esta conversación. Antes de hablarles de su parque y de sus animales, veremos su ubicación sobre el mapa y tendremos, por la proyección de algunas fotografías, una idea de la región, de su naturaleza, de su clima así como de sus rasgos más característicos.

La propiedad está situada en el Guerno, pueblo muy antiguo, que tiene una curiosa iglesia fortificada, construída sobre restos de un templo romano. Los Bretones se mostraron siempre excesivamente conservadores, y el catolicismo, para implantarse en Armórica, debió a menudo contemporizar con el paganismo romano, más aún, con las costumbres célticas, tan arraigadas que se perpetuaron hasta la Edad Media. Es así cómo un gran número de santos bretones realmente no existieron jamás; los nombres paganos de las divinidades adoradas entonces en esos lugares, fueron progresivamente cristianizados, al mismo tiempo que sus templos se transformaban en santuarios católicos. La leyenda de Saint Cornély, transformando en piedras a los soldados romanos que le perseguían para matarle, es uno de los típicos ejemplos. Toda la región al oeste del golfo de Morbihan está cubierta de monumentos megalíticos, y los menhires que constituyen las famosas « alineaciones de Carnac » se encontraban ya en el sitio, tres o cuatro mil años antes de la era cristiana.

El « Mar de Morbihan », como se nombra pomposamente en la región, está, por otra parte, sembrado de esos legados fantásticos de una raza desconocida, atlante o céltica, preservados por las aguas, a través de las edades, y de la destrucción del hombre. Al abrigo de los cambios de temperatura, tan frecuentes en el sur de Francia, el golfo es una de las regiones más atemperadas del país. Las tormentas son, sin embargo, repentinas y violentas, como en el valle de la Vilaine, con lluvias igualmente copiosas. Situado entre estas dos zonas, Branféré goza de un clima más favorable, desde el punto de vista de la aclimatación, que Cleres o Valencay, por ejemplo.

Lamento no poder mostrarles algún documento sobre el incomparable parque de Cleres, el último de su tipo, sin duda, en estos tiempos de perturbación. El valle de Cleres, especialmente elegido por Jean Delacour en vista de sus colecciones ornitológicas, era un delicioso rincón de Normandía, húmedo y verdeante, constantemente embellecido, por espacio de veinte años, por el propietario y sus colaboradores. En este sitio ideal, no se podía encontrar, desde el punto de vista de la aclimatación, más que dos inconvenientes serios: el relativo rigor del clima de la Normandía del Norte, exagerado por la situación del parque en el fondo del valle que queda en la sombra una buena parte del invierno, y más aún la proximidad del pueblo en el cual el parque y el castillo se encajonaban, entre las vías del ferrocarril y la ruta que dividía en dos los terrenos relativamente poco extensos. Este exceso de civilización era a veces un inconveniente, cuando los animales se escapaban, y sobre todo cuando los gibones acrobáticos iban brincando de techo en techo.

Sin poder compararse con Clères, Branféré le aventajaba bajo estos aspectos y también por la naturaleza de un terreno mucho más variado, y casi perfecto para el fin propuesto, si los estanques disponibles hubiesen sido más amplios. El terreno reservado,

primitivamente de unas treinta hectáreas, había sido reducido a veinte, eliminando las partes demasiado tupidas, para disminuir a la vez la posibilidad del cercado por la caída de árboles en caso de tormenta, y tener un mejor control de los animales — conservando, naturalmente, bastantes árboles y arbustos como para que ellos pudieran encontrar un abrigo natural contra la intemperie.

Contrariamente a Clères, instalado para recibir continuamente visitantes y en posesión de las especies más raras y más delicadas, el único propósito perseguido por Branféré era aclimatar en libertad animales exóticos, de parque y de adorno, que pudieran, en un plazo bastante corto, vivir con un mínimo de cuidados, y encontrar por sí mismos, durante la buena estación, la mayor parte de sus alimentos. Las variedades decorativas eran, naturalmente, las más numerosas, y las especies peligrosas totalmente eliminadas. Había pocas jaulas y pajareras, que se utilizaban principalmente en primavera, en el tiempo de la postura, o a la llegada de nuevos especímenes, los cuales se tenían algún tiempo en observación antes de dejarlos en libertad. Las especies tropicales recientemente importadas necesitaban aclimatarse durante toda la primavera y el verano para estar en condiciones de soportar los primeros fríos otoñales. Las leyes de la naturaleza actuaban, por otra parte, rápidamente: el pelo de los animales crecía antes del invierno; la época de reproducción se restablecía a más tardar antes del segundo año para los animales del hemisferio Sur: los pequeños nacidos en el otoño no resistían siempre los rigores del clima.

A continuación se proyectaron en la pantalla varias fotos de ambiente, que fueron comentadas por el conferencista.

Como ya dije, los animales de Branféré vivían casi todos en libertad, no encerrándoselos sino en circunstancias excepcionales, salvo algunos de ellos, como ciertos guacamayos, tucanes o monos, que no se podían dejar continuamente afuera. Los ensayos sucesivos para domesticar algunas especies generalmente conservadas en jaulas, presentaron dificultades y trastornos, como la pérdida de ejemplares de pájaros poco comunes, pero permitieron asimismo llegar a resultados notables. Todo el parque estaba aislado por un cerco de 2,50 m de altura, protegido por medio metro de alambrado enterrado verticalmente en el suelo y ligeramente inclinado hacia el exterior. Esta precaución permitía evitar completamente la intrusión de zorros, tejones y roedores al interior del parque. Esos corsarios, para pasar bajo el obstáculo que se les opone, escarban siempre al pie, encontrando, por consiguiente, el alambrado enterrado a este efecto; nunca piensan escarbar un poco más atrás.

El castillo de Branféré no es muy antiguo; es del principio del siglo pasado. Los cuerpos construídos bajo Luis XIII no aparecen en la foto; así y todo, ofrece, como el parque, un ejemplo típico de esta región, en donde abundan los castillos y casas solariegas, desgraciadamente muy a menudo en estado de abandono.

Después de proyectar y comentar tres fotos, el conferenciante prosiguió:

Los guacamayos son aves curiosas; se domestican fácilmente, cualquiera que ser su color. Hasta los araucanos azules y amarillos se quedan de buena gana a pelear con los loros y a quebrar todo el día las ramas con su robusto pico. Un solo color hace excepción, el azul puro: si un guacamayo es enteramente azul (guacamayo de Lear, de Spix o *hyacyntheus*), se le verá un día, si no se le vigila, como me ha pasado, tomar el vuelo sin razón aparente. Nadie ha podido darme una explicación satisfactoria e este respecto... (Desgraciadamente son siempre las razas más raras las más independientes). Los guacamayos, como todos los loros, tienen la manía de la imitación. Reproducen de una manera notable algunos ruidos, como, por ejemplo, el grito de otros animales, y sobre todo les gusta imitar lo que hace el primero entre ellos; toda la dificultad estriba en decidir a uno a instalarse entre los árboles donde se desea que vivan todos. Es un curioso espectáculo verlos suspendidos por el pico o por una pata, de

las ramas más altas, a veces balanceados durante días enteros por el viento glacial del invierno, sin atreverse nunca a bajar antes de terminada la tormenta. Es, al contrario, cuando reina buen tiempo, que se dirigen, a la hora de la comida, hacia las ventanas del comedor, para disputar las buenas raciones a sus múltiples rivales — antílopes, canguros, faisanes, pavos reales, gansos, avutardas, patos y otros.

Los loros ofrecen a veces el ejemplo de una inteligencia extraordinaria. Una hembra « marguerite » del Brasil, desaparecía regularmente todos los veranos, abandonando a su esposo en su pajarera, siempre abierta; el desgraciado macho, « éjointé » antes de tomar el camino de Branféré, estaba obligado a cuidar el domicilio conyugal. Su verde plumaje permanecía invisible sobre las hojas del mismo tono, y su presencia se hacía notar solamente por la cantidad de manzanas y peras picoteadas en algunos rincones del vergel. La golosa hembra era, por otra parte, muy afectuosa, y amenudo llamaba nuestra atención, cuando salíamos de casa, articulando con voz dulce desde una rama: « c'est coco... », y viniendo acto seguido a posarse sobre nuestro brazo en demanda de una caricia o de una golosina, después de lo cual acompañaba, volando de árbol en árbol, nuestro paseo, mientras no salíamos del parque. Nunca abandonó éste, ni siquiera por un instante; el cercado representaba para ella un límite más allá del cual no se arriesgó jamás. Después de días o semanas de ausencia, en cuanto abríamos la verja, la conocida voz nos recordaba armoniosamente su presencia, y el ave reanudaba su vuelo de árbol en árbol, detrás de nosotros. Parecía interesarse particularmente por el deporte, siguiendo hasta el final, entre los arbustos, a los jugadores de golf. En cuanto al tenis, bastaba para hacerle olvidar su golosina y la fruta de otoño, que apreciaba particularmente. Apenas empezaba el juego, aun después de haber estado semanas enteras sin manifestar su presencia, venía a instalarse sobre la rama más próxima, y durante todo el partido seguía a la pelota con la vista, manifestando de vez en cuando su interés con su frase acostumbrada, articulada con suma satisfacción. Terminado el partido, desaparecía, hasta que un nuevo espectáculo llamara su atención.

Además de los loros, del lama y de las diversas variedades de patos y avutardas, la fauna americana estaba representada por algunos tucanes, bastante diferentes del *Ramphastos toco*. Nuestos estudios ornitológicos satisfacían un amor hacia los animales que nos había hecho reunir especies tan diferentes. Esta pasión de estudiar la flora y la fauna de los diversos continentes debía empujarnos, a pesar de las vicisitudes de la época, a través de los zoológicos y los parques nacionales del mundo entero.

El tucán de pico azul, o tucán de las Guayanas, es uno de los especímenes más interesantes de la fauna de la América tropical; los de Branféré se habían humanizado especialmente, debido a que el clima nos permitía dejarlos en libertad tan a menudo como a los demás animales. Viviendo principalmente en casa, el pájaro daba ejemplos sorprendentes de habilidad e inteligencia, manifestando asimismo una viveza y una capacidad para la disimulación extraordinarias. Como en todos los centros zoológicos donde se hace un gran consumo de granos, los ratones eran naturalmente numerosos (en Cleres eran una verdadera plaga); Toucy — tal era el nombre del tucano — se hacía el dormido sobre su perchero; completamente inmóvil, los ojos aparentemente cerrados, observaba, sin embargo, al roedor desde su pequeña jaula de bambú, en la cual su incontinencia hacía necesario a veces encerrarlo. Si el ladrón se arriesgaba a introducirse entre los barrotes, a tiro de su terrible pico, su suerte estaba sellada: hecho prontamente prisionero, mediante un prodigioso estiramiento del durmiente, tenía que padecer durante horas antes de ser acabado por su torturador, que jugaba con él como hacen los gatos con sus víctimas. Los ratones capturados en sus horas de libertad eran tirados hasta el cielorraso para ser infaliblemente agarrados a algunos centímetros del suelo por el increíble juglar; éste sentía igualmente placer en jugar con una pelota de ping-pong que tomaba al vuelo en las posiciones más acrobáticas. Si por casualidad fallaba, se

tiraba al suelo, estirándose, el pico hacia adelante, para buscarla hasta debajo de los muebles.

Como ustedes saben, sin duda, el tucán, pájaro cómico por excelencia, es de humor muy cambiante. A la vez cariñoso y sumamente celoso, no pudiendo soportar la presencia de otros animales cerca de su patrón, manifiesta su cólera y su alegría mediante gritos diferentes. Instalado de noche, para dormir, encima de la rampa de una ancha escalera de piedra, lugar estratégico que le permitía vigilar las comunicaciones de la casa, no formaba más que una pelota compacta de plumas blancas y negras después de haberse cómodamente instalado. Primero giraba completamente la cabeza, gracias a su largo cuello flexible, posando delicadamente su pico multicolor sobre el dorso, entre las alas; acto seguido acercaba las alas hasta que se tocaran una con otra y finalmente cubría el todo con las plumas de la cola, estirándolas hasta arriba en perfecto orden. Así acomodado no se movía más en toda la noche,a menos que alguna caricia le señalara una presencia humana. Reconocía inmediatamente nuestro contacto, y, sin efectuar ningún movimiento, un pequeño grito afectuoso, ahogado por las plumas, manifestaba su beatitud confiada; a veces el grito se hacía más distinto y el pico emergía un momento entre las plumas, para desaparecer de nuevo después de esta demostración imprevista.

Toucy no toleraba a otros animales cerca de sus propietarios, y se esforzaba en desbandarlos en cuanto se le presentaba la oportunidad; dejado en libertad durante los lindos días de verano, aprovechaba ésta para precipitarse hacia el grupo de árboles en donde los guacamayos se abandonaban a sus acrobacias acostumbradas. El cuello estirado, emitiendo su curioso grito de guerra y abriendo y cerrando el pico con una velocidad increíble, caía como un ciclón entre los asombrados loros, inmediatamente puestos en fuga. Debían considerar invencible a un pájaro propietario de tamaña arma ofensiva, juzgando sin duda su fuerza por comparación con su propio pico, extraordinariamente fuerte para su tamaño. Satisfecho de su victoria, el tucán atacaba entonces algún cerezo salvaje, despojándolo en algunos minutos de todos sus frutos — de los cuales uno reaparecía de repente, intacto, en la extremidad de su pico, sirviéndole de juguete por unos minutos.

Pero Toucy no tardaba en volver fielmente hacia la casa, dirigiéndose infaliblemente hacia el mismo punto, en donde el ala más antigua se unía a la otra formando un ángulo recto, y esforzándose en llamar la atención de alguien hacia ese lado. Durante largo tiempo no se pudo comprender lo que deseaba, no habiendo allí aparentemente nada, exceptuando algunas flores y arbustos. Para regarlos, se empleaba una manguera, que se conectaba a una canilla empotrada en el ángulo de los dos muros y que no se usaba sino con ese fin. Por consiguiente, jamás el pájaro había visto salir el agua de la canilla misma. Sin embargo, era lo que buscaba, pues había comprendido de dónde venía el agua que veía a veces salir, a unos veinte metros de distancia, por la extremidad de la manguera. Y, en efecto, en cuanto le fué abierta la canilla, se precipitó lleno de gozo bajo esa ducha tan largamente esperada, volviendo todos los días a ella para su toilette increíblemente cuidadosa, frotándose incansablemente el pico y las patas, doblemente contento, según parecía, por haberse hecho entender y por la oportunidad de disfrutar de un baño prolongado. Esta facultad de razonamiento en un pájaro, me parece tan sorprendente como ciertos rasgos que tuve oportunidad de observar en algunos chimpancés de Africa.

Después de proyectar varias fotos de faisanes, grullas, ciervos, dromedarios, etc., a cada una de las cuales hizo oportunas referencias, el Sr. Jourde concluyó expresando:

Branféré, santuario de las aves, se regía sobre todo por esta condición primordial, demasiado a menudo olvidada en los parques zoológicos: *el amor hacia los animales.*

La conferencia fué leída por la Dra. María I. J. Pergolani, quien además la vertió al castellano.

Mayo 13 de 1944.— Conferencia del Dr. José A. Pereyra sobre « Tres temas ornitológicos ».

Socios presentes: Sr. Julio Amaro, Sr. Juan Burghi, Sr. Enrique M. del Campo, Contraalmirante Pedro S. Casal, Sr. Luis Collazo, Prof. Luís A. Chillida, Prof. Héctor S. Gavio, Sr. Alberto M. Gowa, Sr. Carlos Havenstein, Sr. Pablo Haedo, Dr. Enrique Huergo, Rev. P. Axel Krebs, Sr. Arturo López, Sr. Salvador Magno, Ing. Andrés Millé, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Williams H. Partridge, Sr. Glorialdo Pellerano, Sra. Celia de Pereyra, y hermana, Dr. Baldomero Prosdocimo, Sr. Alberto Prosen, Sra. N. de Romero, Sr. Carlos J. M. Suárez, Dr. Enrique Udaondo, Dr. Mario Williams, Sr. León Zivoff.

Julio 7 de 1944. — Conferencia del Sr. Andrés G. Giai, sobre el tema « Generalidades sobre la caza y los cazadores ».

Socios presentes: Sr. Alberto Aiello, Sr. René Balli Pasquier, Sr. Juan Bevacqua Sr. Fernando Bourquin, Contraalmirante Pedro S. Casal, Dr. Jorge Casares, Sr. Enrique M. del Campo, Sr. Roberto Delfino Pinto, Dr. Jorge Dennler, Sr. Mihuel Fernández Sr. A. Gowa y Sra., Prof. Héctor S. Gavio, Sr. Julio González, Sr. Oscar J. Grimaux, Sr. Héctor Gramigna, Rev. P. Axel Krebs, Sr. Gustavo Muniz Barreto, Ing. Andrés Millé, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Glorialdo Pellerano, Dr. José A. Pereyra, Sr. Alberto Prosen, Dra. María J. I. Pergolani, Sr. Juan Pérez Bouza, Dr. Arsuine A. Rossi, Dr. Rodolfo J. Semprún, Sr. Antonio Suárez, Sr. Carlos J. M. Suárez, Sr. Juan B. Vasco, Sr. Alberto Vescovo y Sra., Sr. León Zivoff.

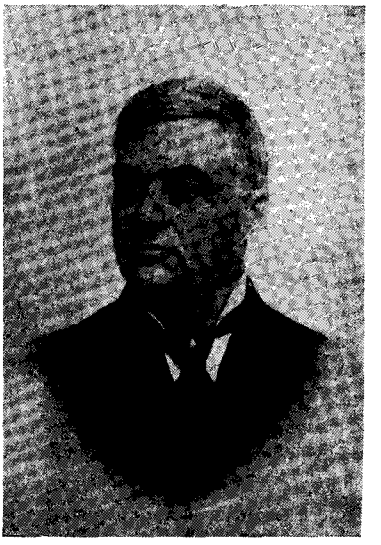
EL CINCUENTENARIO DE LA VISITA DE LAWRENCE BRUNER A LA ARGENTINA

Septiembre 4 de 1944. — Conferencia pronunciada por el Dr. José Liebermann, sobre el tema: « El cincuentenario de la visita de Lawrence Bruner a la Argentina. Sus conceptos acridiológicos y su admiración por las aves ».

Socios Presentes: Profesora T. Araya, Prof. Elías Almeyda Arroyo, Sr. Gustavo Muniz Barreto, Sr. H. E. Brain, Sr. N. Bruzon, Sr. Juan Burghi, Sr. Alejandro Bogado, Contraalmirante Pedro S. Casal, Dr. Jorge Casares, Sr. Juan B. Daguerre, Sr. Jorge Deuler, Prof. Héctor S. Gavio, Sr. Alberto Gowa, Sr. Salvador Magno, Sr. Enrique Muñoz del Campo, Dr. Esteban L. Maradena, Sr. Raúl J. A. Nicolini, Sr. Nicolás Ortiz Basualdo, Dra. María J. I. Pergolani, Sr. Alberto F. Prosen, Sr. Williams H. Partridge, Dr. José A. Pereyra, Sr. Glorialdo Pellerano, Sr. José M. Rodríguez, Profesora Elena Urquijo, R. P. Willines.

Se cumplirán pronto cincuenta años desde que Lawrence Bruner, el célebre entomólogo y ornitólogo estadounidense, ha visitado la Argentina. Vino contratado por la « Merchants Locust Investigation Commission », para realizar una investigación sobre el problema de la langosta; pero no sólo se despertó su interés por ella, sino por toda la acridofauna del país, sobre la que publicó luego notables trabajos, que extendió en años posteriores a los acridios de toda la región neotropical, de la que en su tiempo llegó a ser el máximo especialista. Llegó el Profesor Bruner al país el 1º de Junio de 1897 y publicó su « First Report » en 1898. En la Revista de la Sociedad Entomológica Argentina he publicado recientemente una nota acerca de su obra acridiológica, de manera que ahora corresponde referirnos a sus conceptos ornitológicos, en particular a los referentes a la relación biológica entre aves y acridios. Al mismo tiempo me complazco en dar a co-

nocer, por primera vez en castellano, algunas consideraciones de Bruner sobre las aves argentinas, entre las que hay una fuerte acusación contra una de nuestras costumbres, y las que, debido a su publicación en un trabajo entomológico, no han sido conocidas por los ornitólogos ni por el pueblo. Su importancia práctica actual es netamente histórica, pero puede darnos algunas orientaciones; contra su acusación nada podemos decir, porque la costumbre a que alude en ella se ha modificado un poco.



LAWRENCE BRUNER

Es interesante ver cómo llegó Bruner a preocuparse por el estudio de la relación biológica entre aves y acridios; al mismo tiempo recordemos que en la reciente reorganización del Instituto de Sanidad Vegetal, su Jefe el Ing. Agr. Juan B. Marchionatto, en una valiosa innovación, entregó el estudio de las aves y su relación con los insectos a dos naturalistas argentinos que ya trabajaban activamente en su especialidad, muy poco explotada hoy en el pais, a pesar de su importancia, existiendo, sin embargo, reflejada en la bibliografía y especialmente en EL HORNERO, una intensa preocupación general por el problema.

Fué después de 1870, cuando las grandes invasiones de la « Langosta de las montañas Rocallosas » llenaron de angustia el corazón de los Estados Unidos, cuando el Dr. Samuel Aughey, profesor de ciencias naturales en Nebraska, empezó a prestar atención, por primera vez, a la utilidad de las aves como fuerza natural para controlar los acridios. En 1878 remitió un informe a su gobierno, titulado « Notas acerca de la naturaleza de los alimentos de las aves de Nebraska ». Basaba sus observacionse en el examen de una gran cantidad de estómagos de aves; y la bibliografía señala que la relación providencial de Bruner con Aughey despertó en él, para el resto de su vida, el interés por el estudio del valor económico de las aves como fuerzas frenadoras y destructoras de langostas y de otros insectos. En su nutrida bibliografía acridiológica aparecen varios títulos ornitológicos, y en sus informes sobre diversas plagas no dejan casi nunca de relacionar la vida de los insectos con la de las aves, de cuya protección fué uno de los primeros en América.

Así publicó, en 1904, en los « Proc. Nebras. Ornit. Union », la « Revisión preliminar de las aves de Nebraska »; asimismo, en una larga serie de artículos de difusión en el « Nebraska Farmer », se refiere a las aves y a su relación con los insectos. Se destaca el trabajo « La utilidad de las aves » y « A Plea for the Protection of Our Birds », que tuvo una enorme popularidad y fué impresa varias veces para su difusión.

En 1895 fué encargado por la Universidad de Nebraska de la cátedra de Ornitología y Entomología, y una de sus preocupaciones inmediatas fué la preparación de una lista revisada de las aves del Estado de Nebraska, para conocer su capital biológico.

Existían ya algunos trabajos preliminares de Aughey y hasta un « Catálogo de las aves de Nebraska » del Prof. W. E. Taylor; pero Bruner había tenido interés por las aves ya desde 1870, y como era al mismo tiempo un embalsamador hábil, había adquirido profundos conocimientos sobre las costumbres de la avidofauna de la región. Dicen algunos de sus biógrafos que: « era el hombre que, como ningún otro, conocía las aves del Estado». Tomó su trabajo con juvenil y noble entusiasmo y escribió a todas las personas que conocía como interesadas por las aves de Nebraska, pidiéndoles material, datos y bibliografía. Cuarenta personas remitieron valiosos datos; él mismo fué a coleccionarlos durante varios años. El trabajo se publicó con el título de « Algunas notas sobre las aves de Nebraska» (1896), y en él trata 415 especies; este trabajo es la base de la Ornitología moderna de Nebraska. Junto a otros naturalistas organizó la « Unión de los Ornitólogos de Nebraska », que llevó a cabo una vasta labor en pro del estudio y de la protección de las aves, y de la que Bruner fué varias veces activo Presidente. Dicen los datos bibliográficos que el trabajo citado últimamente provocó un inusitado florecimiento de estudios ornitológicos en el país; Bruner, con un desinterés singular, contribuyó al esfuerzo de todos los que deseaban dedicarse al estudio de su especialidad, y en las Memorias de muchos naturalistas hay escenas aleccionadoras y emocionantes acerca de la colaboración que con entusiasmo sin par prestó a su labor. Una serie de zoólogos se formaron a su lado, y él siempre los llamó sus « boys ». El naturalista era también un eximio maestro que creó tantos discípulos como escuela, en un ambiente de franca colaboración y de patriotismo. Seleccionaba, entre sus alumnos, a los más capaces y dedicados al estudio, para conducirlos hacia los caminos de la investigación. Sus « boys » llegaron a ocupar puestos destacados en la Zoología Económica del país, a cuyo progreso contribuyeron. Su mayor ilusión era verlos surgir e imponerse con sus trabajos, en el mundo científico. Como ya se dijo antes, al publicar su « First Report » incluyó un pequeño capítulo sobre las aves, formando parte de la sección « Enemigos naturales de la langosta ». Si bien estuvo menos de un año en el país, lo pasó totalmente en los campos del interior, de manera que sus observaciones son prácticas. Terminaré así, dando lectura a este trabajo, para incorporarlo a la literatura ornitológica argentina, como una nueva ficha bibliográfica:

En « First Report of the Merchants' Locust Investigation Commission ». 1898, pp. 52-56, Buenos Aires.

« Las aves se encuentran a la cabeza de los enemigos vertebrados de las langostas. En realidad son tan persistentes en su búsqueda y en su destrucción de insectos, que con toda razón han sido llamadas los « balanceadores » de la naturaleza. En comarcas silvestres, o ahí donde los fenómenos naturales no son interferidos aún por el hombre, esta lucha por el equilibrio entre la vida vegetal y animal, raramente llega a una intensidad extraordinaria. No solamente se alimentan las aves de los insectos, que, en caso de no ser molestados, habrían ya destruido la vegetación de la tierra, sino que también van recogiendo las semillas esparcidas por el suelo. Con esto mantienen equilibradas las proporciones entre los organismos. Las aves son seres inteligentes; están provistas de voces musicales, formas bonitas, hermosas vestimentas y por lo común tienen temperamentos deliciosos. Son justamente criaturas que pueden hacerse querer por la razón humana.

No vienen a mendigarnos nunca nada por sus agradables condiciones, y sólo nos benefician con ellas. Muy lejos de pedirnos recompensa por la alegría que provocan dondequiera que vayan, nos pagan aún por el provilegio de hacernos sentir felices. No están confinadas a una localidad cualquiera o a un área restringida, como otros organismos, sino que gracias a sus alas pueden trasladarse a donde quieran o a donde su deber las llama. Parecen estar dotadas de un razonamiento concreto. Cuando abunda un alimento de buena calidad, las aves no pierden tiempo para buscar el que es escaso. Si algún insecto particular abunda mucho, es el único intensamente atacado, con preferencia sobre los otros, hasta que su existencia se hace normal en sus proporciones. En sus costumbres alimenticias tienen las aves, como otros animales, sus preferencias. Por esto encontramos algunas, entre muchas, aficionadas especialmente a una dieta de langostas. Son éstas las que muchas veces abandonan hogar y familia, para buscar las mangas de langosta y alimentarse de ellas. Como ejemplo de estas aficiones puede citarse las grandes bandadas de « águila marrón » o « buzzard », conocido por el pueblo como « gavilán » (*Buteo swainsoini*?).

« Estas aves se encuentran siempre ahí donde hay mangas de langosta. Se atiborran con ellas hata no poder volar. Después de una hora, sin embargo, vuelven a llenarse de langostas y así hacen durante varios días. Tuve ocasión de observar una bandada de estas aves, que en pocos días exterminó una manga muy grande de saltona, y que se desplazó después en busca de otra, no muy distante, donde sigue devorando langostas mientras escribo estas líneas.

« Otras de nuestras aves, como el « carancho » (1), el « chimango » (2), las « gaviotas » (3), el « ñandú » (4), las « martinetas » (5), las « perdices » (6) y el « pirincho » o « urraca » (7), son también grandes aficionados a la dieta de langostas; y es sólo gracias a sus servicios que las langostas indígenas o « tucuras » no se hacen destructivas con mayor frecuencia.

« Numerosas observaciones atestiguan la excelencia del avestruz indígena « Rhea» (8), como destructor de acridios. Además de su afición especial a la langosta como alimento, es su tamaño, y por lo tanto su capacidad correspondiente, los que lo hacen singularmente eficiente en esta dirección. Al mismo tiempo es un verdadero morador de las pampas y casi la única especie que parece no requerir agua. Hace algunos días « The Standard » publicó la siguiente noticia acerca del « ñandú » como destructor de acridios: « Una manga de saltona que cubría una superficie aproximada de veinte cuadras (unos dos kilómetros) por dos de ancho, fué totalmente exterminada en cinco días por 45 « ñandúes ». La « martineta » y la « perdiz » se alimentan ambas casi exclusivamente de langosta durante los meses de verano y de otoño, y la última ha sido citada muchas veces por nuestros corresponsales como una gran destructora de desoves, que extrae del suelo, escarbando con su pico. Es posible que la gran destrucción de estas aves de caza, por lo menos en parte, haya producido el enorme aumento de la langosta destructora en las últimas décadas.

« El alimento de muchas aves acuáticas, como así de una gran cantidad de pájaros, no temporariamente, sino durante la mayor parte del año, está compuesto de insectos. Es lógico suponer que un elevado porcentaje de estos insectos sean langostas de varias especies. Esto es especialmente cierto para las langostas en estado de saltona. No hay duda entonces que la *Schistocerca paranennsis* de Burmeister, siendo una de las más abundantes, figura también en la lista de sus persecuciones.

« De una especie de « gaviota » se me ha informado muchas veces que come hasta llenarse; luego vomita lo ingerido y come de nuevo y así durante todo el día. En una región de la América del Norte, las gaviotas, en tiempos pasados, acudieron en ayuda de los colonos cuando éstos veían la destrucción total de sus cosechas por un gran ortóptero sin alas. Pero en este caso las gaviotas estaban protegidas por una ley contra los deportistas inescrupulosos.

Hace algún tiempo una persona abogó, por medio de los diarios, por la introducción de estorninos (9) en el país, como medio de librarlo de las langostas peligrosas. La idea era excelente. Probablemente esta persona no sabía que varias especies de « pechos-colorados (10) y « pechos-amarillos » (11) son igualmente enemigos activos de la langosta y además representantes americanos de los estorninos europeos. Estos se consideran como las aves más útiles para la destrucción de insectos y que, andando en bandadas como lo hacen, son especialmente aficionados a los insectos que se encuentran en abundancia, desde que les proporcionan excelente y copioso alimento.

« En los Estados Unidos se ha calculado que por lo menos en un Estado (Illinois) hay un término medio de tres aves silvestres por acre, sin contar las acuáticas. Tomando estos datos como base para comparaciones, podemos fácilmente ver lo que significa para la Argentina su avifauna. Al hacer estas comparaciones debemos reconocer que el Estado de Illinois es una pradera.

« Este país (Argentina) contiene, según el Atlas universal de Rand y Mc Nally, 1.125.086 millas cuadradas o sea un equivalente de 730.055.040 acres. Para abarcar enteramente la verdad y al mismo tiempo evitar fracciones, vamos a suponer que aquí hay solamente 500.000.000 de aves, incluyendo las domésticas. Admitiendo que cada una de éstas solamente come una langosta adulta por día, todas destruirán 1,250 toneladas, de 400.000 langostas, para simplificar el cálculo en números redondos. Si el número de aves existentes se duplicara, habría una destruccion de 2,500 toneladas diarias. El aumento de las aves puede obtenerse sencillamente si cada uno de los habitantes del país no matara ningunas aves en un período de dos años.

Ciertamente que en la Argentina hay aves que son demasiado pequeñas para comerse una langosta grande por día; pero en cambio hay otras como el « ñandú », el « gavilán », el « carancho », el « chimango », la « martineta », la « perdíz », las gaviotas, los gansos, los pavos, las gallinas, los patos y decenas de especies más que no sólo comen una langosta diaria, sino muchas de ellas, siempre suficientes para nivelar la cuenta por aquéllas que no lo hacen.

« Juzgando por lo que he visto en el pueblo argentino durante los pocos meses que he permanecido en este país, todos sus pobladores son aficionados a los pájaros de las más, variadas especies. Es rara la familia que no tenga enjaulados en el patio o en la casa uno o más pájaros. ¿Por qué, entonces, permiten, al mismo tiempo, la matanza general de las aves que tanto quieren? No puede ser que ignoren lo que ocurre aquí desde el principio del año hasta el fin. No puedo comprenderlo. Los muchachos, generalmente grandes y fuertes, cuando pueden manejar una red, una caña, una honda, o cualquier otra cosa suficiente para matar pájaros, dedican mucho de su tiempo a perseguir a estos seres útiles y hermosos. Los jóvenes y los hombres de mayor edad usan escopetas o boleadoras. Los nidos son despojados de sus huevos y de sus pichones, al parecer con el único propósito de matar algo. No son las aves las únicas víctimas buscadas para satisfacer este deseo ingénito de matar. Las ranas, los sapos, las lagartijas, los ratones y las comadrejas; todos, en realidad, excepto los animales verdaderamente peligrosos, parecen ser perseguidos y despiadadamente destruídos donde y cuando se encuentren. No es posible que esta destrucción temeraria y desenfrenada se haga para conseguir alimentos, ya que ni una de diez de las especies destruidas es utilizada para comerla. Si esta insaciabilidad de matar pudiera ser satisfecha con la destrucción de langosta, el problema de ésta hace tiempo que estaría resuelto. ¡Equipen a los muchachos y a los hombres con armas inventadas para matar y lárguenlos entre las densas mangas de langosta, y ya verán cómo el « ángel de la muerte » cumplirá rápidamente sus funciones! Habría carnicería, según pienso, para satisfacer a los más aburridos. Pero... bromas aparte. El estado de las cosas debe cambiar. Pero mientras tanto el pueblo argentino (y el de cualquier otro país donde reinen condiciones análogas) se verá obligado a sufrir los saqueos

de la langosta y de otras plagas de insectos. No sólo prevalecerán las condiciones actuales, sino que las pestes, a medida que vayan siendo anuladas las resistencias del ambiente, crecerán, en rápido aumento, para empobrecer al país ».

Hasta aquí Bruner, que, con sus páginas emotivas y reales, evoca todo un estado psicológico de nuestros campos. ¿Qué podemos contestarle, a los cincuenta años de haber sido nuestro huésped? ¿Qué podemos decirle en nombre de la cultura argentina? Mucho. Científicamente hemos progresado desde entonces. La Ornitología tiene grandes conquistas. La S. O. P. ha polarizado un vasto movimiento de estudio EL HORNERO es ya una enciclopedia de las aves argentinas. El Dr. José A. Pereyra, en su reciente y magnifica obra « Nuestras aves y su protección » ha narrado, en un capítulo brillante, la historia ornitológica argentina. La « Lista sistemática de aves argentinas », publicada hace poco por la S. O. P., de Angel R. Zotta, es una hermosa síntesis de nuestros conocimientos sobre las aves del país. Así ya lo reconoció el eminente naturalista y máximo protector de las aves, el Dr. Thomas Gilbert Pearson, en la visita que hiciera a la Argentina, destacando la obra de la S. O. P., a la que cita como la más grande de las instituciones en su género en la América del Sur. Pero si la Ornitología argentina hizo sorprendentes progresos, sus conocimientos no llegaron hasta el corazón del pueblo; la costumbre señalada por Bruner apenas se ha modificado, y nuestra avifauna ha disminuido en proporciones increibles. Tenemos ya la excelente ley de caza de la provincia de Buenos Aires, elaborada bajo la dirección del Dr. Carlos A. Marelli, a quien debemos también valiosas prédicas sobre el significado de las aves en el concierto general de la naturaleza. No existe aún la Ley Nacional de Caza; pero las leyes, por más justas que sean, cuando el pueblo no tiene suficiente conocimiento de los problemas correspondientes, o cuando hay demasiados cazadores profesionales inescrupulosos, como dice Bruner, son letra muerta. Si nuestro pueblo no respeta sus creaciones naturales, sus incomparables creaciones, es porque no conoce aún su significado en el equilibrio biológico de la vida, o porque, aun conociéndolo, se vió inducido muchas veces, por las circunstancias duras de su existencia, a matar aves para comerlas, lo que ya es un problema económico-social. Ambas hipótesis necesitan ser estudiadas.

La ciencia, señores, no debe encerrarse en una torre de marfil, y menos en un país crisol como la Argentina. Ya que hoy hablamos en homenaje a Bruner, cuya siembra espiritual fué tan fecunda para la Argentina, podemos decirlo, porque Bruner fué un constante y entusiasta divulgador de conocimientos adquiridos y de esta difusión popular y de su importancia para la cultura del país nos habló el Dr. Thomas Gilbert Pearson, al informarnos que ahora su pueblo respeta y admira las aves, al comprender su misión en la naturaleza. Nuestra Ornitología ha progresado, es cierto, pero sus conocimientos han quedado en los libros y en las bibliotecas. Es por esto aún común en el país ver bandas de muchachos escolares cuyo deleite consiste en cazar pajaritos o despojar nidos. Cuando los veo me pregunto amargado acerca de qué versan los temas de naturaleza que figuran en los programas de enseñanza primaria. ¿No han leído los maestros « Los auxiliares » de Fabre? ¿No conocen « El pájaro », de Michelet? ¿No está la colección de EL HORNERO en las bibliotecas escolares? La Ornitología argentina ha tenido y tiene voceros elocuentes, pero parece que estas voces no han llegado a su destino y que fueron clamores en el desierto.

(El orador lee un párrafo de Clemente Onelli, de la Revista « Jardín Zoológico », Epoca II, Nº 27, año VII, pp. 240-241, sobre las gaviotas; párrafos del Dr. Carlos A. Marelli, de la conferencia « Pájaros y el hombre », « El campo », Julio, 1935; de Juan B. Daguerre, de un trabajo en el Almanaque del Ministerio de Agricultura, 1942, p. 249, sobre el benteveo. Luego pasa varias proyecciones luminosas referentes a los temas tratados, con las fotografías de Gilbert Pearson, Michelet, Bruner y Aristóteles, y finalmente propone a la S. O. P. las siguientes ponencias:

Que en homenaje a las ideas precursoras de Lawrence Bruner, y con motivo del próximo cincuentenario de su visita al país, se resuelva:

a) Solicitar al gobierno la inclusión, en los programas de enseñanza primaria, secundaria y agrícola, temas ornitológicos argentinos.

b) Organizar concursos, en las escuelas del interior, sobre el significado de las aves regionales on la naturaleza.

c) Organizar audiciones radiales, por L. R. A., Radio del Estado, con la cooperación de los miembros activos de la S. O. P., para difundir entre la población del país los conocimientos de la Ornitología argentina.

d) Felicitar al Director del Instituto de Sanidad Vegetal del Ministerio de Agricultura, por la designación de ornitólogos con la misión de investigar la función de nuestras especies de aves en la naturaleza.

e) Intensificar la organización del « Día del Pájaro » en todo el país, con actos especiales e ilustrativos en todas las escuelas de la República.

f) Dedicar el número de EL HORNERO de 1947 a Lawrence Bruner.

NOMENCLATURA SISTEMÁTICA DE LAS AVES CITADAS EN EL TRABAJO

(1) *Polyborus plancus plancus* (Miller).
(2) *Milvago chimango chimango* (Vieillot).
(3) Lariformes, varias especies.
(4) *Rhea americana americana* (Gould).
(5) *Rhynchotus*, varias especies.
(6) *Nothura*, varias especies.
(7) *Guira guira* (Gmelin).
(8) Sturnidae, familia paleártica.
(9) *Pezites militaris militaris* (Linneo).
(10) *Pseudoleistes guirahuro* (Vieillot).

LAS RUTAS AVENTURERAS DE LAS AVES MIGRATORIAS

30 de Octubre de 1944. — Conferencia del Sr. pastor Axel Krebs.

Es un honor que se me permita hablar en esta estimable Sociedad. No soy un profesional en la materia, más bien un capataz, que ha contribuido a la obra anillando algo más de 12.000 pájaros, fomentando en varios amigos y compañeros la afición por este trabajo, de modo que tengo la responsabilidad de más o menos 50.000 anillaciones. Pero es el señor Peter Skovgaard (hijo del famoso pintor que ha hecho la decoración con figuras biblicas en varias catedrales), quien ha corrido con la correspondencia y los resultados. Por eso, sus artículos y un libro de Finn Salomonsen, hijo adoptivo del conocido ornitólogo Lehn Scholer, son las bases del presente discurso.

Mi objeto en esta disertación no es dar novedades sino aumentar el interés por la vida de nuestros amigos alados y particularmente por el estudio de la migración. Es imposible en un corto discurso tratar todos los problemas o dar una descripción completa de los vuelos y experimentos. Por eso me limito a las aves de largos viajes y a unos ensayos notables.

Mi disertación tiene también por objeto despertar la afición en los niños, para quienes voy a decir cómo lo hacemos en mi Patria.

Como la mayoria de los niños en Dinamarca, comencé temprano a tener interés por la naturaleza y especialmente por las flores y las aves.

Dinamarca es un pequeño país en el norte de Europa, y a pesar de la densa población (86 habitantes por Km^2), viven muchos pájaros, aún en pleno centro de la capital, de mo-

do que es fácil observar el cambio de la flora y de la avifauna durante el año. La variación es grande, porque de nuestras 350 especies, 70 dejan el país antes de llegar el invierno, durante el cual son compensados por aves más nórdicas. Hay también varios géneros que solamente atraviesan el país.

A veces podemos ver enormes bandadas en su vuelo a zonas más benignas. Me acuerdo personalmente un día, un 27 de Junio, cuando estaba con un amigo en una isla, Saltholm, afuera de Copenhague, cuando vimos una nube en el horizonte, y descubrimos que consistía de estorninos (*Sturnus vulgaris*), que volaban hacia el Sud. Necesitaron una media hora para pasar — es decir, la bandada tenía una longitud de más o menos 35 Km. — En un momento una pequeña cuadrilla de ésta se separó del resto (justamente lo bastante para que la pudiéramos ver) y luego tomaron en dirección hacia nosotros; pronto nos encontramos cubiertos de muchos cientos o miles de estorninos casi todos jóvenes.

Lo extraño era que habíamos marcado muchos pichones en los nidos el mismo día. Se trata en este caso de una migración intermedia que a veces puede ser el comienzo de la verdadera.

Los maestros en Dinamarca hacen regularmente excursiones con sus alumnos para mostrarles la fauna y la flora. Y varias asociaciones estimulan el interés dando pequeños premios por la demostración de amistad con los animales o por buenos relatos de sus vidas. Esos premios consisten en libros, o en nidos de madera, para pájaros que los usan de esa clase, o bien cocos, que son muy apreciados por los pájaros en la época de invierno.

El estudio de las aves es antiguo, y la primera descripción científica de la migración se debe a Aristóteles, que vivió hace 2300 años.

Durante el décimonono siglo fueron establecidas varias estaciones para observar el vuelo de las aves; la más conocida de éstas era la de Heinrick Gatke en Helgoland, donde se han visto 4/5 partes de todas las aves europeas; y especialistas hicieron finísimos estudios de las razas para decidir de dónde vinieron las aves pasajeras.

Pero recién fué en 1899 cuando un maestro de Viborg, en Dinamarca: H. C. C. Mortensen, empezó a poner anillos de aluminio provistos de su dirección y un número en las patas de los pájaros, fué posible seguir al pájaro desde su nido hasta el punto más lejano de sus viajes. Ahora su método es empleado en todo el mundo y los resultados son interesantísimos.

Puedo mostrarles unos tipos de anillos de Skovgaard, pero les pido no cerrarlos. Estos grandes los usamos para cigüeñas o grandes águilas; otros, marcados con K, para grandes gaviotas, cuervos, etc., y estos otros para gaviotas como las de capucho café, *Larus ridibundus*, grandes golondrinas de mar, etc. Los anillos con H son para teros zorzales, estorninos y pequeñas golondrinas de mar. Los más pequeños son para golondrinas y otros pájaros más o menos del tamaño del gorrión. Los flacos son para patos de diferentes tamaños y éstos (que no me gustan) para poner en las membranas interdigitales de cisnes y gansos.

Hay dos métodos para capturar los pájaros — porque el método de ponerles sal en la cola no conviene: — encontrar los pichones antes que puedan volar o cazar las aves en trampas. Mis amigos y yo casi solamente hemos empleado el primer sistema. Para eso nos levantábamos más o menos a las 4 en los meses de primavera para buscar nidos en bosques y pantanos cerca de Copenhague; también colocamos nidos artificiales en los árboles, y durante las vacaciones visitábamos islas con colonias de gaviotas o golondrinas de mar.

Había niños de 10 años que nos asistían. Algunas veces los había encontrado observando pájaros y aún juntando huevos — lo que está prohibido, — pero siempre conseguía interesarlos fácilmente por los viajes de los pájaros, de modo que prefirieran cuidar los nidos para que pudiéramos marcar los pichones y tener noticias de ellos.

Ahora voy a contar a Vds. de los fabulosos resultados del estudio de la migración.

Mortensen empezó sus estudios marcando cigüeñas (*Ciconia ciconia* L.), que en Dinamarca casi siempre construyen sus nidos sobre los techos. Además el ave, y por consiguiente el anillo, son grandes y fáciles de observar, y a veces es posible leer el número con anteojos de larga vista sin matar la cigüeña, por eso podemos esperar resultados en 6-8 por ciento.

Antes creíamos que iban a Egipto, pero ahora sabemos que tienen dos rutas: unas siguen la costa y pasan el Mediterráneo por Gibraltar hasta Natal mientras la mayoría cruza el continente hasta el Bósforo y vuelan por Siria a Egipto para encontrar a las otras en Natal.

En Alemania, las cigüeñas que se crían al oeste del Elba, usan la ruta vía España, las otras, la de los Balcanes. Pero en Dinamarca no hay tal diferencia. Tenemos un ejemplo de la cigüeña negra (*Ciconia nigra* L.), en que los jóvenes de la misma nidada marcada en 1925 fueron encontradas en la misma ruta (de los cinco pichones *a*), Francia y Holanda *b*), Hungría y Rumania).

La gran mayoría de las aves que cruzan el Mediterráneo usan estas vías, pero las golondrinas y unos otros buenos voladores toman la vía directa sobre los Alpes, Italia, 160 Km a través del mar, y al fin el desierto de Sahara y los bosques tropicales para llegar a Natal y El Cabo. Muy pocas veces, y solamente en la primavera, la cigüeña pasa por Italia para llegar a Dinamarca.

Como una curiosidad puedo relatar que un año, cuando las golondrinas fueron sorprendidas por las heladas en Austria, muchas fueron cazadas y llevadas por avión sobre los montes y puestas en libertad en Italia.

Por medio de la anillación tendremos un buen conocimiento de los pájaros durante toda su vida, porque tanto el que pone como el que encuentra el anillo, puede dar informaciones sobre la vida y los peligros en las diferentes zonas.

De la cigüeña sabemos, así, que muchos jóvenes mueren antes de salir del nido, y otros chocando con las líneas telefónicas o telegráficas. En su vuelo sobre Europa no pocos son cazados.

En Africa come muchísimas langostas, de modo que es llamada el gran langostero; pero prefiere ir para los lugares donde ha llovido buscando sabandijas.

El año 1931 fué catastrófico para la especie, porque en Febrero cuando estaban unidas para salir de Natal, una granizada mató a más de mil y el mismo verano, una extraordinaria lluvia mató a muchos pichones pocos días antes de dejar el nido.

No todos los que encuentran los anillos los devuelven; un príncipe africano lo puso en su nariz.

Estos son los primeros resultados de la anillación, que nos vino a demostrar que muchas aves tienen más larga ruta de lo supuesto.

De la golondrina del mar (*Sterna cantiaca sandvicensis* Lath.) he marcado más de 7000 (aunque mi especialidad eran los pájaros pequeños), porque existía una divergencia entre mis opiniones y las de Skovgaard y el Museo Zoológico, quienes se valían de unos pocos avisos y superficiales observaciones. El primero emitió la teoría de que esta ave cruzaba el golfo de Vizcaya, porque ningún anillo fué devuelto de Francia, mientras muchas gaviotas fueron anunciadas de allá; además que su lugar de invierno estaba en el Mediterráneo o pocas veces en Senegal. Objeté que era más probable que siguieran la costa, solamente más afuera que las gaviotas.

Y cuando un año hube marcado 500 de estos pájaros y no vi ninguno de ellos al año siguiente, presumí que no regresaban el primer año. De esta opinión se rieron en el museo, asegurándome que podían demostrarme que esta especie era capaz de regresar cuando tenía un año. Un mes más tarde recibo las primeras noticias de que habían quedado en Senegal ese verano.

Los resultados no sólo me dieron razón, sino fueron más interesantes que lo esperado.

Esta golondrina de mar cría en varias islas (en el mar o en lagunas), *en Dinamarca, Inglaterra y en las islas frisias.* Es fácil atrapar los pichones porque no corren como los pichones de gaviota, pero se debe tener cuidado de no pisar a éstos o a los huevos, porque están colocados densamente.

Muy pronto dejan Dinamarca; he tenido noticias de algunos de Nordeney el mismo mes en que los marqué como pichones. En más o menos 4-5 meses la mayoría llegó a Sur Africa: unos entran al Mediterráneo. Siguen la costa, pero más afuera que las gaviotas. Los jóvenes quedan uno o dos años en Africa, en Senegal, antes de volver. La última noticia que he recibido en 1940 era un ejemplar de 6 años encontrado en Julio en el Sud-Este de Africa. Todavía es prematuro pensar de que son ancianos a esta edad y quedan en Africa.

Otra golondrina de mar, *Sterna macrura*, es el pájaro que realiza viaje más largo; casi de polo a polo 17-18.000 Km. Propágase en el Norte, y el sol no se pone mientras quedan allá y tampoco cuando están en su residencia de invierno, solamente mientras va de un polo al otro prueba lo horrible que se llama noche.

Hay pájaros que migran enormes trechos solamente por tradiciones. Hay, por ejemplo, un cantor o silvia del tamaño del chingolo *Phylloscopus borealis*, que de Siberia se ha extendido hasta el norte de Noruega, sin embargo vuela cada otoño al este de Siberias y después al sur hasta la India y las islas Sonda. Mientras otras especies, como una moscareta que se parece a la hembra del churrinche, un halcón con patas coloradas y otras que se han extendido del oeste al este, siempre regresan a Africa o Madagascar. ¿Y qué dicen Vds. de los chorlitos de collar negro, y un pajarito, *Saxicola oenanthe*, que vuela de Groenlandia, rasando Islandia y Europa, hasta Senegal.

Pero hay otro pájaro de Siberia que en 1837, por primera vez, hizo su nido en Escandinavia, donde ahora es común en las montañas, y ya en 1852 fué encontrado en Dinamarca en su migración hasta Inglaterra y después regularmente, lo que significa que en 50 años se ha encontrado una nueva ruta de 2000 Km de largo, de la cual una parte es por mar; éste es una alondra (*Alauda alpestris*), del tamaño de un gorrión.

Entre las más interesantes aves figuran el chorlo de pies lobados (*Phalaropus lobatus* L.) y el chorlo rojizo nadador (*Phalaropus fulicarius* L.) del tamaño de un hornero, que se reproducen en los países nórdicos, por ejemplo en Groenlandia. Cuando llega a los lugares de procreación el macho está gordo y la hembra flaca, pero ella es quien determina el lugar para el nido, y si el macho no quiere obedecer, le pica la cabeza hasta que le sigue; después de poner sus huevos, la hembra sale dejando al macho la tarea de empollar y cuidar los pichones los primeros días; luego él va a Madagascar, India o la Argentina, y cuando han crecido los pichones pueden encontrar sus caminos solos y lo hacen; como no son marcados en Groenlandia es imposible decir si vuelan en dos direcciones o si vienen de diferentes lugares, los que van a la Argentina y los otros.

El chorlo real o chorlo pampa (*Charadrius dominicus*) procrea en lo más ártico de Canadá y Salvador y va de allá a la costa del Atlántico y sigue Labrador hasta Nueva Foundland, luego cruza el océano volando 3600 Km hasta las Antillas, donde se detiene un mes para engordar, porque volando consume su grasa como combustible; después vuela a la pampa argentina.

No regresa por la misma ruta porque las riberas del Labrador en la primavera están cubiertas de nieve. Retornan entonces por Panamá. Es decir que su viaje tiene la forma de una elipse de 10.000 Km de largo y 4000 de ancho

¿Por qué hacen tan largos viajes? Sería comprensible que los pájaros volaran un poquito para buscar alimentos, pero hay muchos que pueden vivir bien en varios lugares donde se detienen. Es una regla que los más árticos, aún de la misma especie, vuelan más.

Los cuervos y azores son estacionarios en Dinamarca; pero los del norte pasan por Dinamarca cada otoño y primavera, y los más nórdicos llegan más al sud. Para dar un

buen ejemplo, citaré los penópteros o águilas *Buteo vulgaris*; los que procrean en Dinamarca o en el sud de Suecia no van más al sud que al centro de Francia; los del norte de Suecia y Rusia llegan al Africa tropical, y los del oeste de Siberia alcanzan muchas veces Africa del Sud.

REVISTAS ORNITOLOGICAS RECIBIDAS EN CANJE

Aubudon Magazine, N° 1, 2, 3, 4, 1943; N° 2, 3, 4, 1944.
Auk The (Lancaster Pens), N° 1, 2, 3, 4, Vol. 60, 1943; N° 1, 2, 3, Vol. 61, 1944.
Condor The (Buena Park-Cal.), N° 5, Vol. 44, 1943; N° 1, 2, 3, 4, Vol. 45, 1944.
Emu The (Melbourne), N° 2, 3, 4, Vol. 42, 1943; N° 1, 2, 3, Vol. 43, 1943; N° 4, Vol. 43, 1944.
Ibis The (Londres), Enero, Abril, Julio, Octubre, Vol. 85, 1943. Enero, Abril, Julio, Vol. 86, 1944.
Wilson Bulletin The (Sioux-Iova), N° 4, Vol. 54, 1942; N° 1, 2, Vol. 55, 1943.

Revistas de Ciencias Naturales

Annual Report of the Director to the Board of Truestees Fur Year 1941, 1942. Field Museum.
Arquivos do Instituto Biologico (Sao Paulo), Vol. 10, 1939; Vol. II, 1940; Vol. 12, 1941; Vol. 13, 1942; Vol. 14, 1943.
Arquivos de Zoologia de estado de Sao Paulo, Tomo 26, Vol. 3, 1942, de la revista del Museo Paulista.
Arquivos do Museu Nacinal, Vol. 29, 1940; Vol. 36, 1943.
Bulletin of the Southern California Academy of Sciences, N° 3, 1942; N° 1, 2, Vol. 42, 1943.
Bulletin of the Massachusetts Audubon Society; N° 8, Vol. 26, 1942.
Bulletin of the Southern California Academy of Sciences; Vol. 42, Part 3, 1943. Part 1, Vol. 43, 1944.
Boletín del Museo Nacional de Historia Natural (Santiago de Chile), Tomo 20, 1942.
Boletín do Museu Nacional (XIV-XVII); 1938-1941.
Boletín do Museu Nacional — Zoologia, — N° 1, 2, 3, 4, 1942; N° 5, 1943; N° 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 1944.
Boletín Técnico de la Dir. Gral. de Industrias, «Los ixodideos de la Rep. Argentina», por Juan J. Boero, Bs. Aires, 1944.
Boletín de la Sociedad de Biologia de Concepción (Chile); N° 1, Tomo 24, 1940; Tomo 21, 27, 1942; Tomo XVIII, 1944.
Biblioteca de la Sociedad Científica del Paraguay; N° 10, 1943.
Contributions From the Laboratory of Vertebrate Biology Univ. Michigan; N° 20, 21, 22, 23, 24, 1943; N° 25, 26, 1944.
Field Museum of Nat. Hist. Fifty Yeard of Progress; Vol. 14 (9-10), 1943; 1893-1943.
Memorias del Museo de Entre Ríos. Publicación N° 9, 11, 12, 13, 14, 15; N° 20, 21.
Natural History; N° 2, 4, 5, Vol. 51, 1943; N° 1, 2, 3, 4, 5, Vol. 52, 1943; N° 1, 3, 4, 5, 6, Vol. 53, 1944.
Natulae Naturae Academy Nat. Sciences, Philadelphia; N° 95, 96, 97, 98, 99, 100, 105, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, index 1 a 106, 1943.
Occasional pappers of the Museum of Zoology Univ. of Michigan; N° 469, 1942; N° 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 1943; N° 482, 483, 1944.
Papéis avulsos do Dpto. de Zoologia; Vol. 2, 1943; Vol. 3, 1943 (Sao Paulo), Brasil.
Proceedings of the California Acedemy Sciences; N° 1, Vol. 22, 1941; N° 30, 31, 1941; Vol. 23, N° 32, 33, 34, 1942; Vol. 24, N° 1, 2, 3, 4, 5, 6, 1942; N° 7, 1943.

Proceeding of the Academy of the Natural Sciences of Philadelphia; Vol. 92, 1940; Vol. 93, 1941; Vol. 94, 1942; Vol. 95, 1943.

Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; N° 17, 18, Vol. 5, 1942; N° 19, Vol. V, 1943.

Revista de la Sociedad Científica del Paraguay; Tomo 5, N° 3, 1941; Tomo 6, 1942; Tomo VI, N° 1, 1942.

Revista Chacaras e Quintais (Sao Paulo), N° 1, 2, 3, 4, 5, 6, Vol. 67, 1942; N° 1, 2, 3, 4, 5, 6, Vol. 68, 1943; N° 1, 2, 3, 4, 5, 6, Vol. 69; N° 1, 3, Vol. 70, 1944.

Re)ista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural; N° 1-4, Tomo 3, 1942; N° 1-2, 3-4, Tomo 4, 1943.

Revista de la Sociedad Entomológica Argentina; N° 5, Vol. 11, 1943; N° , 2, Vol. 12, 1943; N° 3, 1944.

Revista de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales « Physis »; N° 53, Tomo 29, 1943.

Revue Canadienne de Biologie, Montreal; Vol. 3, N° 2, 1944.

Transactions of the Wisconsin Acad. of Sciences Arts and Letrers; Vol. 23, 1927; Vol. 24, 1939; Vol. 25, 1930; Vol. 26, 1931; Vol. 30, 1937; Vol. 32, 1940; Vol. 33, 1941; Vol. 34, 1942.

Transactions of the Academy of Sciences of Saint Louis; N° 2, 3, Vol. 33, 1943.

Transactions of the San Diego Society of Nat. History; N° 32, 33, 34, 35, e Index, Vol. 9, 1942; N° 1, 2, 3, 4, 5 6, 7, Vol. X, 1943.

Zoologica Scientific Contributions of the New York Zoological Society; Part 1, N° 1-8; Part 2, N° 9-14; Part 3, N° 15-19; Part 4, N° 20-23, 1943; N° 1-6, Vol. 29, 1944.

Zoological Series of Field Museum of Natural History; N° 1, Vol. 29, 1943; N° 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, Vol. 24, 1943; N° 2, Vol. 28, 1944; N° 3, Vol. 29, 1943; N° 4, 5, 6, 7, 8, 10, 1944; index, Vol. 26.

Libros y Publicaciones

Blake, Emmet R., and Hanson, Harold C., *Notes on a Collection of Birds From Michoacan, Mexico*. Zoological Series, N° 9, Vol. 22, 1942. Field Museum.

Boletín de Agricultura, Ganadería e Industria (Pcia. Bs. As.), N° 11, 1943.

Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia, N° 3, Vol. 7, 1944.

Boletín de la Asociación Protectora de Animales « Sarmiento », N° 273, 275, 1943

Bustillo, Ing. Agr. José María, *Problemas de radicación agraria*. Conferencia. Acad. Nac. de Agr. y Vet., 1943.

Delacour, Jean, *Bibliography Ornitology and Mammalogy*, 1914-1943.

— — *A Revision of the Subfamily Estrildinal of the Family Ploceidae*. Reprinted Zoologica, N. Y., Vol. 28, 1943.

— — *A Revision of the Family Nectariniidae (Sunbirds)*. Reprinted Zoologica, N. Y., Vol. 29, 1944.

Diana, revista de caza, tiro y canina; N° 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 1943; N° 50, 51, 53, 54, 55, 56, 57, 1944.

Doello Jurado, Prof. Martin, *Algo más sobre Protección a la Naturaleza*.

Flora de Nahuel-Huapi y Lanin. Editada por la Sociedad Argentina de Horticultura; contiene 64 láminas en colores de la flora, fotos del Sr. Enrique Amadeo Campos, y una breve descripción botánica del Dr. R. A. Pérez Moreau.

Gilbert Pearson, Dr. E., *The Day of the Birds in Buenos Aires*; separados del « Bull. of the Mass. Audubon Soc. », pp. 211-213, 1942.

Hellmayr, Charles E., y Conover Boardman, *Catalogue of Birds of the Americas*. Part. I, N° 1. Rheidae, Tinamidae, Craiodae, Tetraonidae, Phasianidae, Numididae, Meleagrididae, Opisthocomidae, Gruidae, Aramidae, Psophiidae, Rallidae,

Heliornithidae, Eurypygidae, Cariamidae Columbidae. Zoological Series. Field Mus. of Nat. His., Vol. 13, part. I N° 1, 1942.

Kennel (órgano oficial del Club de Caza, Canofila y Pesca); N° 1, 1943.

La Inmaculada, revista mensual; N° 178, 1942; N° 1, 2, 3, 4, 5, 6, 1943; N° 184, 1943; N° 185, 186, 188, 1944.

MARELLI, DR. CARLOS A., *Una nueva corriente turística mundial originada por la comunidad de las aves silvestres.* « Tribuna de Tandil », año 14, N° 3981.

— — *La pequeña y la grande efemérides de Tandil.* « Tribuna de Tandil », año 14, N° 3927.

— — *La Floresta será la fuente de fuerza motriz y puede dar el carburante comunal, provincial y nacional.* « El Argentino », año 37, N° 12767.

— — *Cómo, mediante la mezcla de carbón de leña y aire comprimido, podemos hacer marchar los mejores automóviles.* « El Argentino », año 37, N° 12380.

— — *Hoy no se tiene ni recuerdo ni noticia del venado, animal que abundaba en nuestras pampas hace medio siglo.* « Tribuna de Tandil », Nov. 14 de 1942.

— — *De la gasificación de un combustible sólido incandescente se consigue una mezcla de aire-gas que reemplaza bien al aire-nafta.* « El Argentino », año 37, N° 12795.

— — *A propósito del último informe presentado al P. E. sobre protección a los animales domésticos.* « El Argentino », año 37, N° 12721.

Necesidad de una ley de la Provincia sobre protección a todos los animales, « El Argentino », año 37, N° 12733.

Memoria del Presidente del Comité Nacional de Protección a la Naturaleza. (Lima-Perú), 1943.

Ministerio de Ganadería y Agricultura (R. O. U.), publicaciones, N° 63, 64, 65, 66, 67, 68, 1943.

MOSCOSO, R. M., *Catalogus Florae Domingensis.* Publicación de la Universidad de Santo Domingo, 1943.

Noticioso Orbea, Publicación de Cartuchería Orbea Argentina, Año I, N° 1, Abril; N° 2, Mayo 1944.

OSGOOD, WILFRED W., *The mammals of Chile.* Field Mus., Vol. 30, Publ. N° 542, 1943.

Papers on Mammology, Zoological Series, Field. Mus. of Nat. History, Publ. N° 511, 1941.

PEREYRA, DR. JOSÉ A., *Nuestras Aves* (Tratado de Ornitología).

Comprende el neuvo trabajo de nuestro activo consocio, un volumen de 264 páginas, 101 figuras, 1 mapa e índices al final de la obra, y ha sido publicado por la Comisión Central Honoraria de Parques Provinciales y de Protección a la Fauna y Flora Aborigen, en el Taller de Impresiones Oficiales, La Plata, 1943.

Precede a la obra un prólogo en el que el Dr. Pereyra expone los motivos que lo indujeron a escribirla. « Con esta obra sobre Ornitología, me propongo destacar la utilidad que nos prestan estos amigos alados... », y más adelante agrega: « si leyendo estas páginas aumentasen los admiradores y amigos de las aves, habría logrado su autor la satisfacción más honda que pudo pretender como compensación de su esfuerzo ».

El tratado contiene un capítulo sobre anatomía, morfología externa, biología, mudas, migración de las aves, etc. La segunda parte comprende la descripción de los órdenes y familias de las Aves Argentinas, en la que en forma sencilla da los caracteres fundamentales de estos grupos taxonómicos, lo que será de mucho provecho para los aficionados a estas disciplinas. El capítulo tercero se refiere a la distribución de las especies e incluye un mapa con 6 provincias zoogeográficas, agregando una larga lista de las especies propias de cada zona.

Este trabajo, que ha sido distribuído gratuitamente a todos nuestros consocios, por una atención de la Comisión Central Honoraria de Parques Provinciales y de Protección a la Fauna y Flora Aborigen, de la Provincia de Buenos Aires, está pro-

fusamente ilustrado, mereciendo especial mención las magníficas fotografías del Dr. Miguel Fernández y algunos dibujos a la pluma debidos al consocio Sr. Andrés Giai.

PERGOLANI, DRA. MARÍA JUANA I., *Sobre los zorzales argentinos.* « Vida Actual », Año 11, N° 114, 1942.

— — *Sobre domesticación.* « Revista B. A. P. », Enero 1943.

— — *Qué es el guano y qué aves lo producen.* « Revista B. A. P.», Febrero 1944.

PETERS, JAMES L., *Birds of the «Haiward Peruvian expedition ».* « Bull. Mus. Comparative Zool. at Haward College », Vol. 92, N° 4, 1943.

— — *First supplement of the list of birds now in the Museum of Comparative Zoology Bull. Mus. Comp. Zool.*, Vol. 92, N° 2, 1943.

— — *The Canadian forms the Sharpstaibed sparrow, Ammospiza Caudacuta,* Museum of Comparative Zoology. « An of the Carnegie Mus. », Vol. 29, pp. 201-210.

— — and ROBERT T. MOORE, *The Genus Otus of Mexico and Central America.* « The uk », Vol. 56, 1939, pp. 38-56.

PHELPS, W. H., y A. WETMORE, *Description of a third form of curassow of the Genus Pauxi,* separado del « Journal of the Washington Academy of Sciences ». Vol. 33, N° 5, Mayo 15, 1943.

PHELPS, WILLIAMS H., *Las aves de Perijá,* separado del « Bol. Soc. Venezolana C. Nat. », N° 56, 1943, pp. 265-338.

PHILIPPI B., DR. RUDOLFO A., *Notas sobre aves chilenas,* tirada aparte del « Boletín del Museo Nacional de Historia Natural ». Tomo 20, 1942.

POZZO, DR. FERNANDO. — *La vida y obra de Guillermo E. Hudson.* « Rev. Duperial », Agosto 1944.

REED, CARLOS S., y REED, LIDIA VALENZUELA LARRAIN DE, *Ornitología chilena, datos biológicos y económicos.* Publicación oficial N° 16 del Jardín Zoológico Nacional de Chile, Vol. II, N° 4, 1943.

Revista de Correos y Telégrafos de la Nación (Rep. Arg.); N° 64, 1942; N° 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 74, 75, 76, 1943; N° 77, 78, 79, 80, 83, 84, 85, 86, 1944.

SCHMIDT, KARL P., *The Amphibians and Reptiles of Pritish Honduras.* N° 8, Vol. 22, 1941. Zool. Series Field Museum.

SMITH, HOBART M., *Mexican Herpetological Miscellany.* « Proc. United States Nat. Mus. », Vol. 92, N° 3153, 1942.

STEVENSON-HAMILTON, Colonel, *Our South African National Parks y Ons Suid-Afrikaanse Nacionale Wildtuine.*

WETMORE, Dr. ALEXANDER, *The Birds of Southern Veracruz,* México; separados del Vol. 93, pp. 215-340 de Proceeding of the United States National Museum, 1943.

WENZEL, RUPERT L., *On the Classification of the Histerid Beetles.* Zoological Series Field Mus. Nat. Hist., Vol. 28, N° 2, 1944, pp. 51-151.

Volumen VIII de El Hornero. — Con la presente entrega termina el volumen octavo cuyo índice analítico será confeccionado y distribuído oportunamente.

INFORMACIONES

NIDIFICACION DE LA GARZA BLANCA, "CASMERODIUS ALBUS EGRETTA" GMELIN, EN EL JARDIN ZOOLOGICO DE BUENOS AIRES

Por ENRIQUE J. SAPORITI

Sin afirmarlo en forma categórica, creo que por primera vez y desde su fundación se ha producido en nuestro Zoo porteño, la nidificación de la célebre garza *Casmerodius albus egretta* Gmelin, vulgarmente conocida con los nombres de garza blanca grande, pájaro blanco, garza real, garza blanca de América, etc.

Con toda intención he llamado célebre a este Ardeido, por cuanto se recordará que junto a su congénere la garcita blanca o mirasol *Egretta thula thula* (Molina), han gozado hace más o menos medio siglo, de extraordinaria notoriedad; notoriedad debida a uno de los caprichos de la moda femenina de aquellos tiempos. Esta moda consistía en que las señoras adornaban sus sombreros con las hermosas y largas plumas denominadas « aigrette » ó egretes, que les nacen a estas garzas sobre el dorso superior de sus cuerpos durante la época nupcial (primavera). La imposición de esta moda y los miles de pesos que se pagaban por el kilo de estas plumas, originó, como es de suponer, una matanza sin par, ocasionando, por consiguiente, el inminente peligro de su extinción.

Sucede lo mismo, en la actualidad, con otros animales de nuestra fauna, verbigracia, los Yacarés (Caimán), las Boas (Constrictor y Eunectes), las Culebras (Ñaçaninás), las « iguanas overas y coloradas » (Tupinambis), a las que se persigue sin tregua por su valioso cuero, utilizado en la industria para confeccionar zapatos, carteras, billeteras y otros artículos por todos conocidos. Los comercios del ramo denominan a los cueros de yacaré y de lagarto con los nombres sugestivos de « Cuero de cocodrilo y camaleón », respectivamente.

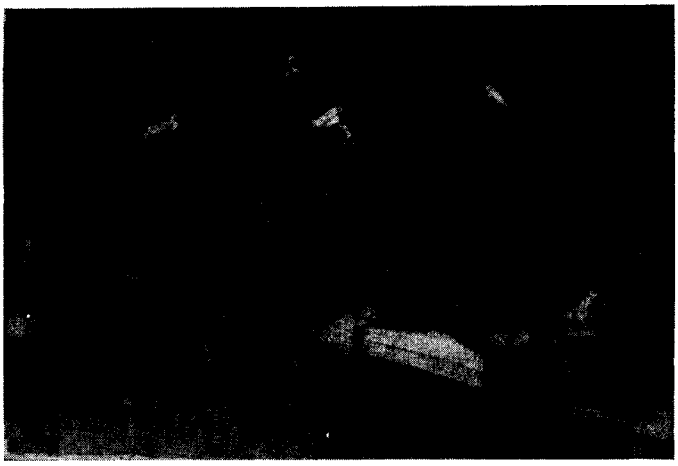
Pero volviendo al tema origen de esta nota, y recordando la ecología de esta garza, lo mismo que sus costumbres, que es la de frecuentar las orillas de los ríos, arroyos, bañados, lagunas, con tupida vegetación (sobre todo si son juncales), donde pueden ocultarse y anidar, me llamó poderosamente la atención el observar que varias de ellas, pensionistas del Jardín, recogían ramitas y palitos secos. Preguntándome a mí mismo qué harían con esos elementos, con creciente interés seguí observando, y pude constatar con verdadera satisfacción que se proponían construir nidos.

Eligieron como base de sustentación para su labor, uno de los árboles, el *Citharexylum barbinerve*, que es una Verbenácea, conocido por « espina de los bañados », situado a la vera del lago que se halla detrás del monario, y que se inclina pronunciadamente sobre dicho lago.

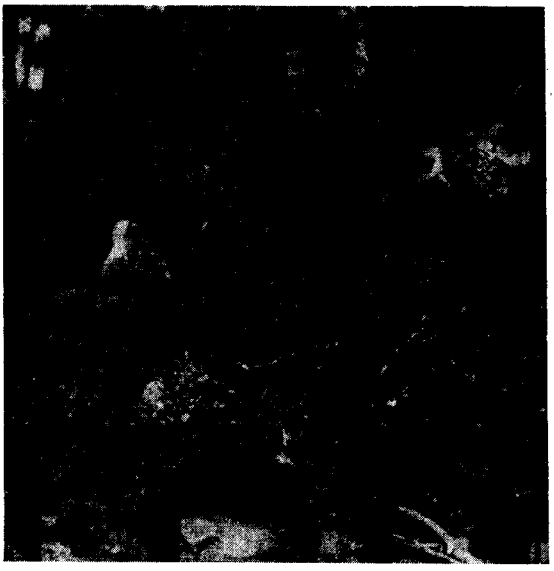
Cuatro parejas nidificaron; construyeron sus nidos sobre la bifurcación dicotómica de ramas pendientes sobre el agua, y a una altura variable entre 3 y 4 metros sobre el nivel de la misma. Estos nidos son de forma poco cóncava, más bien aplanados y extendidos a lo largo y ancho. En su construcción emplearon ramitas de álamos plateados y

eucaliptos vecinos; entrecruzaron dichas ramitas formando una urdimbre de mallas anchas, colocando sobre ellas algunas hojas secas de eucaliptos.

La postura de la primer pareja, engalanada con su ropaje nupcial, comenzó en los primeros días de Septiembre; el total fué de 4 huevos de hermoso color celeste, y casi al fin del mismo mes, igual número de pichones vieron la luz en el Zoo, calculando por ende que el tiempo de incubación oscila entre 21 y 23 días.



Los cuatro nidos de garza blanca.
La de la izquierda con pichones ya bien crecidos. La del medio dándole de comer. Las restantes en sus nidos.



Vista parcial de dos nidos.
Una garza dándole alimentos a sus hijuelos. La otra echada.

He podido observar que solamente después de poner su último huevo, la garza hembra se queda definitivamente echada. Durante el transcurso de la incubación, ésta sale únicamente unos pocos minutos para alimentarse, volviendo en seguida al nido y quedándose en él hasta el día siguiente, en que repite su salida.

Al nacer, los pichones, cubiertos por su albo plumón, presentan un pico fuerte y bien desarrollado y un penacho o copete de ralas plumas blancas sobre su cabeza. Son nidícolos; los alimentan sus padres, los cuales, tomando con su largo pico la comida que el cuidador del Zoológico les echa en un cantero adyacente, la tragan y luego en el nido la regurgitan a sus hijuelos.

Garza parada sobre su nido

Las otras parejas comenzaron algo más tarde a construir sus nidos, pero entre los meses de Septiembre y Octubre ya todas habían completado su postura y las hembras estaban echadas. De éstas, dos pusieron 3 huevos; y la restante como la primera, 4 huevos.

LAS AVES NO TEMEN A LOS MONSTRUOS MARINOS

Mientras se ejecutaba en el taller de Modelado un calco en yeso de un tiburón conocido con el nombre de zorro de mar, el escultor del Museo Argentino de Ciencias Naturales, Sr. Joaquín S. Da Fonseca, a mediados de Diciembre de 1943 observó, no sin cierta sorpresa, que una pareja de tacuaras, *Troglodites musculus bonariae*, había anidado en la boca del seláceo, en el tiempo que media entre el sábado a medio día, momento que había suspendido sus tareas, y el lunes que la recomenzó.

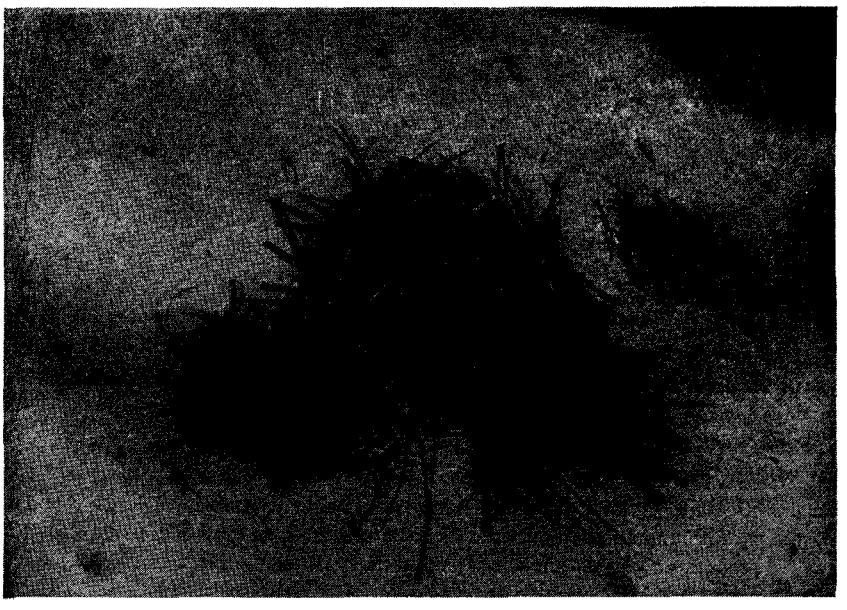
El molde, suspendido en medio del taller, acababa de ser pintado, de modo que mientras se oreaba y se le hicieron pequeños retoques, la pareja pudo incubar y criar sus pichones.

Los pájaros entraban al taller por un vidrio roto, y no demostraban mayor preocución por los movimientos del escultor, entregado a otras tareas.

Alguna vez, por observar su comportamiento, el Sr. Fonseca hizo correr las cadenas del aparejo que suspendían el pescado, ocasiones que la tacuara abandonaba presurosa el nido para volver al poco rato.

Para nidificar había utilizado cierta cantidad de clavos, algunos de 2 pulgadas, ramas y pecíolos secos, y la parte blanda fué confeccionada con pelos de una piel de oso dete-

Boca del molde de tiburón donde asoman ramas utilizadas por la tacuara para su nido.



Materiales utilizados por el ave para nidificar. A la derecha, más de 2 docenas de clavos.
Fotos de P. G. Haedo

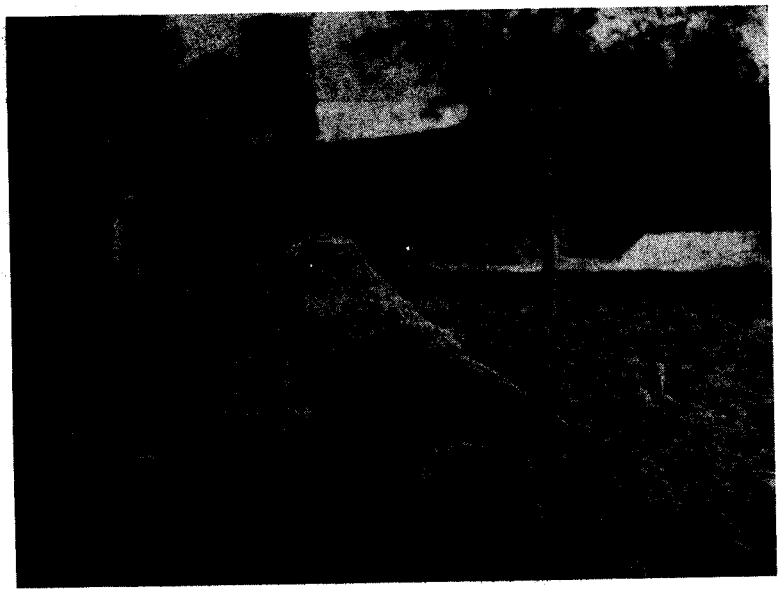
riorada, que junto a otros materiales zoológicos inservibles, se había reunido en las adyacencias para quemarlos.

AGUILUCHO, "GERANOAETUS M. MELANOLEUCUS" (VIEILLOT)

A principios del mes de Junio de 1943 fué hallado por un amigo, en las vías del Ferrocarril Central Argentino, estación La Rubia, Provincia de Santa Fe, un águila lastimada.

Conociendo este señor mi interés en las aves, me la trajo a Gálvez, donde encontramos que tenía una herida en el ala izquierda.

Con la ayuda de un médico amigo, fué curada, y después de diez días había sanado, pero continuaba algo caída.



Aguilucho *Geranoaetus m. melanoleucus.*

En una de las fotografías puede apreciarse esta caída y también el largo y poderoso pico, que permite una apertura enorme de la boca. Las otras fotos muestran el descanso que le fué preparado: una plataforma y palo horizontal rústico. Desde un principio había mostrado preferencia para pararse en la plataforma y no sobre el palo.

Al principio, mientras tenía vendada el ala, subía a la plataforma por la escalera provista, pero a los diez días volaba desde el suelo al palo.

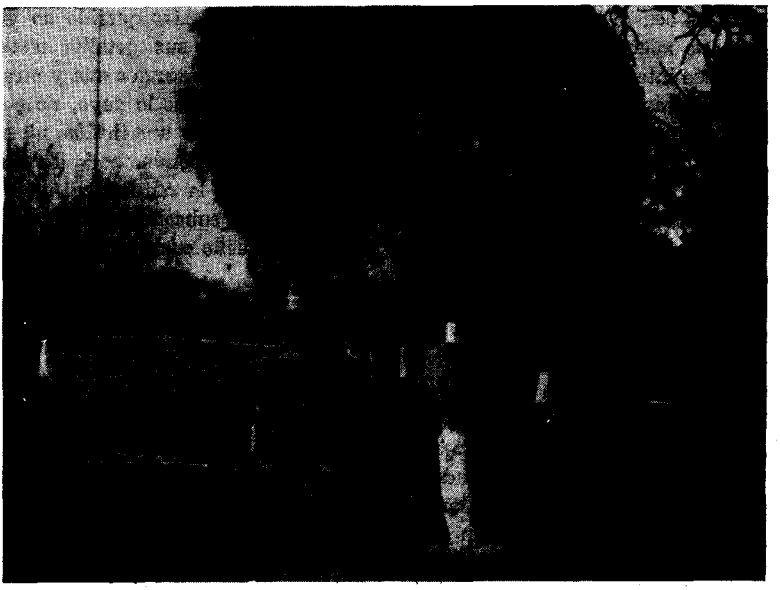
Ya no era posible tenerla en mi quinta atada, y pensando que por el defecto en el ala no sobreviría si fuese liberada, fué llevada a Buenos Aires en un cajón ventilado. Allí fué entregada a las autoridades de la S. O. P., quienes tuvieron el bien de identi-

ficarla como un ejemplar de *Geranoaetus melanoleucus melanoleucus* (Vieillot), que según W. H. Hudson (Vol. II, p. 48) es el « Grey Eeagle or Chilean Eagle ».

Con la determinación recibí la comunicación siguiente:

« Este ejemplar lo conservaremos vivo en casa del consocio Sr. E. MUÑOZ DEL CAMPO, gran aficionado a las rapaces, y cuando muera (de muerte natural) se armará para las colecciones ».

Esta noticia fué recibida con mucho agrado, por cuanto el ave se había hecho muy amiga nuestra. Era muy mansa y hasta permitía que se le diera de comer con la mano. Admitía que le tocaran la cabeza y el pecho. Tan es así que alcanzó a recibir el sobrenombre de « Egbert the Eagle ».



Aguilucho *Geranoaetus m. melanoleucus.*

Desde entonces se han observado muchos ejemplares entre Gálvez y Ceres y Santa Fe, en las líneas del F. C. C. A.

Era un ejemplar grande; medía de cabeza a punta de cola 76 cm., con una envergadura de 1,75 m. Tenía cabeza hermosa y noble, pico muy reforzado y pies y garras muy poderosos. Sin embargo, nunca intentó lastimar a nadie.

Su color era mayormente gris en la espalda y alas. En el pecho, plumas de color crema con puntos marrones. En la cabeza tenía plumas claras marcadas con marrón y negro. Pico gris y pies amarillos. Ojos marrón claro. Es sabido que este aguilucho tiene muchas fases de coloración, que varían con el sexo y la edad.

H. W. MARSHALL.
Galvez (F.C.C.A.)

OBSERVACIONES SOBRE UNA COSTUMBRE DEL CHINGOLO

Por CARLOS SELVA ANDRADE

Para El Hornero.

A veces nos ocurre no poder reconstruir los rasgos de un rostro querido no visto en mucho tiempo mientras la memoria mantiene viva, en todos sus detalles, una escena baladí que nos interesó fugazmente en una época lejana. La evocamos una y otra vez y a medida que transcurren los años y la fantasía le añade algo de lo suyo, no podemos precisar si es real o imaginaria. Más que un recuerdo nos parece una ilusión, un sueño.

Algo de esto me ha ocurrido con un aspecto extraño de la conducta de los chingolos y he preferido confiar mis observaciones a los amantes de la naturaleza antes que a un psicoanalista buscador de monstruos en las aguas del subconciente. Nunca puedo olvidar la interpretación dada por el mismo Freud a un sueño ornitológico — diré así — de Leonardo da Vinci.

Pero lo mío no ha sido un sueño, aunque así me haya parecido alguna vez. Yo he visto danzar a los chingolos. Me detendré algo en el ambiente y las circunstancias que rodearon mi descubrimiento.

Hasta los 10 años viví sin más preocupación que observar los pájaron en una quinta de 14 hectáreas, ubicada entre Ramos Mejía y El Palomar. Había allí una doble avenida de musicales causarinas en cuyo agudo extremo, los días de viento, se hamacaban las tijeretas; un monte frutal frecuentado por pirinchos, corbatitas, benteveos, horneros, churrinches y jilgueros; un molino donde anidaban los leñateros y un cerco de ligustros donde, al caer el crepúsculo, venían a dormir todos los pájaros del contorno. Llegaban éstos en grandes bandadas que se hundían en el follaje y allí ocultos entremezclaban sus voces en el más animado y melodioso de los conciertos. Este cerco fué el escenario de mis observaciones. Lo describiré como ahora lo recuerdo. Tenía una extensión de unos 300 metros y estaba formado por plantas muy crecidas, muy juntas, uniendo en lo alto el redondo follaje, que así resultaba como un muro vegetal, tupido y grueso. Paralelo a este cerco, y a unos cinco metros, se levantaba el alambrado de la huerta cubierto de enredaderas. Tras él tenía yo mi observatorio, y por las tardes, cuando el tiempo era favorable, me tendía de bruces en el suelo y por un claro abierto entre las enredaderas miraba la llegada de los pájaros. Sus voces eran una música que alegraba mi corazón.

Cuando callaba la grey alada y empezaban a insinuarse las sombras, un espectáculo nuevo se desarrollaba ante mis ojos. Tenía que esforzarme para ver la pista de tierra, lisa y sin hierbas, que se extendía al pie de los ligustros, porque, entonces, los chingolos, con un vuelo que describía una semi-espiral, se descolgaban de los arbustos y se reunían por bandadas en el suelo. Y allí los veía, entre dos luces, corretear, más bien deslizarse con las alas extendidas y movimientos nerviosos, enhiesto el copete como si los dominara una gran excitación. Una luz débil, rojiza, iluminaba la escena que se prolongaba un tiempo, en silencio, como si fuera un rito. Los pajaritos iban y venían hasta que una nota cristalina, emitida por uno de ellos, los hacía detenerse; permanecían un instante en suspenso y luego se sumergían, todos de golpe, en la noche del follaje.

Mil veces he evocado esta escena presenciada casi sin respirar, sin mover siquiera los párpados, aunque las voces de mis padres ya me andaban llamando por la quinta. Nunca

me he podido explicar por qué toda ella se ha conservado tan nítida, tan viva en la memoria, sin que se perdiera un detalle, cuando me cuesta recordar otros sucesos de mayor trascendencia.

Infructuosamente he buscado en cuanto libro pude hallar una mención de esta extraña costumbre de los chingolos. En una nota en que Rodolfo Von Ihering consigna las observaciones hechas sobre las danzas del tangara *Chiroxiphia caudata* menciona la que se refiere a una especie « que por su coloración tiene una vaga semejanza con el « Tico-Tico » (*Brachyspiza*) ». Esta nota aparecida en el volumen VI de EL HORNERO es lo que más se aproxima a lo que yo he visto. Los naturalistas no pueden perder tanto tiempo como un niño, y un niño no puede interpretar los hechos como ellos. He hallado, es verdad, coloridas descripciones sobre las danzas del *Argus argusianus*, del *Machete pugnax*, del gallo de roca, de las aves del paraíso, del semioptero de Wallace, etc. Pero nada del chingolo especialmente. Falto de tiempo unas veces y otra de escenario adecuado, no pude en muchos años hacer nuevas observaciones personales. Durante una temporada de dos años que permanecí en los montes del Yabebirí, en Misiones, me propuse confrontar mis recuerdos con la realidad. Algunos chingolos frecuentaban los montones de ramas dejados por el desmonte y hasta anidaban en los mandarinos cercanos. Allí los pude ver nuevamente corretear a las luces indecisas del crepúsculo como los había visto en mi infancia. Supuse que buscarían comida y les dejé montoncitos de alpiste que a la mañana siguiente estaban intactos. Descarté el fin sexual de estas danzas porque los pajaritos ni antes ni después demostraron tener deseos de anidar. ¿Qué hacían? Sus desplazamientos en conjunto eran ágiles, armoniosos, se ayudaban con movimientos de alas y parecían deslizarse como al compás de una música inaudible. Pero, ¿por qué?

No quisiera magnificar los hechos ni dejarme llevar de la fantasía. El chingolo siempre me ha parecido una avecilla singular. Los he observado cuando escarban la tierra cerca de un poste; parecen concentrados completamente en la búsqueda de comida, pero de pronto — y sobre todo cuando sopla viento — interrumpen su faena, vuelan sobre el poste y lanzan las claras notas de su canto para retornar a su anterior expurgo. Muchas veces me han llamado la atención sus gorjeos nocturnos, modulados con la más clara voz. La gente en Misiones me solía decir que los « tico-ticos » anuncian los cambios de viento. No podría certificarlo con observaciones precisas pero puedo decir que varias veces, en la alta noche, después de oír el canto del chingolo, escuchaba a lo lejos el chirriar de la veleta ubicada sobre el secadero de yerba. ¿Casualidades? ¿Premoniciones?

El chingolo es un pajarito común. ¿Quién no los ha visto con sus pichones, que « tienen un grito de insecto », o afanados por criar un *Molothrus* zanganote? A esta circunstancia, y a la amabilidad de los lectores de EL HORNERO, libro un recuerdo y una observación que sería feliz si supiera que ha sido compartida por alguien que mejor que yo pueda darle certificado de validez.

Un nuevo record del hornero. — El embajador argentino en el Uruguay, Dr. don Carlos Quintana nos remite, por intermedio de nuestro consocio Dr. Jorge Casares, la fotografía que reproducimos.

Se trata de un verdadero rascacielos formado por seis nidos de hornero superpuestos, construídos sobre una cornisa del edificio de la embajada argentina en Montevideo,

FIG. 1. — Frente de la Embajada argentina en Montevideo, elegido por el hornero para su extraordinaria nidificación. Los nidos están orientados al N.O. y todos tienen su abertura a la derecha del observador.

que mira al N. O. Es el ejemplo máximo hasta ahora conocido, pues el registro mayor publicado en nuestra revista sólo alcanza a cuatro nidos, representado en esquema (EL HORNERO, vol. V, pág. 212).

Nuestra ave nacional — el hornero es el ave de los argentinos, — a pesar de encontrarse en un pueblo hermano, ha dado una muestra de su adhesión a nuestro país — que es el suyo, — colocando en la embajada — tierra argentina — una serie de viviendas dispuestas en una superposición no igualada hasta hoy.

NARRACIONES PARA MIS HIJOS (1)

UN NIDO

Primavera! Hasta la palabra con que se la nombra tiene rumor, claridad y brillo de agua fluyente. ¡Primavera! Transición: signos visibles e invisibles lo anuncian en los seres y las cosas. Variaciones de luz, sinfonía de colores, armonía de trinos que entonan la resurrección y la gloria del mundo. Tibia sonrisa de claridad en el amanecer. El tiempo se levanta más temprano; y la calandria y el sol saltan juntos del lecho. El árbol, recogido en su poda y adormecido en su savia, abre ansiosamente los verdes ojos de sus brotes nuevos.

Mucho antes de que el sol lance su nota inicial de luz, cantan los pájaros y, cantando, expresan su alegría y la alegría del mundo que renace, y hablan de sus nidos... ¿Os sonreís? ¿Acaso creéis que es posible acordar la construcción de un nido como no sea cantando?... ¡Un nido!, casa y cuna a la vez.

En otro lugar os prometí deciros qué es un nido. Hallándolo ahora muy difícil de explicar, mejor será que veamos juntos cómo lo fabrican esos pequeños y divinos seres; desde el breve y sumario de la tórtola — cuatro o cinco ramitas cruzadas — y el voluminoso y enmarañado del espinero, semejante a la ramazón que los niños amontonan para las fogatas de San Juan, hasta esa maravilla de arte y comodidad que es la casita de los horneros, posada sobre los postes del alambrado como una alcancía de felicidad. Alcancía de felicidad he dicho, y no de plata; que la plata ellos la vierten por fuera, alegremente y sin tasa, en sus tintineantes canciones jubilosas.

Observemos cómo eligen los elementos con que harán su obra: ramitas secas, briznas de pajas y pasto, hebras de cerda, plumas, vedijas de lana, y aún, como en el caso del amigo espinero, trozos de alambre y de metal. Acordaos también de aquella ratonerita que anidó en nuestra casa y llevó, como base de su futura morada y tal vez por falta de otras cosas, clavos, alambrecitos y hasta alguna costilla de ave.

Reparemos ahora cómo hacen para transportar esos elementos. Ved cómo ninguno de ellos, salvo el hornero — que este pájaro en todo procede con rectitud y sin desconfianza, — va directamente desde el punto en donde los recogen hasta el lugar en que anidan. Desvían sus vuelos, tuercen su ruta, se detienen y, a veces, desandan lo andado y dan largos rodeos, con la intención de confundir a quienes los miran y así defenderse de acechanzas peligrosas. Ved también la dedicación, la suma de afanes, el trabajo largo y penoso que significa ese proceso en que ambos se esfuerzan por igual. Con sus canciones matizan esa ímproba labor, tornándola menos dura y aún convirtiéndola en cosa agradable. Cuando ella toca a su fin, crecen su alegría y sus canciones. Terminada ya, lista para las nupcias inocentes, desovan en su blando seno, y se dan a la tarea paciente de incubar por largos días, turnándose la pareja y quedando a la puerta del nido, para vigilar, el que de ellos está libre. Al fin, una mañana, la sonora y redoblada alegría de padres, a la que hacen eco algunos débiles píos, nos dice que han nacido los pichones.

(1) De un próximo libro.

Contempladlo ahora: miradlo, en su aparente rusticidad, qué suma de gracia y delicadeza atesora y qué emotiva sugestión de ternura y felicidad emana; tanto que, en el mundo entero, es acabada expresión del amor idílico y perfecto símbolo del hogar feliz. Pero ahora sí que comienzan de verdad los afanes de esos heroicos seres. Multiplicad muchas veces aquella faena de construir el hogar, aquel incansable ir y venir, sus fatigas y sus temores, y habréis de tener por ellos profunda simpatía y gran admiración. Mirad cómo se agitan, cómo luchan, cómo se ingenian y se exponen sin punto de reposo, inteligentemente y en medida muy superior a sus fuerzas, para sustentar a sus hijos, y entonces llegaréis a sentir hondo respeto, verdadera devoción... Luego vendrá el enseñarlos a volar, a cantar y a conducirse fuera de casa, hasta que puedan valerse por sí propios en la vida.

Con todo cuanto os he dicho, seguro estoy de no haberos dado todavía la verdadera sensación de lo que es un nido. Si me pidierais una idea más precisa aún de su dulzura e intimidad, os diría:

Imaginaos una cruda noche de invierno. Afuera, el viento azota la garúa. Nuestra casa está cerrada y defendida de esas inclemencias. Vosotros dos, recogidos en vuestras camitas, bien cubiertos y a punto de dormiros o dormidos ya. Vuestra madre os besa mientras que os arropa mejor. Yo, también en el lecho, leo algún libro amable. Ese tibio bienestar, esa amorosa intimidad, esa tierna comunión de afectos que, serena y dulce como el fulgor de la lámpara que nos alumbra, llena nuestra alcoba: eso tan dulce, pero inexpresable, que sentimos flotar en el ambiente, es lo único, hijos míos, que podría daros la idea aproximada de lo que es un nido.

LOS PAJAROS HABLAN

Lo que voy a narrar, me lo confió un viejo gorrión que en su vivir azaroso mucho había visto y sufrido. Contaba más de una herida y era hábil en burlar toda suerte de trampas que arman los hombres; aunque en ellas dejara cierta vez las plumas de la cola y algunas más... y hasta un dedo, todo lo cual había hecho un tanto filósofo y bastante escéptico. Decía las verdades más amargas con el desenfado propio de un gorrión, pero siempre fué honrado y un amigo cabal.

Nuestra amistad llegó a ser tan íntima que, al primer llamado, acudía a comer en mi mano; sobre todo en esos días fríos y lluviosos del invierno en que a las pobres aves les es poco menos que imposible hallar su alimento. En una de esas ocasiones, respondiendo a la pregunta que yo le formulara con frecuencia, y como refiriéndose a seres de otra especie, me dijo:

— Los pájaros hablan y sostienen largas conversaciones, y voy a mencionar los principales motivos que animan sus vibrantes diálogos.

« Ello generalmente acontece a esa hora indecisa en que la tarde, antes de partir, queda unos instantes en el ocaso como suspensa y pensativa... hora solemne en que los pájaros hablan con los árboles y unos y otros lo hacen entre sí. Llegan desde lejos y a prisa, y van acomodándose para pasar la noche. Mientras se aprestan a dormir, reina entre ellos gran bullicio y desconcierto. Es un crepitante hervir de trinos mezclados en confusa algarabía, donde los sonoros hilos de una cháchara afanosa enrédanse con estridencia de grillos. En ciertos momentos pareciera que están arreglando las hojas, disponiéndolas en forma conveniente, de modo que no molesten durante el sueño y ellas también puedan así descansar mejor. En otros instantes, semejan recoger en sus picos las últimas hebras de luz que iluminan las copas de esos árboles, para darlas al aire cuando apenas comience a amanecer el siguiente día, mucho antes de que el sol asome.

« Entre tanto, se echa de menos a los que faltan por causa alguna escopeta bárbara, alguna trampa alevosa o alguna honda artera... y se relatan los incidentes del día que

ya toca a su fin. Unos recuerdan el agua limpia del arroyo donde bebieron al par que se bañaban; la dulzura de la mañana tendida sobre los campos soleados y soledosos, y la alegría felíz de tener alas y volar por ellos libremente; el rocío que se brinda en el cáliz de las flores, saturado de su esencia y con una motita de sol, y es, al beberlo, como un licor de los cielos; la gota de lluvia presa en la telaraña y donde se clava una chispa de luz que la hace parecer una diminuta pupila mirando absorta el paisaje... Otros elogian un sembrado lleno de espigas, o un rastrojo donde quedaron abundantes granos; cuales mencionan un monte de rica fruta en sazón, no faltando quienes indiquen el lugar en que vieron al *hombre del fusil* o la pandilla de rapaces con la temible honda y arrasando nidos. Entre ellos hay también los que, antes de dormirse, confiesan al Dios de las Aves, que es Francisco de Asís, algún exceso cometido contra un árbol cuyas flores comenzaban a cuajar en fruto, pidiendo perdón por este leve pecado y prometiendo enmendarse, a cambio de que el buen Santo los proteja contra las acechanzas de hombres y alimañas. En este punto, murmuran con terror de algo vergonzoso para el hombre, al señalar la enorme, ridícula y brutal desproporción que media entre el cazador vestido como un guerrero, empuñando su escopeta de dos caños y acompañado además por un gran perro; y el ave minúscula y frágil que, a veces, al ser atacada, está brindando la gracia inimitable de sus trinos con júbilo infantil...

« Y terminan por dormirse pensando con tristeza en la absurda incomprensión de quien a sí mismo se proclama superior y culto y que, por lógica, debiera ser su mejor amigo, su aliado más fiel, y es su enemigo peor.. presto siempre a ceder al impulso de sus instintos crueles y atento sólo al pequeño interés inmediato de unos granos o unos frutos; sin reparar nunca en la grande utilidad que prestan las aves, ni contar los beneficios con que retribuyen ampliamente aquellos hurtos mínimos e inocentes; ni imaginar siquiera por un momento cómo sería de triste la vida — imposible tal vez — si, de pronto, desaparecieran los pájaros con la bondad de su obra y el regalo prodigioso de sus matices y sus canciones».

JUAN BURGHI.

VIEJOS RECUERDOS

POR JUAN PEDRO LARRABURU

De un tiempo a esta parte me he dado a la tarea de considerar y, como si dijéramos, recapacitar con hondura y hasta con pena sobre ciertas circunstancias que conciernen a mi grande y apasionada admiración por todo cuanto ha creado Naturaleza, y llegué a pensar que esto constituía en mí, o era como el producto de una como exacerbación de ese respetuoso sentimiento, y que tales consideraciones vienen como justa reacción contra la enorme cuanto lamentable indiferencia que se nota en nuestro medio por estas excelsitudes — excepción hecha, naturalmente, de un pequeñísimo y selecto núcleo de « personas espirituales ». De estas recapacitaciones salieron también exhumados algunos viejos recuerdos de la niñez que tienen relación con las aves — mi particular devoción, — y que he tratado de consignar aquí.

Porque realmente es lamentable, y no deja de causar desazón, comprobar la existencia de esa despreocupación, tanto aquí, en la Capital de la República, como en todas las localidades del interior por donde he andado, y si particularizamos con respecto a las aves, su belleza, como valor estético, no es en general apreciada en nuestro país; sólo

existe el interés utilitario, ya sea bajo el punto de vista gastronómico: buena o mala para la mesa, o susceptible de alguna aplicación industrial o comercial.

La infinita diversidad de formas, la gracia de sus movimientos y actitudes y la vistosidad en el colorido del plumaje de la mayoría, como la deslumbrante belleza de algunas, son cosas que no impresionan a la gente, y cuando más, únicamente se advierte interés verdadero por el canto, sólo por el canto. Esto último, que sería muy respetable si el interés fuera por todo el conjunto de cualidades (pues que el canto es uno de los dones, como el vuelo, exclusivo de las aves, y que las hace por eso doblemente admirables), siendo sólo un interés parcial o limitado y egoísta, su mérito es también muy limitado.

He visto aquí en la Capital, por ejemplo, al preguntar a personas que poseían cierta cantidad de jaulas y hasta pajarera... si eran muy aficionadas a los pájaros. « ¡Ah, sí, mucho!... — fué la respuesta. — Muy aficionados; tenemos canarios flautas que son una maravilla como cantan!... ».

— ¿Y pájaros de otras especies: Siete colores, Churrinches, que son tan vistosos?

— ¿Y para qué sirven, si ésos no cantan?...

Después de estas reflexiones, uno debe preguntarse: ¿Nos habremos vuelto tan materialistas que nos preocupan únicamente nuestros problemas de aquí abajo y no somos ya capaces de alzar la vista para contemplar el vuelo de un pájaro?

La fascinación de los Buitres. — Siempre, cuando muchacho, tuve una especie de misteriosa curiosidad — una viva curiosidad como se pudiera sentir por algo apenas vislumbrado e inalcanzable — por esos enormes pájaros negros que llaman cuervos, que surcan con tanta serenidad el cielo y que tantas veces, allá en mi terruño, las seguía con la vista sobre una blanca nube hasta que no eran más que un puntito que apenas se movía, haciéndose de más en más diminuto hasta perderse de vista. La fascinación, diré, que sentía por esos negros cuervos que nunca había logrado ver ni siquiera uno solo de cerca, crecía y crecía siempre, en razón directa de lo inalcanzable que me resultaban. A veces, y de repente, se veía pasar uno planeando muy bajo y a gran velocidad, sobre el gran jardín que había en la casa, con inmensa alarma de las gallinas y de todas las demás aves, y entonces, como me parecía de una enormidad fantástica, con sus alas majestuosamente desplegadas, la admiración y curiosidad que sentía ya no tenían límites.

Además, por allá, y en ese entonces, era voz generalizada entre los muchachos que esos cuervos eran pájaros « muy duros » para morir, que era casi imposible bajar alguno porque la munición no le penetraba en el plumaje. Muchas veces, insistía en encargar a mis compañeros de escuela, a los que vivían en chacras, se entiende, que me consiguieran algún pichón, o, en su defecto, uno ya grande aunque me lo trajesen muerto; pero todos estaban de acuerdo que en cuanto a conseguir uno ya grande era imposible, únicamente tirándole con un arma poderosa como el winchester, y en cuanto a los pichones, sólo sabían decirme que los habían visto y que eran completamente blancos, como el algodón.

Sin embargo, en una ocasión, recuerdo, tuve la oportunidad de verlos relativamente de cerca, y mi afanosa curiosidad fué por fin en algo satisfecha. Bajaba yo por una de las calles terminales del pueblo, absolutamente solitaria como todas las demás, y en donde ya no había ni siquiera un rancho, cuando de pronto, a un costado de la calle, contra el alambrado, vi por lo menos unos veinte, todos de la especie *Cathartes aura ruficollis* (Spix), en abigarrada y revuelta algarabía sobre el cadáver de un perro. Algunos estaban asentados en los postes del alambrado, con las enormes alas algo separadas del cuerpo, como en actitud de emprender el vuelo; otros se hallaban en el suelo e iban de aquí para allá con la cabeza baja, en actitud agresiva hacia los que ya estaban saboreando el manjar. Había algunos que tironeaban del cadáver del pobre perro apoyadas las patas e inclinándose hacia atrás, hasta que conseguían arrancar una presa.

También había individuos cuyas rojas y calvas cabezas habían desaparecido junto con el cuello entre las entrañas del cadáver, y no faltaban tampoco aquellos que desde más lejos, posados en el mismo alambrado, atisbaban ansiosos el momento de poder bajar y tomar parte en el banquete.

Quedé como petrificado a la vista de este inesperado como repugnante cuadro, que para mi fué de soberbia grandeza, y que se ofrecía a mis ojos cuando menos me lo esperaba; y entre la hediondez del ambiente y el espectáculo de aquellas aves tan abstraídas en su tarea, la escena, de tan grandiosa me pareció entonces diabólica. Y así estuve un largo rato sin moverme ni a un lado ni a otro, y aunque las aves posiblemente ya me habían visto, era tal su entusiasmo que parecían como enceguecidas y ni siquiera intentaban huir.

Ahora si que podía examinarlas a mi gusto y con relativa calma, pues la emoción me ahogaba; su plumaje, de color no del todo negro en el cuerpo, sino más bien con reflejos acerados; sus largas alas con algo de pardo, que a estar por el fuerte ruido que hacían serían de plumas muy duras; sus patas blanquizcas contrastando de modo macabro con el negro del resto y su cabeza..., esa cabeza que tantas veces había casi adivinado en los pájaros en vuelo, ahora podria desentrañar el misterio. Lo primero que me chocó fué el pico, bastante largo y más bien delgado, de color marfilino, y que también contrastaba, como las patas, con el siniestro color negro del cuerpo; y la pequeña cabeza tan calva y escarlata con unas arrugas violáceas en la nuca — esas arrugas y ese color me parecieron en efecto, el fin del misterio, pues como detalle que ni siquiera sospechaba, ya estaba bien visto y no quedaba nada por conocer.

Por otra parte, las aves en todo el tiempo no emitieron ni un solo grito ni sonido de ninguna especie, lo que más contribuía en mi a esa especie de misteriosa fascinación en que siempre me tuvieron.

Como se acercaba por el lado opuesto un jinete al galope, aqui fué la desbandada. No quedó ni uno en el lugar, y muy pronto el espacio de los alrededores se llenó de tremendos ruidos de aleteos y casi todos empezaron a planear en grandes círculos cerca del suelo, para ir asentándose de nuevo, una vez pasado el susto.

Tiempo después, y en época más reciente, tuve oportunidad de tener un ejemplar de cada especie en cautividad, habiendo yo mismo conseguido uno de ellos: el *Coragyps atratus foetens* (Lichtenstein), en un campo, de un tiro de rifle, mientras devoraba algo putrefacto; habiéndolo sólo herido en un ala, después de envolverlo en una arpillera me lo llevé a casa, no sin antes haber tenido que luchar para reducirlo, pues era bastante agresivo y trataba de picotear al mismo tiempo que lanzaba una especie de gruñido como el de un cerdo. El otro fué un Cuervo Cabeza colorada, *Cathartes aura ruficollis* (Spix), que me procuró un hermano mio tirándole desde abajo de un gran árbol en donde estaban varios asentados. Este siempre estuvo como atontado, pues no daba ninguna seña. de atacar ni de querer escapar. Cosa muy curiosa, como no presentaba ni rastros del tiro por ninguna parte, decíamos bromeando que había caído del susto nada más; porque, en efecto, siempre fué un pájaro muy tímido, en extremo asustadizo y de un carácter diametralmente opuesto al de la otra especie. Permanecía posado en la percha de la gran jaula durante horas y horas sin demostrar inquietud, mientras que el primer siempre andaba en idas y venidas por el suelo de la jaula buscando sin duda algún espacio para escapar. Pronto empezaron los dos a comer carne cruda, aunque visiblemente con pocas ganas al principio, pero después se acostumbraron.

Con respecto a la alimentación, en estos animales, no se puede pasar por alto sin decir algo, pues llama poderosamente la atención esa prodigiosa facultad que poseen todas las especies de Vultúridos de ingerir impunemente, y es lo normal en ellos, los terribles y poderosos venenos que se forman en las carnes en putrefacción por sucesivos desdoblamientos y en último término por la descomposición de las proteínas, dando lugar a

compuestos tóxicos aminados, similares a los venenos vegetales (las ptomaínas), entre las que se cuentan la lifina, cadaverina, ornitina, putrescina y muchos más, que en dosis de pocos centigramos son de un efecto mortal para cualquier otro organismo de digestión corriente o que no esté dotado por la Naturaleza para anular o contrarrestar en cualquier forma la acción tóxica.

Después de haberlos tenido así en cautividad por un largo tiempo les dí la libertad, y uno tras otro, en medio de su asombro de sentirse libres, remontaron vuelo para perderse de vista pocos momentos después.

UN TUCANO BROMISTA. — El Tucano de que voy a hablar (seguiré llamándole « Tucano » y no « Tucán », porque es como le llaman en Misiones, sin excepción) era de la especie *Ramphastos toco albigularis* (Cabanis), el mayor en corpulencia de las cuatro especies que habitan nuestro país.

Llegó a casa una mañana — de esto hace muchos años — dentro de un canasto de cerca de un metro de profundidad y angosto, hecho con lascas de tacuara entrelazadas, como los que usa la gente de campaña como cargueros y que colocan a un costado sobre el caballo. El canasto venía tapado, y como era bastante profundo, según dije, nosotros, con la explicable curiosidad, íbamos levantando de a poco la tapa para mirar adentro, y allá en el fondo estaba el pájaro, con su enorme pico amarillo y mirada traviesa, lo que nos infundió mucho miedo, pues no sabíamos si con ese pico... ¡quién sabe lo feroz que sería! Pero sacado de allí, y una vez suelto, no demostró ferocidad ninguna, y en cambio comía cualquier cosa que se le presentaba.

El tucano era, por consiguiente, muy manso, y en seguida se nos hizo completamente familiar. Al principio demostró ser más bien tranquilo y acostumbraba pasar mucho tiempo posado en su percha favorita, que era un listón de madera clavado entre dos gruesas columnas, también de madera, que sostenían el techo del corredor de la casa. Cuando le llegaba la hora crepuscular de refugiarse para pasar la noche, como al principio se ponía muy inquieto y miraba constantemente para arriba en dirección a otro listón que había en la misma forma que el primero, pero muy cerca del techo y hasta donde llegaba el enmarañado follaje de una enredadera, para poder hacerlo llegar hasta allí no hubo más remedio que presentarle el respaldar de una silla, al que se subía de un saltito, y entonces, levantando la silla, de otro saltito ganaba el apetecido listón dormitorio, en donde al poco rato se acurrucaba, levantaba particularmente la cola y dando vuelta la cabeza acomodaba el pico entre las alas para dormir.

Durante todo el tiempo que no pudo volar por haber venido con las plumas de una de las alas cortadas, por la mañana muy temprano, nuestro padre, que siempre fué madrugador, para bajarlo de aquella altura le ofrecía otra vez el respaldo de la silla, en donde se ubicaba, y entonces la bajaba. Cada día se iba haciendo más familiar y más mimado. Ahora, cuando se le rascaba suavemente entre las negras plumas de la cabeza como a un loro, no tardaba en bajarla y quedarse como dormitando, continuando en esta actitud tan tierna por un buen rato.

Nunca olvidaré esos momentos cuando toda la familia estaba sentada a la mesa, ya fuera a la hora del desayuno por la mañana o al medio dia, cuando invariablemente, y sin que nade lo llamase, nuestro Tucano venía a saltitos — que era su único modo de caminar — por el piso del comedor, y de un pequeño aleteo se trepaba justamente sobre el respaldo de la silla que ocupaba nuestra madre, y entonces, muy cautelosamente y con mucha suavidad, la tomaba de una oreja con el pico y le daba un tironcito para avisarle que ahí estaba él, y, por supuesto, siempre ella le daba su ración, generalmente papa o batata o pan mojado en café, que él engullía con mucho placer, después de lo cual volvía a su percha o se acomodaba sobre una planta de sinecia a tomar el sol.

En cuanto a higiene, era muy escrupuloso, y no faltaba nunca a su buen baño, que lo hacía en un gran barril lleno de agua que siempre estaba debajo del caño de desagüe del techo. Posado sobre el borde del barril, con la cola algo levantada y el cuello estirado, empezaba por sumergir repetidas veces el pico en el líquido, imprimiéndole cada vez sobre la superficie un leve movimiento lateral de vaivén, y de repente se tiraba al medio y sacudiendo fuertemente las alas ganaba el borde opuesto del barril y así unas cuatro o cinco veces hasta que quedaba hecho una lástima de empapado, e iba a secarse al sol sacudiendo el plumaje y haciéndose la toilette después. « Pierrot » fué el nombre con qué fué bautizado por nuestro padre, que sin duda le iba muy bien, dado el aspecto algo payasesco que tenía y que él había, tal vez por asociación de ideas, relacionado con el del simbólico personaje. Y era de ver cómo respondía con un grito hueco y gutural cuando él lo llamaba, donde quiera que estuviese, y fué tanta su devoción por él que llegó al punto de acompañarlo en vuelo — cuando ya pudo hacerlo — cada mañana que él iba a su oficina, distante unas tres cuadras de casa, y entonces, después, regresaba, no sin antes haberlo saludado con unos cuantos gritos desde unos paraísos donde se posaba, hasta verlo a nuestro padre entrar en la casa. En ese momento, con su desmesurado y hermoso pico amarillo, sobre la copa del árbol, que a los rayos del sol parecía más grande y de áureo brillo, presentaba un aspecto magnífico, resplandeciente!

Como les pasa a veces a los niños mimados, también él tuvo sus aventuras, y no pocas, y casi siempre por curioso o por querer demostrar su guapeza: una de ellas, de la que salió maltrecho, fué con una gallina con pollos que en esos momentos andaba por el patio con toda su prole, escarbando el suelo; y fué cuando a Pierrot se le ocurrió bajar de donde estaba y a saltitos se fué acercando a la familia con toda decisión hasta llegar a entreverarse con los pollitos... No se sintió más que la desbandada de éstos, un terrible aleteo y acto seguido al Tucano salir rodando por el suelo impulsado y perseguido por la furiosa madre, que si en ese momento no atina a pasar alguien por ahí, ésa hubiera sido la última aventura del pájaro. El resultado de su intromisión con la gallinácea familia fué un agujero en medio de la mandíbula superior del pico, de lado a lado, y una pata lastimada que lo hizo renguear por unos cuantos días, habiendo tenido que vendársele el tarso. En cuanto al pico, cicatrizó en menos tiempo de lo que tardó la pata en curarse, y, como es natural, le quedó la cicatriz, como un trofeo de heroísmo.

Gustaba también de hacerles algunas jugarretas a los demás animales de la casa, como por ejemplo, cuando un gran perro negro que acostumbraba echarse en el corredor a sestear, sobre las frescas baldosas, parece que Pierrot esperaba a que se durmiera con sueño profundo, y yendo hasta él y tomándole una oreja con el picole daba un buen tirón. El pobre perro, con un despertar tan brusco, no atinaba más que a dar un salto acompañado de un grito, y salir a la disparada.

Algunas veces, mientras estaba filosofando posado en su percha, después de haber engullido alguna naranja, pasaba en vuelo en ese momento, cerca de él, un Pilincho de mi colección, y en el preciso instante que lo enfrentaba, el Tucano, con veloz y certero movimiento, alargaba el cuello y lo apresaba con el pico por el medio del cuerpo como a una mariposa.

Es asombrosa la agilidad del ave para manejar el pico; de cualquier distancia y tan seguido como se desee, se le puede arrojar cualquier cosa, una fruta pequeña, por ejemplo, con la absoluta seguridad de que el objeto será barajado en la punta del pico con extraordinaria rapidez, sin jamás errar un tiro.

Su manera de engullir el alimento también es muy peculiar y consiste en arrojarlo desde el ápice del pico con un movimiento o envión de la cabeza hacia arriba y recibirlo exactamente en medio de la garganta, en donde entonces lo engulle. Si nota que es algo grande para sus fauces o más duro de lo debido, lo vuelve con un movimiento de retroceso — en que también interviene su larga y espinosa lengua — al extremo del

pico, en donde le da vueltas y más vueltas, con el fin de triturarlo, y entonces lo engulle.

Nuestro tucano conocía perfectamente a las personas extrañas que iban de visita, y demostraba en seguida alarma o curiosidad, algunas veces bajando la cabeza y estirando mucho el cuello a medida que hacía reverencias, y otras acompañándolas con su ronco grito. Cuando era una persona de color, su alarma llegaba a lo indecible, y a veces, a los hechos, como en una ocasión que estábamos a la mesa a medio día y repentinamente se oyó un « ¡Ay! », fuerte y angustioso. Por el corredor iba llegando una negrita como de unos doce años, y, cerca ya de la puerta, el Tucano, que la había visto y bajado al suelo, fué a darle en forma subrepticia un fuerte picotón en los talones, sin que ella lo advirtiera antes, de modo que el susto de la chica fué tan grande y repentino que le hizo exclamar el « ¡Ay! » al mismo tiempo que volaban por los aires unos platos transportando algo comestible.

Una de las características de Pierrot era su extremada susceptibilidad a las amenazas y a las reprensiones. Creo que en esto, precisamente, daba muestras de sus buenas facultades mentales, y tanto como era afectuoso y sabía reconocer el buen trato que recibía, era caprichoso, y, cosa rara en un ave, tomaba, como quien dice, al pie de la letra cualquier demostración poco afectuosa que se le hiciera. Como nuestra madre era muy aficionada a las plantas, tenía su jardín, y, entre otras, había algunas que merecían su predilección. Así pasó que un día estaba ella admirando y arreglando una camelia que precisamente ostentaba unas hermosas flores en botón. Al retirarse ella de la camelia, e ir hacia otra planta, el Tucano, que la había estado observando, voló y se posó en la escalerita que servía de tutor a la planta, y en el momento que ella notaba su llegada y lo miraba, tomó con el pico muy delicadamente la flor más grande y hermosa y la cortó de un solo tirón... Nuestra madre, que en ese momento tenía un tutor en la mano, al amenazarlo con él le gritó:

— ¡Ahora vas a ver, canalla!...

No se necesitó más; el Tucano se dió vuelta y emprendió vuelo, pero esta vez no fué un pequeño vuelo cercano sino que siguió volando y ya no se le vió más ese dia. Al siguiente día tampoco, ni a los subsiguientes, y cuando ya se lo daba por perdido, más o menos después de unos quince días, hizo su aparición inesperadamente y como si tal cosa. Naturalmente que este gesto magnífico de Pierrot fué debidamente apreciado y muy comentado, recibiendo él muchos mimos después, en homenaje a su hazaña.

En otra oportunidad desapareció por unos días de nuestra casa, pero esta vez no fué por su propia voluntad, pues al regresar traía una tira de trapo atada a la pata, lo cual probó que había estado todo ese tiempo secuestrado. Después se supo que lo habían cazado con propósito de venderlo en la Capital como una curiosidad, pero su fidelidad impidió oportunamente que se consumara el delito.

Según se deduce de este episodio, es muy posible que además de un sentido certero de la orientación (lo que no es nada raro, pues los chorlos, las palomas, etc., tal vez le aventajen a este respecto), el ave haya poseído un « sentimiento afectivo » nada común, un sentimiento de fidelidad a la manera del perro, que le obliga a retornar al lado del amo venciendo cualquier dificultad.

Nuestro Tucano se había hecho tan popular en el pueblo que todo el mundo lo conocía, y así no faltaban personas que venían con alguna noticia de haberlo visto volando o posado en alguna parte; pero lo cierto es que en todo ese lapso de tiempo tuvo forzosamente que hacer una vida silvestre a la cual no estaba acostumbrado, siendo lo más asombroso que después de esto no se hubiera « alzado » definitivamente, como sucede con todos los pájaros domesticados, sin excepción.

Otra singularidad de su carácter consistia en el modo de huir o el miedo de que daba muestras en presencia de sus congéneres silvestres que algunas veces aparecían por algún

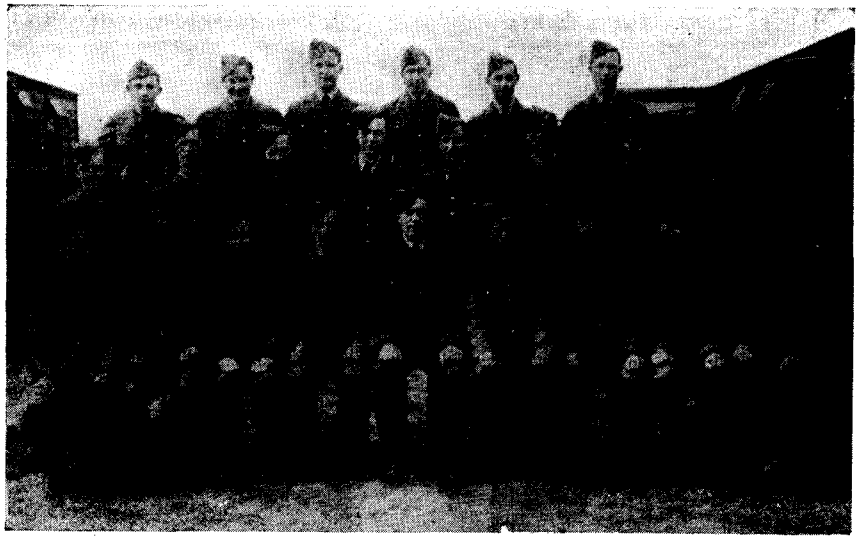
árbol de los alrededores. Comenzaba a dar gritos poseído de gran alarma y se refugiaba en la casa como si hubiera sido perseguido.

Como sus salidas y andanzas,que ya no causaban ninguna sorpresa, fueron haciéndose de más en más numerosas, llegó el día en que finalmente no regresó ya nunca más, posiblemente muerto por alguien que no lo conocía como ave doméstica o apresado y llevado quien sabe a dónde para ser vendido o encerrado, él, que había sido siempre tan libre y tan regalón en nuestra casa.

ORNITOLOGOS EN LA GUERRA: RONALD RUNNACLES

La víspera de su partida, en que nos reunimos en una comida para despedirlo, nos expresó su decisión de incorporarse a las fuerzas británicas « para defender la democracia ».

Algunos amigos tuvieron noticias, posteriormente a su ingreso a la R. A. F., y nuestro consocio Dr. José A. Pereyra, recibió la foto que publicamos, en la que aparece Runna-



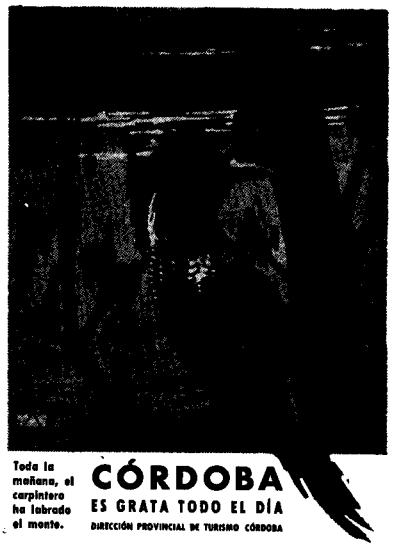
Integrando el grupo de aviadores británicos está nuestro compatriota y consocio Sr. R. Runnacles.

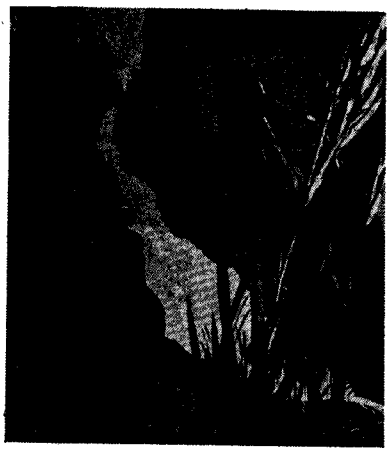
cles « junto a una manga de reclutas » — como risueñamente consignaba, — en ocasión de recibir el uniforme de aviador.

Hace unos meses su señora madre nos escribió dándonos la triste nueva de que « su hijo Ronald, piloto oficial de la Real Fuerza Aérea, es *presunto* muerto el día de su desaparición: 11 de Septiembre de 1942 — no se sabe la suerte de él ni de cinco de sus compañeros, después de bombardear Düsseldorf, la noche del 10 de Septiembre ».

Abrigamos la esperanza de que en algún lugar de Europa, esperando la hora de la cesación de esta enorme catástrofe que destruye los pueblos, estará nuestro consocio, anhelando reintegrarse a la vida útil y a sus pájaros.

Una propaganda interesante. — La Dirección Provincial de Turismo de Córdoba y el F. C. Central Argentino, han editado unos afiches de propaganda de turismo, en





los que aparecen, a todo color, aves cordobesas características, tales como carpintero, loica, siete colores y dormilón, con una leyenda destacada que reza: « Protéjalos ».

Fiesta de confraternidad argentino-uruguaya. — El 19 de corriente se llevó a cabo en Montevideo, un interesante acto: « La Fiesta de los Pájaros», al que podríamos llamar la teatralización del libro del poeta amigo Juan Burghi, « Pájaros Nuestros ».

La fiesta tuvo el carácter de confraternidad argentino-uruguaya, concurriendo en

representación del embajador argentino, el secretario de la embajada, señor Mario Liedal.

Abrió el acto el señor Juan Burghi, sucediéndole en el uso de la palabra el subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay, Dr. Andrés Shaw.

El dibujante J. Bonelli realizó una ampliación del mencionado libro del poeta Burghi, que medía 1 m por 0,75 m, reproducción exacta y artística en su forma y color, y frente a él fueron interpretados los poemas, lo que estuvo a cargo de alumnas de los cursos de Enseñanza Artística Infantil.

Palabras del Sr. J. Burghi:

« Se ha querido hacer de este acto — muy oportunamente, por cierto, — una fiesta de confraternidad argentino-uruguaya. En principio, se me invitó creyéndome argentino. Hice saber a quien lo organizaba cuál era mi nacionalidad, y, no obstante ello, se mantuvo esa invitación. Me felicito de esto, por cuanto me brinda la ocasión de llegar a mi país de origen y decir a mis connacionales, con la autoridad que le concede a mis palabras el haber residido en aquel pueblo de excepción lo más de mi existencia, cómo es de grande, generoso y noble; cómo nadie puede sentirse extraño en él — menos aún si es uruguayo; — pues él, magnánimo por naturaleza, cuando da — que es siempre — lo hace sin preguntar a quién ni de dónde viene; sin hacer el menor distingo entre sus propios hijos y los ajenos; y así, por grande y generoso y noble, se hace amar como a la propia patria. Y me regocija esta circunstancia que me permite consignar en público el testimonio de mi cariño y mi gratitud, retribuyendo así, aunque sea en parte, lo mucho que me diera, y lo estimaría como un alto honor y una gran felicidad si mis palabras y mi presencia en este acto pudieran significar, por pequeña que ella fuera, una contribución a la confraternidad de estos dos pueblos, más que unidos, identificados en todas las vicisitudes — faustas o dolorosas — desde antes de nacer como estados independientes.

« Bien podéis creerme, amigos míos, pues yo no traigo ninguna investidura oficial. Mi representación es tan sólo cosa del espíritu, una embajada quimérica, ilusoria. De ser algo, quisiera ser un embajador del maravilloso Reino de los Pájaros; de esos aligeros seres que, para su dicha, nada saben de razas, nacionalidades, ni fronteras, y viven y cantan lo mismo en los campos del Uruguay como en los de la Argentina.

« Y ahora, señoras y señores, al cabo de lo que antecede, permitidme esta claración: Soy argentino, porque he pasado lo más de mi vida en esa noble tierra argentina y la amo intensamente; porque en ella he fundado mi hogar y de ella son mis hijos; porque en ella he realizado cuanto poseo, incluso mi obra de escritor, y en ella he luchado y sufrido y he vivido horas inolvidables... Y más que por todo esto, soy argentino porque los propios argentinos me consideran como tal, en virtud de esa larga y cordial convivencia entre ellos, por mi vida de trabajo, por mi conducta, por mi devoción hacia sus cosas, por mi amistad probada... Pero soy argentino sin dejar de ser uruguayo; sin renunciar a esta hermosa tierra que me ha tocado en suerte, donde mis ojos vieron la primera luz y pasé los días venturosos de la niñez y la mocedad. Tierra sagrada que guarda la raíz de mi propio ser, que aun sustenta el hogar de mis mayores y en la que viven mis buenos hermanos y, consubstanciados con ella, duermen mis honrados padres... Y todo ello está ahí, no más, en ese bellísimo Cerro coronado por la grácil Fortaleza; cuna de mis amores y mis añoranzas a la que siempre regreso con la fidelidad del amante y el fervor del peregrino. Inolvidable solar a cuyos agrestes campos debo este libro, puesto que él está hecho casi exclusivamente con los recuerdos recogidos al vagar por ellos en mis correrías infantiles y, al abandonarlos, joven todavía, me lo llevaba hondamente impreso en lo más íntimo del alma...

« Por otra parte, todo esto lo estimo conciliable para mí que, con respecto a la nacionalidad, estoy en el caso del hombre que da por entero su corazón a la mujer amada,

sin dejar por ello de querer entrañablemente a su madre. Además, tanto da argentino como uruguayo, que es todo uno y lo mismo, o lo será un día no lejano, cuando América realice, no sólo como estado, sino como conciencia, los sueños de aquel heroico alucinado que se llamó Bolívar, los generosos anhelos de aquel « Santo de la Espada » que fué San Martín, y los nobles afanes del Gran Conductor y héroe máximo: Artigas. Entonces, como estos pájaros nuestros que ignoran las fronteras y dan sus cantos por igual de uno u otro lado del Plata y el Uruguay; así seremos, así confío que seremos, para bien de todos los americanos ».

Más adelante agregó:

« Me siento feliz de hallarme entre vosotros y como uno de vosotros, que, al cabo, el verdadero poeta no es más que un niño grande y, como tal, sus palabras deben ir nimbadas de ensueño y ungidas de corazón.. He venido a agradeceros en mi nombre y en el de los pájaros, a los que tanto os parecéis; esos pájaros que, para siempre, han anidado en mi corazón de hombre y de poeta. Gracias, pues, por el honor que me otorgáis y por el amor que este acto implica hacia esos bellos y queridos hermanos celestes.

« No sospeché, cuando escribí la obra que interpretáis, que habría de lograr tal repercusión. Día a día, ella va adquiriendo mayor popularidad, al punto de que hoy tengo el presentimiento de que ha de sobrevivirme, y esto lo considero como el mejor premio para quien jamás corrió tras de ninguno. Expresiones tales, y el hecho de que mis versos figuren en la mayoría de los textos escolares del país donde resido, por la espontaneidad con que fueron incluídos en tales textos y el mundo infantil de sus lectores, el galardón más preciado. Y me colma de alegría el pensar que he realizado algo útil, a fuer de bello, en la vida, y que no he pasado por ella en vano... Y movido por ese noble afán de sobrevivir en su obra que todo artista alienta, y creyendo haberlo — aunque en parte— logrado, pienso que acaso, en un día lejano, cuando ya ni el polvo exista de quien escribió estos poemas, en una humilde escuelita campesina, ellos pongan alguna vez en los corazones infantiles una emoción de belleza; y el maestro, ganado él también por esa emoción, y como si hablara consigo mismo, murmure lentamente: « Este poeta era un hombre sencillo que amaba mucho a los Pájaros; tanto, que los sentía como expresiones de Dios sobre la tierra... ».

Se terminó de imprimir el 31 de Agosto de 1945, en los
Talleres Gráficos " TOMAS PALUMBO " - La Madrid 311-325 - (21) 1733 - Buenos Aires

EL HORNERO

REVISTA DE LA SOCIEDAD ORNITOLÓGICA DEL PLATA

para el estudio y protección

de las aves de la Argentina y países vecinos

VOLUMEN VIII

SECRETARIA DE LA S. O. P.
MUSEO ARGENTINO DE CIENCIAS NATURALES
Av. ANGEL GALLARDO 470
BUENOS AIRES
1941-1944

SUMARIO DEL VOLUMEN VIII

Pág.

Lista de miembros honorarios, correspondientes, protectores y activos e instituciones adherentes de la S. O. P., hasta el 30 de diciembre de 1945 000

N° 1, Diciembre de 1941

Lámina I. — Carpinteros argentinos (en colores).

María Juana I. Pergolani. — Los Pícidos argentinos (7) figuras 1

Rodulfo A. Philippi B. — Notas de ornitología chilena (1 figura) 17

Tomás Negri. — La vida del colibrí en cautiverio (3 figuras) 25

José A. Pereyra. — Miscelánea ornitoólgica (1 figura) 31

Emiliano J. Mac Donagh Las aves y sus ambientes (3 figuras) 39

Rafael Emilio Housse. — Dos nuevas especies en la avifauna de Chile (4 figuras) . 46

Jean Delacour. — El fin de Cleres 56

Luis M. Dinelli. — Causas que merman las aves 60

Distribución Geográfica de las Aves Argentinas según la Ornitología de *Roberto Dabbene* (1910), reimpresión (1 mapa) 63

Angel R. Zotta. — Notas ornitológicas (1 figura) 104

Movimiento social. — Nuevos miembros activos. — Asamblea ordinaria de la S. O. P. — Informe del Presidente de la S. O. P. correspondiente al período 1938-1940. — Balance de Tesorería. — Reuniones Ornitológicas de la S. O. P. — Celebración del XXV aniversario de la Sociedad Ornitológica del Plata. — Distinciones y cargos otorgados a consocios. — Lecturas sobre aves en un texto para 4° grado.— Nota a la Intendencia Municipal denunciando la violación del Decreto N° 71755 referente a la venta de aves. — Disertaciones ornitológicas pronunciadas por intermedio de L. R. A. Radio del Estado. — Designación de un miembro correspondiente 108

Informaciones. — Los Flamencos de Mar Chiquita. — Caso interesante de nidificación del hornero. — Lechucita de las vizcacheras (*Speotyto cunicularia*).. — Costumbres de las aves en cautiverio. — Asociación Protectora de Animales « Sarmiento ». — Nido de pichones de *Asio flammeus.* — Conferencia sobre los libros de Ornitología relacionados con la Argentina. — Recordación del 1er. centenario del nacimiento de Guillermo Hudson. — Otros homenajes. — Adhesión parlamentaria. — Publicación de la « Antología de G. E. Hudson ». — Proyecto de homenaje a don Guillermo Hudson de la S. O. P. — Asociación Amigos de Hudson. — No sufrirán frío los pájaros de la plaza Doce de Octubre. — Importante donación zoológica ha recibido el Museo Argentino de Ciencias Naturales. — Galería « Tesoro » de Aves Argentinas. — Láminas en colores de aves argentinas. — Son agentes protectores honorarios los miembros activos de la Sociedad Ornitológica del Plata. — Se prohibió por dos años el transporte y comercio de perdices. — Sumarios de las revistas recibidas en canje. — Libros y publicaciones ornitológicas 118

Lista sistemática de aves argentinas 136

N° 2, Diciembre de 1942

Pág.

Lámina II. — Carpinteros argentinos (en colores).

María Juana I. Pergolani. — Los Pícidos argentinos (1 figura) 155

Angel R. Zotta. — Notas ornitológicas (3 figuras) 171

Rodulfo A. Philippi B. — La verdadera situación sistemática de los *Accipitridae* descritos por R. A. Philippi (4 figuras) 179

Tomás Negri y *Juan Carlos Radice.* — Estudio histológico de los *Trochilidae* (3 figuras en colores y 22 microf.). 190

José A. Pereyra. — Miscelánea ornitológica (5 figuras) 218

Niceto S. Loizaga. — De la Psitacosis, enfermedad humana producida por el virus de un morbo aviario (1 mapa y 1 lámina en colores) 232

María Juana I. Pergolani. — Sobre una nueva subespecie de *Picumnus cirratus*, citado para la Argentina 247

Emiliano J. Mac Donagh. — Los nidos de aves en los postes telefónicos (2 figuras) 250

Celia Bernal de Pereyra. — Observaciones ornitológicas 257

Movimiento social. — Nuevos miembros activos. — Asamblea ordinaria de la S. O. P. — Informe del Presidente de la S. O. P. correspondiente al período 1941-1942. — Balance de Tesorería. — Distinciones y cargos a consocios. — Necrología: Prof. Dr. Juan Nielsen. — Dr. Eugenio Giacomelli. — Don Andrés M. Wilson 259

Informaciones. — Nidificación inconveniente. — Un caso de teratología aviaria. — «Con barro histórico hizo su casa el hornero de Plaza de Mayo ». — Algo más sobre el hornero. — Aves desde mi ventana. — Reuniones ornitológicas de la S. O. P.: Conferencia del 28 de marzo de 1942. — Conferencia del día 30 de abril de 1942. — Conferencia del Prof. Secundino da Fonseca. Algunas observaciones obtenidas en el viaje a Misiones. — Conferencia del 2 de julio de 1942. — Conferencia del 10 de septiembre de 1942 a cargo del Dr. José Liebermann, sobre « Algunos ornitólogos chilenos que conocí ». — Conferencias Ornitológicas por Radio del Estado, L. R. A. — Para formar un Parque Nacional fué reservada la isla Martín García. — Donación de libros para la biblioteca de la S. O. P. — Excursión a la estancia « Juan Jerónimo ». — Excursión al rancho de Hudson. — El Dr. Carlos A. Marelli se acogió a los beneficios de la jubilación. — Sumario de revistas recibidas en canje. — Libros y publicaciones. — Otras revistas de ciencias naturales 259

Noticias del Comité Internacional para la Defensa de las Aves. (« Sección Argentina »). — Por gestiones de la Sociedad Ornitológica del Plata y del Comité Internacional por la Defensa de las Aves (Sección Argentina), se creará una « Reserva » en una de las lagunas de la Costanera Norte. — La S. O. P. auspicia el proyecto de reglamentación de la ley 2786 de protección a los animales domésticos. — En defensa de nuestras aves. — Convención para la protección de la flora, de la fauna y de las bellezas escénicas naturales de los países de América. — La migración de las aves en el Hemisferio Occidental..... 289

Addenda e índice de la « Lista sistemática de las aves argentinas » 309

N° 3, Diciembre de 1943

Lámina III. — Carpinteros argentinos (en colores).

María Juana I. Pergolani. — Los Pícidos argentinos (3 figuras y 1 mapa) 347

Angel R. Zotta y *Héctor S. Gavio.* — Una nueva especie del género Cinclodes (3 figuras) 370

Pág

Jorge Casares. — Aves de Estanzuela (20 figuras y 2 mapas) 379

Francisco Behn K. — Contribución al estudio del *Pteroptochos castaneus* (Philippi et Landbeck (1 lámina en colores y 1 mapa) 464

Andrés G. Giai. — El ñandú overo o « cheuqué » en cautividad (4 figuras) 471

Angel R. Zotta. — Notas ornitológicas (N° VII) 481

José A. Pereyra. — Descripción de un nuevo ejemplar de rálido de la isla Georgia del Sud (1 lámina en colores) 484

Advertencia 489

María Juana I. Pergolani. — Nota sobre el inmaturo del vencejo de collar blanco, *Streptoprocne zonaris zonaris* (Shaw) (1 figura) 490

Héctor S. Gavio. — Una excursión a los cañadones de la Estancia Cari-Lauquen en Santo Domingo (18 figuras) 494

Angel R. Zotta. — Los viajes de la « gallineta azul » *Porphyrula martinica* (L.) a la isla Tristán da Cunha 512

José A. Pereyra. — Una buena subespecie de hornero que debe figurar en la avifauna argentina 514

Martín Doello Jurado. — Introducción a la tirada aparte de la « Lista Sistemática de las Aves Argentinas » 516

Jorge Casares. — El cisne de cuello negro en la Barra de San Juan (con 5 figuras) 525

Las aves en la poesía 529

Movimiento social. — Nuevos miembros activos e instituciones adherentes. — Asamblea de la S. O. P. — Homenaje al Dr. Angel Gallardo. — Homenaje al Dr. Fernando Lahille. — Visita del ornitólogo chileno prof. Carlos S. Reed. — Dr. Ernesto D. Dallas. — Necrología: Dr. Ernesto D. Dallas. — Prof. Dr. Carlos E. Porter. — Carlos Dasso. — Dr. T. Gilbert Pearson. — William Lutley Sclater — Reuniones ornitológicas de la S. O. P.: Miscelánea ornitológica. — Una colección particular de animales exóticos en Bretaña: el Parque Zoológico de Branferé. — El cincuentenario de la visita de Lawrence Bruner a la Argentina. — Las rutas aventureras de las aves migratorias. — Sumario de las revistas recibidas en canje.. — Otras revistas de Ciencias Naturales. — Libros y publicaciones ornitológicas 533

Informaciones. — Nidificación de la garza blanca, *Casmerodius albus egretta* Gmelin, en el Jardín Zoológico de Buenos Aires. — Las aves no temen a los monstruos marinos.. — Aguilucho, *Geranoaetus m. melanoleucus* (Vieillot). — Observaciones sobre una costumbre del chingolo. — Un nuevo récord del hornero. — Narraciones para mis hijos: Un nido. — Los pájaros hablan. — Viejos recuerdos. — Ornitólogos en la guerra: Ronald Runnacles. — Una propaganda interesante. — Fiesta de confraternidad argentino-uruguaya 570